

Carlos A. Page

LOS VIAJES DE EUROPA A BUENOS AIRES
según las crónicas de los jesuitas
de los siglos XVII y XVIII



Baez
ediciones



**Los viajes de Europa a Buenos Aires
según las crónicas de los jesuitas
de los siglos XVII y XVIII**

Carlos A. Page

Introducción

Luego de varios intentos frustrados, debido a las restricciones del Consejo de Indias, la Compañía de Jesús inició su empresa evangelizadora en Hispanoamérica en 1566 con el viaje a la Florida que hicieron desde Europa los PP Pedro Martínez y Juan Rogel, junto al H. Francisco Villareal. Fueron enviados por el entonces P. General Francisco de Borja, zarpando de Sanlúcar de Barrameda y arribando en la fiesta de San Agustín (18 de agosto) luego de una accidentada travesía. El P. Martínez fue asesinado por los nativos del lugar, mientras que el P. Rogel y el H. Villareal continuaron a las islas de Santo Domingo y luego Cuba. A partir de entonces fueron numerosos los embarques de jóvenes misioneros hacia todos los rincones de América (GALÁN GARCÍA: 44-46).

Este trabajo tiene como objetivo principal, rescatar una serie de testimonios de los antiguos jesuitas, que relatan la travesía que hicieron entre Europa y Buenos Aires. Descripciones que se pueden extender cuando el sujeto debía atravesar el norte del continente hasta el Mediterráneo, confluyendo igualmente en los puertos de la península ibérica. Éstos fueron generalmente el de Sevilla hasta 1720 y a partir de esa fecha el de Santa María de Cádiz, porque aquel había quedado obstruido por la arena del Guadalquivir. Pero también y en no pocas ocasiones, sobre todo en los primeros tiempos, los misioneros partieron



Rutas de Europa a América en los siglos XVII y XVIII

del puerto de Belem en Lisboa haciendo escala en Río de Janeiro o bien directamente concluían el viaje en Colonia de Sacramento. La primera escala siempre se hacía en el importante puerto de Santa Cruz de la Palma en Tenerife.

Los barcos en que viajaron se construían generalmente en los astilleros del norte de España. Naos, galeones, fragatas y corbetas eran los buques más usados, que tuvieron una natural evolución impuesta por el perfeccionamiento que imponían los viajes largos y tempestuosos.

No eran muy cómodos, habiendo generalmente tres tipos de camarotes, para 3, 6 y 12 catres uno sobre otro, en una travesía que duraba no menos de cuatro meses. El P. Schmid escribe que: *“Nuestro barco era de dimensiones medianas, provisto no sólo de piezas gruesas y ligeras de artillería contra toda clase de enemigos y piratas, sino también de abundante comida y bebida”*. Iban en él unas 60 personas, de los cuales los 14 jesuitas que viajaban *“ocupamos las dos cabinas, la inferior y la superior; diez dormían en la cabina de abajo, cuatro en la de arriba, cada uno en su propia cama. Abajo también se encontraba la mesa en la que solíamos comer los catorce”*¹. Al describir su viaje el P. Sepp difiere notablemente con respecto

¹ Carta de Schmid a sus familiares, Sevilla, 27 de febrero de 1727. En HOFFMAN: 124.

a la comida, expresando que *“en lugar de carne fresca, teníamos que consumir una podrida, fétida”*. Agregando que el pan *“estaba duro como un guijarro, sin salar, lleno de gusanos”* (SEPP: 125-126). En iguales términos se expresa el P. Fanelli luego de zarpar de Cádiz el 21 de abril de 1698 bajo la dirección del P. Ignacio de Frías. La poca comida se justifica por haberse prolongado la travesía en 134 días, al punto que *“faltaron las fuerzas a todos en tal manera que parecíamos por el rostro cadáveres vivientes; las lenguas aparecían quemadas por la sed, los ojos encajados en las órbitas, el rostro pálido y sin sangre, no veía por milagro ninguna saliva botar fuera del estómago, porque estaba totalmente seco de humores”*².

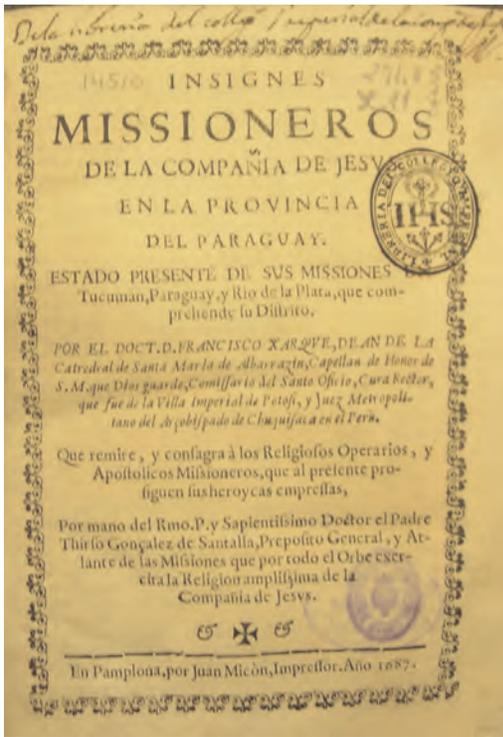
Distintos infortunios hacían demorar el viaje, como tempestades, apresamiento de corsarios, guerras. Hasta podían estar en el barco varios días sin hacerse a la mar.

Era escasa la periodicidad en los viajes, debido a las Ordenanzas que impuso la Corona a fin de resguardarlos de las flotas enemigas. Por ese motivo generalmente iban hasta Canarias junto a naves fuertemente armadas como protección.

Estas expediciones eran dirigidas por un Padre Procurador elegido en su provincia jesuítica de origen. Para el caso de la del Paraguay se realizaron alrededor de 20 viajes que varían en número de un misionero hasta más de sesenta.

Las fuentes para la descripción del viaje de Europa a América pueden ser de distinto tipo. No se registran expresamente libros de viaje, puesto que dichas descripciones pueden encontrarse en obras más generales sobre historia y en las del género biográfico. Se hallan principalmente en cartas, tanto privadas como oficiales. Entre las primeras encontramos aquellas que los jóvenes jesuitas recién llegados escribían a sus familiares o a los superiores de los colegios donde ingresaron o en los que se encontraban antes de partir. En este sentido hay una importante colección de cartas publicadas por Davin y Mühn, siendo éstas fundamentalmente de europeos del norte. Las cartas oficiales se concentran sobre todo en una sola tipología que son las Cartas Anuas. No tenemos noticias de cada uno de estos viajes, pero el material disponi-

² Primera Relación de toda la Navegación de la misión a Chile, desde Europa a la América Meridional, Buenos Aires, 16 de noviembre de 1698. En FITTE: 20.

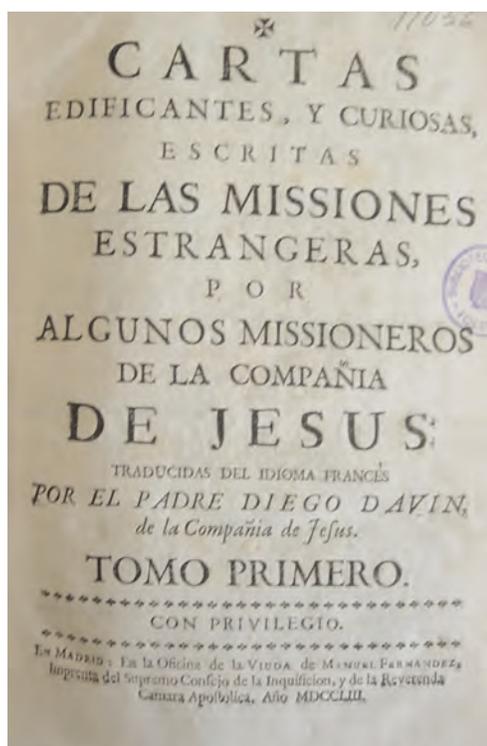


Portada de la obra *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús* de Francisco Xarque, publicada en 1687

ble es suficiente para poder tener una idea acabada de lo que significa-
 ba semejante travesía a lo largo del periodo en que actuaron los anti-
 guos jesuitas.

La relación más antigua que conocemos de uno de estos via-
 jes se encuentra hasta ahora inédita en el Archivo Romano de la Com-
 pañía de Jesús³ y es precisamente la de los primeros jesuitas que arriba-
 ron al puerto de Buenos Aires. Antes de comenzar el texto una inscrip-
 ción en el documento expresa “*Relación del P. Pedro de Añasco*”, mientras
 que en su índice sólo se menciona “1607-1608 *Relación de viaje de Espa-
 ña al Paraguay*”. Seguro no es del P. Añasco, ya que éste falleció en
 1605. El autor se expresa en primera persona, con lo cual quien redac-
 tó fue parte del viaje. No puede ser el P. Procurador Juan Romero, que

³ Archivo Romano de la Compañía de Jesús (en adelante ARSI), Paraq. 11, ff. 24
 y 24v. Biblioteca Nacional, Madrid.



Portada de la difundida obra *Cartas edificantes y curiosas*, traducida por el P. Davín y publicadas en varios tomos entre 1702 y 1706.

lo fue de la primera congregación, porque se manifiesta que él los fue a recibir. Por tanto puede haber sido alguno de los padres que hicieron el viaje, muy probablemente Francisco del Valle, que estaba a cargo de la expedición. Aunque como su origen era portugués quizás debería haber dejado rastros de su lengua en el texto. El grupo que viajó se completaba con los PP. Simón Mascetta, Francisco San Martín, Mateo Esteban, Andrés Jordán y Antonio Masero, que fueron acompañados por los H. Coadjutores Andrés Rodríguez y Antonio Aparicio⁴. Al final da a entender que partieron de Lisboa, pasaron por Canarias y fueron acosados por un navío enemigo. En la ocasión los padres fueron consultados entre ellos sobre qué hacer en caso que abordaran el barco y todos contes-

⁴ En la lista de embarque que publica Galán García figuran 12 religiosos, pero en realidad viajaron los cinco que nombramos (GALÁN GARCÍA: 222). Biblioteca de Castilla - La Mancha, Toledo.

taron que estaban dispuestos a morir como hijos de la Compañía de Jesús. Pero el navío se fue y no regresó. Seguidamente se describe una terrible tormenta en la que pensaron perecer. Llegaron al puerto de Río de Janeiro y fue al navío a recibirlos el Padre Procurador con su compañero. Al bajar también fueron acogidos por el P. Visitador Pedro Rodríguez y el rector, acompañados por los padres más graves del colegio, a donde el mismo superior les lavó los pies a todos, evocando lo que hizo Jesús con sus discípulos. Luego de 18 días salieron para el puerto de Buenos Aires y como llegaron de noche, el gobernador no pudo recibirlos por lo que para excusarse envió a unos franciscanos y capitanes con una carta, además de frutas y otros regalos. Al amanecer envió dos oficiales reales para desembarcarlos y luego fueron a Córdoba⁵.

Muchos años después el P. Peramás relata en su diario del destierro, la llegada de los jesuitas europeos a Córdoba. Cuenta que el P. Rector salía a recibirlos con una buena comida y música a ocho o diez leguas de la ciudad. Los misioneros descansaban y arribaban a la mañana siguiente. A un cuarto de legua toda la comunidad del colegio y muchos vecinos iban a recibirlos, entrando a la ciudad en medio del repique de campanas. Al llegar a la iglesia se oficiaba un *Tè Deum* y comenzaban ocho días de asueto con funciones literarias y siempre música, presente desde el primer día. Concluidas estas actividades continuaban las clases y los nuevos misioneros entraban en Ejercicios (FURLONG, 1952: 136).

De tal manera que en el presente trabajo se explicará en primer lugar las funciones y facultades del Padre Procurador, la organización del viaje y luego lo reconstruiremos utilizando diversas fuentes extraídas de relatos de los propios protagonistas. Se adjunta como apéndice una planilla mencionando las Congregaciones realizadas en la provincia y los procuradores, lugares y fechas de embarque y arribo, como número de expedicionarios y otras consideraciones como los textos descriptivos del viaje.

⁵ Da la noticia del documento y relata su contenido: ASTRÁIN SJ: 37-38.

Los procuradores a Europa

Las congregaciones provinciales de la Compañía de Jesús eran reuniones que se realizaban periódicamente, cada tres años en Europa y cada seis en América, según lo establecían las Constituciones de la Orden. Se cumplieron relativamente a lo largo de la existencia de la provincia, es decir desde 1607 a 1768. En este periodo se concretaron alrededor de 26 congregaciones. Todas sesionaron en Córdoba, sede de las autoridades de la provincia, excepto la primera que presidió el P. Provincial Diego de Torres en Santiago de Chile. No obstante en 1644 se trató sobre la posibilidad de hacerla en Santa Fe que era un sitio que ofrecía más comodidad para los que venían de las misiones (PAGE: 142).

Ellas podían ser abreviadas, cuando no asistían la totalidad de los vocales; mientras que en las plenas se planteaban una serie de postulados o peticiones dirigidas al P. General y se elegían los Padres Procuradores. La tarea de éstos consistía en ir a Europa y reclutar misioneros para la provincia. Aunque también tenían que cumplir con otros encargos, desde visitar e informar de las cuestiones de la provincia al P. General en Roma, hasta adquirir libros, herramientas, elementos de liturgia para sus iglesias, e incluso pedidos de particulares. Con todas estas complejas tareas se mantendrían ocupados varios años en Europa.

La elección de procuradores recaía en los sacerdotes más destacados, pues su misión requería de una sólida formación y que cono-

ciera a la perfección el estado de la provincia, tanto en sus necesidades humanas como materiales. Debían tomar resoluciones a veces muy delicadas y para ello debía ser una persona equilibrada y prudente. En este sentido cabe mencionar que los procuradores fueron los que trataron temas como la incorporación a la Corona de los indios reducidos, las relaciones con los obispos, el uso de las armas de fuego, el tributo, e incluso, desmentir en más de una oportunidad denuncias o calumnias infundadas contra los jesuitas (HERNÁNDEZ: 374).

En principio sólo se elegía un sacerdote hasta que en la Congregación de 1671 y por orden del P. General Pablo Oliva se designaron dos sujetos, de los cuales al menos uno debía haber sido superior de las misiones. Desde 1689 se eligieron tres jesuitas: dos viajaban y uno se quedaba de suplente. Pero no quiere decir que todos se embarcaran a Europa, incluso a veces ninguno de los tres lo hacía. Algunos no regresaron como Vicente Alsina, Bruno Morales, Pedro Arroyo y Simón Bailina, que murieron en Madrid. El P. Nicolás de Salas se quedó en Italia y no volvió, mientras que Gervasoni fue desterrado y los últimos procuradores José Robles y Domingo Muriel los sorprendió la expulsión cuando estaban a punto de zarpar rumbo a América. También podían no viajar, al encomendarle el P. General otro cargo, como los PP. Luis de la Roca y Lauro Núñez que fueron designados provinciales; o que murieron antes de partir como los PP. Cipriano de Calatayud y Antonio Parra.

Con respecto al número de sujetos que trajo cada expedición podemos decir que es variada e incierta en muchos casos. El P. Leonhardt pudo reunir una importante información al respecto (LEONHARDT T. XIX: L-LXVIII). Igualmente Pastells dio a conocer los registros navieros donde figuran las características físicas de cada uno (PASTELLS SJ). Más recientemente y con nuevas aportaciones figura la citada obra de Galán García.

A partir de la expedición de los procuradores Machoni y San Martín de 1734, continuando con las dos siguientes, se vuelven numerosas con más de 60 sujetos, ingresando muchos extranjeros y sobre todo coadjutores arquitectos, pintores, ebanistas, boticarios, etc. Las últimas tres en cambio se frustraron, sobre todo la última, que los sorprendió la expulsión, como se menciona anteriormente.

Otra cuestión importante para resaltar es que hubo ocasiones

en que una expedición con un procurador de Chile llegaba a Buenos Aires y dejaba algunos misioneros en el Paraguay como la de Baltasar Hueber de 1755 que trajo 26 padres y 4 coadjutores.

De tal forma que, una vez designado, el procurador viajaba al puerto de Buenos Aires y allí buscaba una poco frecuente embarcación que partiera a Europa. La espera podía prolongarse hasta tres y cuatro años. Si hasta entonces no conseguía embarcarse, una Congregación Abreviada lo destituía y nombraba otro. Tal es el caso del procurador P. Pedro de Arroyo quien luego de permanecer tres años en Buenos Aires a la espera de hacerse a la mar fue reemplazado por el P. Ladislao Orosz. Aunque Arroyo fue elegido nuevamente en la siguiente Congregación de 1750, muriendo en Madrid.

El procurador llevaba una importante cantidad de recomendaciones de obispos, gobernadores y virreyes que justificaban la solicitud de nuevos misioneros. Con esos papeles comenzaba la ímproba labor de reclutamiento, para lo cual también contaba con un organizado sistema propagandístico⁶ que hacía que siempre hubiera un nutrido

⁶ Estas propagandas podían ser externas a la Orden o generadas por la misma Orden. En primer lugar pueden mencionarse las exhortaciones al aislamiento misional, como la célebre de Zumárraga de 1533 o las de Díaz de Luco y el carmelita Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, entre otros. Siguen las relaciones históricas descriptivas, generalmente redactadas en América y que podían ser martiriales, hagiográficas o simplemente descriptivas. Dentro de las primeras los jesuitas difundieron suficientemente el martirio de Roque González y sus acompañantes, desde prácticamente ocurrido el hecho y durante varios años. En idioma italiano se publicó la *Relatione* del padre de Forlí, José Oreggi y la muy difundida de Francisco Crespo, editada en varios idiomas entre 1630 y 1632. También y para la provincia del Paraguay podemos mencionar el martirio del italiano Antonio Ripari compuesta por José Tornetti en 1711, la del holandés Bartolomé de Blende aparecida en 1718, el martirio de Agustín Castañares, el de Juan de Montenegro de 1746 o la vida, virtudes y muerte de Francisco Ugarte de Pedro Juan Andreu de 1761, entre muchísimas otras. Otro tipo de instrumentos propagandísticos fueron las cartas privadas de los misioneros, sobresaliendo las famosas *Lettres edificantes et curieuses*, editadas por el P. Diego Davin e integradas por 24 volúmenes aparecidos entre 1702 y 1706. Como cartas también podemos mencionar las Cartas Anuas que los provinciales enviaban al P. General y que en muchos casos eran copiadas y en otros impresas para distribuir entre las provincias europeas.

número de aspirantes que solicitaran su candidatura al mismo P. General (BORGES MORÁN) y que habitualmente se encontraban en la etapa de formación.

Entre aquellos papeles también llevaba instrucciones directas de sus superiores. En algunos casos en ellas se mencionan recomendaciones para el viaje, por ejemplo en la que le envió el visitador Antonio Garriga al P. Procurador Bartolomé Jiménez, nombrado en la congregación de 1710, cuando era rector del Colegio de Corrientes. En la oportunidad se le recomienda que “*vengan en ella no mezclados con los marinos y pasajeros*”⁷, a los efectos de que puedan tener una mayor observancia religiosa.

Contaba con la ayuda del P. Procurador General de las Indias Occidentales que residía en Sevilla (luego, desde 1719, en el puerto de Santa María y diez años después en Cádiz) que se encargaba de todos los preparativos previos al viaje. Durante la larga espera de la partida, que por lo general llegaba a más de un año, los expedicionarios se alojaban en el Hospicio de Misiones “Nuestra Señora de Guadalupe”, ad-junto al Colegio de San Hermenegildo, donde desde 1561 se impartía gramática y cuyas instalaciones cumplían esa función exclusiva desde 1688. Para 1730 los jesuitas contaban también con otras instalaciones en el puerto de Santa María de Cádiz, con 80 habitaciones para todos los misioneros que partieran a Indias. Allí practicaban los Ejercicios Espirituales, salían a misionar por los alrededores de la ciudad y hasta comenzaban a estudiar las lenguas indígenas de sus destinos, amén del castellano para los extranjeros.

No era menor el trámite burocrático que debía hacer el procurador a fin de obtener las patentes de pases a América ante el Consejo de Indias, y en este sentido aclaremos que siempre hubo resistencia por parte del Consejo para dar licencias a jesuitas extranjeros. Una vez que las obtenía, la Casa de Contratación le entregaba el pago del malotaje (provisiones de alimentación), avío (vestuario, colchón, almohada y frazada para el viaje) etc. Los gastos del viaje efectivamente eran abonados por el rey, en virtud del patronato Regio, por el cual les concedía la exigua suma de uno o dos reales por día y por religioso. Ese

⁷ Archivo General de la Nación Argentina (AGN), Sala IX, 5-9-5.

monto debía alcanzarles para el mantenimiento de los misioneros que aguardaban su viaje. No obstante tendrían ayudas de las provincias de origen como también de los procuradores indianos que aportaron importantes sumas de dinero.

También los efectos materiales que se transportaban, como los numerosos y variados objetos de devoción, libros, herramientas, comestibles y los requeridos para el mismo viaje, como ropa, medicamentos, etc. necesitaban de la aprobación y permiso de las autoridades, describiendo cada uno de los cajones, su contenido y destino. Debían incluso sujetarse a un minucioso control para lo cual quedaban decomisados los objetos no autorizados.

El P. Juan Pastor, en su Carta Anua del periodo de 1650-1652, cuenta su viaje a Europa haciendo una síntesis de los lugares que recorrió y las tareas que allí realizó. Comienza relatando, y lo aclaramos por lo nada habitual, sobre su viaje a Europa desde Córdoba por el Perú. Llegó a Cádiz enfermo y de allí fue a Madrid a gestionar en el Consejo de Indias el permiso de los 39 misioneros que solicitó. Pasó luego al puerto de Valencia y embarcó rumbo a Génova y de allí se dirigió a Milán y Loreto, hasta alcanzar Roma cuando hacía poco había concluido la Congregación General que eligió al P. Vicente Carafa. Escribe Pastor que *“Me recibió este con paternal cariño, y me concedió liberalmente todo lo que solicité en nombre y en bien de mi Provincia. Solo me prohibió quejarme ante el Sumo Pontífice sobre las injurias que hemos sufrido de parte del obispo de la Asunción”* (PAGE: 163). Dos meses estuvo en la Ciudad Eterna y lejos estuvo de deslumbrarse y hasta hubiera evitado ver al Papa, según él mismo lo refiere. Allí también se entrevistó con el Asistente de Alemania quien le proveyó de 13 sacerdotes y 6 coadjutores. Lo propio hizo el Asistente de Italia con 10 misioneros y otros tantos el de España. Embarcó en Génova y en Valencia entrevistó al Provincial de Aragón de quien esperó ayuda que no recibió. Durante el viaje se escribió con su familia pero obvió visitarla concentrándose en sus tareas. Fue a Madrid a buscar los despachos reales y de allí a Sevilla a preparar el viaje. Pero estando en el puerto recibió cartas del Paraguay que le informaban acerca de las injurias manifestadas por el obispo Cárdenas por lo que decidió ir a la Corte y consiguió Cédulas reales y decretos del Tribunal de la Inquisición *“para reprimir la audacia desenfrenada”* del obispo. No fue suficiente ya que la réplica de Cár-



Edificio donde funcionó la iglesia del colegio jesuítico de San Hermenegildo en Sevilla

denas fue demoledora. Cuando estaban por partir, un pregón anunció en el puerto que el presidente de la Casa de Contratación prohibía embarcar a cualquier jesuita extranjero que pretendiera viajar a las Indias. El P. Pastor luego de las discusiones del caso debió mandar de vuelta a sus casas a los italianos y alemanes, mientras que los problemas con Cárdenas seguirán y tendrán consecuencias posteriores mucho más nefastas (PAGE: 164).

En tiempos más normales, ya reunidos en el puerto, los viajeros debían esperar el momento en que el capitán de la flota decidiera la partida, detonando un disparo de cañón desde la nave.

Una vez que se tenían las patentes se pasaba la “revista” donde el juez de embarque, que era un oficial real, verificaba la correspondencia de la lista con los sujetos. Al llegar tenían una nueva inspección y se confrontaban los papeles realizados en la península.

La partida del colegio se hacía con toda solemnidad. La hacían en procesión, cantando la letanía lauretana hasta la Torre del Oro,



El séptimo General de la
Compañía de Jesús P. Vi-
cente Caraffa (1585-1649)

donde un misionero daba una plática de despedida. Era realmente considerada como una despedida a la eternidad. Así relata el instante procesional de la partida el P. Fanelli *“Cada uno llevaba colgante del pecho un Santo Crucifijo, como centro de sus afectos, y guía de tan largo camino emprendido, y un Santo Breviario entre las manos, a la manera Apostólica. Seguía una multitud de pueblo, que llevados de la admiración, otros por la curiosidad; y otros por el cariño, viendo el sacrificio de tantos Misioneros, haciéndolo al Señor, dejando la Europa, los Parientes y los Amigos, por la conversión de los Infieles”*. Luego seguían los abrazos y las lágrimas de una despedida que en la amplia mayoría será la final, aquella que mantendrán en su memoria por siempre.



Sevilla a fines del siglo XVI. Obra atribuida a Sánchez Coello.
Museo de América, Madrid.

La partida desde el continente hasta las Canarias



Los grupos de religiosos que formaban los Procuradores tenían generalmente al puerto como lugar de encuentro. Algunos venían del norte de Europa, por lo que la descripción podemos extenderla generalmente desde las lejanas tierras de Alemania. Entre ellos y quizás, quien con mayor dedicación describió su travesía por el Viejo Mundo hasta alcanzar las costas españolas, fue el P. Florián Paucke. Como muchos, debió esperar más de una década la autorización del P. General para viajar. Partió de Olomouc, ciudad de la actual República Checa, el 8 de enero de 1748, pasando por Brunn el 16 de enero y arribando al puerto de Livorno el 11 de febrero, cuando lamentablemente el barco que debía viajar ya había partido unos días antes. Pronto consiguió un buque mercante que iba a Lisboa, viajando con otros siete jesuitas y cuatro franciscanos de una tripulación total de treinta personas. En dos días y en medio de un fuerte viento pasaron por el estrecho que divide las islas de Cerdeña y Córcega, cuando avistaron un temeroso barco inglés. Al quinto día pasaron por la isla de Menorca y luego de resistir fuertes vientos siguieron a doce barcos holandeses. Pero la tempestad siguió cada vez con más ímpetu, hasta que arrancó la vela grande y la arrojó al mar. El temor se acrecentaba con la bravura del Mediterráneo y el mismo capitán parecía resignado a perder el barco con su



Iglesia de los jesuitas en Génova.

tripulación. Había atado el timón y dejado el buque a la suerte de los vientos y las olas, que lo llevaban de las costas españolas a las africanas, donde se presentaba como un nuevo peligro el ser vistos por los moros. Calmado el temporal se avistó el puerto de Málaga, aunque no pudieron ingresar al soplar un viento en contra que los llevó una y otra vez para alta mar. Decididos a cruzar el estrecho de Gibraltar, el fuerte viento los arrastró nuevamente hasta el puerto de Málaga. Pero no era tan fácil tocar tierra. Una pequeña embarcación enviada por el gobernador con seis personas no los autorizó a desembarcar, mientras que al día siguiente otra se acercó con seis médicos que revisaron el estado de salud de la tripulación. Una vez cumplido este requisito, una barca enviada por el colegio jesuítico de Málaga condujo a los padres al colegio. Al anochecer volvieron con gran bastimento, puesto que el capitán les había advertido que apenas corriera un poco de viento debía levantar anclas. Pero estuvieron varios días y Paucke los aprovechó para redactar una extensa descripción del puerto y de la ciudad, incluso de dibujar a sus personajes. Partieron pero no pudieron cruzar el estrecho ante las dificultades que soportaron y regresaron otra vez a Málaga.

A lo largo de la travesía por el Mediterráneo describió la fauna marítima que contempló, como las *“balinetas que desde sus narices arrojan a lo alto grandes aguas”*, o la *“tortuga que semeja una mesa redonda de dos varas de diámetro”* y los *“veinte peses que son llamados terneros mari-*



Colegio de los jesuitas
en Málaga

nos” y los peces grandes “*que según sus vueltas en el agua relucían una vez rojizos como el fuego, otra vez plateados y resplandecían como luciérnagas*” (PAUCKE SJ T.1: 9 a 106).

En el colegio decidieron emprender por tierra la marcha a Lisboa, pues el viaje que tendría que haber tardado 19 días ya se había extendido a 41 y tenían miedo de perder el barco que zarparía a fin de marzo para América y con ello tener que esperar no menos de un año para conseguir otra embarcación. De tal forma que siete jesuitas, partieron a caballo el 31 de marzo por la sierra nevada de Andalucía a lo largo de la ribera del mar. Llegaron al río Guadalquivir, el que cruzaron con sus caballos en un buque y siguieron viaje a Jerez de la Frontera, pasando por el puerto de Santa María donde se alojaron en el Hospicio de Misiones. Llegaron a la ciudad de Miranda en Portugal y de allí a Almeida donde una pequeña embarcación los condujo finalmente por el Tajo a Lisboa donde comenzaría una nueva etapa del viaje.

Otro jesuita que dejó su testimonio de viaje por Europa fue el P. Martín Schmid que incluso, fue compañero de viaje de los padres Ignacio Chome y Cayetano Cattaneo que también describen este viaje, iniciado en 1728. Cuenta que partió de la por entonces ciudad universitaria de Ingolstadt con otros dos sacerdotes y un hermano, rumbo a



Uno de los dibujos del P. Florián Paucke representando a la nobleza española (PAUCKE, T.1 Lám.II)

Munich “en un coche tirado por cuatro caballos”. Allí permanecieron dos días en el Colegio, donde además de sumarse otros seis jesuitas, el P. Procurador de la provincia les dio tres ducados a cada uno para los gastos del viaje y pagó al cochero nueve ducados por persona distribuidos en cuatro carruajes. Pasaron por Innsbruck, Sterzing, Brixen, Colman, Bolzano, Salurn hasta Trento donde fueron recibidos en la residencia del príncipe-obispo y luego al Colegio. Siguieron por ocho días por las altas montañas del Tirol hasta llegar a Bussebiago y luego a Mantua donde se hospedaron en su colegio, al igual que en el de Cremona y el de Piacenza, hasta que, luego de veinte días, llegaron a Génova. Allí se deslumbraron con sus construcciones al decir que “*supera en belleza a todas las ciudades de Alemania e Italia*”. Se hospedaron en la Casa Profesa de los jesuitas durante 15 días hasta que se embarcaron rumbo a España junto con otros jesuitas que se sumaron provenientes de diversas partes, principalmente de Italia⁸.

Luego vendría la experiencia por el Mediterráneo y Schmid coincide con Paucke en la peligrosidad que significaba su travesía en medio de fuertes vientos y el acoso de los corsarios moros. Describe el barco, que era francés, y los succulentos almuerzos y cenas que allí se daban. Cuenta además que al amanecer, luego de tocar la campana, el ca-

⁸ Carta de Schmid a su madre, Génova, 10 de agosto de 1726. En HOFFMAN: 121-124.



Vista de El Teide, Canarias

pitán rezaba la oración matutina en alta voz ante una imagen de la Inmaculada. El grupo de los jesuitas hacía varias oraciones durante el día, el que también empleaban en estudiar el idioma español e incluso en contemplar el mar con sus delfines y aves, cantar y hacer música con flautas y clavicordio. A los ocho días de haberse embarcado cruzaron el estrecho de Gibraltar poniendo rumbo hacia Cádiz en un trayecto dificultado por un temporal “*creíamos que iba a zozobrar o ser devorado por las gigantescas olas*”. Pero al fin llegaron, siendo recibidos por otros barcos franceses, aunque debieron permanecer por ocho días antes de desembarcar, por la cuarentena impuesta a los que venían de Italia y la peste de Turquía. Fueron al Colegio jesuítico de Cádiz y a los dos días, nuevamente embarcaron rumbo a Sevilla, donde comenzó la larga espera para viajar al Nuevo Mundo⁹. Los jesuitas estaban bien asentados con sus cuatro colegios, la Casa Profesa, donde se hospedaron los padres viajeros, el noviciado y el Hospicio de Misiones. Permanecieron allí desde el 11 de setiembre de 1726 al 22 de diciembre de 1728, con lo que tuvieron tiempo para conocer y relacionarse con los sevillanos. La demora respondía a que los ingleses controlaban el golfo, pero todo volvió a la normalidad luego del acta del Pardo. Fue entonces cuando los trasladaron al puerto de Santa María, donde los aguardaban los galeones “San

⁹ Carta de Schmid a sus familiares, Sevilla, 27 de febrero de 1727, Ibid.: 124-131.



El puerto de Lisboa en 1650. Biblioteca Nacional, Lisboa

Bruno” y “San Francisco” y la fragata “San Martín”, en los que también viajarían los mencionados Chome y Cattaneo, que al decir de este último “*Nuestros misioneros entonces, llenos de alegría, se volvieron a dar a la Europa un eterno adiós, para volver a verla a su tiempo desde el cielo*”¹⁰.

También es interesante la descripción del mismo viaje que hace el P. Chome en una carta¹¹. Cuenta que salieron de la bahía de Cádiz el 24 de diciembre de 1728. “*Los cinco primeros días padecimos una tempestad casi continua*”, hasta que vieron el famoso pico del Teide de Tenerife, entrando al puerto en la mañana del día de reyes, luego de recorrer 300 leguas. Los canarios creyeron que eran ingleses y pronto se ordenó ubicar en la playa 4.000 soldados armados con fusiles. Pero el rumor rápidamente se disipó y llevaron refrescos a bordo. Varios días permanecieron, aprovechando para embarcar agua, víveres e incluso unas 30 familias canarias que iban a colonizar Montevideo¹². También

¹⁰ Primera carta del Padre Cayetano Cattaneo, de la Compañía de Jesús, a su hermano José, de Módena. En BUSCHIAZZO: 66.

¹¹ Carta del P. Chome al P. Vanthiennen, Corrientes, 26 de setiembre de 1730. En DAVIN: 290 y stes. También la publicó MÜHN SJ: 135-152.

subió al barco el cónsul de Francia a saludar al P. Procurador Jerónimo Herrán e invitarlo a él y a todos los misioneros a una casa apropiada hasta que partieran. Conviene que con prudencia el sacerdote no aceptó por ser más de setenta sujetos. No obstante bajaron y recorrieron la isla en grupos, aceptando numerosas invitaciones.

Escribe el P. Cattaneo que no dejaron bajar a los marineros en Canarias y que esto creó ciertos roces en una tripulación que, al saber que su destino era el Paraguay y al no tener mayores noticias de aquellas tierras, creyeron que era el mismo infierno. Varios de ellos se arrojaron al mar para desertar; por eso no se les permitía bajar a tierra, pues se hubieran ido más de la mitad. Aquellos fueron vistos desde el



La torre de Belem en el puerto de Lisboa

¹² La fundación de Montevideo fue necesaria para la corona española a los fines de tomar posesión efectiva del territorio de la Banda Oriental donde los portugueses poseían la ciudad y puerto de Colonia de Sacramento. El sitio escogido fue la misma bahía que habían ocupado antes los portugueses en 1723, con un excelente puerto natural franqueado al oeste por un cerro. Al año siguiente el gobernador Zavala llevó un grupo de soldados e indios para construir el fuerte de San José. Cuando terminaron se instaló el primer grupo de Canarias al que se sumó éste que menciona la carta de Chome.

fuerte y luego arrestados, pero seguidamente se desencadenó un motín porque no se les permitía beber vino, la revuelta ocasionó que varios fueran al cepo (BUSCHIAZZO: 75). En la mañana del 21 se hicieron a la mar y tres meses después llegaron a Buenos Aires.

Volviendo al viaje que describe el P. Paucke, cuenta que en Lisboa, su último destino europeo, permanecieron del 12 de abril al 16 de setiembre, día este último en que se les ordenó preparar sus camas y trasladarlas al buque. Fueron dos las embarcaciones que partieron, una fragata llamada “Santiago”, con seis misioneros incluyendo el procurador Ladislao Orosz y el buque mercante “Villanueva”, donde fue el grueso de la expedición¹³. Dos días después¹⁴ levaron anclas y partieron junto a 53 buques que los escoltaron hasta las Canarias por el peligro que representaba este trecho de moros y piratas. La partida fue acompañada con música, *“se oía en muchos buques el resonar de cornetas y atabales; en otros unas sinfonías musicales que todas eran de ver y oírse bien”*. Al pasar por el puerto *“cada buque hizo tronar sus cañones”* y al despedirse se lo hizo igualmente desde tierra. A propósito de la música, cuenta Paucke que en su barco, el capitán tenía nueve esclavos moros que lo único que hacían era tocar el clarín y batir el atabal, tocando *“charangas y marchas al romper el día, a medio día cuando el capitán almorzaba y al anochecer para la oración y la procesión”*. Efectivamente todas las noches se rezaban las letanías y el rosario y luego todos cantaban un canto a la Virgen.

Es interesante señalar que además de la carne ahumada y salada, llevaban en el barco *“veinticinco carneros, veinte puercos, ochocientas gallinas”* que se encontraban *“suelos en el centro del buque”*.

El 29 de setiembre llegaron a las Canarias, pero había tan buen viento, que al otro día zarparon para América ya despojados de la comitiva, que los despidió con el tronar de sus cañones. Dice Paucke *“Esta fue para nosotros una agradable despedida; tras ella no teníamos que obedecer a nadie más que a los vientos”*. Comenzaba la última y más difícil etapa, pero también la de mayores emociones.

¹³ Las listas de embarque que nos han llegado figuran 58 sujetos (LEONHARDT SJ: LXV-LXVI) Lo cierto es que en el grupo viajaron los PP Tadeo Enis, Domingo Muriel, Martín Dobrizhoffer, Julián Knogler, Segismundo Griera, entre los más renombrados, que hicieron que Furlong recordara como entonces la llamaban “la lucida misión o expedición de 1748” (FURLONG SJ, 1972: 17).

¹⁴ Según Miranda partieron el día 20 no el 18 como dice Paucke (MIRANDA SJ: 102).

De Canarias a América y los pormenores del trayecto



arias embarcaciones no pudieron completar este recorrido tan largo. Entre 1686 y 1727 naufragaron y fueron atacados por piratas 113 misioneros, de los cuales una buena parte dejó sus vidas en el Atlántico Sur (SEPP:33). Antes que ellos, la expedición de Grijalva y Donvidas de 1681, había perdido ocho jóvenes misioneros (un novicio, seis hermanos estudiantes y un hermano coadjutor) entre los 33 tripulantes que también murieron en la misma embarcación¹⁵. Seguiría después de aquella desoladora estadística el “Duc de Chartres” que con su naufragio de 1743 perecieron 24 jesuitas y 30 seglares. Fue descrito con detalle por un sobreviviente, el sacerdote jesuita de Baviera Melchor Strasser, que embarcó para América el 8 de noviembre de ese año, teniendo a Chile como destino final. Iban 30 misioneros que se distribuirían 26 para la provincia de Chile y 4 para la del Paraguay. Antes de llegar a Canarias comenzaron a padecer variadas calamidades como la de haber perdido el ancla mayor, la caída de tres marineros al mar y una sobrecarga mal distribuida que podía tumbar la embarcación en cualquier momento. El siniestro comenzó el 10 de enero, luego de pa-

¹⁵ Carta Anua 1681-1692, PAGE: 241.



Naufragio, de Claude Vernet de 1759. Museo Groeninge, Brujas.

sar la isla Santa Catalina. El capitán ordenó parar la marcha ante el rumor de que dos barcos ingleses los interceptarían más adelante. Quiso buscar un refugio y confirmar esa noticia, pero esa misma noche se acercaron demasiado a tierra y las fuertes olas comenzaron a sacudir la nave. A las 4 de la mañana del día siguiente el desastre era inminente. El P. Procurador se encomendó a San Francisco Javier prometiendo ayunar por tres días y luego durante toda su vida en vísperas de su festividad. La confusión invadió el barco. Aun siendo oscuro, dos padres tomaron un bote y alcanzaron la orilla. Al amanecer se bajó la lancha, que era más grande que el bote, pero el viento y las olas la hicieron estrellar contra el mismo barco dejándola inutilizada. Quedaba como esperanza largar al mar los cañones que se encontraban del lado que comenzaba a inclinarse la nave. Se hizo sin causar efecto, por lo que el capitán convocó a todos a salvarse como pudieran, para luego arrojar al mar y nadar hacia la costa. De esta manera se hizo, pero así como el capitán llegó sano y salvo, muchos se ahogaron alcanzados por las olas. Otro grupo, el que no se animó por no saber nadar, construyó dos balsas y pudieron salvarse la gran mayoría. Luego de más de diez días de caminata por la playa recién encontraron una choza con un soldado portugués a dos días de Río Grande. Allí partieron llegando al puerto



Mapa de la isla de Santa Catarina frente a Florianópolis en 1784. Biblioteca Nacional, Portugal, PURL 886

de San Pedro y el 14 de abril a Buenos Aires¹⁶.

Los viajes -como dijimos al comienzo- podían durar normalmente cuatro meses, pero hubo ocasiones en que diversas circunstancias demoraron por bastante tiempo su derrotero. Casos como el que acabamos de mencionar o por ejemplo la expedición de Díaz Taño de 1640, que había llegado a Europa con Antonio Ruiz de Montoya. Habiendo avistado el cabo de Santa María y a punto de ingresar al Río de la Plata, un terrible viento pampero los desplazó hacia atrás y tuvieron que recalar en Río de Janeiro, teniendo que pasar el invierno en Bahía (JARQUE: 175-176 y MAEDER: 173).

Lo mismo le pasó al P. Ferrufino, elegido procurador en la congregación que se reunió en Córdoba el 20 de julio de 1632. Luego

¹⁶ Carta del RP Melchor Strasser SJ al PP Santiago Dedelley, Buenos Aires, 15 de setiembre de 1744. En MÜHN: 89-121.



Mapa de San Sebastiao do Rio do Janeiro c.1624. Biblioteca Nacional, Río de Janeiro

de su recorrido por Roma y Madrid, llegó con sus compañeros a Lisboa a fines de mayo de 1635. Se hospedaron en el Colegio de San Antonio, en la Casa Profesa y en el noviciado¹⁷. Tenían un navío contratado, pero no pudieron tomarlo por lo que permanecieron algún tiempo en la ciudad. Se dedicaron a ejercer sus ministerios, haciendo misiones en los arrabales o en la misma ciudad, como en el castillo de los castellanos o incluso en una nave que iba a la India. Partieron el segundo día de Pascuas de Navidad acompañados de seis bajeles que iban a distintas partes del Brasil. Pero enseguida se levantaron fuertes vientos y debieron volver y permanecer en el puerto por otro mes y medio. Recién zarparon el 11 de febrero de 1636. Antes de la llegada de la primera noche un navío turco les disparó con su cañón, pero fue repelido por los otros navíos de la flota. Al llegar a Río de Janeiro un fuerte viento no les dejó entrar y fueron para el Río de la Plata. Pero también allí el viento los hizo volver a Brasil, resignándose a pasar el invierno y volver en la primavera, cuando las condiciones climáticas fueran favorables. Los vientos los llevaban de aquí para allá hasta que echaron anclas en el puerto

¹⁷ Véase la descripción que de los domicilios jesuíticos de Lisboa hace Paucke.



Iglesia y Colegio de São Miguel de la Vila de Santos (1585-1759). Biblioteca Nacional, Río de Janeiro

de San Sebastián y de allí fueron al de Santos, donde había una residencia jesuítica a la que acudieron unos padres, mientras que otros fueron a San Pablo. Al enterarse el P. Rector de Río de Janeiro, envió un barco lleno de obsequios. Así pasaron seis meses practicando los ministerios, sobre todo en San Pablo, contra *“el vicio y pecado enorme de ir a cautivar los indios cristianos de nuestras reducciones”*. Se volvieron a juntar en el puerto de Santos, donde quedó la nave y echaron anclas en el mes de diciembre de 1636. En las vísperas de Navidad llegaron al tan esperado Buenos Aires. Los padres del colegio de San Ignacio esperando el arribo en cualquier momento *“acudieron luego a una torrecilla donde se descubre el mar y se ven entrar los navíos y cuando ya estaban sin esperanzas que podían ser ellos les vino un mozo español a visar de su llegada”*¹⁸.

Con los enemigos de la corona española las dificultades se acrecentaban. Tal le sucedió al P. Francisco Burgés que, luego de una ausencia de ocho años en Europa, partió de Lisboa en una flota española y cayó en manos de holandeses. Los misioneros llevaban un salvocon-

¹⁸ *Relación de lo sucedido al P. Juan Bautista Ferrufino y a sus compañeros desde que se embarcaron en Lisboa hasta que llegaron al puerto de Buenos Aires*. En Carta Anua 1635-1637 del P. Boroa. (LEONHARDT SJ, T.2: 446-455). También *Breve Relazione del viaggio di 24 della Compagnia di Gesù che per la Provincia del Paraguai con il Giovanni Battista Ferrufino Procuratore e Provinciale del Chile partirono dal porto di Lisbona agli 11 di febraio l'anno del Signore 1636*. (ARSI, Paraq. 22 ff. 2-41).



Buques capeando un temporal. En Carta Náutica de Hessel Gerritsz de 1622, Biblioteca Nacional, París.

ducto de la reina de Inglaterra, pero igualmente fueron hechos prisioneros, despojándolos de todas sus pertenencias y conducidos a Amsterdam. Debieron intervenir los embajadores para que fueran restituidos a Lisboa y comenzar de nuevo con la partida. A todo esto ya habían perdido dos años que se sumaban a los ocho mencionados¹⁹.

No menor fue la calamidad que le aconteció al P. Juan de Escandón que reunió en el puerto de Santa María a 60 misioneros que los distribuyó en dos barcos. Una vez que se pagaron los derechos de fletes y cargó el equipaje. El primero zarpó con la mitad de los jesuitas, pero el segundo se hizo a la mar sin avisar al procurador. Cuando este se enteró, inmediatamente condujo a los 30 misioneros restantes en una barcaza para alcanzar la nave. Pero unos fuertes vientos lo desplazaron a las costas de África, siendo acechados por los corsarios moros. Decidió volver y al otro día repetir su intento, pero no pudo alcanzarlo y debió aguardar tres meses hasta conseguir otra embarcación (PERAMÁS SJ: 222-224).

Entre los variados hechos que sucedían en los viajes, Paucke

¹⁹ Carta del P. Jacobo de Haze al RP J.B. Arendts, Buenos Aires, 30 de marzo de 1718. En DAVIN, T. 9: 213.

cuenta que presenci6 la muerte de un tripulante, describiendo el sepelio realizado en el buque. Dice que el cuerpo lo echan al agua “*pero no enseguida de su fallecimiento sino que lo dejan algunas horas hasta que est6 frío*”. Luego ponen el cuerpo vestido en una tabla puesta en la proa, llevando en sus pies atada una bolsa llena de arena. Toda la tripulaci6n asiste al momento de la ceremonia y cuando el capellán pronuncia “*ad paradisum*” se levanta la tabla y dejan caer el muerto al mar, exclamando todos al unísono “*buen viaje*”.

Muy observador el P. Chome tomaba notas en un diario e incluso en una carta de navegaci6n propia. Cruzaron el tr6pico de C6ncer el día 26 y pronto comenz6 el intenso calor del que no dejaron de soportar las 800 personas que viajaban en los tres barcos. Ciertamente en los meses que dura la travesía experimentan todas las estaciones del año. Tambi6n cuenta que fueron testigos de la vista de los fuegos fatuos, esas misteriosas luminosidades similares a flamas que aparecen al atardecer formando im6genes. Al respecto cuenta Chome que “*los marineros, luego que la ven, cantan las letanías de la Virgen; y habiéndolas acabado, si el fuego continúa, como suele suceder, lo saluda el Contra maestre con grandes silbidos, usando del silbato con que manda al equipaje. Cuando desaparece gritan todos juntos, deseándole buen viaje; si vuelve a aparecer, vuelven a comenzar los silbidos, y se terminan con el mismo deseo*” (DAVIN: 293.). Los marinos creían que este fenómeno era mandado por San Telmo, el protector de los marineros, que venía a anunciarles el fin de una tempestad. Lo cierto es que Chome le explic6 al segundo piloto²⁰ y al contra maestre que el fenómeno era producido por la descomposici6n²¹.

²⁰ El cargo de piloto mayor se cre6 en 1508 al que seguía el de piloto real. Formaban un consejo marítimo para examinar los pilotos en Indias. Estos y según Ordenanzas de 1591, debían acreditar haber viajado durante seis años a Indias y haber estado allí. La Casa de Contrataci6n de Sevilla se encarg6 en principio de la enseñanza hasta que en 1629 los estudios alcanzan rango universitario, aunque la Universidad de Mareantes en Sevilla data de 1569 y el Colegio de San Telmo de 1681. En 1633 una nueva Ordenanza detalla las obligaciones de los capitanes, pilotos, maestros, contra maestros y guardianes de la Armada. Igualmente se contrat6 pilotos extranjeros, pero en el siglo XVIII, al incrementarse las fuerzas navales y el comercio marítimo se crea el Cuerpo de Pilotos de la Armada.

²¹ Tienen una explicaci6n química que reside en los gases pantanosos combustibles, sobre todo metano, inflamados por el fosforo de hidrógeno producido por la descomposici6n de la materia orgánica.

Schmid también menciona estas apariciones. Pero Cattaneo hace la diferencia de los fuegos fatuos con el de San Telmo. Dice este último haber visto una llamita que se prendió misteriosamente en un mástil y que efectivamente anunciaba el fin de la tempestad, en medio de los fervorosos cantos de las letanías que en dos coros cantaba la marinería (BUSCHIAZZO: 100-101).

Un relato particular que también trae Cattaneo es el que cuenta cuando al salir de Canarias aparecieron en la nave los “polizones”, aquellos que *“no teniendo los cien o doscientos escudos necesarios para pagar el flete de la navegación, se combinan con algún marinero o ministro de la nave, quien, tras la multitud de gente, que viene en los últimos días, ya por las provisiones, ya por cargar, los introduce, a pesar de la vigilancia de los guardias y los esconden”* (BUSCHIAZZO: 79). Salen luego de haber recorrido varias jornadas cuando quedan seguros que el barco no volverá por ellos.

El mismo Cattaneo hace una extensa referencia de los numerosos tiburones que vieron. Comienza contando que los pescaban y con eso acortaban el tedio del viaje. Describe el animal y dice que es conocido porque come todo cuanto cae de la nave, poniendo de ejemplo que uno de los primeros que pescaron, al abrirle el vientre, encontraron un zapato y otras curiosidades. De allí que les atraía a los marinos su pesca —agregando que— ya que su carne no es muy sabrosa ni sana, que solo lo pescan por pasatiempo. Su pesca la hacían con anzuelos en arpones, que eran asegurados con cadenas, pues las cuerdas las rompía con los dientes. Incluso cuando en grupos se tiraban al mar a refrescarse, siempre quedaban guardias en el barco para detectar la llegada de los tiburones. Otro pez que destaca es el volador, que se eleva por sobre el mar al ser perseguido por otro que llaman “bonito” que siempre lo alcanza y devora (BUSCHIAZZO: 96-99).

El cruce del Ecuador ameritaba otra celebración. Cuenta Sepp que era tiempo en que *“el día y la noche son siempre iguales”*, que el agua se pudre y la carne comienza a heder, los aromas de las especies se evaporan y algunas personas son atacadas por una especie de lombriz. El festejo coincidió con el jueves lardero, fue humilde y con un jamón que tenían reservado para la ocasión, regalado por el luterano alcalde de Hamburgo. Acudieron los padres y acompañados de su música, comieron el manjar aunque *“lamentablemente sin pan, agua ni vino”* (SEPP: 136).

La llegada a América



El 4 de diciembre —escribe Paucke— pasaron delante de Río de Janeiro, luego por la isla de Santa Catalina y al fin entraron al Río de la Plata que por ser ancho no estaba exento de peligros ante la cantidad de bancos de arena que describe, como los llamados “Banco Inglés” y “Banco Ortiz”. Eran tan peligrosos dice, que en uno de esos bancos pereció una misión entera que iba a Chile. Pasaron por la isla de Los Lobos, que no era más que un banco de arena con una “*tosca torre cuadrada*”. A lo que agrega Cattaneo de la misma que “*es completamente desierta y sólo la habitan en cantidad lobos marinos, que viven igualmente en el agua que en tierra, y cuando ven pasar alguna nave vienen en tropel a su encuentro*”. El mismo jesuita italiano al referirse a los bancos del Río de la Plata dice que el inglés se llama así porque lo descubrieron los ingleses o porque un antiguo bajel cargado con plata del Perú de contrabando, encalló y se perdió. Agregando que en doce años encallaron ocho bajeles portugueses y el “Lanfranco”, un bajel español de 70 cañones (BUSCHIAZZO: 112-114). Lo cierto es que tiene una extensión de 12 millas y en realidad los naufragios allí registrados en el siglo XVIII fueron centenares. Agreguemos que la nave inglesa a que hace referencia naufragó en el siglo XVI y en cartas españolas de 1647 se lo llama “Banco de Ingres”, antes conocido como “Bajo de los castellanos”.

Volviendo a Paucke, escribe que llegaron al puerto de Mon-



Isla de Lobos.

tevide donde anclaron y una barca se acercó al anochecer y otra al amanecer trayendo abundante comida. Después partieron rumbo a Colonia de Sacramento y antes de llegar, el buque quedó encajado en el barro y debieron bajar un bote y una lancha con sus remeros para empujar la embarcación. Arriba los jesuitas ayudaban tirando del moliñete del ancla que los remeros largaban lejos del barco. Así pudieron salir, pero pronto los sacudió una furiosa tormenta y un bergantín fue a buscarlos desde Colonia. Luego de los cañonazos de salutación de ambas embarcaciones y haberles acercado provisiones los guió hasta el puerto, llegando en la tarde del 29 de diciembre. Saludaron con sus cañones y desembarcaron haciendo procesión a la iglesia y luego del Te Deum ofrecido, se dirigieron a la residencia de los jesuitas donde fueron visitados por los personajes más conspicuos de la ciudad. Así llegaban a tierras americanas.

Cattaneo describe los peces del Río de la Plata “*que llamamos allá mecchie, de cerca de dos libras cada uno*”. Eran tan abundantes que en una misma cuerda ataban varios anzuelos y picaban varios a la vez. También describe el bagre “*el cual tiene cuatro bigotes larguísimos y en medio del espinazo una como ala con una espina*” (BUSCHIAZZO: 114-115). Continúa el italiano contando que llegaron a las playas de Maldonado



Bahía y ciudad de Montevideo. 1752. Archivo General de Simancas.

donde hacía poco tiempo había naufragado el bajel inglés “El caballo marino” al chocar con un escollo. A la mañana siguiente llegaron a la desierta isla de “Los Flores” rodeada de cuatro escollos donde termina el banco inglés hasta finalmente llegar al tan esperado Montevideo “*que al presente no existen más que tres o cuatro casas de ladrillos de un solo piso y otras cincuenta o sesenta cabañas formadas de cuero de buey*”(BUSCHIAZZO: 121). Eran para las nuevas familias que llegaron de Canarias y habían sido construidas por los indios guaraníes de las misiones²². Cattaneo también describe con detalle el puerto de Buenos Aires, carente de defensa alguna contra los vientos. Explica que se puede fondear a nueve millas de la playa y que por eso es seguro que ninguna potencia desearía “*enviar una flota para tomar Buenos Aires, si no tienen morteros y artillería que alcancen a lo menos ocho o diez millas, sin contar con la dificultad de pasar entre tantos escollos con navíos grandes*”(BUSCHIAZZO: 127). Por tal motivo para desembarcar se hacía a través de pequeñas barcas, como la

²² Ver nota 12.



Una de las callejuelas de Colonia de Sacramento

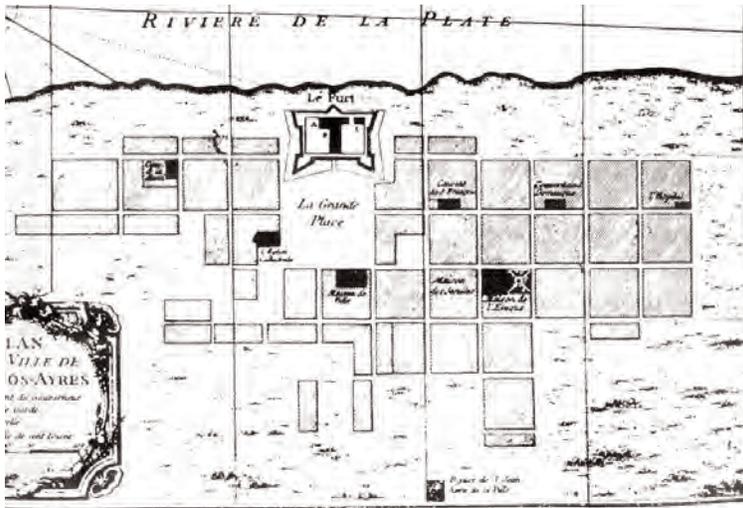
del gobernador, que fue enviada al buque para traer a los misioneros. En la playa los esperaba mucha gente, “*españoles, negros e indios*” y por cierto todos los jesuitas porteños con el padre rector a la cabeza. Más atrás se alineaban el manco gobernador Bruno de Zabala, en su sobrio carruaje, lo principal de la nobleza y los oficiales reales. Caminaron rumbo al colegio, en medio del repique de campanas y gente en la calle que los iba acompañando. Pasaron por el fortín en momentos que disparó su artillería para dar la bienvenida. Fueron directamente a la iglesia y todos los misioneros se arrodillaron frente al Santísimo y se entonó el Te Deum con el templo colmado (BUSCHIAZZO : 130-132).

Aunque el P. Gervasoni no describe el viaje que compartió con Cattaneo, relata con más detalle el desembarco. Dice que el día 15 de abril de 1729 echaron anclas y recién pudieron bajar el martes 19, luego que los oficiales reales revisaran el cargamento para evitar el contrabando. Ese fin de semana era Pascuas y el sábado por la mañana “*se soltaron las campanas, se dispararon desde nuestras naves, parte en celebración de la Pascua y parte al saludar la fortaleza, más de setenta cañonazos, y presentaban un bellissimo aspecto, ornadas de gallardetes, faroles y banderas de colores por todas partes en señal de la común alegría*” (BUSCHIAZZO : 197).



Mapa de la Colonia de Sacramento con áreas de cultivo y crianza de animales. Biblioteca Nacional, Río de Janeiro, Fondo Marqués de Lavradio

Chome cuenta que al fin el día 30 de marzo, la tripulación vio la isla de los Castillos cerca del Cabo de Santa María, en la embocadura del Río de la Plata. Las tres embarcaciones llegaron en días distintos no sin antes pasar por los riesgos del Río de la Plata que, al igual que Paucke, señala como más peligroso que el mar. Los dos galeones de la expedición llegaron a Montevideo, donde los esperaba la fragata San Martín que había anclado cuatro días antes. De allí partieron a Buenos Aires acompañados de un “chalupa” o baqueano, que indicaba como sortear los bancos de arena a través de las mediciones que iba haciendo



La ciudad de Buenos Aires, mapa atribuido al P. José Quiroga SJ realizado por encargo del gobernador Antonaegui (CHARLEVOIR, T2: 271).

con una sonda, en una travesía que duraba al menos cinco días. Echaron anclas delante de Buenos Aires el día 15 de abril, aunque no fueron a tierra hasta el 19 ya que no pudieron venir antes los oficiales reales por un pampero que impedía que se embarquen. Los marineros aprovecharon para adornar el barco mientras que la tripulación preparaba sus mejores trajes y sotanas para el desembarco, ya que estarían esperándolos en la playa casi toda la población. Una vez que llegaron, el cortejo de jesuitas se encaminó hacia el colegio en medio del tronar de las campanas de los templos. Llegaron a la iglesia asistiendo al Te Deum y donde los esperaba un coro de niños guaraníes que los debió sorprender grandemente. Este detalle también lo cuenta Jarque al biografar a Díaz Taño y su arribo a Buenos Aires casi 100 años antes, expresando que cuando volvió de Europa y “*para cuyo recibo bajaron por el río Paraná, tres coros de indios, muy diestros en la música y instrumentos y danzas*” (JARQUE:176).

Los recibimientos eran pomposos y emocionantes. Apenas llegó a Europa el P. Sobrino convocó a los misioneros para que se dieran cita en el puerto y partir rumbo a Buenos Aires. Zarparon el 15 de febrero de 1628 y llegaron unos meses después. Especial bienvenida recibió la embarcación en su primera parada en continente americano –dice el P. Nicolás Mastrilli en su Carta Anua- que el padre rector del



El fuerte de Buenos Aires, acuarela del inglés Emeric Essex Vidal de 1816, publicada en Londres en 1820

colegio de Pernambuco tomó una canoa y fue hasta el barco al encuentro del procurador “acompañado por el gobernador de la tierra y de toda la nobleza della con mucho aparato de canoas a la usanza de aquellas partes, y de chirimías y otros instrumentos que resonando por aquellas riveras ocupadas de la multitud del pueblo regocijada con la tranquilidad del mar y una agradable vista que ofrecía la amenidad de las arboledas circundantes, hicieron los PP un solemne recibimiento”²³. Los agasajos siguieron en el colegio y luego vendrían varios días de descanso para emprender el viaje a Buenos Aires. Allí llegaron bastante rápido, pues dos meses y medio de navegación era un tiempo récord. En la ciudad portuaria los esperaba el P. Mastrilli quien también había preparado un solemne recibimiento pues “*avia hecho bajar con tiempo de la reduccion de S. Ignacio del Parana, al puerto; al P.P. Comental*”²⁴ con la musica della; que eran 20 Indios gran-

²³ Carta Anua 1626-1627. En LEONHARDT SJ, T.2: 229.

²⁴ El P. Pedro Cometalí era nacido en 1595 en Nápoles, donde ingresó a la Compañía en 1611. Seis años después llegó a Buenos Aires con la expedición del P. Viana, siendo destinado a la misión de San Ignacio, donde muere en 1644 (STORNI: 67).

des y pequeños diestros cantores y excelentes músicos de vibuelas de arco y otros instrumentos al son de quales cantaron en nuestra iglesia en accion de gracias un solemne Te Deum Laudamus y en casa les hicieron varios regocijos de danzas y otras invenciones con mucha destreza y gracia, que sirvieron, de mas de recrear a los huéspedes del tedio de tan trabajosa navegacion, de cevo de sus fervorosos deseos y ansias que todos traian de convertir esta gentilidad, viendo en aquellos niños y demas compañeros el logro tan patente de los apostolicos trabajos de los que se ocupan en esta gloriosa empresa” (LEONHARDT SJ, T.2: 230). Especial impacto debe haber causado entre los misioneros recién llegados el primer contacto con aquellos guaraníes. Lo expresa Mastrilli y continúa su relato con la amenaza que sufrió Buenos Aires, el 15 de mayo, con la llegada al puerto de dos barcos holandeses que rondaron espionando por tres días.

Luego de aquella inolvidable recepción, cuenta Mastrilli que acompañó a embarcar a seis padres que se dirigieron por el Paraná a las misiones y el resto viajó a Córdoba con él. Este último trayecto lo hicieron en un mes. A los 15 días de llegados, el P. Sobrino junto a seis sacerdotes viajó a Chile, pues lo habían nombrado provincial.

Sepp, aunque se lamenta de la pobreza de Buenos Aires, también se asombra del efusivo recibimiento y ese primer contacto con los indios, expresando “¿Quién hubiera podido contener las lágrimas?”. Pues él no pudo hacerlo y escribió “Me arrodillé y besé con gran devoción la tierra a la que había llegado desde Europa para impregnarla con mi sudor y mi sangre, sobre la que quiero obrar y luchar y en la que, por misericordia divina, espero hallar la buenaventura de mi alma. Después abracé a mis graciasos indiecitos y les tendí la mano para el beso” (SEPP: 158).

Fin y principio de un largo camino

Eientos de jesuitas llegaban al final de su destino, luego de muchos años de espera desde que escribieron su primera carta al P. General. Todos estuvieron motivados por una profunda fe que a no pocos los llevó a escribir su pedido con su propia sangre²⁵.

La despedida de sus familiares, sus amigos y los compañeros de estudios fue -como dijimos antes- un viaje a la eternidad; para no volver y solo reecontrarse con ellos en el cielo. De esto eran conscientes y bien lo manifestó el P. Cattaneo en esa escueta reflexión en que expresó con la satisfacción de una triste melancolía y desde su barco, mirando hacia atrás para dar el último adiós.

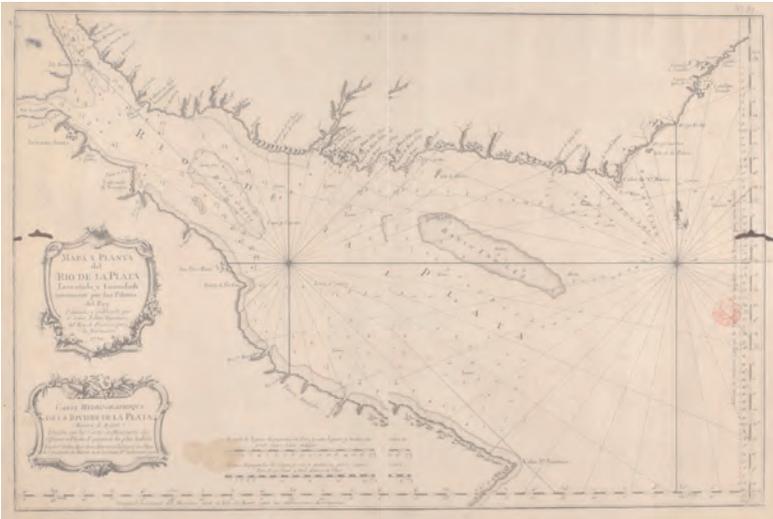
Todos eran muy jóvenes y con una convicción envidiable, pues no era solamente su firmeza en la decisión de desprenderse de sus afectos, sino lo importante para rescatar era lo que perseguían, que no era más que encontrarse a sí mismo y ante Dios a quien se rendirían en las lejanas selvas paraguayas.

Padecieron las más extremas condiciones de vida, que parecía apenas esbozar el sacrificado viaje por el Atlántico. Algunos pocos regresaron desconsolados ante la decisión regia de la expulsión. Otros,

²⁵ Esta serie de cartas se denominan Indipentae.

los elegidos, entregaron su vida muriendo martirizados, sacrificando cuerpo y alma para alcanzar con ello la gloria más grande que podían esperar y que todos buscaban sin mezquindad.

Arribar al puerto de Buenos Aires y conducirse hasta la iglesia de San Ignacio indudablemente fue un sello imborrable para todas sus vidas. Era como ingresar a una casa de ángeles, donde las voces de los aborígenes volaban hasta penetrar en sus almas, siendo elevadas al cielo. Desde ese momento quedaba abierta la puerta por donde transitarán sus vidas, materializando sus sueños y convirtiendo sus existencias en uno de los más dignos ejemplos de la Historia de la Humanidad.



Mapa del Río de la Plata de Jacques N. Bellin de 1770. Biblioteca Nacional, Portugal, PURL 886

Procuradores y Viajes

Nº	Lugar y Fecha	Fecha partida de Buenos Aires	Lugar y fecha de embarque y arribo	Procuradores electos
--	---	---	Lisboa – ¿? Buenos Aires ?- 3-1608	--
1	Santiago de Chile 12/19-3-1608	4-7-1608	1-5-1610	Juan Romero
2	Córdoba 14 y 16 -2-1614	7-1614	Lisboa – ¿? Buenos Aires 15-2-1617	Juan de Viana
3	" 1620	1620	Lisboa 8-11-1621 Buenos Aires 12-3-1622	Francisco Vázquez Trujillo
4	" 1626	1626	Lisboa 23-1-1628 Buenos Aires 29-4-1628	Gaspar Sobrino
5	" 20-7-1632	1632	16-4-1634 20-12-1636	Juan Bautista Ferrufino
6	" 20-7-1637	20-7-1637	Lisboa ¿? Buenos Aires 28-11-1640	Francisco Díaz Taño
7	" Julio 1644	12-1644	Sevilla 1647 Buenos Aires 13-1-1648	Juan Pastor
8	" 1651	1651	Lisboa 18-12-1657 Buenos Aires 2-4-1658	Simón de Ojeda
9	" 1658 (o 57)	1658	14-4-1663 28-7-1663	Francisco Díaz Taño
10	" 1663	1670	Buenos Aires 15-3-1674	Cristóbal Altamirano
11	" 12-8-1671			Vicente Alcina
12	" 1671 (o 77)	1679	18-9-1680 Buenos Aires 19-2-1681	Tomás Donvidas y Cristóbal de Grijalva
	1682 Abreviada	1682	? 9-9-1684 Buenos Aires 3-5-1685	Diego Francisco Altamirano Gregorio Orozco

Sujetos que viajaron	Consideraciones
6P 2H	Esta expedición no fue conducida por ningún procurador, sino por un superior, el P. Francisco del Valle
19 PP y HH	
24P 4H	
29PP 1H	(todos pertenecían a la corona española, inclusive Cerdeña)
37P 6HC	
20P 2H	
14PP y 10E	
28P 3H	
34 PP y HH	
31 P, E y H	Viajaron en el navío de permiso "San Pedro" a cargo del maestre Juan González de Apodaca
33P 3H	Viajaron en el navío "Nstra. Sra. de Lubeque" a cargo del maestre Mateo Lozano
--	No viajó pues murió antes (1675)
45P 6H	Por 1º vez se eligen dos misioneros por orden del gral Oliva. En el viaje murieron ocho jesuitas, además de 33 pasajeros. Viajaron en los navíos "Nstra. Sra. del Populo" y "Santa Bárbara" a cargo del maestre Pedro Galíndez.
18Py 2H	La congregación no se reunió, cada vocal mandó voto a Córdoba. Orozco no viajó y Altamirano fue sustituido como superior por el P. Diego Centeno. El maestre del viaje fue Pedro de Ondarza.

Nº	Lugar y Fecha	Fecha partida de Buenos Aires	Lugar y fecha de embarque y arribo	Procuradores electos
	1689		Cádiz 15-1-1691 Buenos Aires 6-4-1691	Antonio Parra (Superior del grupo)
13	4-9-1689	1693	Cádiz 15-4-1698 Buenos Aires 24-9-1698	Lauro Núñez , Cipriano de Calatayud, Ignacio de Frías
14	1695 (o 93)			Lauro Núñez , Gregorio Cabral y Salvador de Rojas
15	Nov. 1700	7-8-1703	Cádiz 31-11-1711 Buenos Aires 8-4-1712	Francisco Burgés, Nicolás de Salas, Diego Ruiz
16	30-11-1710	13-12-1714	Buenos Aires 13-7-1717	Diego Ruiz, Bartolomé Jiménez y José de Aguirre
17	19-10-1717			Antonio Parra, Diego Hace (¿?) y Pablo Castañeda
18	16-4-1721 abreviada	10-4-1725	Cádiz 24-12-1728 Buenos Aires 19-4-1729	Luis de la Roca, Jerónimo Herrán y Juan de Alzoa
19	18/20-10-1728	5-6-1731	Cádiz 13-12-1733 Buenos Aires 25-3-1734	José López, Antonio Machoni, Sebastián de San Martín
20	20-11-1734			Miguel López, Juan José Rico y Jerónimo Ceballos
21	24-2-1738 Abreviada	1-1739	8-11-1743 Buenos Aires 15-7-1745	Diego Garvia y Juan José Rico Gabriel Novat
22	20-11-1740			Jaime Aguilar Lucas Zabala y Pedro Arroyo

Sujetos que viajaron	Consideraciones
68 P y H	Expedición Suplementaria, pues murieron 8 en la de 1671. Viajaron en las naves "Santísima Trinidad", "Cristo Nazareno" y "Madre Dolorosa". El maestre del viaje fue Pedro de Ondarza.
32P 4H	Núñez no viajó por nombrársele Provincial y Calatayud murió antes de partir (1693). Viajaron en los navíos "Nstra. Sra. del Triunfo, San Ignacio y San Antonio" a cargo del maestre Juan de Orbea y Albizuru.
--	No viajó ninguno
40P 4H	Salas se quedó en Italia y Ruiz no fue. Viajaron en los navíos "Nstra. Sra del Rosario" y "Nstra. Sra. de Concepción" a cargo del maestre Miguel Martínez Zubiégui.
11P 5H	Ruiz no viajó por enfermedad
--	No se concretó expedición. Parra murió al año siguiente
	Roca no fue por nombrárselo provincial. En cuanto a los expedicionarios, no hay lista completa pero se sabe de 24 bávaros. Partieron en las naves "San Bruno", "San Francisco" y "San Martín".
62 PP y HH	López no fue por enfermedad y muerte (1728). Viajaron en el navío "San Bruno" a cargo del maestre Francisco de Alzaiibar y en el "Nstra. Sra. de Encina" a cargo de Antonio de Urquijo.
--	No fueron por haberseles pasado el tiempo
58 p 8 H	Viajaron los dos primeros y regresaron en tres naves: "Santiago el Perfecto", a cargo del maestre José de Egaña y "El Héctor" a cargo de los maestre Melchor Delgado. Mientras que el "Duque de Chartres" a cargo de Lorenzo de Novoa era la expedición chilena del P. Ravenal que naufragó muriendo 24 jesuitas de los 30 que viajaron.
--	No viajó ninguno

Nº	Lugar y Fecha	Fecha partida de Buenos Aires	Lugar y fecha de embarque y arribo	Procuradores electos
23	22-4-1744	9-1746	Lisboa 20-9-1747 Colonia de Sacramento 1-1-1749	Ladislao Orosz Bruno Morales Simón Bailina
24	8-11-1750	5-1751	--	Pedro Arroyo Carlos Gervasoni Antonio Gutiérrez y Simón Bailina
25	19-9-1756	31-10-1755	Santa María 7-2-1763 Montevideo 21-6-1764	Simón Bailina Juan de Escandón Antonio Gutiérrez
26	24-10-1762	2-1764	-	José Robles Domingo Muriel Vicente Sans

Sujetos que viajaron	Consideraciones
43P 15H	Morales murió en Madrid (1748) y Bailina no fue. Embarcaron en los navíos. Uno era S. Ana y de las almas a cargo del capitán don José Ferreira y el otro una fragata.
--	Arroyo murió en Madrid (1745). Gervasoni fue desterrado, encontrándose en Génova (1773). Gutiérrez y Bailina no viajaron.
60 PP y HH	Gutiérrez no viajó y el anciano Bailina murió en Madrid (1760) Los dos navíos que partieron lo hicieron con una semana de diferencia. Ellos fueron "Nstra. Sra de los Angeles y San Lorenzo" a cargo del maestre Fernando Cortés y el "Santa Gertrudis" a cargo del capitán Antonio del Casal.
	Sans no viajó, mientras que Robles y Muriel no volvieron al sorprenderles la expulsión. Fueron embarcados en el puerto de Santa María con rumbo a Italia.

I Relación Anónima relatando el viaje de 1608.

Relación del viaje que hicieron los padres que vinieron de España a esta provincia del Paraguay²⁶

Lo que en suma hay que decir del discurso de la navegación y viaje que este año de 607 y 608 hicieron los padres que vinieron de España a la provincia del Paraguay Tucumán esto siguiente. Primeramente se confeso con nueva devocion la gente del navio, en todo el discurso de la navegación no se oyó un juramento rezaban cada dia todos

²⁶ Sobre este texto nos referimos en la introducción y creemos que puede haber sido escrito por el jesuita portugués Francisco del Valle. Este misionero, pionero en la provincia jesuítica del Paraguay, nació en Cossourado, Miño, en 1566. De familia humilde Techo cuenta que fue criado del duque de Medinasidonia quien lo hizo estudiar y se hizo sacerdote, luego párroco de la iglesia de Sanlucar de Barrameda. Posteriormente fue a Salamanca a estudiar jurisprudencia y a los 34 años de edad ingresó a la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla, haciendo su noviciado en Villagracia. En 1610 el P. provincial Diego de Torres lo envió a Santa Fe, junto al Hermano Juan de Ligordia, quienes se encargaron de construir casa e iglesia, costeadas por Hernando Arias de Saavedra. También estuvo en el colegio de Buenos Aires y fue a las misiones. Sus últimos

su rosario desde el grumete hasta el piloto teniendo esto por punto de onrra, ayudo a este nuevo la devocion de mas que se les enseñó. Tanvien el examen general de la conciencia y el acto de contricion a todos que se el qual decian de rodillas todas las mañanas con las demas oraciones, con edificación y consuelo de todos. En las islas de las Canarias descubrimos un navio el qual a dicho el piloto que desde la gavia le reconocio era de enemigo que venia a enbestir con nosotros pusimos todos en oracion pidiendo a nuestro señor fuese servido de cumplir en caso que el enemigo abortase y viniesemos a sus manos todos con particular alegria y grandes deseos de dar la vida por nosotros nos resolvimos de morir como hijos de la Compañía en caso que su majestad nos quisiese hacer esta maldad pero como no se concede a todos acavada de tomar la resolusion desaparecio el navio y quedamos con nuestros deseos. Tuvimos una tormenta deshecha que duro 24 oras en la cual pensamos perecer todos porque demas de averse alejado el navio hasta la comida, nos vimos cubierto de la mar muchas veces confessados a todos estas dos veces para morir pero al fin nos fue servido cesase la tormenta. Cierta persona que se confesava con uno de los mios llegando-se a el un dia le dijo con nuevo sentimiento Padre sino fuera porque me e confessado con vos y odiara de puñaladas a fulano porque a pretendido con todas sus fuerzas quitarme mi onrra y si el P. no pone remedio en ello, yo lo tengo de matar acudiose luego al remedio quitandose el escandalo que era grande por ser la ocasión proxima y con ella los nuevos pecados que necesariamente se avian de seguir.

Luego que llegamos al puerto del Rio de Genciro [Janeiro] vino el P. Procurador con su compañero al mismo navio a recibirnos con las entrañas de caridad que la Compañía suele. En desembarcando para salir al collegio salio hasta media calle a recibirnos el P. Visitador P. Rodríguez acompañado del P. Rector y de los padres mas graves del

dio en Asunción en 1618, donde murió a fines de 1632 (STORNI: 295 - Pastells 1: 211 - Techo). El documento se halla en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI, Paraq. 11, ff. 24 y 24v). Lo dimos a conocer íntegramente como apéndice documental en el trabajo presentado al IV Encuentro "La experiencia del viaje. Miradas e imágenes urbanas en la literatura de viajeros" 29 y 30 de junio de 2006, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (Publicado en CD).

collegio. Todos con grandes demostraciones de amor y caridad y acompañandonos hasta nuestros aposentos. Luego sin esperar a la noche nos labaron a todos los pies siendo el P. Rector el primero que nos los labo. Diez y ocho dias estuvimos alli, tan regalados y servidos como si fuéramos los provinciales de España. Llevonos el mismo P. Visitador a la quinta donde nos hizo mil regalos y caricias, nos envio cargados de regalos y refrescos que duraron hasta el puerto de Buenos Aires. Cuando llegamos a la vista del puerto de Buenos Aires el gobernador del Paraguay²⁷ envio a darnos la bienvenida con dos religiosos graves de San Francisco acompañados de dos capitanes con una carta en que se excusava de no poder el en persona venir. Envionos un grande refresco de frutas de la tierra y otros regalos y con todo esto una grande voluntad y amor que estimamos mas que todo.

(f. 24v) En amaneciendo envio dos oficiales reales para que nos desembarcasen, salieron a la mitad del camino a resevirnos en primer lugar los alcaldes con buen acompañamiento y en segundo los eclesiasticos en que venia el dean de la Asumpcion y el comisario del Santo Oficio y luego a la postre el gobernador con todo lo mejor y mas granado de la ciudad el qual luego que nos vio se adelanto un gran trecho y pidiéndonos las manos con grande sumision para besarlas, que quisimos que no quisimos nos puso en medio diciendo con particular afecto y amor que el dava muchas gracias a Dios por averle cumplido sus deseos que eran de verlos. Tanto avia deseado que es la Compañía en esta tierra. Llegamos con este acompañamiento a la iglesia donde por ser ya tarde dixen yo misa y comulgaron todos los padres de todos

²⁷ Se refiere al gobernador del Río de la Plata y Paraguay, Hernando Arias de Saavedra (1564 - 1634), llamado abreviadamente Hernandarias. Fue el primer criollo que ocupó el puesto de gobernador de una región colonial. Brillante militar y político, asumió su función el 12 de enero de 1602 reconociéndosele notables avances en materia educativa y edilicia, además de sus numerosas expediciones contra los bandeirantes portugueses, para explorar la navegabilidad de algunos ríos e incluso, la región patagónica, donde buscó la ciudad de los Césares. Pero se debe a él la modificación de la legislación sobre el trabajo de los aborígenes, promoviendo la supresión de la mita y la encomienda, disponiendo la creación de las reducciones jesuíticas y franciscanas en el Guayrá. Al desmembrarse aquella jurisdicción por su iniciativa, reasumió en 1618 la gobernación del Guayrá o Paraguay.

quedaron edificados por ser cosa nueva en esta tierra, acabada la missa y las gracias breves nos llevaron con el mismo acompañamiento a la casa que nos tenían aparejada. Cinco días nos regalaron extraordinariamente dando la comida cada uno de estos días los más principales comensando el señor gobernador y todos, con grande abundancia importunaron no más de lo que se puede decir que nos quedásemos la semana santa y pasqua lo qual por justos respetos negamos de también se edificaron. Aviamos muy bien en siete carretas hasta Cordoba pasando cumplidissimamente a costa del Rector nuestro. Una jornada antes de llegar a Cordoba que esta 110 leguas del puerto tuvimos un gran refresco de los padres. Llegamos al puesto tan deseado y con el consuelo y caridad grande que recibimos de los padres de esta cassa nos cuidamos del cansancio de los caminos por mar y tierra, contamosle nuestro viaje y la caridad tan grande que recibimos de nuestros padres y hermanos el Lisboa y en el Brasil y nos dijeron no ser cosa nueva pues ellos con estar tan lejos la experimentaban todos los años con cartas nuevas y otros mil regalos del alma y de consuelo que les enviaran a que estaban muy agradecidos por todo sea el Señor glorificado. Amen



Carta Anua del provincial Nicolás Mastrilli relatando el viaje del procurador Gaspar Sobrino de 1628.

Letras Anuas de la Provincia del Paraguay de los años de 1626 y 1627 de los Colegios y Misiones de la Compañía de Jesús²⁸

El Padre Gaspar Sobrino²⁹ procurador de esta provincia del Paraguay, llevó el anua del año de 25 en la cual vería Vuestra Paternidad los trabajos que padecen sus hijos en esta provincia y la extrema necesidad que tenían de sujetos. Vuestra Paternidad como Padre amo-

²⁸ La presente Carta Anua la firma el provincial Nicolás Mastrilli Durán el 12 de noviembre de 1628. Fueron dirigidas al padre general Mucio Vitelleschi. Fue publicada por LEONHARDT SJ en el tomo XX pp. 226 a 329 y PAGE, pp 77 a 82. Mastrilli nació en Nola, Nápoles en 1568, ingresando a la Orden en Nápoles en 1583. Ya en el Perú obtiene su sacerdocio en Lima en el año 1595 a través del obispo Trejo y Sanabria y sus últimos votos en Juli en 1604. Fue procurador en Europa entre 1618 y 1621. Dos años después de su regreso fue designado provincial del Paraguay por dos trienios e inmediatamente después ocupó el mismo cargo en la provincia del Perú, falleciendo en Lima el 14 de febrero de 1653 (STORNI: 179).

²⁹ Nació en Alagón, Zaragoza el 5 de julio de 1589. Ingresó a la Compañía de Je-

roso con el dicho Padre nos ha enviado un socorro tan copioso (que nunca le hemos visto mayor) que nos obliga a dar gracias a Vuestra Paternidad que se sirvió socorrernos colmando nuestros corazones de singular contento, aunque también le corre a Vuestra Paternidad obligación de dar gracias a Nuestro Señor que sea agrado tanto de la venida de 41 sujetos³⁰, que se ha servido librar al Padre procurador y a sus compañeros de evidentes peligros de la vida, de que me veo a apuntar algunos, para que sea glorificada la admirable providencia del Señor por los maravillosos efectos de ella que experimentó el Padre y sus compañeros y en ellos todos nosotros. Como fue que, habiéndose el Padre embarcado en una carabela que sola había en el puerto de Buenos Aires para dar principio a su viaje, llegados al paraje de un famoso bajío o escollo que llaman Los Abrojos de la otra parte del Río Género, principal tropiezo de toda aquella navegación con particular tiento y cuidado de salvarlos por un lado por el manifiesto peligro de encallar o hacerse pedazos la embarcación, cuando no pensaban haber llegado a ellos se hallaron de repente de la otra parte y que la carabela había pasado por encima con evidente riesgo que no conocieron hasta que estaban ya fuera de él; y todos los expertos reconocieron en este caso, particular favor del Señor y no menos en el que se sigue. Pasada la Baya navegaban a media noche muy confiados porque a la cuenta del piloto se hallaban más de cincuenta leguas metidos al mar, dormían todos a sueño seguro, sólo un marinero de buen tiento velaba advertido, éste reparando le pareció divisar cerca tierra avisado el piloto no hizo mudanza, por parecerle imposible. Se vino inquieto el solícito marinero; antes certificada más la vista se volvió a hacer nueva instancia y requerimientos del peligro que, reparando todos vieron tal al ojo que a poco

Jesús en su pueblo natal a fines de 1606, embarcándose para las Indias seis años después, teniendo como destino a Concepción en Chile. Fue elegido procurador de la provincia del Paraguay en la Congregación de 1626, partiendo de Lisboa el 23 de enero de ese año y arribando a Buenos Aires el 29 de abril de 1628. A su regreso fue designado provincial de Chile (1628-1632) y luego del Nuevo Reino (1639-1642), falleciendo en Lima el 14 de marzo de 1656 (STORNI SJ, Hugo p. 272).

³⁰ Una detallada nómina de los sujetos que vinieron en la expedición del padre Sobrino del año 1628 en LEONHARDT, Tomo XIX, p. LIII.

trecho fueron inevitable porque se iban con la proa a tierra, que vieron tan cerca de las tinieblas de la noche, que a poca tardanza encallaba sin remedio la nave. Muy alentados quedaron el Padre y sus compañeros por haber escapado de dos tan grandes peligros, pero les faltaba mucho mayor, el tercero. Dos meses había que 10 navíos enemigos asombraban a Pernambuco y sus costas por las cuales andaban en corso con tanta ganancia, que no se escapó embarcación de sus manos porque tenían tomadas todas las entradas del puerto. De unos pescadores tuvieron noticias se esperaba del Río de la Plata una carabela de retorno que era la que al Padre llevaba, concibieron grandes esperanzas de un rico pillaje si la habían a las manos y así se determinaron aguardarla como lo hicieron por muchos días. Mas les hizo Dios herrar el lance; porque un día antes que el Padre llegase, un repentino temporal forzó al enemigo a engolfarse, y el mismo apresuró el curso de la carabela, metiéndola con mucha prisa en el puerto, como quien le abría la puerta al enemigo, la cerraba de golpe. Cuando los vieron entrar salvos concurrió toda la villa admirada y atónita pregonándolo por milagro de la divina providencia y avisados con la novedad los que iban inocentes en su peligro dieron todos al Señor afectuosas gracias.

En Pernambuco se detuvo el Padre 4 meses por haber aviso de Su Majestad que toda aquella carrera estaba infestada de corsarios y orden que ningún navío se hiciese a la vela por el manifiesto riesgo. Al cabo de estos, aunque con hartos peligros, fiándose de quien en tantos había mostrado acompañarle se embarcó para Lisboa. A cuya vista estuvo muy a pique de padecer fortuna el navío y tan zozobrado que los que en él iban se daban ya por perdidos, tal que un estudiante que el Padre consigo llevaba llamado Don Manuel de Cabrera³¹ hijo de un

³¹ Manuel era hijo de don Pedro Luis de Cabrera, descendiente del fundador de Córdoba (Argentina) y de doña Catalina de Villarreal. Nació en Córdoba en 1606 y falleció en Barcelona en 1655. No volvió más a América y su decisión de ingresar a la Orden contó con el beneplácito de su padre, quien a su vez tenía una hija monja y esperaba que Manuel terminara sus estudios. Fue recién al fallecimiento de su padre cuando recibió la herencia y la transfirió a la Compañía, compuesta de 30.000 ducados. Es así que el padre Cabrera desde la Casa de Probación de Tarragona primero y desde el colegio de Lérida después, envió la correspondiente documentación para efectivizar la donación, con la expresa condición de que los mismos fueran destinados a la construcción de una nueva igle-

caballero muy principal de estas partes que le enviaba a España a lograr las esperanzas que sus muchas prendas prometían asaltado del miedo y de tan conocido peligro hizo voto de engañarlas si escapaban, entrando en la Compañía como lo cumplió en el noviciado de Tarragona, donde persevera con edificación.

Llegado el Padre a Europa y concluidos con mucha brevedad los negocios que llevaban a su cargo y alcanzado de Vuestra Paternidad tan buen número de sujetos se partió con su santa bendición para la corte y de ahí a Lisboa para donde había convocado los sujetos de todas las provincias que en breve se juntaron habiendo en los caminos dejado notables ejemplos de edificación y hubo quien con su religioso trato hablando el rebelde corazón de un clérigo de muchos años amanecido y que había tres que no se confesaba, porque traía siempre consigo la mala compañía, la cual apartó de sí y mudó de vida, como lo hicieron otros que dejó, por no alargarme y los muchos peligros que cada particular padeció por venir a los que fueron comunes.

Ya estaban en Lisboa todos los sujetos juntos y a punto para embarcarse cuando de repente les sobrevino un embarazo que les detuvo, mas el que pensaban que lo había de ser de su viaje, ordenaba Dios para allanar el camino. El veedor general de su majestad pretendía que el navío que los Padres tenían fletado era de contrabando y por eso perdido. Les prohibió la partida, instaron los Padres con ruegos representándole inconvenientes, interpusieron personas de mucha autoridad, a todo se mostró inexorable, y al fin los detuvo algunos días después del señalado para la partida. Ya estaban determinados fletar otra embarcación aunque muy incómoda y mal segura. Dio parte el Padre procurador de su determinación al veedor el cual de repente trocado (por la gran suma de sacrificios, oraciones y penitencias que todos los padres y hermanos se ofrecieron para alcanzarlo de Nuestro Señor) dijo quería dar la licencia que había negado para que partiese el navío. En esto entró por la barra otro más grande y reforzado pero lastimado y roto por haberse escapado huyendo de una refriega con dos navíos de turcos que

nueva iglesia, como efectivamente se hizo, siendo en nuestros tiempos declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad (PAGE, Carlos A. *La manzana jesuítica de la ciudad de Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba y Municipalidad de Córdoba, 1999, p. 46).

tenían ocupados los pasos del puerto días hacía y aunque con 4 hombres muertos y muchos heridos se tuvo por bien librado respecto de otro que dos días antes había caído en manos de los enemigos, los cuales era imposible escapar los padres a no haberles el veedor, aunque por distinto fin, estorbando la salida. Por su mudanza repentina dieron al Señor muchas gracias haciendo todos disciplina pública en el refectorio, y alentados con la paternal providencia que experimentaban del Señor aunque había grandes asonadas que hervía el mar de piratas y muchos por esto les disuadían la partida, se arrojaron en sus manos prevenidos con muchas penitencias y oraciones a 15 de febrero de este año de 1628 y a vista de innumerable gente que lo tuvo por un agradable espectáculo de admiración y consuelo por ver la resolución y alegría que manifestaba en tanta juventud con que las delicias y regalos de Europa trocaban por los trabajos de tan remotas provincias. Hasta cerca de la línea gozaron de muy favorable tiempo y con el de mucho consuelo, mas se les huyó de aguar porque el que hacía la descubierta dio vista a dos navíos que venían en su alcance a poco más de legua de distancia, estaba a la sazón el día muy despejado y sereno, cuando de repente avivando más el aire se vistió de una oscura nube que poniéndose en medio defendió la vista al que parecía enemigo. Dentro de una hora se quedó el día tan limpio como antes y no se vieron más los navíos. En el río Género se hicieron escala para tomar algún refresco donde no se puede fácilmente decir las demostraciones de amor de todos los Padres de aquel colegio y regocijo con su llegada; porque luego en sabiéndola fue el Padre rector del abordó (previendo con extraña industria el desembarcarse el Padre procurador porque no le ganase de mano) acompañado del gobernador de la tierra y de toda la nobleza de ella con mucho aparato de canoas a la usanza de aquellas partes, y de chirimías y otros instrumentos que resonando por aquellas riveras ocupadas de la multitud del pueblo regocijada con la tranquilidad del mar y una agradable vista que ofrecía la amenidad de las arboledas circunstantes, hicieron a los Padres un solemne recibimiento. Llegados al colegio es sobre todo encarecimiento explicar el agasajo y regalo que todos los de él, a nuestros pasajeros hicieron, esmerándose con muy grande caridad en regocijarles (como lo tienen de costumbre cuando por el Brasil pasa alguno de esta provincia y lo hicieron a la ida en Pernambuco con el Padre procurador) desacomodándose en su habitación y otras cosas por

hacer comodidad a 43, que eran los huéspedes. Diez días los detuvieron en aquel colegio con el regalo dicho y al cabo de ellos se embarcaron dando a aquellos Padres no menos muestras de caridad que la despedida que en su recibimiento. Salidos del río Género padecieron un manifiesto peligro de hacerse pedazos el navío en una peña de que maravillosamente les libró nuestro Señor. Finalmente a postrero de abril, llegaron al puerto de Buenos Aires donde yo los estaba esperando aunque no tan presto, y así cuando los vieron entrar todos los entendidos se maravillaron mucho por la brevedad del viaje que cuando es próspero suele ser de 3 meses y los Padres aún no pusieron dos y meses pero es sin duda que en este caso más que en ninguno de los referidos se mostró el Señor con nosotros amoroso padre por lo que luego diré porque lo notó toda la tierra y alabó al Señor por ello. No sabré decir el consuelo de que nos bañamos todos los de aquel colegio, certificados ya de su feliz llegada, habiendo por el deseo de ella y peligros grandes de que entonces estaban llenos estos mares (tales que casi del todo había cesado su navegación) estado incrédulos a todo el pueblo que nos lo certificaba, hasta que vimos al Hermano compañero del Padre procurador. Todos salimos llenos de gozo a la playa recibiendo en nuestros brazos con ternísimos parabienes a los que ya gozaban de la tierra que de tan laxos habían buscado. Para que fuese más solemne el recibimiento había hecho bajar con tiempo de la reducción de San Ignacio del Paraná al puerto, al Padre procurador Comental³², con la música de ella, que eran 20 indios grandes y pequeños, diestros cantores y excelentes músicos de vihuelas de arco y otros instrumentos al son de cuales cantaron en nuestra iglesia de acción de gracias un solemne *Te Deum Laudamus* y en casa les hicieron los primeros días varios regocijos de danzas y otras invenciones con mucha destreza y gracia, que se sirvieron de más recrear a los huéspedes del tedio de tan trabajosa navegación, de cebo de sus fervorosos deseos y ansias que todos traían de convertir esta gentilidad viendo en aquellos niños y demás compañe-

³² El napolitano P. Pedro Comentali, había llegado a la provincia del Paraguay en la expedición del P. Juan de Viana de 1617. En la reducción de San Ignacio hizo sus últimos votos al poco tiempo de regresar de Buenos Aires y permaneció entre aquellos guaraníes hasta su muerte, ocurrida el 3 de octubre de 1628, cuando contaba con 69 años (STORNI: 67).

ros el logro tan patente de los apostólicos trabajos de los que se ocupan en esta gloriosa empresa, porque no es fácil de creer el consuelo que recibían en verlos que no cabiendo en el alma, rebosaba por los ojos, arrasándolos de lágrimas, viendo por una parte la devoción y compostura con que celebraban los divinos oficios y mostraban en todo su trato; y por otra la destreza e industria en todo género de policía y ejercicios liberales en que exceden a muchos cultivados de Europa, gente pocos años antes tan bárbara que no los distinguía de los brutos sino la figura y que los más de ellos bautizaron los de la Compañía siendo ya grandes pero de esta materia no faltará lugar donde se trate más de propósito. Quince días no más habían pasado después de la llegada de los Padres cuando estando tratando de su despacho vino a toda la tierra un trabajo que por lo menos les sirvió de harto desosiego y asombro. A 15 de mayo asomaron dos velas juntas que por ser cosa desusada para aquel puerto hicieron estar alerta y más cercanas se conocieron un navío grueso bien artillado y una ligera lancha que venía guiándole y sondeando la entrada, indicios claros que eran enemigos y los hicieron ciertos el haber visto algunos hombres de la tierra que aferrando el navío desviado bien del fuerte llegó la lancha a la playa con buen número de mosqueteros. Corrió luego la voz de que eran enemigos ya al cerrar de la noche y con ella un sobresalto tan grande, que puso a todo el pueblo en gran turbación por ser la gente de él muy poca y estar por todas partes abierto y sin ninguna defensa y recelarse que quedaba escondida alguna gruesa armada y venía aquel navío a espiar como sucedió en la toma de la Baya. No salió a tierra el enemigo aquella noche y así las gastaron los del pueblo en poner sus familias y hacienda en las heredades del campo con grande trabajo en cobro y pérdidas de ambas cosas nos cupo harta parte por tener ocupada la casa con los sujetos y con lo que habían traído de Europa; pero al fin conforme permitió el tiempo se despachó a nuestra heredad donde también mandé asistir los Padres y Hermanos que por la turbación y revuelta con que andaban las cosas comenzaron a gustar de las muchas incomodidades que en las misiones pasan y a dar muestras de ellas de su igualdad de ánimos. Tres días estuvo el enemigo a vista del pueblo y sondeando y tanteando (con su lancha que siempre llevaba delante) algunas leguas que hacia el norte río arriba corre el puerto y en moviendo a todos los rumbos la nave con tanta destreza que se espantaban los más prácticos de este río que por

estar principalmente dentro del mismo puerto, lleno de bancos no se puede entrar a él sin grande tiento y peligro y embarcaciones menores. Así anduvieron a tiro de cañón más y menos desviados de la tierra que estaba toda puesta en armas aguardando el fin de tantos fieros y amenazas, que por entonces no fue otro que partirse sin echar gente en tierra; aunque después de algunas leguas desviados del pueblo tuvieron habla con un hombre de él y le dijeron que eran holandeses derrotados y buscaban bastimentos, mas su intención la declararon en unos pliegos que dejaron derramados por la playa con este sobre escrito. A los gobernadores y justicias del Perú guarde Dios Cristo. Los abrieron las de aquel puerto y hallaron dentro de muchos trasuntos de un cuaderno impreso en Holanda lleno de impiedad y desvergüenza que bien manifestaban sus autores. Todas las cláusulas se enderezaban a destruir la suprema potestad del Romano Pontífice en la Iglesia y el legítimo dominio de su majestad en estas Indias con promesa de grandes premios a los que se hiciesen de su bando. Convocaremos eclesiásticos y seculares a consejo de guerra y a mí también me llamaron allá. Determinaron en esta junta sacar muchos traslados de este cuaderno y enviarlos a las ciudades del Perú para que constase de su atrevimiento. Mas yo desbaraté esta traza persuadiéndoles se podían seguir grandes inconvenientes de divulgarse semejantes blasfemias. Con esto aunque desocupó el enemigo de la tierra no los ánimos de los moradores del temor para lo de adelante, mas a nosotros nos abrió los ojos, para conocer un nuevo beneficio de la divina Majestad y puso en obligación de eterno agradecimiento, porque conocimos claramente que el haber apresurado tanto su camino a los Padres no tanto la clemencia de los tiempos como la Divina, fue para escaparlos de las manos de estos enemigos de su iglesia, que a poner en el viaje del tiempo, que aún cuando se tiene por muy próspero se acostumbra: que son como dije 3 meses, era sin remedio caer en sus manos porque puntualmente al dicho tiempo fue cuando el estaba en el río y herró por sólo 15 días a los Padres en cuyo seguimiento se entendió venía hubo a lo menos después vehementes indicios que cuando pasaron estaban el enemigo albergado en la Isla de Maldonado que está hacia el poniente en la misma boca del río y es ordinario tomarla los que han de embocarle, pero los padres sin darle vista la dejaron a mano derecha porque un recio temporal los desvió de ella estando ya cerca y con deseo de tomarla. Todo esto

notó el pueblo con mucha admiración de la divina providencia, reconociéndola muy particular en este viaje de los Padres y es cierto no podemos dudar de ella pues a la ida y a la venida del Padre procurador hervía la mar de corsarios de tal suerte que en todo este año en que el Padre llegó no ha venido al puerto de Buenos Aires más de un sólo navío y traía de Pernambuco a los religiosos de San Francisco con su procurador y estuvieron un año entero detenidos en Brasil después de haber sido robados de holandeses de Lisboa a aquel puerto y aún 7 Padres nuestros que de la provincia del Brasil vinieron a ordenarse a Buenos Aires han estado detenidos más de año y medio sin volver a su provincia por este mismo riesgo de enemigos. Así que por todo esto nos hemos visto obligados a dar a Nuestro Señor infinitas gracias.

Partido el enemigo, recogí al colegio los Padres y Hermanos y traté de despacharlos con brevedad a sus puestos como lo hice enviando con el Padre procurador Comental que volvía a su reducción todos los Padres que venían acabados sus estudios. Los llevé conmigo 6 leguas que dista del pueblo el paraje donde se embarcaron en el grande río Paraná para las reducciones. Allí los despedí con grande consuelo mío que me causó la alegría con que partían por verse ya cercanos a emplear sus fervorosos deseos de conversión de tan extendida gentilidad. Vuelto al colegio salí dentro pocos días con los demás que quedaban parte de este colegio de Córdoba, donde llegamos después de un mes de camino, con increíble fiesta y gozo de todos los que recibieron con extrañas muestras de amor a los carísimos hermanos que con tantos deseos esperaban. quince días después partió el Padre procurador para su vice provincia de Chile con los 6 sujetos que Vuestra Paternidad mandó darle y los demás quedaron ocupados en este colegio en sus estudios hasta que llegue el tiempo de empelarse en la copiosa mies que les está esperando en tantas provincias, que es el fin que de Europa les trajo. Esto es lo que me ha parecido digno de notar a cerca del viaje del Padre procurador y sus compañeros.

Carta Anua del provincial Diego de Boroa donde transcribe una carta del procurador Juan Bautista Ferrufino de 1636.

Anales de la Provincia del Paraguay desde el año de 35 hasta el mes de Julio de 37 a nuestro muy Reverendo Padre Mucio Viteleschi Prepósito General de la Compañía de Jesús³³

En los últimos del año pasado de 34 remití a Vuestra Paternidad los anales de la provincia donde di cuenta de lo sucedido en ella hasta aquel tiempo, dando fin al discurso de los sucesos y gloriosos empleos en que los hijos de Vuestra Paternidad se ocupan de estas partes con la visita que hice de ella rematando en las misiones del Paraná y

³³ Esta anua se encuentra firmada por el padre provincial Diego de Boroa, en Córdoba, el 13 de agosto de 1637, con la particularidad que su autor transcribe una carta del procurador Juan Bautista Ferrufino sobre su viaje realizado entre 1634 y 1636. La Anua fue impresa al igual que las de 1626-1627, siendo publicada por Carlos Leonhardt SJ en el tomo XX pp. 443 a 481. El P. Boroa nació en Trujillo, Cáceres, el 25 de julio de 1585, ingresando a la Compañía de Jesús de

Uruguay en que tanto se sirve a Nuestro Señor con grande gloria suya. En esta proseguiré estos dos años siguientes de 35 y 36 y parte de 37 donde los sucesos no han sido menos gloriosos, ni los trabajos de los hijos de la Compañía de menor mérito, antes mayores y más gratos a los ojos de Dios. Cuanto lo testifica la sangre nuevamente derramada por la fe y promulgación del Santo Evangelio acompañada de muchos niños inocentes, los cuales imitando a los de la primitiva iglesia, primero han ido a gozar del cielo que de la tierra, dejándola matizada, y hermosa con el carmín rojo de su sangre acabando sus vidas a manos de crueles e inhumanos tiranos.

Los sucesos de estos tiempos han sido varios, unos prósperos y felices, otros de calamidad y trabajosos con pestes y enfermedades y persecuciones, parte causadas de los indios bárbaros que se han rebelado en diversas partes de esta provincia y parte no sólo de los hechiceros infieles que publican ser dioses y procuran desarraigar la fe de estos pueblos cristianos y acabar con esta nueva cristiandad tan agradable a Dios Nuestro Señor. Pero la más rigurosa ha sido la de los mismos cristianos que con increíble inhumanidad entran por nuestras reducciones matando, destrozando cautivando y llevando en cadenas a los indios de ellas a las costas del Brasil de donde han venido a hacer crueldades los años pasados, como largamente de cuanta de Vuestra Paternidad asolando totalmente aquella florida cristiandad del Guayra y ahora nuevamente han vuelto a continuarlas en esta del Uruguay que tan gloriosamente iba creciendo, de cuyos sucesos iré dando cuenta cada uno en el lugar y tiempo en que ha sucedido.

Pero antes de comenzar en particular los sucesos de esta provincia, quiero representar a Vuestra Paternidad la gran falta que en ella hay de obreros evangélicos que distribuyan y repartan el pan que con tantas ansias piden de todas partes; así las nuevas provincias de infie-

Jesús de Toledo en 1605. Cinco años después arriba a Buenos Aires en la expedición del P. Juan Romero y se traslada a Santiago del Estero donde recibe su sacerdocio de la mano del obispo Trejo y Sanabria. Destinado a las misiones en 1619 da sus últimos votos en Encarnación en 1619. Como provincial asume en 1634 cumpliendo dos trienios. Muere en la reducción de San Miguel el 19 de abril de 1657 (STORNI: 42). Noticias necrológicas del P. Boroa las encontramos en la Carta Anua de 1658-1660, f. 78.

les ya dispuestas para recibir el Santo Evangelio, como de las ciudades de españoles y pueblos de indios antiguos de toda esta gobernación, según lo dan a entender las cartas que de muchas partes y ciudades me han escrito los cabildos y vecinos de ellas.

Porque con la venida del Padre Juan Bautista Ferrufino³⁴, procurador pasado, ha tenido esta provincia alguna ayuda con los nuevos sujetos y fervorosos operarios que Vuestra Paternidad nos cambió y salido del cuidado y aflicción que nos causaba su tardanza y prolija navegación. Pero como la falta de obreros es tanta, la mies sobrada y la necesidad grande, y sujetos que han faltado en esta provincia en el ínterin que el Padre procurador fue y vino fueron en tan gran número que llegaron a 37 y entre ellos insignes ministros del Evangelio y operarios fervorosísimos de la viña del Señor que llenos de grandes méritos, dejándonos raros ejemplos de sus virtudes y santa vida se fueron a gozar del premio colmado de sus virtudes y trabajos enviando delante innumerables almas que por su medio predicaron se salvaron, como esperamos, y el número que vino con el padre procurador fue solamente de 22 sujetos³⁵, los once sacerdotes, los cuatro Hermanos estudiantes y los demás coadjutores no se ha podido aún llenar el vacío que quedó de tantos como faltaron con que la falta de operarios es conocida, y la necesidad de ayuda mayor. Porque solamente tiene esta provincia 156 sujetos, los 95 sacerdotes, los 36 profesos de cuatro votos y los 55 hermanos, los 11 estudiantes, los demás coadjutores, y era imposible poder acudir a tantas partes y ministerios como en esta provincia hay. Si Nuestro Señor no diera a los hijos de ella tanto fervor, y deseo de traba-

³⁴ Juan Bautista Ferrufino nació el 28 de marzo de 1581 en Milán, donde ingresó a la Compañía de Jesús en 1599. Llegó a América y pasó a Chile en 1607, alcanzando el sacerdocio al año siguiente de la mano del obispo Pérez de Espinosa. Sus últimos votos los da en Córdoba en 1614. Fue elegido procurador a Europa en la Congregación de 1632, viajando a Europa y regresando en el día de Noche Buena de 1636, luego de diez meses de viaje. Fue elegido provincial del Paraguay en dos oportunidades (1632 y 1645). En medio de esos periodos fue designado provincial en Chile en 1637. Falleció en Buenos Aires el 4 de octubre de 1655 (STORNI: 101). Una necrología en ARSI Paraq. 15 Necrolog. 1598-1702. ff. 277-282.

³⁵ El mismo Leonhardt en el Tomo XIX p. LIV, confirma los nombres de los 22 sujetos que llegaron con el Padre Ferrufino en 1635.

jar y padecer por su amor con que se cogen tan colmados frutos.

Y porque no queden sepultados en el olvido gloriosos trabajos que han padecido el Padre procurador y sus compañeros en su navegación, queriéndoles industrial el cielo para los que les esperaban en esta provincia en la promulgación del Santo Evangelio y en el cultivo de tantas bárbaras naciones donde los hijos de la Compañía se emplean con gloriosos empleos, y fruto conocido de tantas almas y Dios Nuestro Señor es glorificado y conocido por medio suyo. Haré ante todas cosas una breve relación del discurso de su viaje, y de los trabajos y necesidades que padecieron y de las ocupaciones gloriosas en que se ocuparon con gloria de Nuestro Señor y provecho de las almas. Pero porque de la ida del Padre procurador a España no hay cosa particular más de que Nuestro Señor con su paternal providencia le libró visiblemente de los enemigos corsarios del mar, porque habiendo salido otros dos navíos de su compañía y caminando juntos los otros dos cayeron en manos de los corsarios y el Padre solo se libró y llegó a salvamento a la ciudad de Oporto en Portugal; haré solamente relación de lo sucedido de vuelta de Roma desde que se desembarcó en Lisboa hasta que llegó a esta provincia por ser cosa digna de historia.

*Relación de lo sucedido al padre Juan Bautista Ferrufino
y a sus compañeros desde que se embarcaron en Lisboa hasta que llegaron al
Puerto de Buenos Aires*³⁶

Llegó el Padre Juan Bautista Ferrufino con sus compañeros por fin de mes de mayo de 1635 a la ciudad de Lisboa con ánimo y deseo de embarcarse luego en compañía de la armada que estaba apresta-

³⁶ Otra relación del mismo viaje, aunque contando la travesía desde Génova a San Pablo, la hizo el padre Antonio Ripari (ARSI, Paraq. 22, ff. 2-41. *Breve Relazione del viaggio di 24 della Compagnia di Gesù che per la Provincia del Paraguai con il Giovanni Battista Ferrufino Procuratore e Provinciale del Chile partirono dal porto di Lisbona agli 11 di febraio l'anno del Signore 1636*). El jesuita italiano solo estuvo tres años en el Paraguay debido a que alcanzó el martirio de manos de los indios del Chaco el 1º de abril de 1639. Nació en Casalmorano, Cremona, el 16 de agosto de 1607, ingresando a la Orden en Milán a los veinte años. Sus primeros votos los da en Génova en 1629 (STORNI: 240) y posiblemente permaneció allí hasta su partida el 19 de noviembre de 1634. Cuenta que en su viaje por el Mediterráneo, rumbo a Alicante, padeció una gran tempestad en el golfo de

da para el socorro del Brasil, donde recibidos de todos los Padres de aquella ciudad con grandes muestras de alegría, caridad y agasajo, como siempre lo acostumbran a ser a los que vienen a esta provincia hospedándolos con grande amor, y regalándolos con grande cuidado, no sólo de San Antonio, sino en la casa profesa y en el novísimo de que esta provincia está muy agradecida y reconocida a tanta caridad; mas no tuvo efecto su partida, porque faltando navíos de satisfacción, para la armada y soldados se embarcaron por su majestad los que había en el puerto de particulares para socorrer aquella necesidad, y entre ellos se embargó el navío que el Padre tenía fletado por ser bueno, con que por entonces se estuvo [detuvo?] su partida. Y fue necesario estar más tiempo en aquella ciudad hasta hallar embarcación a propósito y compañía segura con quien [viajar?] con seguridad. Viendo el Padre su detención en el ínterin que buscaba otro navío y se alistaba para salir para aquí, los padres que traía consigo comenzaron a efectuar los fervorosos deseos que traían la salvación de las almas. Ordenó que saliesen algunos a hacer misiones dentro de la misma ciudad y a sus arrabales, como lo hicieron. La primera fue al castillo de los castellanos que está en medio de la ciudad donde fueron los Padres por tres veces haciendo mucho fruto en ellos con las pláticas y sermones que les hicieron consolándolos a todos y a sus mujeres donde se hicieron confesiones de mucha importancia y gloria de Nuestro Señor que hacía años que no se confesaban y recibieron el Santísimo cuerpo de Cristo Señor nuestro

de León, pero que relató en una carta que escribió desde Sevilla y no hemos localizado. Llegó “*en la vigilia de San Andrés*” (30 de noviembre). Lo hizo junto con los PP. Leria y Arconato. Llegados a la península, el primero partió a Madrid, mientras que el segundo lo acompañó todo el viaje. De Alicante pasaron a Murcia y luego a Caravaca, Granada y finalmente Sevilla en la tarde de la Navidad de aquel año. Allí se les unieron luego los PP de la provincia romana Marcelo Salamiti, Simón Vandini, Giovanai Sassatelli además de dos hermanos coadjutores, que Ripari no nombra y que creemos pueden ser Pablo Annestanti de Terni y Sebastián Discreti de Macerata. Mientras que de la provincia de Parma llegó el P. Beltrán Correggio. Todos ellos habían salido en una galera de Génova dos días antes que Ripari, Leira y Arconato. Pero desembarcaron en Marcella de donde pasaron a Barcelona, después Madrid y finalmente Sevilla. En este colegio Vandini, Sassatelli, Ripari, Correggio y Arconato, además de tres españoles y dos diáconos, fueron ordenados sacerdotes (ARSI, Paraq. 22 f. 6).

con grande consuelo y alegría de sus almas y provecho suyo habido más a hacer fruto entre estos soldados el predicarle en su lengua castellana y confesarlas en ella como ellos decían, quedando muy agradecidos a esta buena obra y edificados muchos oficiales reales de aquel castillo viendo el suelo y fervor con que los Padres les enseñaban confesaban y trataban.

La segunda misión fue a una nave de la India, que estaba llena de soldados para el Brasil y tenía grande necesidad del socorro espiritual de sus almas publicaron los [...] nao el jubileo y fue también recibido de todos que confesaron y comulgaron habiendo prevenido algunas pláticas en que se les enseñó las obligaciones que tenían de ser soldados cristianos y vivir como tales de que tenían harta necesidad. La tercera no menos gloriosa que provechosa, fue a las galeras por ser gente mas necesitada y llena de miserias, como lo significa el ejercicio y habitación que tienen. Estaban muchos de estos miserables mal amistados con mujercillas perdidas y viles, porque ellas les acudan con algún sustento para el cuerpo no haciendo caso del peligro de sus almas. Luego que los Padres les comenzaron a tratar de su negocio de ellos, era pedir socorro y limosna para el sustento del cuerpo y nada para el alma, y diciéndoles los Padres que venían a traerles las cosas de sus almas y que se confesasen, respondían que, cómo querían que se confesasen si no tenían qué comer y se estaban muriendo de hambre. Oyendo esto, un Padre pareciéndoles que más lo decían por tristeza que por necesidad, queriendo con aquel modo estarse con sus malas vidas y peores acciones, cogió la mano y les respondió enseñándoles el cuidado que debían tener de no ofender a Dios y que la causa de padecer necesidad en el cuerpo, era porque sus almas estaban más necesitadas de remedio. Les hizo una buena y fervorosa plática sobre este punto [...] con el cual se movieron de manera que comenzaron todos a decir que querían confesar, diciendo que querían ser más hijos de Dios que esclavos del demonio, aunque sus cuerpos padeciesen. Y se llegó de ver de veras lo que decían y que les salía del corazón, porque al día siguiente, se confesaron todos y recibieron el Santísimo Sacramento habiendo compuesto sus almas, dejando unos las mujercillas y echándolas de sí, y otros casándose con ellas, con que quedaron todos remediados y muy consolados, los cuales pidieron a los Padres volviesen allá otra vez a consolarlos, pues habían comenzado, y así lo hicieron, cogiendo siem-

pre el fruto de sus visitas. También acudieron diversas veces a la casa profesa a confesar, acudiendo mucha gente y concurso, edificándose mucho los Padres profesos del fervor de los nuevos misioneros.

Se detuvo el Padre en esta ciudad hasta la pascua de navidad, esperando ocasión de embarcarse, ocupándose los Padres en estos ejercicios y misiones que hemos dicho y llegándose el día de hacerse la vela, que fue el segundo día de pascua, salieron del puerto en compañía de seis bajeles³⁷ que iban a diversas partes del Brasil y apenas habían salido, cuando se alborotó el mar con una tempestad y viento contrario tan furioso que fue forzoso volver atrás y arribar otra vez al puerto de Lisboa, de donde habían salido. Estuvieron otro mes y medio esperando tiempo para volver a su viaje. No estuvieron ociosos los Padres en este tiempo porque había en el puerto dos navíos que iban de socorro al Brasil, y cayeron enfermos en ellos muchas personas. Acudieron los nuestros a confesarlos y consolarlos y quedaron tan agradecidos a esta obra de caridad que [solían?] decir a los marineros y gente de nuestro navío, que eran dichosos por llevar a los Padres en su compañía. Se serenó el tiempo y se mudó el viento contrario en favorable, el lunes segunda semana de cuaresma, a once de febrero de 1636. Se hicieron luego a la vela en compañía de los mismos navíos, caminaron aquel día y llegando la noche de sobre nuestro navío uno de turcos, y comenzó a disparar algunas piezas, pero como nuestro navío iba a la sombra de otros dos bien artillados, hicieron la resistencia, y conociendo la fuerza el enemigo vio sin hacer daño alguno. Caminaron nuestros Padres con próspero viaje y viento favorable, hasta la altura del río Género. Muy alegres de verse en aquel paraje, pareciéndoles que dentro de pocos días llegarían al puerto de Buenos Aires, pero Nuestro Señor, que les quería dar el noviciado de antemano y ejercitar a los trabajos para que no se les [...] nuevo el verlos que tan a manos llenas padecen los ministros del Evangelio en estas partes, ordenó y permitió que los

³⁷ Ripari señala que fueron siete los buques que los acompañaron. También afirma que eran 24 los jesuitas embarcados y no 22 como señala Ferrufino. También este último no cuenta el ataque de un navío moro antes de llegar a la isla Madeira y su paso por las Canarias y Ascensión, donde se detuvieron por unas horas.

tiempos se mudasen y trocasen de manera que parecía que el viento y el mar andaban en contienda; y por fin, para afligirlos más y más, ya con tempestades y vientos contrarios sin dejarles hacer el viaje. Comenzaron las almas tan grandes y pródigas con un calor y bochorno tan grande, que no podían vivir. Se fueron continuando por muchos días con que el mantenimiento y el agua faltando, y el poco que quedaba con el calor se corrompía y se pudría de suerte que no era de provecho, comenzaron a sentir los Padres la necesidad y dar muy por taza la comida. Dejando de cenar, comiendo solamente a medio día era una muy corta y limitada ración, que era un poco de bacalao y unas pocas de lentejas. Quiso Nuestro Señor consolarlos porque cesaron las calmas y el soplo del viento valeroso y favorable que les llevaba la falta de comida con consuelo y alegría, pero les duró poco tiempo porque les sobrevino un temporal de viento furioso que duró cinco días, volviendo a desandar el navío lo que había caminado, volvieron las calmas después de la tempestad y los pilotos se hallaron muy apartados del puerto sin poder hacer viaje y el matalotaje se iba acabando a toda prisa, y fue necesario poner mayor tasa en la comida y aminorar las porciones, contentándose todos tener con que meramente pudiesen vivir pasando una perpetua colación detrás de calmas. Vino una tempestad mayor y más cruel que duró tres días, que parece que al paso que se les iba disminuyendo la comida, se les iba acrecentando las tempestades y trabajos, hallándose en trabajo que no podían tener otro socorro que el de Dios. Fue grande su aflicción y aprieto en que se hallaron los marineros, rendidos del trabajo continuo y cuidado de gobernar el navío, agarrando dos y tres al leme y gobernarle, y no le podían sujetar por ser grandes las mareas y fuerzas del viento. Accedieron todos nuestros Padres a pedir socorro al cielo, invocando en su ayuda a la Virgen Santísima, derramaban todos copiosas lágrimas, pidiendo misericordia, cebraba [quebraba?] el corazón ver aquel espectáculo, llenos todos de contrición y temor, esperando ya la muerte. Por horas hicieron voto de ayunar todas las vísperas de la Limpia Concepción y de Nuestro Señor Padre y de San Francisco Javier y los renovaban todos los días después de las letanías. No se oía en el navío sino llantos y suspiros de los nuestros como de los marineros. Prometieron muchas misas a las almas del purgatorio. Crecía cada día más la tempestad y más el terror y contrición, y los Padres iban ofreciendo más y haciendo buenas promesas a la

Virgen y a Santos de devoción. Vino a tal punto la tempestad, que se juzgaba por cierto ya el perecer todos en este estado. Un Padre³⁸ salió al combés del navío y dijo las oraciones que la Iglesia tiene para las tempestades. Conjuró los vientos y echó al mar una reliquia de San Francisco Javier, y Nuestro Señor fue servido por intercesión de su siervo, consolados que tan afligidos estaban. Sosegó el viento, y volviendo favorable dio el navío vista a la isla de los lobos³⁹ que está en la boca del Río de la Plata, a 60 leguas del Puerto de Buenos Aires, y poco después a la isla Maldonado y Montevideo, y el piloto no era práctico y pareciéndole que iba muy junto a tierra, hizo al mar, apartándose de la tierra tanto, que no volvieron a ver más por algunos días. Siendo así que si siguiera el rumbo que llevaba con el viento que hacía en 24 horas echara ahora en el puerto de Buenos Aires. Pero habiéndose mareado dio lugar a que el tiempo se mudase como lo hizo, viniendo un recio temporal que fue necesario coger las velas y calar todos los mástiles y dejar el navío a sus aventuras, perdiendo las esperanzas de poder tomar otra vez el río ni entrar en el puerto, con que se determinaron a arribar en Brasil. Se puso en ejecución esta determinación. Caminó el navío con aquel viento dos días en demandas de algunos de los puertos de Brasil, dejando el Río de la Plata y el puerto de Buenos Aires por popa con ánimo de invernar en el Brasil y en la primavera, cuando corren los tiempos favorables, volver en busca de él y acabar el viaje. Pero al cabo de dos días se les mudó el viento de proa tan contrario, que no les dejaba ganar rumbo ninguno, aquí fue mayor la confusión y perplejidad, viendo que caminaban en demanda del puerto de Buenos Aires, hallaban el viento contrario si volvían hacia el Brasil, se les mudaba el viento de suerte que hacia donde el navío mudaba, la proa para hacer viaje, hallaba el viento en contra. Gastaron en estas contradicciones quince días. La comida por días fue ya acabando y tasándola mas de suerte que ya no quedaba en el navío más que una pipa de agua y un

³⁸ Ese sacerdote fue Antonio Ripari (DEL TECHO, cap. XXIX).

³⁹ Casi todos los autores se refieren a ella, especialmente Cattaneo. La Isla de Lobos es una pequeña isla uruguaya ubicada unos 8 kilómetros al sudeste de Punta del Este con un faro de 59 metros de altura. Se llama así porque en otros tiempos, no muy lejanos, habitaban en ella lobos marinos.

poco de bizcocho y el deshecho de unas pocas pasas secas. Al fin descubrieron el puerto de la villa San Sebastián y dieron fondo en ella. Sallieron los Padres flacos, amarillos en los huesos, hechos unos esqueletos de la necesidad que padecieron con la falta de comida. Allí estuvieron dos días, luego pasó el navío a la villa y puerto de Santos por ser más seguro y acomodado puerto. Para invernar, hay en esta villa una residencia de la Compañía. Luego, los padres de ella supieron la llegada del Padre procurador y sus compañeros acudieron con muy grande amor y caridad y les hospedaron con mucha liberalidad, regalándolos mucho con todo lo que tenían, haciendo grandes demostraciones de su caridad, y porque esta casa era pequeña y los huéspedes muchos que porque pudiesen estar con más comodidad se dividieron los Padres, parte quedando en Santos y parte fue al colegio de San Pablo, 14 leguas de allí, usando con ellos los Padres y Hermanos de aquel colegio muy grande caridad y regalo.

Tuvo noticia el Padre rector del colegio del río Género de la arribada del Padre procurador y sus compañeros y luego al punto despachó un barco cargado de muchos regalos. El mandó orden que los superiores de la residencia de Santos y San Pablo, gastasen con los Padres huéspedes todo cuanto hubieran menester con gran liberalidad, que él lo pagaría y así se hizo, que no permitieron que tiempo que allí estuvieron los Padres que fueron seis meses, gastasen un sólo real. No es nueva esta caridad que aquel colegio del río Género y los demás de la costa del Brasil, usan con esta provincia del Paraguay no sólo que [cuando] a pasar por allí los sujetos que vienen de España, sino que cada año, participamos los que acá estamos, de su extremada caridad y nos hallamos cortos y alcanzados de que fuerzas para corresponder tanta caridad, si bien deseamos ser agradecidos y pregoneros de obras de tanto amor e insigne caridad. El tiempo que nos tuvieron en Brasil acudieron los Padres a su ejercicio acostumbrando a confesar y predicar. Hicieron misiones a una, la villa de San Sebastián. La otra a la Cananea, con grande fruto de los vecinos y moradores de ella y agradecimiento de lo que los Padres habían hecho, siendo recibidos con mucha alegría y consuelo, y el fruto que en ellos se hizo fue grande, porque no tenían allí religiosos ningunos. En San Pablo se hizo lo mismo, predicando los Padres contra el vicio y pecado enorme de ir a cautivar los indios cristianos de las reducciones, y aunque en los demás del pueblo no

se remedió cosas, en algunos se sacó fruto, proponiendo volver allá jamás, como hicieran, diciendo que aunque se murieran de hambre no habrían de cometer más aquella maldad. Una persona que había tratado a uno de los nuestros el tiempo que estuvo allí, no acababa de componer su conciencia, pero llegado el tiempo de volver a hacerse viaje y partiéndose de San Pablo al puerto de Santos, donde el navío estaba, Nuestro Señor le movió de suerte que fue en busca de él hasta Santos, donde se confesó y compuso su conciencia muy a su gusto, quedando muy agradecido al Padre. Se partieron los Padres de este puerto por el mes de diciembre de 1636, un año después que salieron de la ciudad de Lisboa la primera vez, y dentro de pocos días llegaron con próspero viento al puerto de Buenos Aires, víspera de navidad. Se descubrió el navío desde tierra, y los padres del colegio que tenemos en aquella ciudad, deseosos de saber si era el Padre procurador y sus compañeros, acudieron luego a una torrecilla de donde se descubre el mar y se ven entrar los navíos, y cuando ya estaban sin esperanzas que podían ser ellos, les vino un mozo español a avisar de su llegada, con que fue el consuelo y alegría de los nuestros, muy singular y de toda la provincia, que deseaban su llegada, donde fueron recibidos de todos con muestras de gozo y consuelo. Y fue mucho mayor que supieron los trabajos que habían padecido por verlos ya puestos en seguro y con esto podemos proseguir el hilo de la historia de los anales de esta provincia y de lo sucedido en toda ella, así en los colegios como en las misiones, dando principio a los colegios y cosas tocantes de ellos.



Carta Anua del P. Juan Pastor relatando su viaje de 1648.

Carta Anua del Paraguay 1650-1652⁴⁰

Nuestro muy Reverendo Padre en Cristo.

Como pequeña prueba del afecto mío, y del de toda esta Provincia hacia Vuestra Paternidad voy a referir con toda sinceridad, lo que hace pocos meses he escrito yo difusamente a Europa en lengua española, sobre los trabajos apostólicos de vuestros hijos pertenecientes a esta modesta parte de la Compañía, después de haberlo traducido al

⁴⁰ Están escritas por el padre provincial Juan Pastor, siendo suscriptas por su secretario Francisco Vázquez de la Mota quien las dirigió al padre general Goswino Nickel. (Biblioteca del Colegio del Salvador, Cartas Anuas, 1650-1652, Estante 11). Publicadas en Page "El Colegio Máximo... pp 160:165) Juan Pastor nació en Fuentespalda, Teruel, el 18 de octubre de 1580, ingresando a la Compañía de Jesús de la provincia de Aragón a los 16 años. Llegó a América en 1607, dando sus últimos votos en Santiago del Estero en 1614. Fue elegido procurador en la Congregación Provincial de 1644, viajando a Europa por la ruta del Perú al puerto de Arica y no por la habitual del puerto Buenos Aires. Regresa en 1648 y posteriormente ocupa el cargo de provincial en el trienio 1651-1654. Falleció en Córdoba en 1658 (STORNI: 214).

más conciso lenguaje del Lacio. Así merecerá (este relato), ser enviado a Roma, capital de la latinidad, y tendrá entrada al escritorio de Vuestra Paternidad, y ser leído por ella. Estas páginas contendrán brevemente lo que por durante tres años se ha hecho y emprendido, y lo prudentemente se juzga tener derecho a perpetua memoria, y a no ser conservado por escrito. Omito muchas cosas, ya referidas en otras ocasiones, y además se trata de una Provincia, en la cual se acostumbra hacer más bien las cosas grandes a la Mayor Gloria de Dios, y no hablar tan profundamente de ellas. Se trata de los hechos de unos varones apostólicos, los cuales se fijan ante todo en que sus nombres figuren en el Libro de la Vida, para una recompensa más sólida; y los cuales tienen poco tiempo para dar cuenta de sus trabajos, ni aún sumariamente, y cuando lo mande la obediencia.

Se cuentan en esta Provincia del Paraguay ciento sesenta y seis sujetos, de los cuales ciento diez son sacerdotes, ocho son escolares, treinta y nueve son hermanos coadjutores, y nueve novicios.

Están ellos repartidos en ocho colegios, en una Casa Noviciado, y en veintidós residencias.

Lo que todos estos sujetos han hecho por la Gloria de Dios en toda esta Provincia y lo que han sufrido, lo repartimos del modo que en primer lugar trataremos de las residencias o pueblos de indios reducidos, pasando en seguida a las excursiones a países de indios bárbaros, a las estaciones misionales erigidas allí; después trataremos de las cosas notables, acaecidas en los Colegios. Al fin referiremos las gravísimas persecuciones que han sufrido aquí los hijos de la Compañía, los cuales han sido probados en toda clase de vejaciones, y por toda clase de gente, para que se manifieste en todo su acabada perfección.

Comienzo aquí con el relato breve de mi viaje de Procurador a Roma, y de mi vuelta a la Provincia con una expedición de nuevos misioneros, después de cinco años de ausencia, el cual ayudará a excitar a los ánimos a sufrir con paciencia cualquier incomodidad. Estaba yo tranquilamente en Córdoba, desempeñando el oficio de Maestro de Novicios y de Instructor de la Tercera Aprobación, cuando en la Congregación Provincial fui, casi con unanimidad de los votos de los Padres, designado a irme a Europa como Procurador de la Provincia a Madrid y Roma, para tratar allí sobre los graves asuntos que se refieren a ella. Me quise excusar del cargo por mi avanzada edad, poca sa-

lud, amor a los indios y por preferir una vida más sosegada, siendo además incapaz para desempeñarlo bien; añadiéndose el inconveniente de las actuales circunstancias: de ser obstruido el camino por mar en consecuencia de la rebelión de los portugueses, así que casi todo el viaje tenía que hacerse, desde aquí hasta España, con grande molestia por sierra, pasando por el Perú.

Sin embargo me rendí, en vista de que antiguamente ya me había sacrificado a sufrir cualquier molestia, en caso de que se trate de la Santa Obediencia y la Gloria de Dios. Así no me quedó remedio, sino sujetarme y cumplir con mi deber, y esto yo sólo, teniendo que desempeñar no sólo mi propio cargo, sino también el de mi compañero de viaje destinado por el Provincial, el cual no me alcanzó, ya que estábamos separados por el intervalo de más de doscientas leguas. Así me preparé para la partida, siendo menester ocuparse con menudencia para que no me falte nada en el desamparo de una distancia de seiscientas leguas. Hasta ahora no había habido tanta incomodidad en las expediciones a esta Provincia, ya que siempre tenía el Procurador a su lado a su compañero de oficio, y el camino real a Buenos Aires no era más de cien leguas. Desde allí se iba al Brasil con embarcaciones portuguesas, siendo el viaje corto, fácil y barato hasta España, sin necesidad de preocuparse aquí de carretas y jumentos; allí de arrieros, silla y mulas; embarcar y desembarcar los bultos, acarrear los víveres y otras necesidades de la vida, pagar los impuestos y fletes, y tragar las sinvergüenzas de los empleados del puerto. Cinco meses habían ya pasado, después que se me había encomendado este cargo de la Provincia, y todavía no había llegado mi compañero, y hubo de suplirlo con otro sujeto, el cual, por desgracia, no entendía nada de preparativos para tal viaje, ni tenía aptitud para los otros requisitos que se ofrecían en este su cargo, aunque mostraba buena voluntad. Resultó de eso que durante el viaje y por la intemperie, se han agravado mis zozobras, en especial, porque por la ferocidad de los jumentos, y por lo escabroso del camino, muchas veces se volcaron las carretas y se hicieron pedazos, exponiéndose a peligro nuestra vida. Otras veces se han escapado todos los bueyes; después han sido impuestos los bultos a mulas inútiles, porque no marchamos con más soltura adelante; ya que tuvimos que experimentar que las mulas, escogidas para este fin en Córdoba, eran tercas y reacias: Así me vi obligado a alquilar otras, con doble gasto, y

al fin, después de no haber tenido ninguna ayuda en mi compañero, llegue a Potosí casi exhausto de fuerzas y falta de recursos. Me socorrió allí, tocante a mi salud, el caritativo Rector de aquel colegio, dejando incurable la falta de recursos, por no permitir que no se aceptasen las limosnas que se me ofrecían por los extraños.

Entre tanto llegaron cartas de la Provincia, las cuales daban cuenta de que en la Asunción se atentaba por aquel obispo contra los bienes del Colegio de la Compañía, y contra las reducciones de los indios, encomendada antiguamente al cuidado de la Compañía por Reales Cédulas. Así me vi obligado a implorar la protección Real, y a este fin, me fui a la Real Audiencia de la Plata. Desde allí envié varios decretos de la Real Audiencia a la Provincia, contra los que se atreviesen a desterrar a los nuestros, o a invadir sus competencias. Volví a Potosí, bajando de allí por la ruta ordinaria, aunque árida hasta el puerto de Arica enfermándose mi compañero ya en el comienzo del viaje, tanto que por fuerza tenía que demorarse algunos días. Yo proseguí el viaje a marcha forzada, sirviéndome solo un indio muchacho. Este comenzó un día a pelear con los arrieros que hacían el mismo viaje, y fue gravemente herido, y le asistí hasta llegar a Arica aplicándole las medicinas que pude tener a la mano. Allí en Arica me embarqué con mi compañero, todavía medio enfermo llegando con felicidad a Callao, puerto de Lima. Gracias a la Divina Providencia podía yo, después de tres días, recuperar un gran cofre cargado, al cual había olvidado al desembarcar; además, al salir de Lima me fueron enviados desde Potosí otras cargas menores, pero valiosas, las cuales del mismo modo habían sido olvidadas allí. Estos incidentes ocasionados por la completa incapacidad del compañero, me obligaron a devolverlo a la Provincia animándome a este paso los Padres más graves y experimentados del colegio de Lima. Se enojó por eso, y ya en mi presencia comenzó a hablar disparates de mí, y me dio a la postre ocasión para hacer actos meritorios de paciencia; con esto partí del puerto mientras él comenzó a vivir tan disolutamente, que no quiso volver a su Provincia, como se lo había ordenado, y que los Superiores de la Provincia Peruana tuvieron repetidas veces que encerrarle para impedir su disolución.

Así es, que tuve que arreglarme solo en los preparativos de mi viaje por mar, porque, por una extraña fatalidad, se me enfermó también otro compañero más, que se me había designado como subs-

tituto del anterior; se mejoró un poco y pudo embarcarse, pero apenas comenzado el viaje, se enfermó otra vez, así que, hasta llegar a Panamá, todo el peso de los cuidados cargaba solo sobre mis hombros. Por añadidura vinieron nuevas molestias de parte del capitán del buque, con el cual habíamos contratado un camarote reservado para mí y mi compañero; pero él, por avaricia nos obligó a compartir el camarote con un caballero acompañado con su hija soltera, lo que no solo nos causo incomodidad, sino era un atentado contra la modestia religiosa. Más injurioso, y perjudicial a la vez, es lo que al embarcarme en la flota real me sucedió con uno de nuestros sacerdotes capellán marítimo, muy apreciado por el almirante; éste se comprometió a guardar todo mi dinero fuera de lo que quería declarar a los oficiales reales. Lo declaró sin embargo todo a ellos, y hubo que pagar 500 ducados de contribución, alcanzando de este modo que no pude ocultar nada para no tener que pagar las excesivas contribuciones. Al fin pude dirigirme a Tierra firme a España. Aquella infidelidad me costó 1500 ducados. La travesía resultó bastante agitada por algunos temporales deshechos, tanto que se rompió un día el gobernalle y estábamos al punto de naufragar. En este trance levanté el Santo Cristo a lo alto, exhortando a todos que se arrepintieran y confesasen sus pecados; y bajé a la mar un Agnus Dei con reliquias de los santos... y escapamos del naufragio. También este capitán de buque no era muy recomendable, ya que por un miserable camarote para mí y mi compañero pidió novecientos ducados, y no cumplió lo convenido. Pues al llegar a Cádiz me hallé enfermo; aquel empero me hizo poco caso; al contrario me hizo sufrir más en mi desamparo, insultándome con cualquier ocasión, y no dejándome desembarcar un día entero; y a mi compañero, el cual había contestado resueltamente a sus atrevimientos, lo asaltó a puntapiés, por cierto poco agradecimiento por los muchos beneficios de nuestra parte prestados tanto a él como a los demás pasajeros.

Me trasladó a Madrid y conseguí del Consejo de Indias todo lo que yo pretendía: es decir, el permiso para llevar treinta nuevos compañeros de España a Paraguay a costa del real erario, en viaje derecho a Buenos Aires. Así esperaba yo poderme librar de las enfermedades que me habían causado un viaje tan largo por tierra y mar, y los dobles cuidados y trabajos.

En seguida emprendí el viaje a Italia pasando a lo largo de la

costa de España. Embarqué en Valencia y llegué a Génova, Milán y Loreto, haciendo en voto la última legua a pie. Allí (en Loreto) me entregué de lleno a mi devoción, y proseguí mi viaje para llegar felizmente a Roma, muy poco después de haberse allí concluido la Congregación General de la Compañía, la cual había elegido al Padre General Vicente Carafa. Me recibió este con paternal cariño, y me concedió liberalmente todo lo que solicité en nombre y en bien de mi Provincia. Solo me prohibió quejarme delante del Sumo Pontífice sobre las injurias que hemos sufrido de parte del obispo de la Asunción del Paraguay.

Permanecí dos meses íntegros en la Ciudad Eterna. Poco me atrajo su grandeza y fausto, ni sus grandiosas antigüedades, ni sus construcciones monumentales modernas, ni las cortes de los Cardenales y de otros personajes, sus huertas y villas, ni el mismo Sacro Palacio, y me hubiera quedado hasta sin ver al Papa, mucho más, por ser difícil la entrada a él, cuando el Padre General no me hubiera mandado lo contrario. Pues, fui admitido a besar los pies de Su Santidad, y al homenaje hecho al Vicario de Cristo, y alcancé muchas indulgencias. Al fin salí de Roma. Por desgracia no habían llegado a tiempo a Italia los presentes que yo había traído de mi Provincia propios y ajenos; pues no era posible desembarcarlos luego a mi llegada a España. Así no tenía yo con que promover el fácil despacho de los negocios como lo deseaban los que me los habían encargado. Roma, pues, es una corte santísima, pero de todos modos una corte accesible a los obsequios. Me socorrió, empero, en mi apuro, el Padre General y otros caritativos, en especial el Padre Lorenzo Montmorancy, Asistente de Alemania, el cual de las Provincias (de la Compañía), encomendadas a su cuidado, me procuró diecinueve compañeros (nuevos), de ellos seis Hermanos coadjutores, hábiles en toda clase de oficios mecánicos, y trece sacerdotes de los cuales cuatro ya habían profesado y otros dos muy aptos para la enseñanza superior. Además me concedió el Padre Asistente de Italia diez misioneros, y otros tantos el Asistente de España. Al fin me fui por Livorno y Génova a España, y me encontré en Valencia con el Padre Provincial de Aragón, al cual conocí de antes, y esperaba que sería mi principal apoyo, para que no sólo pudiese llevar conmigo a los misioneros ya destinados, sino a otros más de su Provincia. Me engañé, empero, y no conseguí a ni uno solo.

Recibí aquí una carta de mi hermana, monja profesa en el

convento de Tortosa, la cual deseaba encontrarme allí, juntamente con mi numerosa parentela. Pensaba yo, si hubiera cumplido estos santos deseos, me habrían pedido al instante lo mismo los demás parientes de la vecindad, como por derecho. He preferido la más edificante forma de viajar, practicada por San Javier, y me contenté con contestar simplemente aquella carta, y me dirigí derecho a Madrid, y después de haber recibido allí los despachos reales seguí adelante a Sevilla. Mientras se preparaba la partida, recibí de mi Provincia cartas y documentos oficiales, en los cuales se referían las inauditas injurias cometidas por el obispo del Paraguay contra la Compañía, y se pedía del Rey Católico protección y remedio. Para este fin volví a Madrid, y logré lo que pedí: Reales Cédulas y decretos de la Santa Inquisición, suficientes para reprimir la audacia desenfrenada, con tal que hubiera habido más energía en los oficiales reales del Paraguay, y menos contumacia en el obispo y sus secuaces. Pude volver pronto a Sevilla, y me embarqué con treinta y nueve compañeros, cuando, todavía en el puerto, estalló una atroz tempestad, provocada desde la Asunción, capital del Paraguay, y por su obispo, el cual había fingido muchas calumnias contra los Padres extranjeros de nuestra Compañía, secundándole el Residente del Consejo de Indias. Por mandato de este, prohibió el Presidente de la llamada Casa de Contratación de Sevilla, por público pregonero, que ningún conductor o changador se atreviese a embarcar a un jesuita extranjero, bajo pena de doscientos azotes; y que no los admitiesen los capitanes, bajo graves multas pecuniarias. Acto seguido hizo pasar delante de sí, al fiscal mayor, y el real escribano a todos los jesuitas que estaban para partir a las Indias, para examinarlos. Así se halló que de los que estaban al punto de irse con las expediciones del Paraguay, de Méjico, y de Chile y del Perú, que ochenta y cinco eran extranjeros. Todos ellos se vieron obligados a volver a sus respectivos países y provincias, sin que les valiesen sus encarecidas instancias, a los obsequios ofrecidos. Para urgir con más eficacia esta determinación, extorsionó el Presidente, prevenido por algunos émulos de la Compañía, en nombre del Rey, de los Superiores del Colegio de Cádiz y de la Provincia de Sevilla, el precepto de obediencia, que mandaba lo mismo a cada uno de los Procuradores de las diferentes Provincias ultramarinas.

El que sufrió más con todo esto, era yo, viéndome forzado a enviar a tantos jesuitas, a regiones tan remotas, con muy grandes gas-

tos, sin recursos como estaba yo, cargando, por consiguiente, con deudas a mi pobre Provincia.

Alcanzó a algunos de los instigadores de la persecución el castigo que merecieron, en especial a cierto capitán de navío (almirante de la flota), el cual, al salir del Puerto de Buenos Aires con mucha carga, tuvo que presenciar su total ruina, en espacio de dos horas, quemándose el buque con toda su valiosa carga, y pereciéndose además algunos de la tripulación.

Fracasada así la partida de tantos misioneros, pude, a duras penas, conseguir a un sólo Padre, el cual era capaz para cualquier ministerio, tanto la enseñanza, como para gobernar, y a trece más entre Hermanos estudiantes y coadjutores⁴¹, y me embarqué con el dolor que se comprende, tanto mayor, porque era inesperado. Tuve, además, el trabajo de deshacer a muchos bultos grandes, para sacar de allí y devolver las cargas menores de los jesuitas extranjeros en lo cual no pudo faltar que se extraviasen algunos paquetes entre tantas manos, que se metieron con las consiguientes quejas posteriores sobre mí, de parte de las respectivas Provincias. Todo mi culpa, empero, consistió en que no tengo la comprensión y providencia, como la tiene Dios.

Duró el viaje por mar unos dieciocho días, con sus inseparables molestias y peligros sin que se omitiesen en el buque las distribuciones religiosas que se acostumbran en los colegios, como son las oraciones, exámenes, lecturas espirituales, y misa diaria para la comunidad. A la demás gente se predicaba a veces y se explicaba el catecismo. Muchísimas veces pudieron comulgar los nuestros, y a veces también alguna buena gente, que iba con nosotros. Una que otra vez hicimos rogativas públicas, ante todo, cuando, ya en el Río de la Plata, y no lejos del puerto de Buenos Aires, se sentó en un banco de arena el buque, llenándonos a todos con el miedo que se comprende. Pero, por el

⁴¹ La lista completa, aunque no de 14 como señala Pastor, sino de 11 sacerdotes, 9 teólogos, 6 artistas y 3 coadjutores españoles en LEONHARDT SJ, Tomo XIX, p. LIV. Entre ellos viajaron Tomás de Baeza (León, 1624 - Córdoba, 1688) que fue superior de guaraníes en 1677 y provincial entre 1681 y 1685, Diego Francisco Altamirano (Madrid, 1626 - Lima, 1704) provincial entre 1677 y 1681 y luego Procurador en Europa entre 1682 y 1688, visitador de Colombia y Ecuador entre 1688-1696 y del Perú entre 1697 y 1703.

favor de Dios, y con la habilidad del piloto, salió el buque de la arena, sin haber sufrido notable avería, y llegamos todos con felicidad al puerto deseado, aún los que se habían enfermado gravemente durante el viaje, el 13 de enero de 1648.

Encontré esperando al Padre Provincial, el cual me contó luego el aumento de las tempestades provocadas por el obispo de la Asunción, las cuales dejaban prever aquel cataclismo, el cual sobrevino a la Compañía luego al año siguiente, siendo ella expulsada por aquel, con grandes injusticias, despojada de sus bienes, su casa deteriorada y entregada a las llamas, juntamente con la iglesia, incendiándose en nada menos que veintitrés partes⁴².

⁴² Luego continúa con la descripción de las reducciones de San Ignacio del Paraguay y San Ignacio de Yabebirí, Itapúa, Loreto, Apóstoles, San Nicolás, Santa María la Mayor, Candelaria, Santo Tomé, Yapeyú y Mbororé, entre otros.

5 ✦ Cartas del P. Antonio Sepp relatando su viaje de 1691

Capítulo II⁴³

Relación de viaje más detallada, extraída de una carta del R. P. Antonio Sepp, S. J., dada en el pueblo de Yapeyú, bajo la protección de los Tres Reyes Magos, el 24 de junio de 1692.

Un diario de viaje

Si la infinita misericordia de Dios se ha dignado enviarme a mí, criatura desagradecida y gran pecador, desde Europa al cuarto continente, América, así también quiso en adelante manifestar la fuerza de su brazo en mí, su débil criatura. Así me ha guiado felizmente a través de largos y extensos viajes, múltiples peligros del cuerpo y de la vida, por agua a través de amenazador naufragio, por tierra a través de per-

⁴³ La carta está firmada en la reducción de Yapeyú el 24 de junio de 1692. Junto a otras varias fue publicada en Antonio Sepp. *Relación de viaje a las misiones jesuíticas*, edición crítica de las obras del padre Antonio Sepp SJ misionero en la Argentina desde 1691 hasta 1733 a cargo de Werner Hoffmann, Tomo 1, Eudeba, Buenos Aires, 1972, pp 117 a 158. El P. Sepp, nació en Caldaro, Italia, el 22 de noviembre de 1655, ingresando a la Compañía de Jesús de la provin-

secución asesina, y conducido sano y salvo el 6 de Abril de 1691 al tan largamente ansiado Paraguay.

Saliendo de Trento, llegué el 9 de Julio de 1689 a Génova, luego de haber escapado de dos grandes peligros, el desvalijamiento de mis cosas y de un criminal atentado contra mi vida. Desde Génova viajé por el mar Mediterráneo, bajo la amenaza de naufragio, y luego de haber pasado el 11 de Setiembre por las columnas de Hércules, arribé a puerto seguro en Cádiz. En Sevilla he esperado luego un año entero la partida de los barcos. Por fin tendimos velas el 17 de Enero de 1691, en la fiesta de San Antonio Abad, y desde Cádiz nos hicimos a la mar, al gran océano.

Éramos cuarenta y cuatro misioneros⁴⁴ de distintas naciones: españoles, italianos, holandeses, sicilianos, sardos, genoveses, milaneses, romanos, bohemios, austriacos; entre ellos yo, un tirolés, y mi fiel compañero, Padre Antonio Adán Böhm⁴⁵. De este último hablaré más tarde: de su insaciable fervor misionero, de cómo fue mandado por los Superiores para iniciar una nueva misión en el salvaje pueblo de los yaros, de cómo se afana y vive entre estos bárbaros en la mayor pobreza y miseria, y aun de cómo ya estaba dispuesto a alcanzar una glorio-

cia de Alemania Superior en 1674. Sus primeros votos los da en Landsberg dos años después, obteniendo el sacerdocio en Augsburg en 1687. Viaja a Buenos Aires en la expedición que tuvo a su cargo el P. Antonio Parra. A fines de 1689 estuvo en Génova, donde hizo sus últimos votos, partiendo de Cádiz el 17 de enero y arribando a Buenos Aires el 6 abril de 1691. Muere en la reducción de San José el 13 de enero de 1733 (STORNI: 268).

⁴⁴ En 1690 el P. Antonio Parra dirige una expedición complementaria a fin de reemplazar los ocho muertos del viaje de 1680. No era procurador, solo superior de ese grupo, siendo su primer viaje a Buenos Aires. Viajó en el contingente del P. Sepp. No obstante en 1717 fue elegido procurador a Europa pero no viajó al morir al año siguiente. En ella y como bien escribe Sepp, viajaron sujetos de diversas nacionalidades, aunque en número de 33 sacerdotes y 3 coadjutores (LEONHARDT, T.XIX, p. LIX).

⁴⁵ El P. Böhm nació en Alberg, Alemania, el 22 de julio de 1659, ingresando a la Orden en la provincia de Alemania Superior en 1675. Recibió sus primeros votos en Landsberg en 1677 y el sacerdocio en Baviera en 1688. Estando en Sevilla para embarcarse dio sus últimos votos en 1689, falleciendo en la reducción de San Carlos, Corrientes, el 10 de mayo de 1695 (STORNI: 40).

sa corona de mártir derramando su sangre. En efecto, un cruel bárbaro quiso quitarle la vida, y ello habría sucedido seguramente, si la previsión divina no hubiera reservado a su fiel servidor para la conversión de muchas almas aún. De esta manera, un indio rechazó al cruel asesino y detuvo la mano sanguinaria. Era un indígena bautizado y muy querido por mí, de mi pueblo, donde escribo precisamente esta carta ahora. Del Padre Antonio mismo, como ya he dicho, quiero relatar más tarde, para consuelo y estímulo de los más jóvenes, cuyos corazones están colmados del afán de partir hacia las Indias, como también para el consuelo de la señora madre y de toda la muy noble familia del mencionado Padre Antonio.

Eran tres barcos grandes y muy bien provistos de todo armamento bélico. Cada uno llevaba 50 a 60 o aún más piezas de artillería. El barco más grande, la “Capitana”, era mandado por el señor don Antonio de Retana; la “Almiranta” por el señor don Antonio González. La “Pinke” —ése era el nombre del tercer barco— era capitaneada igualmente por un español. Los tres capitanes eran oriundos de Vizcaya, la patria de San Ignacio. La “Capitana” se llamaba *De Sanctissima Trinitate*, mientras que la “Almiranta” llevaba el nombre de la Virgen de los Siete Dolores, *De Christo Nazareno et Matre Dolorosa*.

Subimos a esta “Almiranta”, y con nosotros los señores gobernadores de Buenos Aires, Asunción y Chile⁴⁶, además de la señora gobernadora con sus hijos. Se agregaron varios comerciantes, mozos de almacén, barberos, esclavos negros, negras, doscientos soldados, cien marineros y toda suerte de chusma, porcachones y rufianes.

Aquí es necesario señalar que la Divina Providencia nos destinó a nosotros, los Padres, a la nave de los Siete Dolores. Luego de innumerables fatigas y penas, la Virgen de los Dolores nos guió felizmente al plateado río de Buenos Ayres, justamente en su viernes doloroso

⁴⁶ El futuro gobernador del Río de la Plata era Agustín de Robles, nombrado por Real Cédula del 3 de mayo de 1690 y recibido en Buenos Aires el día del arribo al puerto; el de Paraguay era Sebastián Félix de Mendiola, designado por Real Cédula del 2 de agosto de 1686, haciéndose cargo el 22 de octubre de 1692 y reasumiendo en 1702 el mismo cargo; y el de Chile era Tomás Martín de Poveda, nombrado por Real Cédula el 1° de julio de 1683, asumió en Mendoza en diciembre de 1691 y en Santiago el 5 de enero del año siguiente (MAEDER: 32, 51 y 65).

después de *Dominica Passionis*; sólo el Señor omnisciente sabe lo que hemos padecido en esta travesía. Me contentaré en describirlo someramente:

El lugar asignado por el capitán a un Padre era tan pequeño, que en él no se podía estar de pie, ni caminar, y apenas estar tendido. Medía dos pies y medio de ancho por cinco de largo. En efecto, mi querido Padre Antonio Böhm y un Padre de Austria no tenían siquiera espacio suficiente para estirar sus piernas de noche. Bien es verdad que otros Padres, que no eran de tan alta talla, quisieron cambiar con el Padre Böhm, mas el santo hombre no pudo ser convencido de ninguna manera. El tragaluz, tan pequeño como una ventana de cocina, apenas nos concedía los queridos rayos solares, ya que debía ser mantenido firmemente cerrado la mayor parte del tiempo, para que con la luz del día no entraran simultáneamente las olas embravecidas, causándonos un trance fatal.

Reinaban en el barco un insoportable hedor y un olor fétido. Provenía de la sentina, donde confluyen todas las inmundicias. Y es conocido por todos el olor que despiden los centenares de ratones y ratas —algunas del tamaño de un gato— una vez que se han anidado. Nuestras rosas y violetas eran las cebollas y el ajo de los glotones marineros, nuestro incienso eran las pipas de los soldados, el perfume del almizcle y del ámbar de nuestro botica era la percha del gallinero con sus 600 cluecas y el redil con sus 280 ovejas, sin olvidar otro corral, donde había 150 cerdos. Todo esto había sido previsto como provisión, solamente para nuestro barco, ¡y con todo esto tuvimos que sufrir hambre! pues en lugar de esta carne fresca, teníamos que consumir una podrida, fétida, que había sido conservada un año antes, cuando el barco debió haber partido. Lo mismo sucedía con el bendito pan, que estaba duro como un guijarro, sin salar, lleno de gusanos, ya que también era del año anterior; era un pan dos veces horneado y por ello denominado *biscoctus* ¿Y la causa? La economía del capitán. A éste ya lo castigó el justo Dios en el barco, puesto que diariamente reventaban seis a ocho cluecas y también morían ovejas, y entre los cerdos estalló una peste, de modo que todo lo que fue costosamente pagado para alimentar a los hombres, debió ser arrojado al mar para cebo de las ballenas.

No quiero hablar mucho aquí del agua potable, que a menudo hedía como un charco. ¡Cómo hemos agradecido al Cielo generoso

cuando llovía y podíamos recoger el agua de lluvia en sábanas, sombreros y vajilla! Tampoco quiero hablar mucho de las otras molestias que nos deparaban los mosquitos, chinches, pulgas y la “menta blanca” de los soldados, piojos y ladillas. Nos molestaban día y noche. Es de extrañarse que animalitos tan pequeños y débiles emprendan viaje tan largo, embarcándose como mercaderes codiciosos por alta mar, desde el viejo al nuevo mundo.

¡Cuán a menudo un cabo arrollado no fue mi dura cabecera!
¡Cuán a menudo no zurcí mi sotana, que apenas podía sostener el hilo!
¡Cuán a menudo no lavé mi ropa blanca! Pero a Dios el Altísimo sea eterna alabanza y gracias. Pues Él ha fortalecido siempre de nuevo el espíritu en todas estas y parecidas tribulaciones de la carne. Dejaba llover abundantemente consuelo divino sobre el alma. Durante la mayor parte de nuestra travesía hizo soplar un viento fresco que henchía las velas, haciendo volar la nave como una flecha, y no permitió que encallara en ninguna roca ni que fondeara en ninguna playa.

El 18 de enero estábamos aún anclados frente a Cádiz. Entonces vinieron hacia nosotros los reverendos Padres y Hermanos del Colegio, en pequeñas embarcaciones; nos abrazaban y nos daban cariñosamente el último adiós. Eran bellos de ver en alta mar los pequeños, innumerables barquitos que se acercaban a nuestras grandes naves, las cuales se erigían como castillos o fortalezas. Todos estaban cargados de mercaderías, unos con frutas, otros con pan. Los ocupantes prorrum-pían muy amablemente en el griterío español habitual de despedida para los señores capitanes, gobernadores y Padres de misión, el famoso celeuma: *¡Adiós, caballeros! ¡Buen viaje! ¡Buen Pasaje! ¡Suerte! ¡Buen éxito! ¡Vento en popa! ¡Mar bonanza!*

Contestábamos este griterío alegre con los tambores y pífanos de los soldados, el tremolar de las banderas, el sonido marcial de las trompetas, el tronar de los mosquetes y cañones. Cada nave disparó veinte a treinta cañonazos, provocando un alegre estampido y alborozado tronar en alta mar. Luego ganamos viento y desaparecimos de la vista de Cádiz y de Europa. Sin embargo, no desaparecimos del corazón y de la memoria de nuestros reverendos Padres y Hermanos, de nuestros amigos y conocidos. Rezábamos el *Itinerarium* corriente, en lugar del *Provehimur portu, montesque urbesque recedunt*. Nos encomendamos a Dios, a su digna Madre, a los santos Ángeles tutelares de las na-

ves y del mar y recordamos las pobres almas que naufragaron en ese océano, ahogándose. Ésta es una oración muy útil y costumbre entre todos aquellos que surcan los mares.

El 19, a la caída del sol, observé por primera vez cómo la gran luz del Universo, llamada en las obras de los poetas *Phoebus*, se hunde con su carro y caballo en el mar, ocultándose luego detrás de plateadas montañas de agua. Así lo cantan los autores de fábulas. En realidad la esfera solar, tanto como en otro momento el astro lunar, se me apareció mucho más grande de lo que llegamos a ver los cuerpos celestes en Alemania.

El 20 dejamos atrás un buen trecho y avanzamos en esta noche 60 millas.

Del 21 al 24 se mantuvo el viento norte, henchiendo gallardamente todas las velas, y nos impulsó en línea recta más de 30 millas hacia las *Insulas Fortunatas* o Islas Canarias, que distan 500 millas de Cádiz.

El 25, día de la conversión de San Pablo, se desencadenó súbitamente a la mañana una tormenta terrible: hacia medianoche el cielo comenzó a gruñir, nubes espesas, sombrías, ocultaban la estrella polar, los vientos silbaban y rugían espantosamente, el mar subía y las olas se encrespaban. La nave comenzó a crujiar; ya era izada a la cúspide de una onda, ya arrojada a su profundidad. El timonel ya no podía gobernar la nave, el patrón gritaba, pero nadie le obedecía. El capitán estaba como fuera de su juicio, los marineros palidecían, pero nadie podía hacer nada. “¡Misericordia! ¡Misericordia!” gritaban todos. Nos encontrábamos en grave peligro, hasta que por fin la Madre de la Misericordia, la verdadera estrella del mar nos volvió a alumbrar, transformando el relámpago en la querida luz del día, la furia del viento en calma, las embravecidas, furiosas y encrespadas olas en un liso espejo. Sólo una de las naves sufrió daños: la cruel tormenta partió por la mitad el mástil, a pesar de ser tan grueso que ningún hombre podía abarcarlo con ambos brazos. Nuestra nave permaneció intacta, porque nuestro capitán, en sabia previsión, había recogido todas las velas cuando el cielo comenzó a descargar su ira en rayos. Pues en el mar, las velas son las más grandes enemigas de los vientos, y el mudo elemento les guarda rencor porque ellas solas se le oponen y no quieren someterse a su régimen. Por ello, lo mejor en semejantes peligros es arriar las velas al

primer rayo y plegarlas y amarrarlas al mástil, o sea humillarse profundamente, hasta que el orgullo de los vientos haya cesado y disminuido su violencia. Pues una vez que esta furia atrapa las velas, todo se acabó por cien y más años para ti, querido comerciante o marino. Entonces la nave debe estrellarse y naufragar.

No se puede describir el efecto terrible de los truenos y rayos, del viento huracanado, del aguacero y del rugido de las olas en alta mar, donde se ve sólo agua y cielo.

Nuestro procurador llevaba consigo una pequeña campanilla de Sanctus, que se llama *Kaloko*. Semejante campanilla puede hacer mucho contra la tempestad, pues hasta donde alcance su son, no caen los martillazos de los truenos. Por eso volteamos esta campanilla en seguida que comienza a relampaguear, y así estamos a cubierto de todo peligro.

Su fuerza proviene de esto: hace mucho tiempo se oyó en Méjico, bajo la tierra, una enorme campana, que se tañía por sí sola. No se sabía si los santos Ángeles trajeron esta campana del cielo; sea como fuere, comenzaba a tañir inmediatamente en cuanto el cielo iracundo amenazaba a la ciudad o a sus habitantes con un terremoto. Hasta donde llegue el sonido de esta campana, no se ha derrumbado aún ninguna piedra.

Entonces se fundieron diversas campanillas pequeñas del mismo metal. De vez en cuando, estas campanillas han sido obsequiadas a personas de alta condición, para difundir su utilidad. Una de ellas era la nuestra, tal como suelen llevar esta campanilla todos los procuradores que se embarcan en las Indias hacia Roma.

El 26 alineamos nuevamente las naves en este orden: la “Capitana” volaba adelante a toda vela, le seguía nuestra “Almiranta” con la misma velocidad. Desde este día, la “Pinke” quedó rezagada de seis a ocho millas, pues estaba en un estado lamentable y con la carga mal distribuida. Empero, nunca desaparecía de nuestra vida. De esta manera avanzamos gallardamente el 27, 28 y 29 de enero.

En la aurora del 30, el vigía de turno gritó alegremente desde la cúspide de la nave: *¡Caballeros, tierra! ¡Tierra!* Aquí es necesario saber que en el tope más alto, un vigía hace guardia día y noche. Aquél debe otear el mar con los ojos, así como con un antejo de larga vista, y constatar si en el horizonte aparecen velas o naves, que pueden ser piratas, amigos o enemigos, o tierra, montañas o peñascos. Si se ven bar-

cos, enarbola una bandera roja y según su número, se dispara igual cantidad de piezas de artillería. Inmediatamente siguen todas las otras naves con el enarbolar de las banderas y el descargar de los cañones. Si alguna se retrasa sólo un poco por negligencia, entonces al capitán de esa nave deben imponérsele graves castigos. Pues es necesario evitar todo peligro.

Como ya dije, vimos tierra el 30 de enero. Era la tan famosa montaña y peñasco, llamada “Picus”, de la cual se dice que es la más alta. Estaba en el medio del mar, totalmente desprovista de árboles verdes y arbustos, completamente pelada y calva y constantemente cubierta por un brumoso gorro de dormir, espantoso de ver. Este Picus ya es conocido por nuestros matemáticos como el punto de observación de la altura polar.

El 31 y último día de enero ya estábamos alejados siete grados de Cádiz, que se encuentra a 35 grados de latitud norte, cuando llegamos felizmente a las Islas Afortunadas, conocidas en todo el mundo: las “islas felices”, que también se llaman las Canarias. Dejamos a la izquierda la isla de Tenerife, y a la derecha la isla de Las Palmas. Contamos siete islas, que están todas a 28 grados de latitud. Tenerife y Las Palmas están pobladas. Los Padres del Seráfico Santo Padre Francisco tienen allí un hermoso convento. Dicen los españoles que el zumo de la vid canariense supera todos los demás vinos y es la bebida de los dioses. La bandada de músicos de plumaje castaño-amarillo y blanquísimo de las Islas Canarias canta por sí misma el himno de alabanza a su patria. Por lo tanto, puedo pasarlo por alto. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar la isla de Las Palmas. Empero, de mi pluma debería manar fresca sangre roja, antes que negra tinta, pues bajo estas palmeras el valiente Padre Ignatius Azebedius⁴⁷, con unos treinta de sus heroicos

⁴⁷ El P. portugués Ignacio Azevedo fue nombrado por Francisco de Borja provincial del Brasil. Viajó rumbo a América en el barco “Santiago” con 44 misioneros, mientras el resto de los jesuitas se embarcaron en otras de las siete naves que componían la flota. Zarparon el 5 de junio de 1570, siendo atacados por el pirata francés Jacques de Sorés en las cercanías de la isla Madeira. Pueden huir hasta Canarias, yendo a Tazacorte, al oeste de La Palma. Estuvieron unos días y luego zarparon a Santa Cruz, pero inmediatamente les fue al cruce el pirata y los abordó, asesinando y arrojando al mar a toda la tripulación, entre ellos los

compañeros, se ganó la gloriosa palma del martirio.

Lamentablemente, a los Padres misioneros sólo nos fue dado venerar de lejos con íntima, delicadísima inclinación en nuestro ánimo, la sangre rosada en las verdes olas. El consuelo que sentí entonces, sólo lo pueden experimentar aquellos reverendos Padres y carísimos Hermanos a quienes denominamos indípetas (candidatos para las Indias). *Eja Fratres, animemus nos, et non degeneremus a praeexcelsis cogitationibus maiorum nostrorum; adhuc Palmae virent sanguine nostro irrigandae, ne arescant.* Las palmeras verdes nunca son más bellas que saturadas de roja sangre.

Febrero

El 1º de Febrero tuvimos un fresco viento de popa. El 2, fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria, el tiempo cambió. Un Padre holandés cumplía los últimos votos. Para esta fiesta queríamos hacer música. Sin embargo, no conseguía tocar mi tiorba⁴⁸, porque el impetuoso mar estaba muy inquieto, y sólo permitía soplar los clarinetes y trompetas, y el tronar de los cañones, que eran descargados. Para aumentar la festividad, un negro y esclavo del señor gobernador don Agustín de Robles, recibió las aguas benditas del bautismo.

El día 3 llegamos al Trópico de Cáncer, es decir, a la zona tropical y cálida, donde habitualmente el calor ardiente quema las caras. Esta vez, sin embargo, por una singular disposición divina, soplaba un fresco viento norte que refrescaba todo, de modo que era como en Europa en el delicioso tiempo de primavera.

El día 4 vimos una cantidad de peces voladores, que nos siguieron un buen tiempo, hasta desaparecer finalmente otra vez en el agua. Para conseguir una comida reanimante, los grumetes ataron se-

jesuitas que fueron martirizados. El Papa Benedicto XIV los reconoció como mártires en 1742 y Pío IX los beatificó en 1862 (Julián ESCRIBANO GARRIDO SJ. *Los mártires de Tzacorte*, ed. Parroquia de San Miguel Arcángel de Tzacorte, La Palma, 1992).

⁴⁸ Es un instrumento musical de la familia de los laúd, con doble voluta y ocho cuerdas más para los bajos, siendo su sonido más grave que el laúd común. Era el instrumento favorito de las damas del tiempo de Luis XIV y en el acompañamiento desempeñaba un papel análogo al del violonchelo.

dales a largas cañas. En lugar de cebo, ataron a ellas pequeñas plumitas blancas, luego mantenían las cañas en el aire. Cuando venían volando los peces, cogían inmediatamente las blancas plumitas imaginando que fueran brecas, que constituyen su único alimento. En seguida estaban atrapados en las cañas, y eran un botín de los pescadores. Así pagaban en carne propia el robo que querían cometer en otros.

El 5 de Febrero, fiesta de los Santos Mártires Japoneses, un novicio cumplió sus votos al Todopoderoso, con lo cual fue incorporado a la Sociedad. Los Padres comulgaron, porque habitualmente sólo dos podían celebrar el Santo Sacrificio de la Misa cada día.

Hoy, día 6, pasamos felizmente las islas Hespérides o de Cabo Verde. Lleven su nombre por el hermoso pasto verde, que cubre la tierra con una verde alfombra de terciopelo, y esto durante todo el año, a pesar de que en esta zona cálida, este pasto está sometido sin interrupción a los rayos solares.

Este lugar es muy insalubre, debido a la gran humedad y a los perniciosos vapores que se levantan de las lagunas y charcos. Hace pocos años desembarcaron aquí ocho misioneros con algunos soldados y marineros y comieron los frutos de las palmeras, sandías y naranjas, porque no tenían otra cosa. Eran frutas caras, que no dieron nada a los hombres, sino que les quitaron la vida. Todos tuvieron que morder el polvo y abandonar la vida, para el perjuicio de las provincias paraguayas. Por eso teníamos estricta orden de no poner el pie en tierra; por lo tanto, nos escapamos y pasamos como una flecha. En el barco se encontraban algunos negros, oriundos de esas islas. Dos eran mis discípulos en la trompeta. Son completamente negros, sólo los dientes son blancos como la nieve. Ambos me relataron algo sobre su patria, a saber, que tienen un obispo que es tan negro como ellos, y también los canónigos y los curas que leen la misa son negros. Sólo los Padres de la Sociedad —el Colegio pertenece a Portugal— son blancos. Los blancos son despreciados allí; solamente los negros son apreciados, y cuanto más negro, tanto más hermoso eres. Hoy floreció en nuestro jardincito, que habíamos llevado de España para cultivar flores de diversas especies en Paraguay, un narciso particularmente bello. Nuestra cepa de moscatel por la cual nos preocupamos mucho, comenzó a brotar igualmente. El jazmín aún lleva algunas flores.

Del 7 al 12 recorrimos buena parte del trayecto. Ya sólo es-

tábamos alejados seis grados de la línea equinoccial o ecuatorial. Apenas podíamos ver aún la estrella polar y la Osa o Carro Mayor.

El 13, 14 y 15 vimos toda suerte de monstruos marinos. Un pez muy grande voló como un águila sobre nuestros barcos. Los pescadores cogieron otro en el agua. Se asemejaba a un lobo en el pelo, cabeza y orejas, el resto del cuerpo era el de un pez. Luego del almuerzo, los marineros se divirtieron arrojando al mar gruesas cadenas de hierro, con un anzuelo de seis libras, y al mismo tiempo gritaban y daban voces, y poco faltaba para que reventasen. Todos los señores gobernadores, las damas, todos los comerciantes y Padres llegaron corriendo para ver qué significaba este júbilo. Y he aquí que ocho fuertes pescadores debieron tirar todo lo que podían, para subir un pez enorme a la nave. Este pescado es tan grande como un buey.

Con este pescado el señor gobernador de Buenos Aires presentó un extraño espectáculo ante los misioneros, convirtiendo la pesca en caza. Silbó a los perros ingleses, de los cuales el capitán llevaba tres animales de cría, los desató y los azuzó contra el monstruo marino. Primero los perros no querían, pero cuando fueron azuzados lo suficiente, se animaron al ataque. El monstruo abría su boca indescriptiblemente grande, golpeaba con la cola en torno suyo y mordía con los dientes a sus enemigos, de manera que finalmente los perros se cansaron, antes de haberle quitado la vida. Empero, como no pudieron terminar con él, vinieron los galopines y mozos de pesca con sus armas y dieron el golpe de gracia al animal. La carne fue hervida como una pieza de caza y repartida a todos los ocupantes del barco. Yo también comí de ella, y me supo muy bien, como también al Padre Antonio Böhm.

Ya nos resultaba familiar el espectáculo de los delfines o ballenas, jugando con bolas de agua, tan frecuente en el Océano Atlántico.

En el animal marino indicado era aún notable que por todos lados tenía adheridos pequeños peces como garrapatas. Éstos no eran de ninguna manera sus hijuelos o cría, sino precisamente aquellos pecillos a quienes persigue para tragarlos. Para protegerse de su persecutor, se adhieren a su propio cuerpo, de modo que de ninguna manera los puede coger, e incluso debe llevarlos como animal de carga. De este modo, la providencia de la naturaleza quiere proteger a estos ingeniosos animalitos de sus enemigos, y darnos a entender así, que tam-

poco nosotros debemos odiar y huir de nuestros enemigos, sino prendernos a ellos, abrazarlos, tal como hacen estos pequeños peces con su enemigo.

Hoy, el 16, comenzamos con la novena en honor del gran apóstol de indios San Francisco Xavier. Le rogamos agraciarnos durante nuestro viaje a nosotros, que habíamos llegado ilesos con buen viento hasta el ecuador, también en lo sucesivo con su santa protección.

El 17, 18 y 19 el cielo generoso nos proveyó con algunas limosnas: derramó abundante lluvia para saciar a los sedientos, pues nuestra agua comenzaba a saber muy mal y lo que era *peor*, nos debía ser racionada muy escasamente, dos veces por día, en una pequeña vasija. Por ello recogimos el agua de lluvia en sábanas, manteles y sombreros. Los pobres soldados y marineros la cogían hasta con los zapatos. Las pocas cluecas que aún restaban de las cuatrocientas —la mayoría ya había reventado— estiraban la cabeza, abrían los picos sedientos y atrapaban las gotas de lluvia.

El día 20 se veían a menudo de noche pequeños fuegos que volaban sobre el mar; semejaban luciérnagas, que brillan en la oscuridad. Examinar a fondo este fenómeno no es tan fácil en alta mar como en tierra firme.

El día 21 nos acercamos al ecuador. Sólo nos faltaba un grado, que recorrimos el 22.

El día 22, jueves lardero⁴⁹, a la mañana temprano cruzamos la línea del ecuador, donde el día y la noche son siempre iguales. Nos extrañamos del aire suave, muy templado, que gozamos como una serena primavera. Casi no sentíamos la presencia del sol, que habitualmente suele quemar mucho en el ecuador. Casi todas las travesías experimentan una *malacia* o calma absoluta, de tal modo que los barcos permanecen como clavados y no se mueven del lugar por sesenta o más días. Además, sobre el ecuador suele transformarse todo. El agua se pudre, la carne comienza a heder, las chinches, las pulgas blancas, llamadas de molinero, y los bichitos saltadores de color negro revientan. El aroma de las especias y los bálsamos se evapora. Algunas personas son atacadas por una determinada lombriz, y si no se la combate rápida-

⁴⁹ Es el jueves inmediato a las carnestolendas o carnaval.

mente, el paciente está perdido. Esta lombriz crece, *salva venia in posterioribus* (con perdón de la expresión, en las partes posteriores) y no puede ser expulsada y matada con ningún otro remedio que con jugo de limón ácido. Es realmente una curiosa especie de lombriz. Quizás es desconocida aún para los señores *medici* de Europa. Este mal quería introducirse también entre algunos misioneros, pero gracias a Dios, ellos se le adelantaron. Mi queridísimo, fiel compañero, Padre Antonio Böhm, quien hasta ahora, igual que yo, había permanecido sano, se quejó hoy de dolores de muelas, que cesaron, sin embargo, una vez que cruzamos la línea. Yo me encontraba todo el tiempo con la mejor salud. Por ello, sea eterna alabanza a Dios y debido agradecimiento a la milagrosa Madre de Altoetting⁵⁰. El dolor de estómago (*nausea stomachi*), del cual he sufrido lastimosamente durante el viaje por el mar Mediterráneo, ha desaparecido totalmente. En aquel entonces, el estómago devolvía todo. Ahora podría comer y beber de todo, ni sólo lo tuviera.

No es posible expresar cuánta hambre se siente en travesías marítimas. Exactamente como dice el viejo refrán: “Podría comerme solo un buey entero.” Esta hambre canina debe provenir del salado aire de mar, que acelera la digestión de los alimentos. Y precisamente hoy era para nosotros, los Padres y Hermanos, así como para nuestros queridos amigos en Europa, el jueves lardero; sin embargo, nosotros no sentimos aquí, a la altura de África, nada de este día festivo y lardero: las fuentes permanecieron bien limpias y las cacerolas vacías. En Cádiz el Padre Antonio y yo habíamos invitado a menudo a comer a algunos comerciantes conocidos nuestros de los Países Bajos y de Hamburgo,

⁵⁰ Varias veces mencionada en este texto la Virgen Negra de Altoetting es la mayor devoción mariana de Alemania y por cierto del mismo Padre Sepp. Su imagen se venera en la capilla de las Gracias (Gnadenkapelle). Es una pequeña talla de madera de tilo, conocida con ese nombre por su ennegrecimiento debido al paso del tiempo y al humo de las miles de velas que durante siglos le pusieron los fieles. La estatua de la Virgen es de 1330 y el santuario, visitado en la actualidad por más de un millón de personas, es famoso por dos apariciones de la Virgen en el año 1489. En la pequeña capilla se exponen más de dos mil ex votos y se guardan en una urna de plata los corazones de todos los reyes de Baviera.

los cuales, aunque eran luteranos, nos habían hecho mucho bien. El señor alcalde de Hamburgo nos había concedido un honor especial: cuando nos despedimos de él, nos ofreció dos jamones de cerdo moscovitas. Opinaba que los pobres padres podrían necesitarlos. Con lo cual tuvo razón. Hasta entonces habíamos guardado estos jamones como última reserva. Como ahora estábamos ya en verdadera necesidad, y además queríamos festejar de alguna manera el jueves lardero, invitamos a los Padres de los Países Bajos, de Bohemia, Austria e Italia y consumimos con ellos *in domino* los jamones, lamentablemente sin pan, agua ni vino. Pero también secos agradaron a nuestro paladar. Agradecemos al buen Señor que nos había obsequiado con ellos. Para que los pobres misioneros estuviesen alegres en el Señor, acompañé el banquete con música de mi tiorba. Más tarde, el Padre Antonio y yo tocamos algunas cancioncitas de pastores en la flauta, y también cantamos ese canto consolador de San Pablo: *Quis nos separabit a caritate Christi? Neque fames, neque nuditas, neque tribulatio, etc. nos separabit.* De este modo celebramos hoy el jueves lardero en el ecuador, donde el día y la noche son iguales y el cielo está dividido por la mitad.

El 23 y 24 se mantuvo el fresco viento en popa. Ya nos habíamos alejado un grado del ecuador. Hoy, en el día de San Matías, comulgaron nuevamente todos los Padres, Hermanos y novicios. En días hábiles comunes sólo comulgaban los Padres, pues no todos podían leer la Santa Misa.

En esta mañana se levantó un gran griterío entre los marineros. Cuando se les preguntó por el motivo contestaron que vieron por sobre la cúspide de la nave a San Telmo. Ahora lo alababan con fuertes exclamaciones y gritos. Este santo de la Orden de los Dominicos, es el patrono de los navegantes y es invocado todas las mañanas y noches. Ahora tanto sucede a menudo que en el mar, tanto como en la tierra son vistas extrañas apariciones, hombres ígneos, carruajes ardientes, etcétera. Cuando los marineros ven un fenómeno semejante, gritan en seguida: “¡San Telmo! ¡San Telmo!”. Y caen de rodillas, rezan y cantan sus canciones de pescadores. Los ingenuos marineros creen que amenazan tempestades y peligros cuando se les aparece este santo. Y como creen especialmente que la muerte de uno de los navegantes es inminente, le piden al santo que impida misericordiosamente este mal.

Reverendos Padres y benévolos lectores, desde hoy en ade-

lante, hasta Buenos Ayres, no hemos sufrido ni un solo peligro más, y nadie abandonó el mundo. La gran misericordia de Dios así lo permitió, mientras que de una flota, que hace poco viajó hacia las Filipinas, debieron ser arrojados quinientos muertos al mar. Cuando alguien muere, no se le prepara ninguna pompa fúnebre. Se cuelga una bala de cañón del cuello del cadáver, se le arroja al mar y se dispara un cañonazo. Lo que debe pensarse de la opinión de la ingenua gente de mar lo decidirán personas inteligentes. Yo vuelvo a mi relato de viaje.

El 25 y 26 el tiempo estaba muy inestable. Ya bramaban los vientos, ya caían torrentes de lluvia a pesar del sol resplandeciente, ya tronaba y relampagueaba, ya caía trueno, hasta que finalmente reaparecía el sol. En los trópicos, dos grados por debajo y dos por encima del ecuador, el tiempo es tempestuoso y turbulento durante todo el año. Por fuera de la zona tropical, cielo y mar permanecen tranquilos y plácidos nuevamente, y *Aeolus*, el dios de los vientos, con sus hermanos mofletudos, se mantiene quieto. Por eso, el mar es llamado aquí *mar de las damas*, pues una doncella sería capaz de conducir aquí una nave, tan calmas son las aguas, anteriormente tan furiosamente embravecidas.

Aquí quiero relatar ahora lo que otrora he prometido a los reverendos Padres de Sevilla en una carta latina, escribiendo sobre los imanes y particularmente sobre la brújula. Ellos querían saber si la brújula se desvía de su polo norte en el momento en que el barco cruza el ecuador, para inclinarse hacia el otro, el polo antártico, al cual se acerca en adelante. Por eso relato lo que observamos exactamente el Padre Antonio Böhm, otros Padres y yo, a saber: que la lengüeta de la brújula no se desvía ni cambia en lo más mínimo. También aquí, en el Paraguay, señala fiel y exactamente la estrella polar, que no veré más en mi vida. La diferencia estriba totalmente en nosotros mismos, quienes debemos cambiar nuestro concepto acostumbrado. Donde en Europa es mediodía o sur, aquí entre nosotros es medianoche o norte. El viento sur, allí cálido, es aquí fresco y frío. El viento norte, en cambio, helado en Europa, es aquí cálido como un baño caliente. Así es todo aquí, a la inversa. Ahora, mientras escribo, alrededor del día de San Juan, estamos en pleno invierno, mas sin frío, heladas ni nieve. Así, mis indios no saben qué es la nieve, si es blanca o negra, caliente o fría. En diciembre y enero, cuando en Europa todo se hiela como piedra, nosotros comemos higos y cortamos lirios. En una palabra, todo está aquí cambiado, y acertada-

mente se ha llamado a América “el mundo al revés”. Lo mismo le sucede a uno con el Breviario, que está impreso en cuatro partes: ya he errado varias veces, rezando en la parte del invierno, cuando debería haber tomado la parte del verano, ya que las partes de verano e invierno deben ser trocadas. Nada más sobre el imán. Continuando nuestro viaje, ya pasamos el segundo grado de latitud sur.

El 27 de Febrero celebramos el Carnaval. No como el jueves precedente con un jamón ruso, sino con carne vacuna podrida y un trago de agua maloliente. A pesar de todo, Dios sea loado, nos sentíamos alegres en el Señor. Visité a los enfermos, que yacían en la parte más baja del barco, los consolé y les di almendras y azúcar de anís, que había comprado para mí en Cádiz, para el caso que enfermara. Luego de haber pronunciado un pequeño sermón sobre la paciencia en lengua española, les di mi santa estampa de Altoetting para besar.

El 28 de Febrero iniciamos la Cuaresma, es decir, según el calendario y no en la realidad, pues en virtud de ésta, ya habíamos comenzado el ayuno mucho tiempo antes. Junto con todos los compañeros celebramos el miércoles de ceniza y continuamos navegando alegremente.

El Padre Superior, Padre Antonio Parra, un español muy semejante en figura y carácter a San Xavier, y con todos los demás Padres, Hermanos y novicios españoles, que habían sufrido inmediatamente de la partida de Cádiz de la *nausea stomachi*, el mareo del estómago que vomita y todo lo rechaza, se sentían cada día peor. La causa era que estos Padres se habían embarcado por primera vez, y aún no estaban acostumbrados a los viajes por mar. Nosotros los Padres alemanes, holandeses e italianos ya habíamos pagado al mar Mediterráneo, con vómitos diarios, nuestro peaje y derecho de aduana, que deben tributar sin excepción todos los que quieren cruzar el mar. Quien haya leído mi relación de viaje desde Génova hasta Sevilla, se acordará cuán caro me costó este peaje⁵¹.

Nos daba pena no poder ayudar a los buenos Padres. Las cua-

⁵¹ Esta relación no se ha hallado, pero en esta misma carta Sepp brinda algunas noticias, como que llegó a Génova procedente de Trento el 9 de Julio de 1689, luego de haber perdido su equipaje en un atentado. No sabemos cuando se em-

trocientas cluecas habían reventado todas, como ya mencioné, convirtiéndose en cebo para las ballenas. De las ovejas morían algunas diariamente. De los cerdos nos quedaban doce, flacos como estacas y duros como cuero. Pero la carne de cerdo es, como se sabe, perniciosa para la gente con estómago enfermo. El pan de bizcocho, horneado unas veces, era por cierto blanco como la nieve, pero duro como piedra, además de estar lleno de gusanos y sin salar. Los marineros tenían otro pan, que en las galeras se arrojan tanto a los penados como a los perros. Este pan estaba negro como carbón, mezclado con afrecho, durísimo, sin salar. Pero sin gusanos. El Padre Antonio Böhm y yo lo comíamos diariamente, y a Dios gracias, era mejor para nosotros que cualquier maza-pán o el más tierno pastel. Oh, queridas migas, que en los Colegios de mi Santa Provincia érais barridas de encima y debajo de la mesa por el encargado de la limpieza! ¿Dónde estáis? Cuán cuidadosamente os recogeríamos y levantaríamos, para daros a nuestros enfermos, al Padre Superior y a los demás Hermanos.

Marzo

El 1º de Marzo empezó a cambiar el tiempo tempestuoso, que, como ya he dicho, reinaba de dos a tres grados por encima y por debajo del ecuador en determinados días o bien horas. Por eso, esta noche tuvimos tiempo apacible. En efecto, apareció un grande y hermoso arco iris, que se extendía de un horizonte del mar hacia el otro y nos alegró sobremanera. El arco iris tenía el mismo tamaño y la misma escala de colores que aquellos que se ven en la tierra, sólo que en el mar azul se destacaba más intensamente el azul ultramarino.

Hoy, el 2 de Marzo, ya bordeamos la costa del Brasil, a la altura de Pernambuco. Allí vive, en nuestro Colegio, el mundialmente renombrado predicador Padre Antonio Vieira⁵², un portugués, que otrora había predicado en Roma ante su Majestad Real de Suecia, Cris-

embarcó pero sí que lo hizo en tres embarcaciones genovesas y que el 11 de setiembre pasó por las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), y que se salvó de un naufragio el 18 de octubre del mismo año, arribando al puerto seguro en Cádiz donde estuvo un año hasta que levaron velas el 17 de enero de 1691

⁵² El jesuita António Vieira (Lisboa, 1608 - Bahía, 1697) fue un eximio misionero, orador y escritor. Viajó con sus padres a Brasil donde ingresó a la Compañía

tina. Se dedica hasta el día de hoy, a pesar de su avanzada edad, a escribir libros y a convertir a los antropófagos y bárbaros indígenas del Brasil. Dios le otorgue aún muchos años de vigor y salud, que le serán muy necesarios en esta misión difícil.

Nuestro capitán, don Antonio González, sufrió esta noche grandes dolores, y finalmente eliminó una pieza del tamaño de un huevo de paloma.

El día 3, a la caída del sol, un muy extraño pájaro indiano se posó sobre nuestro mástil, lo que tomamos como indicio seguro de que no distábamos más de treinta millas de la tierra brasileña. Pues estas débiles aves no pueden volar muy lejos mar afuera, ya que allí les faltan árboles en los cuales descansar, especialmente si se trata de un ave tan grande y pesada como ésta. Su cola era como la cola de un dragón, las alas no más grandes que las de un gallo, el pico como el de una becada, la cabeza igual a una cabeza de gallo indiano. El señor gobernador de Buenos Ayres le disparó un tiro. Empero, los perdigones no podían hacer nada al animal, debido a sus espesas plumas, y voló nuevamente a tierra.

El día 4, Primer Santo Domingo de Cuaresma, comenzamos con una misión que duró ocho días, correspondiente de la novena antes de San Francisco Xavier. Todos los días había un sermón, y antes explicábamos a los marineros, soldados, mozos de almacén y aprendices la doctrina cristiana. Los señores gobernadores, junto con sus damas, se presentaban a diario muy aplicadamente a estas edificantes reuniones.

El día 5 nos habíamos alejado ocho grados del ecuador hacia

de Jesús. En 1641 se trasladó a la corte lusitana en la que fue predicador, consejero y amigo del rey Juan IV. Dejó la corte en 1651 y fue nombrado superior de las misiones del Maraón, permaneciendo en Brasil hasta 1661 y dejando una obra misional admirable. Durante el mandato de Clemente X se asiló en Roma al estar en conflicto con la corte usurpadora de Alfonso VI y la Inquisición de Portugal. Cristina de Suecia lo llevó a su corte para darle una tribuna a sus ideas. El religioso regresó a Portugal en 1675 por gestión del papa. En 1679 Cristina le ofreció un puesto en su corte, que Vieira declinó. Volvió a Brasil en 1681 y fue nombrado visitador siete años después, dedicándose fundamentalmente a la predicación y a escribir sus libros..

el Trópico de Capricornio; viajamos en línea recta bajo el sol, que estaba en el cenit, verticalmente sobre nuestras cabezas. No hacía la más mínima sombra, como yo mismo he comprobado a mediodía, en mi propio cuerpo. Esto ya es un hecho conocido por los señores matemáticos. Ahora me parecería digno de meditación por qué no sentimos especial calor, a pesar de que entre el ecuador y el trópico de Capricornio el sol estaba directamente sobre nosotros.

Los días 6, 7 y 8 no sucedió nada especial, exceptuando una breve lluvia, que nos hizo mucho bien.

El día 9, la cabra montés de la constelación de Capricornio nos mostró sus cuernos, pero en buen sentido, y no parecía que nos quisiera golpear, sino dejarnos pasar en esa como lo hiciera su hermano, el cangrejo de la constelación del Cáncer, que tampoco nos pellizcó con sus pinzas del mal tiempo.

El día 10 tuvimos una noche extremadamente hermosa y plácida. Lucifer encendió astros completamente nuevos, aparte de los ya conocidos por nosotros, que veíamos resplandecer tanto en el horizonte como en las alturas. Entre otras estrellas reconocíamos la Cruz del Sur, el Pavón, la *Abeja Indica* (*Apis Indica*), el Camaleón y la *Nube-cula Maior y Minor*. La Cruz del Sur es la estrella polar antártica, no del todo distinta en su constelación de la Osa Menor, a la cual ya no podemos ver en Paraguay, como ya he mencionado. Además, hay aquí muchas estrellas nuevas, cuyos nombres no conozco, pues no están registradas en los globos astronómicos y son desconocidos de los astrónomos europeos. Lo mismo vale para los mapas, en los cuales muchos ríos y pueblos que existen aquí en América y en Paraguay tampoco están anotados.

El día 11, cuatro palomas de mar, muy parecidas a las nuestras, se sentaron en las velas de nuestro barco; dos fueron matadas a balazos.

El 12, día de la canonización de Ignatius y Xaverius, comulgamos todos, conforme a nuestro deber. Visité a mis enfermos, los consolé y les di nuevamente alguna refacción.

El día 13, a la una del mediodía, cruzamos por fin el Trópico de Capricornio, que dista veintitrés grados y medio del ecuador, y llegamos a la zona templada. Ahora sólo nos restaba recorrer trece grados hasta el Río de la Plata.

De la zona templada se puede decir que en ella, como ya lo revela su nombre, reina un aire extraordinariamente sano y agradable, bien temperado, ni frío ni caliente, ni pesado ni húmedo, ni tampoco demasiado seco. Por ello los enfermos comenzaron a sentirse mejor, se levantaron y sanaron. Solamente el negro recientemente bautizado se tendió para morir. Por ello recibió los Santos Sacramentos, yo le traje mi imagen de la Virgen del Altoetting, a la cual profesó un cariño indescriptible, apretándola contra sí y besándola. Yo le exhorté a que tuviera buena fe en esta imagen de la Virgen, y que se encomendara a quien no abandona a quien la invoque. Cuando el pobre negro miró la estampita y reparó en que la faz de Nuestra Señora y del Niñito era negra y semejante a la suya, ¡ah!, la alegría y el consuelo que se derramaron por su semblante y su cuerpo entero fueron indecibles. De esta manera estuvo colmado de la mayor esperanza de obtener una prolongación de su vida, gracias a la misericordiosa intervención de Nuestra Santa Madre, como más tarde sucedió, en efecto.

Hoy, el día 14, calmó el viento. Como el mar estaba liso como un espejo, comenzamos a pescar y cogimos diversos peces muy extraños. En uno de los peces los pescadores encontraron un jubón entero, en otro el pie de un ser humano, que posiblemente se habría ahogado en un naufragio. Los pescadores no suelen comer tales pescados. Hoy instruí a mis cuatro trompetistas negros en música. Como no conocían las notas, las tenía que tocar y cantar las piezas, hasta que entraban en sus duras cabezas, lo que exigió mucha paciencia. Finalmente, aprendieron seis o siete pequeñas piezas, para gran complacencia de los señores gobernadores, a quienes estos esclavos pertenecían. Los señores me lo agradecieron más tarde en Buenos Ayres muy cortésmente.

El día 15, el capitán mayor, don Antonio de Retana, vino con algunos comerciantes de su barco al nuestro para hacernos una visita, que nuestro capitán devolvió más tarde. Tales visitas se llevaron a cabo varias veces durante el viaje. Cada vez, los invitados eran recibidos con ocho descargas de saludo y gran griterío de los pescadores. Después de la cena catequicé a las mujeres de los negros, que también eran negras, les relaté ejemplos y les enseñé la Virgen de Altoetting, hacia la cual cobraron especial cariño. Besaron y veneraron la imagen como aquel negro enfermo antes nombrado. Cada una de estas negras

como carbón quería guardar la pequeña imagen para sí. Para conformarlas, díles otras pequeñas figuras, de las cuales el padre Böhm y yo habíamos hecho un centenar de arcilla en Sevilla y en Cádiz. Las mujeres apreciaban estas imágenes más que oro y plata, pues hasta entonces no había visto jamás un retrato de la Virgen negra y semejante a ellas. Pero es necesario saber que estos negros, que son negros como un caldero de hollín y detestables, prefieren su propio color a nuestros blancos semblantes europeos. Por eso, un negro no se casa tan fácilmente con una blanca europea.

Los días 16 y 17 un viento más débil del este hinchó las velas, por lo que tuvimos tiempo de pesca. En esta oportunidad, un joven pescador, por descuido, no sujetó un pescado con suficiente firmeza de las aletas, de modo que el animal atrapó su mano y luego de algunas dentelladas la retuvo de tal manera, que el joven no pudo sacar la mano de la afilada, puntiaguda boca, hasta que otro cortó la cabeza del monstruoso animal. Así aprendió el joven, por su propio daño, a ser más cuidadoso en su oficio.

El día 18, tercer domingo de la Santa Cuaresma, oímos a la madrugada una descarga de cañón. Respondimos de igual manera. De este modo suelen conversar los barcos en alta mar. Acto seguido botamos al agua una pequeña embarcación veloz, que de inmediato voló hacia la "Capitana" e inquirió por el motivo del disparo. ¿Habían visto algunas naves o descubierto tierra? ¡Pero nada de eso! En realidad un marinero, que ya se sentía mal en Cádiz, había fallecido en Dios. Le habían prestado las debidas pompas fúnebres, es decir, le ataron una bala al cuello, lo arrojaron al mar y dispararon un cañonazo. Este muerto pagó al mar el peaje para todos los demás, pues nadie más murió en esta travesía, lo que es, indudablemente, una prueba de la misericordia divina.

Mi negro bautizado, del que relaté anteriormente, se encuentra cada día mejor. Sea por ello eterna alabanza y gracias a la misericordiosa Virgen de Altoetting. Ruego a los reverendos Padres, por el honor de la Dignísima Madre de Dios, enviar oportunamente esta carta a dos Padres, que son ambos especiales adoradores de la santa imagen de Altoetting. Son éstos los reverendos Padres Felipe Leuprecht y José Adelman. El reverendo Padre *Instructor Tertianorum* les otorgará, el benévolo permiso de leer por lo menos este párrafo. Es-

toy seguro que todos encontrarán gran consuelo, especialmente el reverendo J. Adelman, quien es misionero indiano. Me recomiendo con un Ave María a los reverendos Padres Tertiani en la Santa Casa, de la cual partí en Febrero de 1687 hacia las Indias. Además, saludo humildemente a los R. R. y D. D. Padres Canonici, especialmente al señor primo Padre Félix Lueger. Me dio en agradecimiento, por uno que otro sermón que di más mal que bien, algunas reliquias de la Santa Estatua, y me consideró digno de llevárselas a los indios. A él también le pido humildemente hacer saber en mi nombre, que ahora la Digna Madre de Altoetting comienza a prodigar su leche materna, sus dotes y su gracia no sólo en Europa, sino también las transmite en América a los pobres indios. No enumero aquí todos los numerosos beneficios que recibí de ella en el peligroso viaje. Menciono solamente que en Italia me salvó dos veces de manos de asesinos que me querían robar lo poco que poseía, incluso los objetos de devoción que se me habían regalado, y que me preservó de un naufragio inminente en el Mar Mediterráneo, en el día de San Lucas, el 18 de octubre del año 1689, junto con tres grandes barcos genoveses. Pero todo esto ya lo relaté en la descripción de mi viaje de Génova a Cádiz.

Si Dios me conserva la vida, ojalá encuentre en algunos años el tiempo de reunir en un librito todos los buenos servicios que la Digna Virgen dispensó a mis indios, para enviárselo a los adoradores de Oetting. Mi imagen de Nuestra Señora de Oetting ya ahora es visitada y venerada en la iglesia por los indígenas bautizados. Incluso he mandado copiar por un pintor indiano dos cuadros que salieron bastante bien. Le di los retratos al Padre Antonio Böhm para su misión. Con los mismos logró tanto entre sus salvajes pueblos paganos, llamados yaros, que expusieron públicamente uno de ellos en una capillita de paja y adobe. Ahora hincan su rodilla ante ella, hacen la señal de la cruz, rezan con el ferviente hombre el rosario, escuchan atentamente el catecismo, y aun los niños pequeños, todavía no bautizados, se avienen para besarlo.

Sobre la pena y el trabajo del Padre Antonio Böhm quiero relatar más tarde. Él y yo estamos convencidos de que el Señor misericordioso, por la intercesión de la Digna Madre de Altoetting, convertirá este país en brevísimo tiempo a la fe cristiana. Pero a los reverendos Padres y carísimos Hermanos les ruego por la preciosa sangre de

Jesucristo, derramada por estos pueblos salvajes tanto como por nosotros, que se acuerden diariamente, en su Santo Sacrificio de la Misa y oración, de estos innumerables pueblos paganos, que se encuentran en la oscuridad de la muerte eterna. De ese modo también ellos serán en Europa verdaderos misioneros, puesto que su santa oración obrará a través del océano hasta aquí. Pero ahora regresemos al barco.

El 19, día de la fiesta del Santo Padre Nutricio José era mi turno de leer la Santa Misa y administrar la Sagrada Eucaristía a todos los Padres, Hermanos y novicios. Cuando el sol se dirigió a su ocaso, los perros ingleses, de pronto, comenzaron a ladrar alegremente. El capitán dijo que esto era una señal segura de que nuevamente había tierra cerca. Los animales, que no se sienten bien en alta mar, perciben desde lejos el olor de la tierra y se alegran en sus caninas cabezas de llegar a la costa ansiada. Ciertamente, pronto pasamos tierra, y precisamente la isla Santo Tomé, que no dista mucho del Brasil.

El día 20, las vides de moscatel en nuestro jardincito empezaron a perder sus hojas verdes, pues aquí comenzó el otoño.

El día 21, fiesta del Santo Padre Benedictus, el Padre que estaba de turno me hizo leer la Santa Misa en su lugar, que oficié en honor del reverendo Padre Alfonso y la reverenda Señora Hermana María Benedicta y de sus muy loables conventos. Ruego recomendarme a ellos, como si este relato fuera escrito para cada uno en particular. Dios les recompense el honor y el amor y todos los beneficios que me concedieron a mí, indigno, cuando les dije adiós. Desde el día que les dije adiós y me fui, no he celebrado hasta hoy ninguna Santa Misa sin recordarlos, todas las veces que bebía del sagrado cáliz.

A la noche pronuncié un sermón a los mozos de cocina, marineros y pescadores, a los soldados, grumetes, esclavos y negros. El púlpito era una tosca amarra arrollada. Los oyentes estaban sentados en el suelo a mi alrededor, algunos treparon a los mástiles, otros se sentaron sobre las anclas. Les relaté la vida del Santo Padre Benedictus y concluí con una moraleja, que había extraído de su vida. Una vez finalizado el sermón, les hablé amablemente de los muy ilustres conventos Marienberg y Santa Cruz de Sabiona (Säben). Narré cómo se habían formado estos conventos, cómo fueron construidos sobre alta roca, hermosos y nobles, y cómo en ambos se servía a Dios Todopoderoso por medio del estricto cumplimiento de las reglas del convento, a través de

la más severa penitencia de la carne, por medio de la mayor devoción y castidad. Esto les gustó extremadamente. Les alegró especialmente que en el primero de los conventos yo tuviera un hermano religioso, en el otro una reverenda hermana, que rezaban diariamente por todos nosotros. Hablé en castellano y seguían con agrado mis palabras, a pesar de que cometiera algunos errores; parecían preferirlas al sermón de un español nato. Esta gente, como ahora también mis indios, nada veían con más placer que mis relatos sobre el Imperio Romano Germánico y los asuntos de Alemania. Esto es para ellos tan apasionante y excitante como las historias indianas para los europeos.

El día 22, los pescadores pescaron un pez grande, hermoso, de noventa libras, como no vi otro en mi vida. Era todo salpicado de manchas doradas como los corégonos nuestros. Su carne era tierna y sabrosa.

El día 23 tuvimos viento en contra, y debimos cruzar durante un tiempo; ¡sin embargo, avanzamos medio grado más allá del Trópico de Capricornio! En esta latitud un grado significa para los navegantes una distancia mucho mayor que en la zona tropical, porque no se puede seguir más en línea recta hacia Paracuaria, sino lateralmente, de modo que hay que contar con 24 hasta 30 millas por grado, en vez de 15 como anteriormente.

El 24, día de San Gabriel, ofrecí la Santa Confesión y Comunión, como también las oraciones sacerdotales del día, por mi señor hermano Gabriel y su querida ama de casa. Dios les bendiga la vida terrenal, para que logren después la bienaventuranza eterna.

El día 25 festejamos la fiesta de la Anunciación de la Alabada Madre de Dios con cuatro Santas Misas, tronar de cañones y enarbolar de banderas, además de un poco de mi pobre música, con flautas, tiorbas, trompetas, tambores y pífanos. Por la tarde, los marineros organizaron un baile muy divertido de observar: un músico batía el tambor con una mano, al mismo tiempo tocaba una flauta que tenía tres agujeros. Durante el baile, buitres y aves de rapiña volaban alrededor de la nave. Constituían nuevamente una señal agradable de que no podíamos estar muy lejos de la tierra, que extrañábamos tanto como el pez el agua y el pájaro el aire. El elemento del hombre decididamente no es el agua, sino la tierra, de la cual ha sido creado. A la noche catequicé nuevamente a las madres negras y a sus hijos. Los padres de es-

tos niños, que pertenecían a mis trompetistas, aprendían a tocar sus instrumentos cada día mejor; incluso poco a poco entraban los trinos en sus duras, rizadas cabezas de rojos labios abultados, de dientes blanquísimos y de cara hollinienta.

Hoy, a la madrugada, la nave capitana descargó un cañonazo, como señal de que ya se había tocado tierra, pero no con la nave, sino con la sonda en el fondo del mar. Una embarcación veloz fue enviada para anunciárnoslo. Aquí es necesario saber que en todas las travesías son empleados hombres expertos, que constantemente miden la profundidad del mar a ambos lados de la nave. Esto sucede con una cuerda de cincuenta a ochenta brazas de largo, en las cuales se sujeta una plomada grande, cubierta de una pulgada de cera blanca o sebo. Las rocas que están bajo agua y que constituyen el mayor peligro para los barcos, son denunciadas por esta sonda, como también la conformación del fondo del mar. Pues cuando la plomada rebota en la profundidad, siempre queda adherido un poco de barro, arena o fango a la cera o al sebo, de modo que se puede reconocer si el suelo es adecuado para sostener las anclas. Solamente se echan las anclas en suelo arenoso, pues en suelo fangoso no se fijan.

Hoy, en la fiesta de la Alabada Madre de Dios, hemos sondeado así por primera vez la profundidad del gran océano, que aquí asciende a 70 brazas. El mar tampoco estaba tan azul intenso como en el medio, lo que permite deducir que el fondo no es insondable y que la tierra tampoco está muy lejos.

Día 26: el tiempo estaba propicio, el mar calmo y el viento henchía plenamente las velas. El marinero sentado día y noche en el timón, estaba de buen humor, el pueblo alegre, y los Padres misioneros se sentían satisfechos en Dios. En una palabra: todos estaban contentos, y no había nadie que no se regocijara.

El día 27 oímos nuevamente un cañonazo y observamos cómo en la nave capitana se había izado una bandera blanca para anunciar que habían visto tierra. Inmediatamente nuestra “Almiranta”, y el tercer barco, la “Pinke”, empavesaron también. Nuestro vigía en la cofa ya podía distinguir a simple vista la costa del Brasil. Era la hora de la salida del sol. Ahora cada uno quería ser el primero en descubrir tierra. Nosotros, que nos encontrábamos abajo en el barco, aún no veíamos nada. Algunos subieron a las escaleras, otros a las velas, algunos trepaban a los

mástiles y otros sacaban sus lentes o fueron a buscar sus anteojos de larga vista, que limpiaban y pulían diligentemente. También yo busqué los míos y los limpié. Reinaba una agitación indescriptible. Todos querían ser sólo ojos. Cada mirada estaba dirigida inquisitivamente hacia la lejanía. Hacia mediodía, Antonio Böhm, quien tiene verdaderos ojos de lince, avistó la costa y gritó lleno de alegría: ¡Padres, ¡terra, terra! Un poco más tarde, también mis ojos vieron América, y conmigo todos los demás. No me es posible poner por escrito cuán grandes eran la alegría y el consuelo del corazón que experimentamos. Rezamos en seguida el *Te Deum Laudamus*. Yo me arrodillé ante mi misericordiosa Madre de Altoetting, besé la santa imagen y derramando lágrimas, le abrí mi corazón, con alegría y agradecimiento.

Ahora, queridos reverendos Padres y Hermanos, caros amigos, queridos conocidos y tú, benévolo lector, dejamos detrás de nosotros el abismo acuático, descubrimos la tierra prometida y nos encontramos ya en América. Alabemos, pues, al Todopoderoso y a su bendita Madre e inscribamos con oro el momento, la hora y el día en el cual descubrimos la Tierra de Promisión, en el registro de los días imperecederos y de la eternidad bienaventurada.

La profundidad del mar era de 30 brazas y ya habíamos recorrido 24 grados y 26 minutos desde la línea ecuatorial hacia el Sur y el Polo Antártico. Estamos alejados solamente en medio grado de la desembocadura del gran Río de la Plata. Hoy vimos hacia el oeste, muy alto en el cielo, dos nubecillas, que ya habíamos observado antes, desde el ecuador, cerca del horizonte. Estas dos nubecillas avanzaban, claramente visibles, noche a noche delante de nuestras naves, como aquellas nubes que indicaron el camino a los israelitas. Los capitanes y marineros dicen que son un guía seguro para todos los barcos que navegan en estas aguas. Por eso los capitanes, cuando observaron por primera vez las nubecillas antes del ecuador, estaban muy contentos y nos decían: “Ahora encontramos, gracias a Dios, nuestro guía y no podemos errar el rumbo, pues estas nubecillas se nos adelantarán siempre y sólo pararán cuando estemos en Paraguay”. Y así sucedió, realmente. En verdad no nos acompañaban, ni tampoco iban delante de nosotros, pues están justo en su cenit en el Paraguay, pero nuestros barcos sólo tenían que enfilarse directamente hacia ellas. En el oeste vimos otra vez numerosas estrellas y constelaciones nuevas, el *Xiphias Dorado*, llama-

do el Pez Dorado, las Palomas de Noé con sus correspondientes estrellas, las Golondrinas de Mar, el Ave del Paraíso, el Fénix, la Urraca Brasileña (*Pica Brasilica*) y el Sagitario Indiano (*Indus Sagittiferus*) y otras estrellas más.

El 28 de Marzo recorrimos el último medio grado y llegamos a la desembocadura del río, que tiene setenta millas de ancho. ¡No se puede creer que esto es un río! Si todas las fuentes, arroyos, lagos y ríos europeos confluyesen, seguramente no alcanzarían esta anchura. Pero se dice que el Amazonas, en Brasil, es mucho más ancho aún.

Al timonel le fue sumamente difícil encontrar la entrada. Por eso nuestra nave no avanzó a velas desplegadas, sino que fue guiada muy digna y lentamente a través de todos los peligros que amenazan a los barcos en esta desembocadura.

El agua aún no era dulce, sino amarga y salada. Al lavarme por la mañana cara, boca y manos experimenté esto a mi pesar, pues supuse que ya podía echar un buen trago, pero tuve que lamentar mi curiosidad. El color del agua ya es completamente distinto, no más azul o verde-mar sino blanco, pero totalmente turbio y fangoso, como el agua de nuestros arroyos cuando llueve.

A la derecha pasamos el Cabo Santa María, al que podíamos reconocer muy claramente. Allí habrían erigido los españoles, luego del descubrimiento del Paraguay, la primera torre como centinela en la costa. Más tarde pasamos frente a las islas *de los Lobos*, que tienen su nombre de los lobos de mar que allí moran en grandes cantidades y ponen a la navegación en grave peligro. Vimos nadar grandes manadas de ellos en el agua. Tenían una cabeza de perro y pelos en la espalda, en lugar de escamas, y aullaban como verdaderos lobos.

Pasamos el Cabo San Antonio, sin divisarlo.

El día 29 aún teníamos que cubrir unas buenas 60 millas hasta Buenos Ayres, que queda a 35° de latitud sur, como Cádiz está situada a 35° de latitud norte. A pesar de que ya habíamos alcanzado el trigésimo quinto grado, aún teníamos un considerable trayecto delante de nosotros, porque no pudimos seguir más adelante en línea recta, como dijimos antes.

Hoy volaron muchos pájaros a nuestro encuentro, y nos recibieron en lugar de los americanos. Eran albos como la nieve, semejabán nuestras palomas blancas y realizaban hermosos círculos sobre

nuestra nave.

Al mediodía arribamos a la isla Maldonado. El gobernador, enviado por Su Real Majestad a Buenos Ayres, tenía la orden de reconocer la isla, pues se presumía que aquí se hubieran asentado y atrincherado los portugueses. El gobernador fue a tierra con varios caballeros y una tropa de soldados. Registraron la isla, pero no hallaron un solo hombre y no encontraron fortificaciones ni viviendas, ni la más mínima huella humana. Empero, hallaron una gran cantidad de los más hermosos toros, vacas, terneros y caballos. El pasto, decían, estaba tan alto, que apenas se podía ver el buen ganado, y que era el mejor prado para engordar animales. Como señal de la fertilidad del suelo trajeron gran cantidad de cosas, entre ellas un toro al que le habían disparado doce balas y aún entonces apenas pudieron matar. Era tan enormemente grande, que tuvo que ser descuartizado para ser trasladado a la nave.

También cortaron allí gran variedad de las más hermosas flores. Algunos se adornaron con ellas, otros las colocaban, atadas en ramillete, en el sombrero, muchos otros decoraron la pequeña canoa con guirnaldas verdes, y otros, finalmente, llevaban riendo ramos enteros en las manos. Así llegaron, impulsados por doce remos, y los señores gobernadores subieron nuevamente desde su verde barquito a bordo con nosotros. También relataron que vieron en la costa, en una pequeña roca, una gran cruz de madera. Ésta fue levantada allí por los españoles, cuando pisaron por primera vez esta tierra.

A pesar de que estas flores no son desemejantes de las nuestras, dudo que un botánico europeo las hubiera reconocido. Una se parecía a nuestra cientoenrama, otra tenía la forma de la flor de la madre-selva. Ésta, a su vez, semejaba nuestro azafrán vienés, mientras aquella recordaba al amaro. Pero la más hermosa de todas era una pasionaria, de forma especialmente espléndida. En ella se reconocían, clara y distintamente, los signos de la Pasión, las cuerdas, la corona de espinas, la lanza y los tres clavos. Era la primera flor que tocó mi mano en América. Quisiera Dios que esta flor fuese para mí el signo de una muerte gloriosa y de un martirio según el ejemplo de mi amado Redentor Cristo Nazareno, que es la más hermosa de todas las flores. Empero, desgraciadamente, esto lo impiden mis pecados. Por otro lado, esta flor fue, como veremos más tarde, una señal de que el Señor misericordio-

so permitiría desembarcar muy en breve en el Paraguay a esta misión y a sus fieles servidores. En la semana después de *Dominica Passionis*, el viernes de la Madre Dolorosa, pudimos pisar el nuevo mundo por la infinita bondad de Dios, quien no abandona a los que confían en Él de todo corazón.

De hoy en adelante no pudimos navegar más de noche; teníamos que anclar al anochecer, lo que no hiciéramos nunca en alta mar, donde continuamos navegando día y noche. Empero, aquí el timonel debe guiar la nave siempre por el medio del cauce del río, lo que no sería posible en la oscuridad. Si abandonara el medio, el así llamado canal, correríamos grave peligro de encallar. De este modo, echamos el ancla por primera vez delante de esta isla, y asimismo dormimos por primera vez en este viaje tranquila y seguramente y sin peligro de un naufragio, del cual nunca estuvimos seguros en el mar. Por eso también nos acostábamos siempre con el corazón medroso y contrito, gozando del descanso pero con miedo y temblor. Allí nadie estaba seguro de no encontrar por la mañana su camita en el fondo del mar, teniendo que viajar al otro mundo, en lugar del Paraguay.

Así, después que todos descansamos bien en esta noche, al amanecer del día 30 levamos anclas y pusimos velas, que el viento cogió apresuradamente e hinchó de modo que la nave avanzaba.

Nuevamente pasamos ante una isla, que por las flores que la adornan, se llama *de las Flores*⁵³. Adoctriné aún a un pequeño niño negro, quien más tarde fue bautizado en Buenos Ayres.

Abril

Esta mañana, 1º de abril, cuando me lavé la cara, sentí que el agua ya sólo contenía una pequeña cantidad de sal. Por lo tanto, abriqué la esperanza de poder echar un trago fresco hacia el mediodía, si el viento se mantuviese. Y así sucedió, efectivamente. Entonces todos tragamos de lo lindo, como si fuese el mejor malvasía o el más exquisito

⁵³ También la menciona Cattaneo y Paucke. Ubicada en las proximidades de Montevideo, equidistante entre la costa uruguaya y el banco Inglés, fue lazareto y prisión en una época y en 1828 se construyó un faro para conducir las embarcaciones a ese puerto (LANGGUTH-VARESE).

vino cretense. Difícilmente puede decirse qué delicioso gusto tenía para nosotros el querido elemento, tan deseado, a pesar de estar aún totalmente turbio. La profundidad del río era aquí de veinte brazas.

El río tiene aquí muchos bajos y bancos de arena, lugares peligrosos, donde es fácil varar. Aquí las naves suelen encallar y quedar hundidas en la arena y el fango tanto tiempo, hasta que la marea creciente las levanta y libera nuevamente. A menudo sucede que barcos muy cargados se abisman tan profundamente en la arena, que no pueden ser movidos y sacados ni por la creciente, ni por el viento ni por fuerza humana, de modo que los pobres navegantes, con toda salud y bienestar, sin verdadero naufragio, deben perecer en alta mar. Para eludir estos bancos de arena, hoy cuatro hombres a ambos lado de la nave observaron la corriente, y midieron constantemente la profundidad con la sonda, con lo cual la capa de cera o sebo en la sonda evidenciaba la conformación del suelo. Gritaban en voz alta los resultados de sus mediciones a los demás marineros, y esto sonaba como sigue: “¡Veinte brazas y media, greda! ¡Dieciocho brazas, arena! ¡Veintiuna brazas, suelo duro! ¡Diecinueve brazas, cieno!”. Los capitanes y *nauleri* (prácticos) tenían gravísimas inquietudes para que los barcos navegasen en línea recta contra la corriente y no se desviasen hacia el costado, lo que puede suceder fácilmente en un río de setenta millas de ancho. Pero a despecho de todas las dificultades, todo se llevó a cabo felizmente. Gracias a Dios encontramos inmediatamente la entrada y la desembocadura del río, y seguros e ilesos cruzamos contra la corriente, a través de los bancos de arena, bajo el alegre griterío de los marineros, que el eco repetía.

El día 3 de abril vino a nuestro barco un visitante desconocido de tierra americana y se sentó en el mástil. El señor gobernador lo recibió con un tiro de mosquete y le dio a probar plomo, que no podía digerir.

Era un enorme buitre, que con sus garras fácilmente hubiera podido robar un ternero entero del prado y llevarlo por los aires. Después vino volando otro visitante, mucho más agradable, que se dejó atrapar con las manos, quizá con cansancio, porque ya no podía alcanzar la orilla. Era un pequeño, extraño y bonito pajarillo de plumas celestes. Sobre la cabecita tenía una cresta roja como la abubilla. No dejó oír su voz, quizá por temor a los europeos extranjeros. Fue regalado a

los niñitos del señor gobernador, a quienes hizo mucha gracia.

Hoy los señores capitanes enviaron a don Pietro de Castro en una canoa a Buenos Ayres, para anunciar el feliz arribo de las naves de España y de la nueva misión.

El día 4 sólo distábamos 20 millas de Buenos Ayres, pero aún no podíamos ver la ciudad, como tampoco ser vistos por los habitantes. Entre tanto, limpiamos los barcos, enarbolamos todas las banderas, cubrimos la parte superior, artillería, toda alrededor con hermosos lienzos rojos, abrimos las portañolas y sacamos los cañones, de modo que se pudieran ver. Los señores gobernadores, capitanes, comerciantes, mozos de almacén, mandaderos, soldados, marineros, pescadores, aun los mozos de cocina y porcachones, todos se pusieron vestidos nuevos, arrojaron sus harapos hechos jirones a un rincón, se limpiaron y asearon. En una palabra, todos estaban radiantes de alegría, todos se engalanaron como caballeros a la moda; ninguno quería aparecer peor que otro, nadie quería valer menos. Especialmente hermosa era la indumentaria del nuevo gobernador de Buenos Ayres y de sus damas. El buque, armado con sus numerosas banderas y pendones, ofrecía un espectáculo espléndido. De lejos se hubiera podido tomar por un castillo bien pertrechado y equipado o por una fortaleza, tan vistoso y atemorizante se veía cuando avanzó así ataviado sobre la costa de Buenos Ayres con velas desplegadas. Sólo los pobres Padres misioneros usaban el vestido y la librea en el color predilecto de su pobre Redentor y capitán Jesucristo, cuya Sociedad constituían. Iban en sus tuniquillas viejas, raídas, ajadas, cortas, como si usasen nuevos vestidos del más fino paño español, como nunca llevaron sobre el cuerpo. Mi sotanilla de verano y más todavía la del Padre Antonio Böhm, la cual ya fue confeccionada un año antes, estaban tan andrajosas y gastadas, que no fue posible remendarlas más, pues la tela ya no sostenía ni aguja ni hilo. En efecto, yo no podía aparecer en ella ante honesta gente mundana, y debí cubrirla con mi vestido casero. Pero todo esto y aún mucho más sucede por el amor de nuestro Redentor Jesucristo, quien murió desnudo y descubierto en la cruz. El siervo no es más que su amo.

El día 5, un poco después del amanecer, vimos por fin —a Dios en las alturas, a la misericordiosa Madre de Altoetting, a los santos Ángeles y pobres almas en el Purgatorio sea eterno agradecimiento, debida alabanza y loor—, vimos por fin el ansiado puerto de Bue-

nos Ayres, que significa “buenos aires”.

Los primeros descubridores llamaron así al lugar porque aquí suele soplar, durante todo el año, el aire más sano y templado.

Hacia la noche vimos salir del puerto dos pequeños barcos, cada uno con cuatro remeros, y volar hacia nosotros con máxima velocidad. En uno de los botes se encontraba el hijo del gobernador actual con tres alcaldes o jurados, en el otro el Padre *Procurator Collegii*. El primero venía como delegado de la comunidad a recibir al nuevo gobernador, el Padre *Procurator* venía en nombre de la Sociedad paraguaya, a recibir a nosotros, los misioneros. Ambos botes estaban cargados con víveres de toda clase, frutas americanas, provisiones y refrescos para alimentar a los hambrientos. El Padre trajo cuatro grandes carneros y dos hermosos terneros, pero si apetecíamos comer carne, los que empero dimos a los soldados hambrientos. Además trajo las más diversas especies de frutas, como manzanas, melones, melones de agua, que los españoles llaman sandías y que son muy sabrosos; además cebollas y ajo, veinte blanquísimos panes recién horneados, que tampoco aquí estaban salados, a lo cual sin embargo ya me acostumbré. Además, un barrilito con miel azucarada, un cajoncito de confites y dulces, hechos de limones y trozos de limón azucarados. Todo esto nos fue ofrecido con el mayor cariño. Nuestros lectores religiosos en Europa se pueden imaginar qué bien nos hizo a los hambrientos.

La segunda nave trajo las mismas deliciosas cosas a los señores gobernadores, capitanes y comerciantes y a sus damas, que habían ayunado con nosotros valiente y alegremente. Éstas eran las primeras frutas que saboreamos en América y de América. Todas estas frutas son extraordinariamente apetecibles y sanas, y no dañan a nadie, aunque después beba tanta agua como desee.

El día 6 de abril preferiría anotarlo con oro que con tinta, pues era el ansiado viernes después de Domínica Passionis, consagrado a la Dolorosa Madre de Dios, y además el aniversario de nuestra nave “Almiranta”, en que después de tan larga y penosa travesía llegamos finalmente a Buenos Ayres y echamos pie en América.

Esta mañana no se escuchó sobre el gran Río de la Plata otra cosa que el tronar de cañones metálicos, el son marcial de las trompetas, el gruñir de los tambores, los pífanos, el vivaz griterío de los navegantes y pescadores. No se podía ver otra cosa que el tremolar de los

pendones, estandartes y banderas. En la costa se veían algunas compañías de las guardias españolas a caballo y a pie, amén de innumerables americanos con sus instrumentos musicales. Las indias con sus hijos pequeños, dos de la mano, dos en el brazo, los negros con sus negras, jóvenes y viejos, grandes y pequeños, negros y blancos, desnudos y vestidos, bautizados y no bautizados. Todos éstos venían a nuestro encuentro, nos saludaban regocijados y nos besaban la mano bendita. ¿Quién hubiera podido contener las lágrimas? Yo, reverendos Padres y amables lectores, no fui capaz, por cierto. Me arrodillé y besé con gran devoción la tierra a la que había llegado desde Europa para impregnarla con mi sudor y mi sangre, sobre la que quiero obrar y luchar y en la que, por misericordia divina, espero hallar la bienaventuranza de mi alma. Después abracé a mis graciosos indiecitos y les tendí la mano para el beso.

Acompañados de la multitud de indígenas, así como del reverendo Padre Provincial Gregorio de Orozco⁵⁴ y de todos los Padres del Colegio, fuimos del puerto directamente a nuestra iglesia. Allí dimos debido agradecimiento a Dios Todopoderoso y a su Dolorosa Madre y asistimos al *Te Deum Laudamus*, que los indios cantaron bastante bien, mientras sonaban todas las campanas de la ciudad entera.

Ésta, pues, es la relación de viaje que prometí a los reverendos Padres y a todas las personas nombradas en la primera página. Sepan disculpar que esté escrito tan mal y descuidadamente.

Ahora sigue otra relación de viaje, en la cual relato cómo he llegado de Buenos Ayres a los pueblos indios.

⁵⁴ El P. Gregorio Orozco nació en Almagro, el 12 de marzo de 1630, ingresando a la Orden de la provincia de Toledo a los 21 años. Llegó a Buenos Aires en 1658 en la expedición del P. procurador Simón de Ojeda. Sus últimos votos los dio en Córdoba diez años después, siendo elegido procurador a Europa en 1682, aunque no pudo viajar. Fue designado provincial para el trienio de 1689-1692. Falleció en Córdoba el 7 de noviembre de 1702 (STORNI: 207).



Carta del P. Antonio María Fanelli sobre su viaje de 1698.

Buenosayres el 16. Noviembre. 1698⁵⁵.

Afectísimo y Obligadísimo; Hijo, y Siervo:

Antonio-María Fanelli, de la Compañía de Jesús.

Primera Relación de toda la Navegación de la Misión a Chile, desde Europa a la América Meridional.

Con mucha dificultad me he resuelto a describir la presente relación de mi viaje y de mis Compañeros desde Europa, hasta la India Meridional, y si no fuese por el agradecimiento que profeso a V. S. con gran gusto lo habría dejado, conociendo la insuficiencia de mi pluma,

⁵⁵ La carta del P. Antonio María Fanelli, firmada el 16 de noviembre de 1698, fue publicada por Ernesto J. FITTE: *Viaje al Plata y a Chile*, Buenos Aires, 1965. El P. Fanelli nació en Bari el 30 de agosto de 1672, ingresando a la Orden en Nápoles en 1689, dando sus primeros votos dos años después. Llegó a Buenos Aires el 31 de agosto de 1698 en la expedición del P. Procurador chileno Miguel de Ugina que regresó en el mismo año que el P. Procurador del Paraguay Ignacio de Frías. Luego de tres meses de descanso pasó a Santiago de Chile, donde permaneció el resto de su vida, obteniendo sus últimos votos en 1707 y falleciendo el 27 de mayo de 1752 (STORNI: 95).

como inhabil para describir en pocas líneas lo que no cabe en un grueso volúmen, puesto que esta perfección está reservada a muy pocos. Si por el contrario me induce el agradecimiento, y no son admitidas mis excusas, recibirá V. S. la presente, con ánimo de compartir mis imperfecciones.

Superadas por la gracia de Dios todas las contrariedades opuestas humanas y diabólicas, dispuestas a impedir nuestra navegación, y salida desde Europa, como desde Cadiz escribí a V. S., se dió públicamente el bando para la partida en el día establecido a siete Navíos destinados a las Indias, o sea, primero a tres, que andaban como aviso de la Flota al Perú, Cartangena, y Lavana (sic), y las cuatro últimas para Buenosayres (sic). Vino enseguida el embarco de la Misión el 19 de Abril del año 1698, día de Sábado a las 21 horas. Se fortificaron antes de embarcarse los Soldados de Cristo con los Santos Sacramentos, ofreciéndose cada uno al Señor como víctima con su propia vida, ya por las tormentas del mar, o ya a manos de los Bárbaros según lo dispusiese su mayor gloria. Cuanto fuera el júbilo de todos al embarcarse, y dar el último adiós a la Europa, y a los Padres del Colegio, lo dejo a consideración de V. S. no siendo posible el describirlo. Salió pues en procesión desde la Casa la Misión a Chile, y la del Paraguay, acompañada por los Padres del Colegio. Cada uno llevaba colgante delante del pecho el Santo Crucifijo, como centro de sus afectos, y guía de tan largo camino emprendido, y un Santo Breviario entre las manos, a la manera Apostólica. Seguía una multitud de pueblo, que llevados de la admiración, otros por la curiosidad, y otros por el cariño, viendo el sacrificio de tantos Misioneros, haciéndolo al Señor, dejando la Europa, los Parientes, y los Amigos, por la conversión de los Infieles. Llegados al Puerto, en donde se encontraban los Botes que nos conducirían a los Navíos, encontramos una multitud de gente que había concurrido con la noticia del embarco de los Padres Misioneros. Se dió inmediatamente otro abrazo a los Padres, que por la emoción no podían contener las lágrimas, y después se abrazaron con todo afecto las dos Misiones, que estaban divididas en cuatro Naves, es decir, la de Chile en una sola, la del Paraguay distribuida en tres Navíos. Colocados en los Botes, imploraron al Cielo en alta voz toda aquella multitud de Hombres por la prosperidad del viaje, y una feliz llegada, y no se retiraron del Puerto hasta que llegamos a los Navíos, acompañándonos con el afecto, y con la vista.

La primera noche en esta movable Casa, la pasamos algo molesta; tanto por la novedad, como por la multitud de gente, y por la confusión de tantos bultos, que ocupaban una buena parte de la cámara de popa; por lo que alguno de los nuestros pasaron la noche en vela; algunos tendidos sobre las desnudas tablas, otros sentados y algunos mal colocados; esperando el día para poner en orden todas las cosas. El 21 de Abril levamos anclas, y al amanecer los Navíos desplegaron las velas, pero no todas, sino la pequeña, que se encuentra en lo alto del palo mayor, y andando despacio dejábamos el puerto con toda cautela para no estrellarse con alguno de los muchos Navíos, que se encontraban en el mismo puerto, o de aquéllos que entraban. El Demonio, enemigo común, para no darse a conocer, que él dormía en aquel día, hizo que en dicho lugar nuestro Navío, fuera a toparse con otro que se encontraba casi en las afueras del Puerto, casi a proa con proa. Viendo el peligro los Marineros comenzaron a dar voces pidiendo ayuda al Cielo, porque no era suficiente la humana, y se situaron todos a proa con palos largos en la mano para evitar a toda fuerza el encuentro, si de ese modo era posible. Se celebraba entonces en el Navío el Santo Sacrificio de la Misa, y los nuestros se postraron todos delante del Altísimo pidiéndole socorro en tan manifiesto peligro. El Amabilísimo Señor, que miraba con ojos de piedad nuestras oraciones, hizo de manera que, se encontraran los Navíos, el uno con el otro, pero que solo se besaran entre ellos en señal de amistad, sin que el uno dañara al otro, como sucedió con la admiración de todos, produciéndose aquel hecho milagroso de la Divina mano. Pasado el peligro, y salidos fuera del Puerto, echaron las anclas en el mar los siete Navíos, y nosotros todos dimos las gracias al Señor, por el beneficio recibido. Vinieron a bordo en el día nuestros Padres del Colegio para darnos otro abrazo, y solícitos por nuestra salud nos preguntaron, cómo habíamos pasado aquellas primeras noches, y al despedirse renovaron los pasados llantos, parte por la ternura y parte por la santa envidia. El 4º día después de nuestro ingreso al Navío otra vez tentaron el viaje, y después del breve camino comenzó en este preludio de navegación a muchos de los nuestros no acostumbrados a navegar por el mareo, el vómito que se origina de un malestar grandísimo del estómago, del movimiento conturbado de la Nave, y a perder la gana de comer. Contribuyó a ayudar la aflicción de aquellos Padres, que sentían las penas del Purgatorio, la caridad de los

que estaban buenos, por tal y tanto trabajo. Finalmente el quinto día, recibidos los últimos despachos de los Oficiales Reales de Cádiz, levamos anclas, y todos los Navíos se hicieron a la vela. El nuestro por ser más veloz que los otros no las desplegó todas, sino solo dos para moderar su marcha; pero con todo eso iba poco menos de una legua adelante de los otros. Marchando de esta manera se descubrieron de lejos dos velas, que venían con toda rapidez a encontrarnos, temiendo todos por un desgraciado suceso y no pudiendo recibir socorro de los otros, mandó el Capitán a los Marineros, que preparan las armas, señalando a cada uno su puesto bien provisto de armas blancas, y de fuego, y nuestros Sacerdotes armados con el Santo Crucifijo en la mano, para animar la Gente a combatir animosamente contra los enemigos de la Fe si así fuera. Estando cerca poco más de cuatro millas, uno de dichos barcos a Vela tomó otro camino, y el otro se acercaba a nosotros. Cuando estuvo como a tira de Cañón, nos saludó con cinco disparos como a Capitana, siendo ésta una ley entre Navíos, siempre que se encuentran. Era éste un Navío Inglés, que iba a Génova, cargado de Azúcar, y vino a encontrarnos para saber de nuestro Capitán, si habían llegado a Cádiz los Galeones, que se esperaban de las Indias, y al respondersele que nó, nos saludaron otra vez, y se dirigió hacia el Estrecho de Gibraltar. No puede dejarse pasar por alto el beneficio especial recibido por el Altísimo en aquella confusión de armas. Uno de los nuestros estaba sentado en un banco de la cubierta del Navío, cuando de improviso salió un tiro de uno de los Mosquetes cargados, y el tiro le pasó por un brazo sin herirlo, gracias al Señor que nos mira con ojos de piedad. En este día fué elegido por común acuerdo como Patrono y Protector de la navegación emprendida el Apóstol de las Indias S. Francisco Javier, y cada día se le hacían devotas súplicas, y oraciones, delante de una devota Imágen suya. En el séptimo día aumentó el mareo a muchos de los nuestros, los que en su mayor número eran Padres Españoles; y más acentuada se mostró en ellos la falta de apetencia, de alimentos, por todos los movimientos irregulares del Navío, batido por todos lados por grandes vientos, prósperos, pero demasiado impetuosos. Implorada la Divina misericordia en aquel combate de una casi tempestad, se vieron repentinamente acercarse con rapidez contra nosotros dos Navíos Turcos, los cuales sabiendo que nuestros Navíos eran Españoles, superiores en número, y en fuerza, giraron la proa hacia el Africa a toda vela,

sin siquiera acercarse a un tiro de Cañón. A los 9 días murió desgraciadamente un pobre Marinero, que se encontraba en la parte exterior de la popa, poniendo pez en los lugares que más la necesitaban. Confiado en sí mismo, no se cuidó de amarrarse con un cordel como suelen hacer en tales casos los Marineros. Se le fué un pié, con el que se apoyaba sobre un Cañón, y ya sea por el movimiento del Navío, mientras el viento era bastante fresco, o por las olas de aquel mar embravecido, que mojaban aquella parte, en la que él se apoyaba. Sea lo que quiera, cayó al mar y pidió la absolución, la que fué otorgada, por aquellos de los nuestros que se encontraban a la vista. En este caso todos los Marineros se pusieron de acuerdo para ayudarlo, hicieron lo posible, pero en vano, porque no se podía aminorar de inmediato la velocidad que llevaba el Navío; se le arrojaron varias tablas, bancos, y cuanto se encontraba a la mano, para que pudiera asirse a alguno de ellos, hasta que giraron las velas, y la proa, por aquella parte, en la que él se encontraba. No fué posible al pobre asirse ni siquiera a una, por las grandes olas que se lo impedían, hasta que no pudiendo resistir más que por el espacio de un Credo, por aquellas olas amenazadoras fué ahogado, y sepultado. Fué esta muerte, vida de gracia para más de uno, por cuanto se produjo el santo Temor de Dios entre aquella gente tan aterrorizada por el funesto suceso, como también movidos por un Sermón predicado por uno de los nuestros, valiéndose de la ocasión con todo celo y fervor a la manera de los verdaderos Misioneros. Al día siguiente 10° de nuestra navegación, además de las Oraciones escritas por la Iglesia, se cantó una Misa por el Alma del Difunto con toda solemnidad, por los Padres de San Francisco. Todos los días se decían diez Misas en el Navío, que era nuestro único consuelo, y se decían en orden según la lista, y distribución hecha por nuestro Padre Procurador. Si la Nave se movía más de lo acostumbrado, entonces al celebrante acompañaban dos Padres Sacerdotes, uno por una parte sosteniendo con una mano el Caliz, a pesar que tenía en la base un gran peso de plomo; el otro por otra parte teniendo el Misal.

En los 10° y 12° día de nuestra navegación no hubo nada de nuevo; se andaba como al principio con viento favorable. El 13° se calmó el viento, y hubo calma. El 14° ayudó una brisa favorable, que nos llevaba viento en popa; mientras tanto el agua tenía mal olor. Suele ésta descomponerse en el Mar los primeros días, pero en seguida se

compone de manera, que no da repugnancia el tomarla. El 15° se descubrieron las Islas Canarias con sus elevadas Montañas, y aquí se hizo la separación de los Navíos, cada uno tomó su camino, seguro de no encontrarse más con enemigos. Hizo uno de nuestros Navíos un saludo real a la Virgen Madre, que se adora en esas Islas, y para no ir de conserva con los otros tres Navíos que se dirigían como nosotros a Buenos Aires; el Capitán se apartó después de hacerles un buen saludo con el cañón, y al cabo de pocas horas nos encontrábamos solos en el Océano. El 16° del viaje con viento en popa se pasaron varios escollos con toda felicidad, que se encontraban un poco apartados de las Canarias. El 17°, 18° y 19° los vientos soplaban más frescos que anteriormente; y se caminaba airosamente hacia nuestro término; llegamos en este día a estar bajo el Trópico de Cáncer. El 20° del viaje por ser el día de la Ascensión del Señor la mayor parte de los Marineros se confesó, y comulgó, con mucha piedad y devoción.

El 21° teniendo el Sol perpendicular, arrojaba sus ardientes rayos con toda fuerza, tanto más, que el tiempo estaba completamente sereno. En este día se tomó un pescado, que causó gran admiración al verlo; que se llama Volador, porque vuela tal como un pájaro fuera del agua, hasta que se le secan las largas alas, que lleva cuando vuela. Vino a refugiarse en nuestro Navío, siendo perseguido por otro pez, y quedó preso dentro de la misma Nave. De éstos por todo el camino hemos visto una infinidad; pequeños, medianos y grandes; el más grande será como una bien proporcionada treglia, y con las alas de un palmo. El 22° el viento soplabo ligeramente, y el 23° dimos principio a una Misión, para la gente del Navío, que en total era de 260. Se dieron gracias al Señor con todo fervor por el fruto de aquellas almas, y duró hasta el 29°. El 30° día de navegación, Fiesta de Pentecostés, se confesó toda la gente, y en seguida se comulgó para ganar la Indulgencia de la pasada Misión. En ese mismo día nos recreó el Señor con una copiosa caída de agua, la cual no sólo sació la ardiente sed de todos, sino también refrescó el calor de la atmósfera. Se recoge admirablemente el agua, que llueve sobre el Navío, con una antena grande atada por sus cuatro ángulos, y se pone en el medio una bala para darle peso, y por debajo se coloca una tina, que la recibe. Oh, como se desean las lluvias por aquellos que navegan por un largo camino, debido a que la medida ordinaria del agua, que se da, es muy escasa, como lo diremos más

abajo. Se caminó con viento mediocre hasta el día 35° de la navegación, y en este día se comenzó por los nuestros una Novena al glorioso S. Francisco Javier, mientras nos encontrábamos en calma, y bajo un clima bastante caluroso, y éste duró por varios días. El 44° se vió un pez bastante grande saltar del agua para devorar un jóven del Navío, que estaba sentado en la proa por la parte de afuera, y fué merced al Señor, que el salto no llegó hasta el sitio en que se encontraba, porque de lo contrario, la habría dado en su cuerpo móvil sepultura.

Los días de calma servían a los Marineros para pescar, y sacaban tal cantidad de peces, que no sabían que hacer de ellos; basta solamente decir esto: que un día solamente en el espacio de una hora se pescaron cien Platos bien grandes, y una gran multitud de pequeños; así sabía recompensar el Altísimo el tedio de aquella calma con la agradable distracción de la pesca. Aquí los Padres de la Misión de S. Francisco, los que como escribí a V. S. de Cadiz, eran diez, instituyeron algunos días de devoción para la Fiesta del Glorioso Santo de los Milagros Antonio de Padua. El día 53° antes de la puesta del Sol, se descubrió la Guinea, tierra toda de Moros Idólatras. El 55° y el 56° del viaje, se celebró con toda suntuosidad la Fiesta de S. Antonio con Vísperas y Misa cantada con disparos de Cañones; en fin fué día de alegría. El día 57° estando un Marinero sobre un árbol de trinquete pescando toninas con lanza, que son grandes peces de 70 a 80 rótolos⁵⁶ cada uno, tenía atada la lanza a una varilla; y la varilla misma a una larga sogá, para dar el golpe, y sacar con ella la presa. Estaba detrás de él un Joven para ayudarlo; no sé, si fué negligencia, o poca atención al arrojar el Marinero la lanza a una de estos peces, que andaban nadando alrededor del Navío, cayó el Joven al agua, corrieron los nuestros a los gritos de los Marineros a darle la Absolución, si por desgracia servía de pasto a los peces, o ahogado en las aguas. Quiso el Altísimo, que se encontrase enredado en la misma cuerda de la lanza, y tomándose fuertemente de ella, fué sacado sano y salvo, pero medio muerto del susto; y después de él subieron el pez. En acción de gracias al Señor, y a la Virgen Madre, que se invocó en su ayuda, se recitó en aquel instante el Rosario con las Letanías, y otras

⁵⁶ El rotl o rótico es una medida de peso que equivale a casi un kilogramo. Se usaba en el medioevo en los puertos o ciudades islámicas.

Oraciones, como se hacía diariamente desde que se comenzó la Navegación. El día 60° de camino se pasó felizmente la línea Equinoccial con viento próspero, pero contra lo que todo el mundo esperaba, siendo aquel lugar uno de los más difíciles de atravesar, por la calma continua, como también por los insoportables ardores del clima, que llegan a corromper no solo los alimentos, sino también a destruir la vigorosa complejión de los Hombres, hasta darles la muerte. Gracias por lo tanto al Señor, que nos libró de aquel mal por otro inevitable. Con este viento próspero nos acompañó por varios días el Señor.

El día 63° se vieron las aguas delante de la proa haciendo mucho ruido, todas enfurecidas y espumosas, dudando los Marineros de algún escollo, se disponía a cambiar de dirección las velas, si no hubiera salido a la superficie a hacerse ver una bien grande Ballena, que andaba nadando sobre el mar. De éstas hemos visto en todo el camino poco menos de setenta, como también un número infinito de monstruos marinos de una magnitud desmesurada, que sólo de verlos daban miedo. El día 67° de nuestro viaje, día de la Natividad del gran Precursor de Cristo, Bautista, se solemnizó con toda pompa, siendo la Fiesta propia del Capitán, que se llamaba Juan Bautista; obsequió a los Marineros, y a los Padres hizo un suntuoso banquete. El 72° se pasó el Cabo de S. Agustín, también bastante difícil de superar por la multitud de escollos, que lo rodean, y no se pasa, sinó con el corazón palpitante, debiendo el Navío caminar entre las fauces de la Muerte. El 75° encontrándonos en esta otra parte del Mundo, y probando bajo de este nuevo polo hórrido y frío el segundo invierno en un mismo año para pasar en vigilia, y con rapidez una buena parte de aquellas eternas noches; reunidos todos juntos en la cámara de Popa donde cada uno tenía obligación de contar los hechos más notables de los Santos, o de los Hombres ilustres, que recordara, los que servían tanto para ejercitar la inteligencia, como para aliviar el tedio de tan largo camino; industrias todas de quien siente arder en el pecho el fuego del amor de Dios. El 76° se vieron en el Cielo volar un número infinito de grandes Pájaros, que iban cazando aquellos peces voladores de que hablé, y era una cosa admirable para verse: los aferraban al vuelo entre las uñas, y en un abrir y cerrar de ojos los devoraban. El 77° dejando detrás el Trópico de Capricornio sobrevino una calma, que duró doce días, y pesar de todo se caminaba un poco, pues no había una calma del todo perfecta. El 89° aquel poco viento, que so-

plava, dió en mil variantes; porque se debilitó, mudó, y se extinguió, y de repente recuperadas más grandes las fuerzas desencadenó una fiera tempestad en el mar, y otra mas horrible en el aire, de tal manera, que las aguas parecían un infierno profundo, el Cielo, por los relámpagos, truenos, y rayos en tal abundancia, que el uno no daba lugar al otro; de modo que bajadas las velas para no perderlas juntamente con los árboles a aquel ímpetu de los vientos, y amarrándose el timón por no poderse regular, se dejó el Navío en brazos de aquel abismo enfurecido de aguas, que desahogando la rabia contra él solo, que le servía de obstáculo, le mostraba en efecto su intento, o sea, tragárselo. Se encontraba por lo tanto el Navío como juguete de las olas, en medio de tantas como lo amenazaban, y azotado de todos lados por tales golpes de mar, que se estremecía todo desde el fondo hasta la cima como un palacio sacudido por fieros golpes de terremoto. Con tal furibunda tempestad considerando los Marineros, que no podía resistir nuestro buque agonizante sin socorro Divino, y humano, lo aseguraban fuertemente con gruesos cables de cordeles, bien estirados de todos lados para darle más fuerza contra aquellas horribles olas, y enseguida se dedicó instantáneamente cada uno de nosotros con las Oraciones a implorar al Cielo su misericordia, y recurrir a la Virgen Madre, y a los Santos. Con este objeto se aumentaron públicas devociones, estableciéndose entre otras el cantar suntuosamente hasta el término un Rosario a la V. Virgen de la Aurora, llamada así por los Españoles, cada mañana antes de salir el Sol, además de aquél, que se recitaba todos los días antes del ocaso. Los nuestros acudían además al propio Padre S. Ignacio, del que se aproximaba la Fiesta, y se inició para dicho Santo una pública Novena. Seguía mientras tanto más que nunca el viento, y la tempestad, y no le fueron suficientes como desahogo nueve días, que ya habían pasado, y nos encontrábamos en los 98 días de nuestra navegación. Se hizo una estricta reforma a aquellos pocos alimentos, y al agua, que se daban para sustentar la vida. Me explicaré para no dejar de decir ninguna cosa nueva; nuestra comida ordinaria era la siguiente: después de dos o tres horas de haber salido el Sol por la mañana se daba un desayuno variado; algunas veces se daba una tajada de fiambre con bizcocho hervido en el agua a manera de pan cocido con un poco de mantequilla dentro; otras veces una tajada de queso y cuatro pasas y media de jarra o un vaso de vino, que no es necesario decirlo, porque resultaba tan turbio, y comúnmente se de-

jabá, o se daba a los marineros. Con esto se pasaba todo el día, y con tanta pena, dejó a la consideración de V. S. como lo pasábamos hasta las 22 horas señaladas para la cena. En esta segunda comida se daba una entrada de gallina, o de capón muy escasa, hasta que duraron; una sopa de fideos con un poco de carne salada por porción, o sea hedionda, o llena de gusanos, y como era esa, la que nos daban, no se esperaba otra cosa, y de postre cuatro aceitunas con la misma mixtura a flor de agua, y de vino de la mañana, y con esto terminaba la suntuosa cena. Vengo ahora a referirme al punto de arriba, se hizo por lo tanto una reforma general a estos pocos alimentos, y al agua, mientras que el tiempo más que nunca adverso permanecía contrario a nuestro camino. Se redujo finalmente nuestro sustento de cada 24 en 24 horas ya a dos onzas de biscocho medido, tres onzas de legumbres mal hechas en sopa, y cuatro aceitunas, con una copa chica de vino, y media de agua. Con tan poca alimentación faltaron las fuerzas a todos en tal manera, que parecíamos por el rostro cadáveres vivientes; las lenguas aparecían quemadas por la sed, los ojos encajados, el rostro pálido, y sin sangre; no se veía por milagro ninguna saliva brotar fuera del estómago, porque estaba totalmente seco de humores. Con tal vida de Anacoretas nos envidiaban los Angeles, y nos humillaba Lucifer con la alegría, con que los santos Misioneros padecían aquellas pocas molestias, y no se oía otra cosa de aquellas bocas, sino que aquel *Plura domine, plura* del Apóstol de las Indias, y nuestro Capitán S. Francisco Javier. No se dormían ni de día, ni de noche por las continuas y horribles sacudidas del Navío, que ya por un lado, ya por el otro, nos lanzaba como una pelota; de modo que se pasaban aquellas noches y aquellos días en santas conversaciones, alabando cada uno con una santa soberbia de encontrarse en aquella móvil ergástula⁵⁷, con tantos padecimientos más que por Dios. Se hicieron varios votos al Señor en esta ocasión; el Capitán ofreció 160 Misas a las Animas del Purgatorio, los Marineros, no sé que ayunos, y limosnas, los nuestros de entrar en Buenosaires descalzos, y marchas en procesión en tal forma hasta la Iglesia de nuestro Colegio, recitando devotas oraciones. Moviése finalmente el altísimo a tantas súplicas, oraciones y votos, se aplacaron los vientos, y aquellas airadas aguas a los cien días de nues-

⁵⁷ Se refiere a la cárcel o prisión que tenían los antiguos griegos y romanos donde sufrían condena los esclavos.

tra navegación, y después de tres días de mar tranquilo el 4 de Julio nos envió un próspero y fresco viento, que nos recreó, mientras el Navío victorioso de la pasada tempestad, iba volando hacia el término de su viaje.

El 10 de Julio 114º de la navegación cayó malamente enfermo el Capitán bajo el peso de aquella regla común de los alimentos dicha más arriba, que en pocos días lo redujo a los últimos extremos. Se le dieron los Santos Sacramentos, y se disponía para la muerte; finalmente después de estos por la gracia especial de Dios, poco a poco; fué mejorando hasta encontrarse del todo sano. El 31 de Julio se celebró con más suntuosidad que las otras la Fiesta de nuestro Santo Padre Ignacio, por ser el Patrón del Navío; se confesó toda la gente y comulgó, con que provecho de sus propias almas, lo sabe solamente Dios, y nosotros los Confesores, porque se hicieron Confesiones generales, y cada uno como si hubiese de morir, encontrándose en tantos apuros, arreglaba las cuentas de su conciencia en aquella travesía. No hay que olvidarse, que las fuerzas de los Padres Misioneros se encontraban debilitadas en extremos, pero en aquel día que lo era del propio Padre llenos de un santo Celo estaban inmóviles por varias horas confesando gente por lo demás muy grosera, que demanda mucha fatiga para despedirla de la Confesión, como cada uno bien sabe; y después se hizo una fervorosa Práctica en alabanza del Santo como complemento de la Fiesta. Llegó la hora del almuerzo, que consistía en una sopa de legumbres, y cuatro aceitunas, se dió además, como gran regalo por la suntuosidad de la Fiesta un poco de mantequilla cruda con la ordinaria porción de agua, y vino, ni más ni menos. Los Misioneros mientras tanto se regocijaban con ánimo generoso y sobrehumano, viéndose por amor de Dios morir-se de hambre, y de sed; por el contrario lloraba mucho nuestro buen P. Procurador Miguel de Ugina no por sus penas, sinó de toda la Misión, o sea de sus hijos, de tal manera, que íbamos nosotros a consolarlo, para que no se muriese de melancolía. Tenía el Padre una buena provisión de chocolate, pero no pudo dárnosla, como nos la dió en los primeros dos meses, y los más de los días por el agua, que faltaba. Pero nos daba bizcochos, aguardiente, dulces, pasas, higos secos, y por último de cuanto se encontraba en la despensa.

A los 116 días de viaje se caminó todo el día con viento próspero; pero a la noche siguiente, que era de S. Lorenzo Mártir, se desen-

cadeno de los abismos otra tempestad más furibunda que la pasada, que nos asustó sobremanera. El Cielo era todo fuego por los continuos relámpagos, rayos y truenos, el mar no se podía ver en la oscuridad de la noche, pero en cambio se hacía sentir con bastante intensidad, pues estaba muy bravo. Se usó de los exorcismos, que acostumbra a usar la Santa Iglesia en tiempo de tempestad, y en seguida cada uno se puso a invocar a sus Santos Protectores. Se hizo voto a la Beata Virgen en aquella noche, si nos libraba de la susodicha tempestad, de ayunar con pan y agua, la vigilia de su Asunción al Cielo, que se aproximaba. Presuntamente se vieron los efectos de tan benigno Señor, puesto que refrenándose repentinamente los vientos, se aplacaron las olas. En esto apareció en lo alto del Palo mayor como una candela de fuego quemante, que por mucho se llama Fuego fatuo, y por los Marineros, S. Telmo. Notando, pues, ellos este fuego, cambiada la tristeza en alegría, y puestos de rodillas, saludaban y agradecían a S. Telmo, y en seguida cuando se extinguía el fuego, gritaban en alta voz: Buen viaje, buen viaje. Se estima buen augurio por los Marineros, cuando en las tempestades, aparece este fuego por encima de los Palos, y dicen que S. Telmo su Protector viene a ayudarlos, y por eso se ponen alegres y contentos. Cayó la misma noche del Cielo un diluvio de agua, que bastó, gracias al Señor, para extinguir la sed de tantos, que se morían.

El 117° se puso el viento contrario, por lo cual se amarraron las velas, y el timón a la manera acostumbrada, y se dejó el Navío por sí solo con aquellas aguas. A los 118 del viaje, es decir el 14 de Agosto se vieron las aguas turbias, y el Piloto se alegró, al darse cuenta que estábamos cerca de tierra, echó el escandallo de plomo en el mar, para ver cuánto fondo había, y encontró 80 brazas de agua. Se hizo el ayuno prometido a la B. Virgen, y se dió por aquel día un poco más de agua para beber. El 15, día de Asunción, con viento prospero se caminó hasta la noche, y encontrándose en 20 brazas de agua, se dió fondo por primera vez, no por falta de viento, sino solamente por miedo de no estrellar con el fondo el Navío en la noche, y así perdersnos todos. El 16 de Agosto levadas las anclas al amanecer, y desplegadas las velas a los vientos, se caminaba prósperamente hacia la boca del Río de la Plata, y se descubrió finalmente la Tierra de América. Aquí sí que cada uno deseaba en aquel punto llegar a ser otro Argos, para mirar con cien ojos la propia madre para mejor gozarla; pero no es de admirarse; por-

que así como es propio de los peces vivir en el agua, así es también propio de los Hombres, vivir y desear siempre la tierra, como su propio centro. El júbilo pues, y la alegría de todos no es cosa fácil de explicar, por lo que dejo considerarlo a V. S. Al bajar el Sol se llegó al célebre Río de la Plata; la anchura de dicho río en la boca es de sesenta leguas; pero adentro es sólo de cien millas, las mismas que tiene el Golfo de Venecia, y se nos dió fondo. El 17 de dicho Mes se descubrieron las Islas de Lobos, llamadas así por los Españoles por la cantidad de dichos animales no terrestres, pero marinos, que se mueven por aquel punto, y se llegó a dar fondo al atardecer a la Isla de Maldonado, que está dentro del Río. Aquí se comenzó por ser puerto seguro a dar los alimentos, en mayor cantidad, y se daba el desayuno por la mañana, y la cena al atardecer, como se hacía al comienzo de la navegación.

En el día 126° del camino, y 18 de Agosto se llegó a la vista de Monte Video, y se pasó felizmente el Banco Inglés, es decir un gran arenal, que está en medio del Río, donde se han perdido muchos Navíos, y se dió fondo hacia una media hora antes de la noche. El día 127° de viaje el Capitán envió con el esquife⁵⁸ las cartas del Rey, y de toda la Provincia al Gobernador de Buenosayres (sic) por medio de su Sobrino, dándole en una carta una noticia completa del viaje, y pidiendo socorro de víveres, porque éstos faltaban. A los 128 de la navegación, se descubrió la tierra por el otro lado del Río; el 129, día de S. Bartolomé, se entró en agua dulce de dicho Río; el 130° retornó a bordo el Esquife con cuatro vacas bien gordas, cinco corderos, doce gallinas, cantidad de pan, queso y otras bagatelas. El P. Rector⁵⁹ de nuestro Colegio de la dicha Ciudad, nos envió muchas perdices, gallinas, y panes, a pesar de que nuestro Procurador con ocasión del Esquife le es-

⁵⁸ Era una pequeña embarcación que llevaba el navío para saltar a tierra y para otros usos.

⁵⁹ Se desempeñaba en ese cargo y desde 1697 a 1700 el P. asunceño Blas de Silva (FURLONG, Colegio del Salvador: 282). Nació en 1647, ingresando a la Orden a los 17 años y dando sus últimos votos en Córdoba en 1681. Alcanzó a ser provincial para el periodo 1706-1709. Fue rector de casi todos los colegios del Paraguay y si bien nunca estuvo en una reducción, mientras navegaba el Paraná, junto al P. José Mayo, fueron cruelmente asesinados el 9 de setiembre de 1717 (STORNI: 270).

cribió el estado en que se encontraba su Misión.

El 132° se pasó felizmente otro banco llamado Ortíz, más peligroso de pasar que el primero por ser de piedra. Se llegó felizmente al fin deseado después de 134 días de camino, el 30 de Agosto día Sábado hacia las 24 horas, dándose fondo cuatro leguas distantes de la Ciudad, como si fuese por el poco fondo, que tiene el Río cerca de la Ciudad. Se hizo un saludo Real al Castillo, quien nos contestó, se cantó el Te Deum laudamus en acción de gracias al Señor, y a la mañana siguiente se cantó una Misa, después de la cual hecho un buen desayuno, nos despedimos del Capitán y nos embarcamos en dos grandes Lanchas, con las que nos envió a buscar el Gobernador, y hacia las 22 horas y cuarto, llegamos a tierra. Cada uno estaba ya descalzo para entrar en la Ciudad a pie desnudo de acuerdo al voto hecho, pero el P. Rector, que vino a recibirnos con todos los Padres del Colegio lo prohibió, porque el tiempo estaba húmedo y frío, diciendo, que en la Casa había cambiado por otra cosa el voto. Bajados pues a tierra, dando un abrazo al Gobernador, amigo de la Compañía, que estaba esperándonos, y otro a todos los Padres, nos arrodillamos en el suelo para dar gracias al Señor por la llegada, y besando la tierra, nuestra madre, en señal de gratitud, pues nos recibía en su seno, nos encaminamos en procesión hacia el Colegio, en donde fuímos recibidos a toques de Campana como día de fiesta. Entrados en la Iglesia a reverenciar al SS. Sacramento, y a nuestro S. Padre fuímos a nuestras habitaciones a descansar, y a recibir las caricias de estos Padres afectuosos más que Madre para con cada uno de nosotros.

Esto es todo lo que puedo decir a V. S. de toda mi navegación y de los compañeros; queda ahora por referir algo sobre el país, para no dejar vacío este trozo de papel. Es ésta una Ciudad más importante de toda la Provincia del Tucumán, pero de magnitud no es más que la mitad de nuestra patria Bari; las Casas uno verbo son pajares, porque están cubiertas de paja, y no altas desde el suelo, no más de tres o cuatro cañas, por falta de piedras y de cal. Abundan las Vacas, Bueyes, Caballos, Corderos y Capones, de tal manera, que se compran por Carlini, es decir por nada. Trigo hay en abundancia, el vino viene de fuera, porque no tienen viñas, ni tampoco frutos, sino solamente pequeña cantidad de melocotones. El Clima es muy frío, pasa cada día *ab extremo, ad extremum sine medio*.

7 Carta del P. Martín Schmid sobre el viaje de 1727

Carta de Sevilla, España, del 27 de febrero de 1727 a sus familiares en Baar⁶⁰

Queridísima Madre, hermanos y hermanas:

Sin duda habéis recibido la carta enviada desde Génova en agosto del año pasado y sabido, por intermedio de ella, de nuestra feliz llegada a la costa del mar. Ahora relataré brevemente nuestro viaje por barco. Nos embarcamos el 12 de agosto, en vísperas de la Ascensión de la Virgen María, nuestra protectora más poderosa, nuestra estrella de mar más segura.

Nuestro barco era de dimensiones medianas, provisto no sólo de piezas gruesas y ligeras de artillería contra toda clase de enemi-

⁶⁰ Esta carta relata el viaje de Génova a Sevilla, firmada por el P. Martín Schmid, nacido en Baar, Suiza, el 26 de setiembre de 1694, ingresó a la Compañía de Jesús de la provincia de Alemania Superior en 1717, haciendo sus primeros votos en Landsberg en 1719 y su sacerdocio en Eichstadt en 1726. Fue un insigne misionero entre los chiquitos, sorprendiéndolo la expulsión en la reducción de San Ignacio. De regreso a Suiza falleció en Lucerna el 10 de marzo de 1772 (STORNI: 266).

gos y piratas, sino también de abundante comida y bebida para precavernos del hambre y de la sed durante varios meses. Entre todos éramos más de sesenta personas⁶¹. Nosotros, los catorce jesuitas, ocupamos las dos cabinas, la inferior y la superior; diez dormían en la cabina de abajo, cuatro en la de arriba, cada uno en su propia cama. Abajo se encontraba también la mesa en la que solíamos comer los catorce. Nos servían de tres a cuatro platos en cada comida. El primero constaba de carne de ternera u oveja, de cuales animales llevábamos un buen número a bordo; luego seguía una sopa y el tercer plato eran pollos y gallinas que abundaban también en el barco. Como postre, teníamos un buen queso parmesano y diversas frutas, como ser peras, manzanas, nueces, almendras, uvas y melones. El pan fresco alcanzó casi hasta la mitad del viaje; luego hubo solamente galletas, las cuales se pueden guardar un año entero. En la cena, en vez de la sopa, había una ensalada. A la mañana, desayunamos té, embutidos salados, una especie de pan molido dulzón y queso acompañado de un buen vino; de noche, antes de dormir, nos servían una bebida que podía ser aguardiente de enebrinas o licor de cerezas. Además podía pedirse cualquiera de estas bebidas o comidas fuera de las horas establecidas. En una palabra, estuvimos mejor atendidos de lo que esperábamos y yo tuve, por añadidura, la suerte de sentirme siempre bien y alegre en el Señor. Los otros trece jesuitas sufrieron el asco de la comida y dolor de estómago que se siente comúnmente en el mar, de modo que algunos no pudieron probar bocado durante dos, tres y hasta cuatro días o devolvían lo comido, en seguida, lo que a mí no me ocurrió nunca, por lo cual doy gracias al Señor misericordioso.

Cuando nos levantábamos al amanecer tocaba la campana del barco para la oración matutina que rezaba a alta voz el capitán, un francés muy devoto y cortés, conjuntamente con todo el mundo, ante la

⁶¹ No hemos hallado documentación sobre los jesuitas que viajaron con Schmid aunque posiblemente fueron los jesuitas extranjeros de que da cuenta Leonhardt (T. XIX: LXII), donde se incluyen a Chomé Cattáneo y Schmid que han dejado testimonio del viaje. Tampoco contamos con mayores datos sobre la embarcación, aunque sabemos por el mismo Schmid que el barco, de regular tamaño provisto con algunas piezas de artillería, llevaba el nombre de Inmaculada Concepción y que el capitán era francés.

imagen de la Inmaculada Concepción de María, de la cual nuestra embarcación llevaba el nombre. Lo mismo se repetía de noche. Nosotros, empero, ya que no podíamos decir Misa y no contentándonos con la común meditación de una hora o las oraciones de costumbre o el doble examen de conciencia, rezábamos, además, en voz alta y a diferentes horas las oraciones del día y las letanías de la Inmaculada Concepción y la de San Javier, junto con las de otros santos. El tiempo restante lo empleábamos, en parte, para aprender el idioma español, en parte, cantando canciones religiosas o las letanías de Nuestra Señora, al acompañamiento de una música de flautas y clavicordio; en parte también con discursos religiosos o conversando sobre otros temas. A menudo nos entretenían los delfines o otros peces grandes, del tamaño de un tronco de roble, cuando los veíamos perseguirse cerca de nuestro barco, con la mitad del cuerpo fuera de agua, saltando, a veces, por el aire, al tiempo que lanzaban agua por la nariz; u observábamos cómo grandes cantidades de pájaros blancos daban caza a los pecesillos que les servían de alimento. Nos divertíamos también cuando el barco, impulsado por el buen viento, parecía volar como una flecha; muchas veces recorríamos en una hora un camino de dos o tres horas y una vez hicimos, desde las seis de la tarde hasta la seis de la mañana, un recorrido de cuarenta horas y puedo decir, conforme a la verdad, aunque le parecería inverosímil a quien no lo haya visto, que el barco corrió a tal velocidad, que el agua alrededor de nosotros echaba muchas y grandes chispas. La primera noche, pensamos que las centellas que veíamos, aunque en menor cantidad, no eran otra cosa que el reflejo del brillo de las estrellas. Pero una vez que el cielo estuvo cubierto y sin embargo aparecieron grandes cantidades de chispas, lo tuvimos que atribuir a la velocidad del barco.

Muchas veces en cambio, teníamos viento en contra, con el cual navegábamos bien, pero a barlovento, de modo que no retrocedíamos, pero tampoco avanzábamos mucho; otras veces, no había viento ninguno y nos quedábamos durante muchas horas en el mismo lugar, pues estos barcos no tienen ningún remo con el cual impulsarse, como sucede en las galeras, que con sus cincuenta a sesenta remos grandes pueden navegar contra el viento. Por fin, el veinte de agosto, entramos en el estrecho de Gibraltar y pudimos apreciar de cerca la sólida fortificación de esta ciudad; no pudimos ver, en cambio, a causa de la nie-

bla, la fortaleza Ceuta, situada en la costa africana y sitiada por los moros desde hace treinta años. Atravesamos a toda vela este estrecho, donde África y Europa distan apenas dos horas. Mas, debido a que el viento aumentó y se volvió tempestuoso, al caer la noche echamos ancla en la costa africana y nos quedamos ahí hasta la madrugada; entonces volvimos a poner velas, de las cuales el viento no tardó en partir una por la mitad, llevándose una parte junto con otra vela entera. Sin embargo hicimos rumbo a Cadiz y el barco avanzó velozmente, aunque el viento le empujaba de continuo hacia un lado, de modo que creíamos que iba a zozobrar o ser devorado por las gigantescas olas. Como ninguno de nosotros había experimentado hasta ahora algo semejante, ni habíamos pasado por un temporal, tuvimos mucho miedo, pero gracias a Dios el viento mermó al cabo de dos horas y sanos y salvos, luego de navegar dieciséis días, llegamos el 29 de agosto al puerto de Cádiz, donde otros barcos franceses nos dieron la bienvenida con seis o siete cañonazos, que fueron contestados de la misma manera por nosotros. Después de esto, teníamos la esperanza de desembarcar enseguida, pero tuvimos que quedarnos ocho días más a bordo y hacer cuarentena en vista de que veníamos de Italia y de que, no lejos de allí, en Turquía, reinaba la peste. El constante buen tiempo nos hizo pasar más pronto los ocho días de cuarentena. Contribuyeron también a esto las ocupaciones diarias arriba mencionadas, el continuo ir y venir de los barcos acompañado de cañonazos, como también la pesca, que nos rindió a nosotros y a los marineros varios centenares de peces. Mientras tanto, la gente de nuestro Colegio en Cádiz nos atendió con el mayor cariño y cuidado; nos proveían con comida y bebida, aunque no nos hacía falta nada fuera de pan fresco y agua, y consiguieron del Gobernador de la ciudad que no tuviéramos que cumplir con los cuarenta días reglamentarios de reclusión.

Finalmente desembarcamos el 7 de setiembre, otra vez en vísperas de una fiesta de la Santísima Virgen, y fuimos recibidos en nuestro Colegio de Cádiz con toda atención, después de haber asistido a una Misa de agradecimiento por la feliz llegada. Sin embargo, no nos quedamos mucho tiempo allí, sino que nos volvimos a embarcar a los dos días y partimos con todo nuestro equipaje a Sevilla, donde arribamos el día 11. Y ya hace cinco meses que estamos aquí y nos quedaremos hasta que los barcos partan hacia el Nuevo Mundo, a Paracuaria;

no sabemos todavía la fecha. El capitán, contratado ya por nuestro Padre Procurador Ignacio Herrán⁶², nos daba esperanza mes tras mes, pero no sucedió nada. Por lo tanto pasaremos el verano aquí, pues entre abril y otoño los barcos no zarpan, en parte por el temor de una guerra entre España e Inglaterra, pero sobre todo porque la armada española que trae el oro y la plata de América hace ya cuatro años que se demora en llegar (por miedo a los ingleses que la acechan) y por eso, nuestro capitán, al faltarle dinero, no puede conseguir suficiente mercadería para cargar sus tres barcos. No obstante, me basta que se cumpla la voluntad de Dios, a cuya providencia me he encomendado ya mil veces en la Santa Misa. Me encuentro muy bien aquí, con la ayuda de Dios, y aunque en un comienzo todo fue chino para mí, con el tiempo me he acostumbrado a todo.

Voy a describir ahora brevemente la ciudad y sus alrededores. Sevilla es grande y se necesitan dos horas para recorrerla, sin tomar en cuenta los suburbios de la otra orilla del río Guadalquivir. Tiene un arzobispo⁶³ y veinticinco iglesias parroquiales, entre las que resalta la Catedral por su tamaño y esplendor sin par; para ella, ya hace tres años que se trabaja en la construcción de un órgano grande y precioso, que se terminará recién dentro de otros tres años, con un costo de 200.000 pesos. Hay diecisiete monasterios, seis de ellos pertenecen a los dominicanos y ocho a los franciscanos. La Compañía tiene cuatro Colegios, la Casa Profesa (donde se hospedan once de nuestros Padres Misioneros), el Noviciado y el Hospicio de las Misiones Indias. Se cuentan die-

⁶² En realidad es Jerónimo Herrán, nacido en Pámanes, Santander, el 13 de abril de 1672. Ingresó a la Orden en la provincia de Castilla en 1688, dando sus primeros votos dos años después. Llegó a Buenos Aires en 1698 en la expedición del P. Ignacio de Frías. Fue elegido procurador a Europa en la Congregación de 1725 y a su regreso fue designado provincial. Murió en Córdoba el 10 de diciembre de 1743 (STORNI: 140). Una biografía suya en OROSZ: 161-168.

⁶³ Entre 1722 y 1741 fue arzobispo de Sevilla Mons. Luis de Salcedo y Azcona (1667-1741), hijo del conde de Gómara. Estudió teología en la universidad de Santa María de Jesús, siendo caballero de Calatrava, obispo de Coria y arzobispo de Santiago de Compostela (ROSS: 213). En 1731 bendijo la iglesia de San Luis de los jesuitas, construida para albergar el noviciado gracias a la donación del terreno que hizo doña Lucía de Medina. La excepcional obra barroca hispanolense seguramente fue la admiración del P. Schmid y sus acompañantes de via-

ciseis hospitales, con sus correspondientes iglesias, pero en ninguno de los campanarios de estas iglesias ni por cualquier otro lado se encuentra un reloj cuya mano podría indicarle a uno la hora.

No hay en toda la ciudad una avenida ancha y hermosa, sino que hay poca distancia entre las casas; estas son poco vistosas, tanto por dentro como por fuera y tienen apenas dos yardas o metros de alto. Las habitaciones o las salas de las mansiones de gente pudiente, tienen, por lo general, una sola ventana o, mejor dicho, una puerta de dos hojas sin vidrios, los cuales dejarían pasar la luz; de modo que esta debe quedar abierta todo el día, lo que bien se puede hacer en vista de que durante todo el invierno no hace frío. No saben lo que es una estufa ni si la nieve es blanca o negra pues no ha nevado desde tiempos inmemoriales; en la semana de San Tomás, como también en enero y febrero hubo sólo fuertes tormentas eléctricas. En el tiempo de Adviento hemos visto cortar el trigo, arar el campo y volver a sembrar; en los jardines, en cambio, se plantaban repollos, lechugas y otras hortalizas. En verano, el calor es hartamente insoportable pues no llueve jamás. El año pasado, llovió una sola hora desde abril hasta los días de Adviento, y hubo, en cambio, día tras día el mejor tiempo y cielo luminoso. Es asombroso que los olivos de cuyo fruto se hace aceite y que ocupan grandes áreas, como también los limoneros, naranjos, granados, cipreses y palmeras y la vid y los cereales, puedan mantenerse durante el verano sin que se sequen y se echen a perder; pero los españoles dicen que la tierra de este país es por naturaleza muy húmeda y capaz de alimentar estos árboles; de este modo la Providencia Divina compensa la falta de agua. Cuando comenzó a llover en diciembre, los campos quemados por el gran calor produjeron en seguida el mejor pasto y las más hermosas flores, haciendo que el invierno se convirtiera en primavera.

También la gente tiene distintas costumbres. Primero, todo el mundo lleva capa, grandes y chicos, pobres y ricos, tanto en casa, hasta cuando comen, como en la calle; el zapatero en su trabajo, el campesino cuando sale con su arado o lleva repollo y ensalada en su burro al mercado, o el carbonero que vende su mercadería por la calle; aún el mendigo colecta su limosna vestido de una capa con mil remiendos, y cree que por eso es considerado señor y caballero entre sus compañeros, como yo mismo he oído reiteradamente. Todo el mundo anda ocioso. Se ven grandes grupos de gente en las calles y las plazas, tanto en días

de trabajo como en feriados, envueltos hasta el mentón en su capa y pasando el tiempo en charlas, lo cual no es de extrañar, pues la mayoría de las artes y oficios se consideran vergonzosos; por ejemplo los de barbero, carnicero, sastre, zapatero, encuadernador y cerrajero. Por cierto, es un concepto nocivo, sea que nazca del orgullo o de la pereza; no se toma el trabajo de enterrar perros o gatos muertos o burros o caballos reventados, sino que dejan los cadáveres tirados en las calles de la ciudad durante semanas enteras, hasta que son devorados por los perros, para espanto de los extranjeros. Esta pereza no sólo va en desmedro de la limpieza, sino también del propio provecho pues se perjudican por su holgazanería: Prefieren comprar queso y manteca a los holandeses, pagando precios elevados, antes que molestarse en ordeñar sus propias vacas, de las que tienen gran cantidad, y lo mismo sucede con casi todas las cosas, que compran a precio caro a los extranjeros. Ya es mucho que el campesino cultive personalmente su campo, lo que puede hacer fácilmente y sin ayudante, pues tiene sólo que atar dos bueyes al arado, tenerlo con una mano y con la otra conducir los bueyes por medio de una sogá, hasta que, al poco rato, se acuesta exhausto y rendido en el pasto. Cuando el paisano va de su aldea a la ciudad, a pie o a caballo, como lo hace por lo general, lleva siempre puesta la capa y va armado de dos o por lo menos un mosquete, porque uno desconfía del otro y muchos mueren de muerte violenta sin que el culpable sea castigado si logra esconderse. Y aunque lo agarren, solamente lo meten en la cárcel, de las que hay muchas aquí, repletas de bribones y ladrones durante todo el año, a razón de más de trescientos en cada una, de los cuales la mayoría muere de abandono.

Si se entra en una casa, lo primero que se hace, según mi propia experiencia en casas de nobles, donde fui llevado por Padres de aquí, es sentarse en los taburetes; entonces la gente se mira un poco, conversa del camino o del tiempo y se pregunta cómo está; sólo después se les da la bienvenida a los huéspedes, que permanecen sentados agregando un cumplido español. Mientras se charla continuamente, jóvenes y viejos, hombres y mujeres sacan sus tabaqueras de plata y ofrecen a las visitas su tabaco, que estos aceptan con placer. Cuando la visita está por terminar, convidan a los huéspedes con chocolate, pero como acostumbran tomar agua primero y, antes de eso, comen algo dulce, traen unos postres que parecen hechos de azúcar puro, servidos

en pequeñas fuentes sobre un plato, junto con dos cucharitas, con las cuales deben comer de a dos personas el dulce, para poder tomar agua luego. Después de todo eso se ofrece el chocolate. Antes de levantarse se les vuelve a hacer un cumplido a los huéspedes y se los despide. Las mujeres se levantan primero pero no se mueven, el dueño de casa, en cambio, va hacia la escalera y si las visitas son de noble alcurnia, las acompaña hasta la puerta y la calle.

Se quedan poco tiempo en la mesa y ni siquiera los clérigos usan platos; no comen la carne con tenedor sino que la despedazan con los dedos y la vajilla es de barro.

La libra de carne de oveja cuesta actualmente dieciseis kreutzer⁶⁴; en cuanto a la carne bovina, sólo la comen los campesinos, pues ni a los señores ni a los clérigos les apetece. A cada uno de nosotros se nos paga 33 kreutzer por día para la comida solamente. El vino es tan fuerte que cuando lo tomamos por primera vez, en el puerto de Cadiz, pensamos que era aguardiente; por eso sólo se puede beber en pequeñas cantidades, como en Alemania la bebida blanca. En cambio, se toma mucha agua, que los vendedores ambulantes ofrecen a viva voz en las calles y plazas a pesar de que en la ciudad abundan los aljibes; todo el mundo, clérigos y laicos, se deja servir y bebe luego de tomar un poco de anís azucarado, pagando medio kreutzer por copa.

Muy extraña nos pareció la procesión que los Padres Dominicos suelen organizar en la fiesta del Rosario. Adelante iba un crucifijo con dos candelabros a los costados; seguían bufones o saltimbanquis, disfrazados con trajes acolchados y luciendo cabezas gigantescas. Uno representaba el papel del marido, el otro el de la mujer, seguida de dos criados; estos cuatro hacían toda clase de payasadas y se dejaban perseguir por los chicos, que se burlaban de ellos. Después venían algunos vecinos munidos de velas blancas encendidas y seis gigantes cuyo tamaño era casi el de tres hombres. Tres de ellos iban disfrazados de hombres, los otros tres como mujeres vestidas con largas y hermosas polleras de tafeta que llegaban hasta el suelo y debajo de las cuales

⁶⁴ Moneda alemana acuñada en el S. XIII equivalente a la sesentava parte de un florín y que perduró hasta 1868 en Austria. Desde esa fecha hasta la introducción de la moneda alemana equivalía a la centésima parte de un gulden.

se escondían seis hombres como pajes de cola; estas se dirigían hacia la muchedumbre reunida a ambos lados, saludándola y haciéndole reverencias. A nosotros nos pareció un verdadero carnaval; los españoles, en cambio, según dicen, se portan así en parte para demostrar su alegría por la alta fiesta, en parte para que la gente, atraída por estas bufonadas, participe de la procesión. El pueblo se mezclaba en el cortejo de los Padres Dominicos, caminando de dos en dos con las velas encendidas, portando las imágenes del Papa Pío V, de Santo Domingo y de la Beatísima Madre de Dios. Alrededor de cada una de estas imágenes, seis bailarines disfrazados con diferentes atavíos pintorescos danzaban continuamente. El primer grupo llevaba en los dedos castañuelas hechas de madera, parecidas a cáscaras de nuez, batiendo una contra otra, al compás de la música. Los del segundo grupo estaban armados de espadas de madera y bailaban una danza de espadas de madera acompañada de una música de chirimías y fagot; de los integrantes del tercero, cinco llevaban guitarras o maderas ahoyadas, armadas de cuerdas metálicas y el sexto un violín. Este último bailaba a más no poder mientras que los demás tocaban cada uno su instrumento. Estos bailarines imitarían, según la opinión de los españoles, al Rey David bailando ante el arca de la alianza. En la fiesta de Corpus, durante la procesión, suelen representar en algunos lugares hasta veinte danzas distintas. Lo mismo sucedió en los tres días de carnaval, cuando diez jóvenes veneraban diariamente el Santísimo Sacramento ante el altar mayor con cantos y bailes.

Estas y otras muchas costumbres españolas, por un lado nos siguen extrañando, pero algunas otras nos parecen buenas y nos gustan. En primer lugar, los españoles veneran y adoran a la Madre Divina y tienen un gran aprecio por la Inmaculada Concepción, lo que no sólo demuestran con palabras sino con hechos; ciertas parroquias organizan casi a diario, a primera hora o a la noche, procesiones que van a través de la ciudad, mientras que los fieles cantan la letanía y rezan el rosario. Por otro lado, son muy generosos con los pobres, a los que dan muchas limosnas.

Con respecto a la comida y bebida, muestran una moderación ejemplar. Necesitan poca cosa para divertirse. Aún en carnaval no hubo ni grandes comilonas, ni borracheras con sus malas consecuencias; todo fue tan tranquilo como los días de cuaresma en Alemania. Ni

siquiera hay una fonda en la ciudad entera, sino sólo unos despachos de bebidas donde el español entra, cuando quiere tomar algo y, sin sentarse, bebe una copa y se va. Su bebida preferida es el agua, la que es servida en la calle por vendedores ambulantes como ya dije.

Además es muy loable el comportamiento y la vida retirada de las mujeres, quienes, cuando salen de su casa a la iglesia o a otro lado, no dejan de ponerse su mantón de tafeta negra. Todo el mundo lo lleva, grandes o chicas, pobres o ricas, con la diferencia de que las pobres, al igual que los mendigos, los tienen cubiertos de mil remiendos. Con este manto envuelven el cuerpo, lo pasan alrededor de los brazos y del pecho y se tapan la cara por completo, de manera que no se las reconoce y nosotros, al principio, las tomamos por monjas españolas. Como en las iglesias no hay ni sillas ni bancos, se arrodillan primero, pero se sientan bien pronto sobre los talones y no se levantan más durante la Misa, salvo cuando se levanta la hostia.

También en su casa tienen la costumbre de sentarse en el suelo, aunque tienen bastantes taburetes. Sus polleras son de tafeta negra o, tratándose de gente humilde, de una tela marrón; a estas polleras añaden una cola larga, cuyo tamaño está en relación con el rango de la persona. Sin embargo, nunca llegan a ser tan largas como las de los sacerdotes, en especial las de los canónigos: hace poco, vi que el canónigo que oficiaba las vísperas, llevaba en su sotana una cola de no menos de cuatro varas, que arrastraba por el suelo y esto, según dicen, da gran autoridad y prestigio.

Finalmente, quisiera destacar la amabilidad y cortesía que demuestran tanto los religiosos como los laicos entre sí y, especialmente, hacia nosotros los alemanes. Nos extraña mucho que anteriormente hayamos oído hablar de manera muy distinta de los españoles. Nuestros nombres se conocen en las mejores casas, aunque nunca hemos estado allá, y la gente sabe qué aspecto tiene éste o aquél. Los conmueve el hecho de que abandonáramos nuestra patria para siempre y que hagamos tan largo viaje; a esto solemos contestar en español, que nuestro queridísimo Señor, que nos llamó a nuestro oficio, no sólo es digno de este sacrificio, sino también merece que demos nuestra vida para su mayor gloria y que todos estamos dispuestos a hacerlo. No sólo a los demás sino también a nosotros rinden honores en la calle: cuando un caballero llega con su coche, lo hace parar y no continúa hasta que ha-

yamos pasado nosotros. No menos honor nos brindan nuestro Padre Procurador de Paracuaria, el Pater Propositus y el Prefecto de la Casa de Profesos en la cual vivimos; y también los demás Padres nos atienden con la mayor cortesía y amabilidad y nos agasajan con todo lo que nos podría hacer falta o que podríamos desear. Por ejemplo, cuando en la mesa uno de nosotros no come un plato, en seguida se busca y se sirve otro. Más de una vez nos han repetido que basta una llamada, sea de día o de noche, tarde o temprano, y todo estaría a nuestra disposición. En cuanto llegamos, nos equiparon de pies a cabeza con varios juegos de ropa interior y otras vestimentas, como ser chaquetas, abrigos, etc., a pesar de que aún no era necesario.

Tanto yo como los demás Padres estamos bien y gozamos de buena salud. Dormimos siete horas, es decir de las diez de la noche hasta las cinco de la mañana. A las once y media almorzamos y, ahora en el tiempo de cuaresma, nos sirven a las nueve de la noche una cena de vigilia. En verano todo se adelanta una hora.

Diariamente dedicamos cierto tiempo al estudio de la lengua castellana en la cual próximamente tendré que enseñar la doctrina cristiana, tal como otros ya lo han hecho. Además, cinco de nuestros Padres han traducido un libro de cincuenta pliegos de la lengua castellana al alemán y se lo han enviado a nuestro Padre Provincial; posiblemente será impreso, pues describe una nueva misión en Paracuaria y contiene cosas memorables. Los pueblos de estas misiones se llaman chiquitos⁶⁵.

Hace poco, llegaron cincuenta misioneros españoles y luego ocho alemanes y nueve italianos desde Génova, de modo que aquí sumamos treinta y un misioneros extranjeros; esto representa un gasto de seiscientos pesos sólo para la comida, equivalente a mil doscientos florines suizos, suma que pagan por partes iguales el Rey de España y las misiones paracuarias. En el barco a Paracuaria cada uno de nosotros costará, por lo menos, trescientos pesos.

⁶⁵ Se trata de la Relación Historial de Juan Patricio Fernández que justamente por entonces el P. Procurador Jerónimo Herrán dio a luz en Madrid en 1726. Efectivamente se tradujo al alemán y se publicó en 751 páginas en octavo en 1729 con el título de *Erbauliche und angenehme Geschichten deber Chiquitos, und anderer von Patribus der Gesellschaft Jesu Paraquaria neube kebrten Volver*.

Rogad por nosotros en vuestras oraciones para que, luego de una navegación feliz, nuestros superiores puedan pagar esta suma. Yo, por mi parte no dejo pasar ningún día sin rogar encarecidamente en la Santa Misa al Dios hecho hombre por vuestra salud en esta y en la otra vida; y cada semana dedico a veces una, a veces varias Santas Misas a mi señora madre, mis señores hermanos y mi señora hermana.

Vuestro más fiel hijo y hermano

Martín Schmid S.J., Misionero en Paracuaria



Carta del P. Cayetano Cattaneo sobre su viaje de 1728-1729.

Primera carta del Padre Cayetano Cattaneo, de la Compañía de Jesús,
a su hermano José, de Módena⁶⁶

Queridísimo hermano:

Buenos Ayres, 18 Mayo 1729.

Llegado con el favor de Dios sano y salvo a este Puerto de Buenos Ayres, voy a cumplir mi compromiso de daros pronta cuenta de lo sucedido y observado desde que partimos de Europa hasta el presente, comenzando por el principio de nuestra navegación, que puede decirse ha sido felicísima, no porque no hayamos debido sufrir muchas incomodidades, que son inevitables en un viaje de más de seis mil millas, sino porque las hemos experimentado menores de las que suelen

⁶⁶ Esta carta, junto a otras dos fueron publicadas en 1743 por Ludovico Antonio MURATORI como apéndice de su conocida obra. Fueron traducidas por José Manuel Estrada y publicadas en la Revista de Buenos Aires en 1865-1866 y luego por BUSCHIAZZO: 65-133, de quien tomamos la transcripción. El P. Catáneo nació en Módena el 6 de marzo de 1695, ingresando a la Orden en 1719 y Falleciendo en la reducción de Santa Rosa el 28 de agosto de 1733 (STORNI: 61).

ordinariamente sentirse. La víspera de la santa Natividad del 1728, algunos días después de habernos embarcado, partimos del Puerto de Cádiz, en cuatro Naves, esto es, dos fragatas de 30 piezas de cañón, sobre las cuales venían repartidos nuestros misioneros; un patacho⁶⁷ de 20 piezas, en que venían doce religiosos observantes de San Francisco y un Domínico; la cuarta era un pequeño buque de aviso que va a Cartagena de América y que para mayor seguridad contra los corsarios de Argel y de Salé que infestan estos mares, venía con los nuestros hasta las Canarias, donde tomando luego rumbo hacia el poniente, debía proseguir su viaje. Así salimos del Puerto en conserva, con viento favorable es cierto, pero demasiado violento, de modo que fué necesario caminar con pocas velas. Nuestros misioneros entonces llenos de alegría se volvieron a dar a la Europa un eterno adiós, para volver a verla a su tiempo desde el cielo. Era tal la fuerza del viento que hinchando bastante las ondas agitaba no poco la nave, y eran tales los sacudimientos que de cuando en cuando le imprimía, que era muy difícil tenerse de pie. En uno de esos sacudones, un marinero que estaba descuidado cayó al mar y fué un gusto verle nadar como un pescado teniendo siempre su pipa en la boca hasta que acercándose a la nave y atrapándose a una cuerda subió sano y salvo. No hablaré del desorden del estómago, que universalmente experimentamos, porque este es un tributo que suele pagar comúnmente todo el que no está acostumbrado al mar, y siendo la agitación de la nave mayor que de ordinario fueron aún más vehementes las revoluciones de estómago que padecimos casi todos más o menos. Con viento tan favorable arribamos en seis días a la vista de las Islas Canarias, bien que cesando después el viento y levantándose otro contrario, fuimos obligados a bordejar ocho días a la vista de Tenerife. Finalmente, después de catorce días desde que soltamos las velas, se logró tomar puerto en esa isla el día solemne de la Epifanía⁶⁸. Aquí nos detuvimos algunos días, porque teníamos necesidad de mu-

⁶⁷ Su tamaño varía entre 40 y 100 toneladas, siendo su uso más frecuente como transporte de pequeñas cargas o reconocimiento. Comenzó a ser utilizado a fines del siglo XVI.

⁶⁸ La tradición católica fija como día de la Epifanía o Adoración de los Reyes Magos, el seis de enero.

chas cosas, como de agua, de leña, de ajustar el timón, de componer un palo que se había roto en nuestro buque, calafatearlo en ambos lados y la proa porque entraba mucha agua por las ensambladuras, y hacer otras no pocas provisiones para la larga navegación que nos quedaba. El Patacho debía cargar además treinta familias para transportar a una nueva población que por orden del Rey se forma al presente en una playa del Río de la Plata, y se llama Monte Video, de la cual os hablaré más minuciosamente, cuando con la narración haya llegado hasta allá.

Entretanto, en los pocos días que nos detuvimos en aquel puerto, ni aun me lo habría soñado, recibí finezas indecibles ya en general como Misionero de la Compañía, ya en particular como italiano y modenense. Las recibí en común con los otros, del Cónsul de Francia, caballero cumplidísimo y sumamente afecto a la Compañía, como mostró con los hechos. Porque apenas supo nuestro arribo, al momento fué a visitar a nuestro Padre Procurador Gerónimo Herran, no sólo para que fuese a comer con él, sino para que desembarcase toda la Misión, a la cual ofrecía dar alojamiento en su casa por todo el tiempo que nuestras naves permaneciesen en aquel puerto. No habiendo accedido a ésto la sabia discreción del Padre Procurador, por ser nosotros más de setenta, se desquitó de otro modo, ya sea visitándonos a bordo, ya enviándonos refrescos. Un día (no sé si a petición suya) de ambas naves desembarcamos todos los Misioneros y fuimos a juntarnos en uno de los fuertes que están a la orilla del mar. Cuatro fueron a comer con el señor Cónsul, y cuatro en el palacio del señor Obispo, tratados con toda esplendidez y buen corazón por el señor Secretario, de quien escribiré después. Todos nosotros comimos en el fuerte arriba mencionado, donde gozamos de los refrescos enviados por dicho señor, el cual acabada la comida vino en persona con los cuatro Padres a visitarnos, trayendo además consigo dos hijos suyos preciosos, uno de siete y el otro de nueve años, aproximadamente, los cuales nos divertieron mucho con su habilidad, porque hicieron entre otras cosas el ejercicio de las armas, mandando y obedeciendo, ya uno, ya otro, con tal gracia y desenvoltura, que no cesábamos de aplaudirlos, hasta que anoheció y todos esos señores nos acompañaron hasta el barco y nos despidieron. En dicho tiempo no mostró menor afecto hacia nosotros el mencionado Sr. Secretario, en parte por orden del Obispo, que se encontraba lejos de la ciudad en la visita a la isla de Palma, en parte por la singular inclina-

ción que conserva hacia la Compañía. Quería también que desembarcásemos en tierra, ofreciéndose a encontrar cómodo alojamiento para todos; y él mismo venía a visitarnos a bordo, donde nos ofrecía abundantes refrescos. Las finezas recibidas en particular me fueron dispensadas por un caballero italiano, que se encuentra aquí muy bien acomodado con un cargo que le produce medio doblón diario, con lo cual puede vivir como gran caballero; en un país en que la vida no cuesta nada, y poseyendo además sus negocios, puede vivir con más holgura que la mayoría. Este, encontrándose a comer con el señor Secretario, gran amigo suyo, el día en que fueron aquellos cuatro Padres, supo por ellos que en esa Misión venían cuatro Padres italianos. Por lo cual, lleno de alegría se trasladó, concluida la comida, al Fuerte en que habíamos desembarcado. Increíbles fueron las muestras de júbilo y de alegría que dió al vernos, mucho más cuando supo ser nosotros de Rávena, Rímíni, Mantua y Módena⁶⁹, países todos bien conocidos por él, que suponía fuésemos de las Provincias de Nápoles o Sicilia. El primero con quien se encontró fuí yo, que recibí los primeros cumplidos y abrazos, después el P. Rasponi y en seguida los otros dos. Pero los principales cariños los recibí el P. Rasponi, por el conocimiento y amistad estrechísima que ese señor había tenido en Italia con el Caballero de Malta, Horacio Rasponi, hermano o primo del Padre. Después se volvió súbitamente hacia mí, a quien llamaba su paisano desde que supo que era de Módena, y preguntándole yo de qué país era él, me respondió que era boloñés, y que estando sólo Módena y Bolonia distantes siete leguas (estas siete leguas no se consideran más que si fueran siete pasos) por eso éramos paisanos. Y aquí, dejando aparte el español y el toscano, comenzó a hablar boloñés tan ajustado y con todo el donaire que es propio de la nación, que los P. P. españoles y tedescos se veían forzados a reír, aunque no entendieran sílaba del significado. Imagináos cómo estaríamos nosotros, italianos, que no nos hubiéramos imaginado encontrar en Tenerife un boloñés, y un boloñés de los más agradables que puedan encontrarse en la misma Bolonia. A toda costa quiso

⁶⁹ Se refiere a los PP Francisco María Rasponi nacido en Ravena en 1695, Carlos Gervasoni en Rímíni en 1692 y además de Cattaneo que era el de Módena.

que fuésemos a comer el día siguiente a su casa, lo que obtuvo fácilmente del Padre Procurador, y habría querido tenernos en su casa hasta nuestra partida del puerto, si nosotros mismos no nos hubiésemos decididamente opuesto. La mañana siguiente envió una embarcación a bordo, que nos condujo a la ciudad, donde nos recibió; y después nos llevó a su casita de campo, tan cuidada en el interior y tan bien arreglada con empapelados, espejos, cofres, sillas y otras galanuras, que quedaron sumamente admirados los cuatro Padres españoles, a quienes el día anterior había llevado allí para ofrecerles el té, y a nosotros nos pareció ser justamente una casa de Bolonia. Nos honró en la mesa el Secretario del Obispo (que en estas partes se considera como personaje de gran cuenta) y un caballero francés muy erudito y cortés. La mesa fué abundantísima; y siendo estos señores personas que habían leído mucho o visto gran parte del mundo, la conversación fué no poco erudita y al mismo tiempo agradable por las historias graciosas que mezclaba el boloñés a las conversaciones serias. Concluída la comida nos llevaron a ver la ciudad, que no es gran cosa, porque exceptuando los conventos y algunas casas principales, todas las otras son bajas y de un solo piso. Lo que me produjo más diversión fué ver los camellos, que yo no había visto sino pintados. Finalmente, fuimos a terminar en el bellissimo palacio de Monseñor el Obispo, donde el señor Secretario nos dió un buen refresco, coronando la obra por sí. Después de lo cual, habiendo ya tocado el Ave María, todos unidos nos acompañaron a la playa, donde nos dieron afectuosísimos abrazos y fletándonos una de las mejores embarcaciones nos enviaron a nuestra nave. El señor boloñés se llama el señor Gaspar Biondi de Conti, y tiene la madre viva y un hermano que sostiene a la familia en Bolonia. Este señor suele usar así de su beneficencia, y en esta ocasión nos hizo gozar delicias, donde no esperábamos encontrar sino padecimientos y dificultades.

En cuanto a la isla de Tenerife, la cosa más célebre que se encuentra en ella es su famoso Pico, esto es, un monte situado en el mismo medio de la isla, y que surge con una altura tan desmesurada, que comúnmente es reputado por el monte más alto del mundo. Yo tenía ya alguna noticia por lo mucho que de él tratan los geógrafos y por esto le miré con no poca curiosidad. Lo que puedo decir, es que se descubre más de cincuenta leguas en la lejanía, que son más de ciento cincuenta millas. Más de la mitad está casi siempre cubierta de nubes, y sobre

ella se yergue en figura de un pan de azúcar la gran punta, que habitualmente está cubierta de nieve. La isla por lo que puede discernirse desde el buque, me pareció muy amena y fructífera. Su mayor fertilidad consiste en tabaco, seda y principalmente vino, siendo célebre en toda Europa el llamado vino de las Canarias, por cuyo tráfico vienen hasta aquí continuamente franceses, ingleses y holandeses, y en el puerto de Santa Cruz, donde estábamos entonces, había más de quince navíos mercantes de esas tres naciones. La costa de la isla está circundada en todo su contorno por fortines con piezas de artillería para defenderla de los Berberiscos, los que, por estar esa isla tan vecina del Africa, la infestan continuamente. Y no sólo para defenderla de éstos, sino también de las otras naciones de Europa, cuando están en guerra contra España, las cuales le hacen el amor por servir esa isla de escala a todas las navegaciones de la India, que allí van a tomar su punto y los vientos generales. Por eso, cuando llegamos nosotros, que como dije, íbamos en cuatro naves españolas, a las cuales se unieron en el viaje dos francesas, y todos lejos estábamos bordejeando a causa del viento contrario, el Capitán General, descubriendo estos seis leños y poco adelante nueve bastimentos menores, que parecían una pequeña flota, sin saber de qué ni a qué fin viniésemos, hizo tocar alarma con dos cañonazos, a lo cual respondieron de la Laguna, que es otra ciudad de tierra adentro, bajando prontamente a la playa cuatro mil hombres de la milicia del país, mejores para impedir los desembarcos que las mismas tropas españolas, los cuales estando repartidos en corto número en los mencionados fortines, venían con los mosquetes antiguos a rueda, que manejan admirablemente. El primero en tomar puerto de noche fué el Patacho; y el General envió al momento una embarcación con orden que si era amigo encendiese el fanal de popa y disparase un cañonazo; hecho lo cual pronto se desvaneció todo temor. A la mañana nos aproximamos nosotros y saludamos la fortaleza con once tiros, hecho lo cual todos los milicianos se volvieron a sus casas.

Después de tantas finezas recibidas en Tenerife volvimos a bordo, en donde además de las molestias que son comunes en los buques, siempre mayores cuando se está detenido y no se camina hacia su término, debimos sufrir otras más fastidiosas por parte de los milicianos. Todos los pasajeros, al menos los de alguna consideración, tan pronto como entramos en el puerto, bajaron a tierra, donde lo pasaron

alegremente hasta el día que soltamos las velas nuevamente. Los soldados ardían también en deseos de desembarcar, pero los oficiales tenían orden de no dejar salir ni uno. De aquí nacieron las turbulencias, que nos inquietaron por muchos días, porque, fuera de los dragones, bellísima gente y milicia veterana toda, prudente y bien disciplinada, la infantería era milicia ordinaria y por lo general descontenta, porque la mayor parte venía por fuerza. Y como el Paraguay no es país tan renombrado en España como Méjico, Chile, el Perú y otros, al saber los soldados su destino parecía que fuesen enviados al infierno. De cierto que si hubieran podido desembarcar en Tenerife, por lo menos la mitad habría desertado; por esto los oficiales, que lo conocían muy bien, velaban con toda atención y rigor, para que ninguno saliese de la nave. Pero a pesar de cuantas diligencias se hacían, una noche se arrojaron algunos al agua y nadando llegaron a tierra. Con todo, reconocidos desde el presidio de un fuerte de la isla, fueron tomados y arrestados al día siguiente. Después hubo una especie de amotinamiento, porque no se les daba vino en la navegación, y así era, pero no tenían razón de quejarse porque es costumbre prudentísima en las naves de España no dar vino a la soldadesca, a fin de que no haya siempre alguno, como sucedería, que se embriague, ocasionando de tal modo riñas frecuentes y peligrosas. Pero una vez llegados a puerto, el Rey les hace pagar tanto sueldo de más cuanto correspondería a la ración de vino que se les hubiera dado todos los días en el mar. Y ciertamente la cosa ha sido pensada con gran prudencia, como en efecto lo probamos, porque el día en que sucedieron mayores revoluciones, por las cuales la nave parecía un infierno, fué cuando un pasajero de calidad, estimando tenerlos más quietos y contentos, les regaló un barril de malvasia⁷⁰ de las Canarias, del que tocó un vaso a cada uno. Pero apenas pasó una hora, cuando los humos empezaron a subir a la cabeza, comenzaron a querellarse con el Comandante y con los oficiales, ora por una cosa, ora por otra y con tal impertinencia que algunos fueron apaleados, como lo merecían. Apaciguado este tumulto, nació otro de allí a poco en el cuartel sobre cu-

⁷⁰ Es un vino dulce de alta calidad elaborado con la variedad del mismo nombre que procede, según varios autores de la isla de Candia (actual Creta), llega al Archipiélago en la segunda mitad del siglo XV, seguramente desde Madeira.

bierta, en que vinieron a las manos entre sí y contra un sargento. Por fortuna no tenían armas, pues es costumbre también en las naves de España no permitir arma alguna ni fusil, ni espada ni bayoneta a la soldadesca, sino a los centinelas de popa y proa y en caso de combatir, pues entonces se distribuyen en un abrir y cerrar de ojos. Por cierto que es esta también una prudente medida pues si esa noche hubieran tenido armas habrían sucedido muchas muertes. Tenían sin embargo, algún cuchillo, porque me parece que hubieron varios heridos. Diré además, que algunos más perversos tentaron cortar el cable a que estaba asegurada el ancla de la nave, pero como ésta tuviera de grueso unos seis buenos puños de hombre, no pudieron cortar sino algunos pocos cabos, como observaron los marineros. Otros sin embargo dijeron, que había sido aquello un golpe de sable de un dragón, porque cuando los oficiales oyeron las voces y gritos que venían de bajo cubierta, temiendo algún tumulto, dieron en un momento las armas a los dragones, gente prudente, como dije, y que nada tenía que hacer con tales revoluciones. Estos, pues, con sables en la mano haciéndose espacio y aquéllos desarmados, aquietáronse todos; preso después el cabecilla y puesto en el cepo, todo quedó quieto; bien que duró poco, porque apenas oscureció un poco la noche, un soldado se arrojó al mar para huirse. El centinela de popa al momento, enderezándole el arcabuz le tiró, pero no teniendo pólvora en la chimenea falló el tiro: los marineros instantáneamente arrojándose en la embarcación, con remada violenta pronto le alcanzaron y tomándolo lo volvieron a la nave, donde sin darle tiempo de mudar los vestidos empapados de agua lo pusieron en el cepo. Mientras se castigaba a este, otro, desnudándose enteramente se lanzó al agua, al cual persiguiéndolo los marineros le dieron prontamente caza como al precedente; bien que fué un poco más difícil tomarlo, porque tenía un cuchillo en la mano, amenazando al primero que se atreviese a agarrarlo. Pero éstos le respondieron resueltamente que le harían pedazos la cabeza, y se vió obligado a rendirse; llevado a la nave fué bien asegurado en el cepo, desnudo como estaba, y siendo la noche muy fría, murió congelado. Otras revueltas semejantes, sino peores, acontecieron después, de modo que no había cepos en que poner los delincuentes; no cesaron del todo hasta que nos hicimos a la vela de nuevo en prosecución de nuestro viaje y se comenzaron de propósito las Novenas y Sermones, con los cuales Dios concedió que se hi-

ciera mucho bien.

Diré aquí en general acerca de esto, que no es fácil explicar el gran fruto que se recoge con estos ejercicios de piedad en las navegaciones de la India, porque, así como en las misiones, algunos de perdidas costumbres que vienen por acaso o por curiosidad, quedan heridos por las máximas eternas y se ven siempre grandísimas conversiones; así, en las naves entre los pasajeros, marineros y soldados, que no todos son ángeles, al oír tantos y tan eficaces sermones obtienen singular fruto y se hacen confesiones generales con tal sentimiento y enmienda de vida, que con el gran consuelo que experimentan los Misioneros, se dan por abundantemente recompensados de sus fatigas. Después el ejemplo de los unos, como suele suceder en la multitud, mueve a los otros; así es que son raros los que tarde o temprano no toman mejor tenor de vida. Por esto puedo decir que un Misionero podría darse por satisfecho de haber dejado su país y de haber venido a las Indias, sólo por el gran bien que puede hacer en estas navegaciones, donde así como los marineros en el mar, así los misioneros en las naves, pescan peces grandes.

Ahora, para volver al hilo de nuestra narración: salimos de Tenerife con viento poco propicio, pero empezada al día siguiente la novena de San Francisco Javier, que en las naves de España y Portugal es el principal protector del mar, el Señor nos envió pronto un viento favorable con el cual proseguimos a buen paso nuestro camino. Entonces fué que notamos la salida de polizones. Son éstos gente pobre pero astuta, que trata de ir a las Indias para tentar fortuna, pero no teniendo los cien o doscientos escudos necesarios para pagar el flete de la navegación, se combinan con algún marinero o ministro de la nave, quien, tras la multitud de gente, que viene en los últimos días, ya por las provisiones, ya por cargar, los introduce, a pesar de la vigilancia de los guardias y los esconden, no sé cómo, tras las cajas o fardos de mercancías, donde van sustentándose lo mejor que pueden, hasta que apartados de tierra algunas jornadas, están seguros que la nave no se volverá por ellos. Entonces comienzan poco a poco a salir a luz, y los Capitanes al ver aquellas caras nuevas, o por mejor decir aquellas bocas de más, blasfeman, desesperándose, gritando, amenazando, y ellos oyen todo con humildad, sabiendo bien que las amenazas de arrojarlos al mar no se llevarán a cabo, hasta que, pasada aquella borrasca de gritos

y bravatas, se van con los otros libres y contentos, como aquellos prisioneros que allí se indultan para la Pascua y la Navidad. Entretanto bufan los capitanes, no porque los tome de novedad la introducción de los polizones, pues bien saben, que no hay nave que vaya a las Indias, sobre todo en la Flota o sea en los galeones, en los cuales no hayan siempre muchos, sino porque cada capitán cree haber usado todas las diligencias posibles para que no se introduzcan en su nave.

En este intermedio, siguiendo el viento favorable y fresco, en pocos días pasamos el trópico de Cáncer por el cual se entra en la Zona Tórrida, contenida entre este trópico y el de Capricornio, cuyo centro es la línea equinoccial. Entramos, dije, con viento fresco, esto es un Greco-Tramontana, por lo cual no empezamos a experimentar tan pronto los excesivos calores que se suelen sentir en este clima; y hasta aquí nos acompañó el invierno, pues era hacia el fin de enero, al cual sucedió después una primavera templada, que nos acompañó hasta los ocho o diez grados a distancia del Ecuador o línea Equinoccial, donde según lo acostumbrado, comenzó a apretar el calor y a crecer siempre más, cuando nos acercábamos a la Línea, de suerte que no se padece otro semejante en ninguna otra parte del mundo. Esto duró hasta el otro trópico de Capricornio, después de lo cual sobrevino el Otoño, en cuya estación, como veréis más abajo, llegamos a Buenos Ayres; así que, en los cuatro meses que duró nuestra navegación, experimentamos todas las cuatro estaciones del año. Acercándonos entonces con bastante viento, recurrimos al Señor por la intercesión del glorioso San José, y después de San Antonio, cuyas novenas se hicieron con devoción, y obtuvimos la gracia de no caer en ninguna de esas tremendas calmas de 20, 30 y 40 días, que suelen frecuentemente tomar bajo la Línea o en las cercanías de una u otra parte hasta la altura de 7 u 8 grados; y son más perniciosas y temidas que la más formidable tempestad; porque aquí, caminando el sol perpendicularmente sobre nuestras cabezas, de modo que, al mediodía, como observé muchas veces, el cuerpo no arroja de sí sombra alguna por ninguna parte, los rayos del sol caen ardentísimos. Que si se junta el cesar del viento, además de la falta de este refrigerio, que siempre tempera los calores poco o mucho, permaneciendo así la nave inmóvil como una roca, queda tanto más expuesta a los cercanos azotes del sol, que se aumenta con la fastidiosa reverberación del mar. Entonces es cuando se padecen tantos desastres de ham-

bre, sed, insomnios, corrompiéndose el agua y las provisiones y engendrándose tantas extrañas enfermedades, como se leen continuamente en las historias que tratan de tales navegaciones. Pero nosotros por gracia de Dios no sufrimos ninguna de tales calmas, pues la más larga fué de 7 u 8 días, a distancia de 4 grados de la Línea, de la cual bien puedo deciros, que no sé de haber sudado ni sufrido tanto, ni padecido una sed mayor.

Ya por otra mía habréis comprendido la estrechez de las habitaciones y de lechos en que veníamos, porque la porción de cámara en que estábamos treinta y cinco, venía a ser como un horno, y si se salía fuera al castillo de popa para tomar un poco de aire libre, parecía que los rayos del sol abrasaban, de tal manera que yo no hacía otra cosa que empapar propiamente el pañuelo en sudor. Pero mayor trabajo era el de la sed, porque esta era excesiva, y el agua que según costumbre se distribuía a cada uno, resultaba escasísima, de modo que algunos pasajeros vendían a un soldado una camisa por tantos vasos de agua pagaderos de diversos días de su ración y otros llegaron a ofrecer un par de medias finas y cosas semejantes por un solo vaso. No había esperanza de mover a dar una gota más de los tres vasos de medida, que daban entre la mañana y la tarde; antes he visto negarse públicamente a un pasajero de calidad hasta un poco de agua para hacerse la barba; y porque los marineros de popa una vez acabaron en 12 días y medio su tina que tenía el agua medida para 14, no permitió el contra maestre que se llenara de nuevo hasta el día determinado; lo que obligó a los pobres a estar día y medio sin beber, que daba compasión: tal es el rigor que se observa en estas navegaciones respecto del agua. Lo que bien puedo deciros es que la que se nos daba era buenísima, es decir no estaba pútrida y fétida como suele suceder, y esto por la diligencia especial del Señor Capitán, el cual hizo embarcar el agua para los pasajeros en algunos millares de frascos grandes de tierra, bien cerrados con corcho y yeso encima; y el resto casi toda en cubas nuevas y bien guardadas, así que duró hasta el último, limpia y perfectísima. Ojalá hubiera sucedido lo mismo con el bizcocho, del cual era raro el pedazo que no contuviese algunos gusanos que moviéndose al partirlo y frecuentemente saltando sobre la mesa, me ocasionaban no poca repugnancia náuseas y aborrecimiento. Pero lo más penoso y que ciertamente me dió más ocasión de ejercitar la paciencia, era la multitud indecible de pulgas, chin-

ches y sobre todo de piojos, que en este calor crecen sin número y sin esperanza de libertarnos de ellos; ya porque no había lugar para apartarse a registrar y limpiar los vestidos, que estaban llenos; ya porque hubiera sido inútil desde que bastaba entrar una sola vez entre los marineros o soldados para confesar, predicar o recitar el rosario y cosas semejantes, para volver a la cámara llenos y comunicarlos a los compañeros. Imagináos una nave en que éramos tantos que apenas podíamos movernos, y cuya mayor parte, marineros, soldados y otra gente, dormían siempre vestidos sin mudarse, peinarse, etc.; cuán grande abundancia debía haber de semejante mercancía, de modo que no nos extrañaba verlos correr acá y allá por los vestidos, aunque no pudiésemos acostumbrarnos tan fácilmente a su molestia, mayormente a la llegada de las pulgas y chinches que en aquellos calores excesivos crecen admirablemente; y de modo que la noche, en lugar de servir de reposo, era un verdadero martirio. Un estudiante, el más joven y acaso el más débil de complexión, cuando llegamos a lo más fuerte del calor, cayó enfermo gravemente, de manera que estuvimos en peligro de perderlo. El Padre Ministro, que era el P. Carlos Gervasoni, tan pronto como ocurrió el principio del mal, cedió su cama que estaba en mejor sitio, es decir, más vecino al aire de la ventana, mientras el otro estaba casi en el fondo de la cámara y en la fila de abajo, que parecía una cueva, y aunque repugnase al enfermo este cambio porque el superior no se viese obligado a probar las incomodidades experimentadas por él, venció al fin la gran caridad del Padre Misionero. Por lo demás, todo el resto pasaba suficientemente la tempestad; y por una gracia de Dios no tuvimos cosa alguna de consecuencia, fuera de una que escribiré más abajo. Tuvimos muchísimos temporales con truenos, relámpagos, rayos y combates de vientos, pero que duraban cerca de una hora poco más o menos, a que los españoles llamaban *turbonadas*, las cuales son frequentísimas en las cercanías de la Línea de una y otra parte, de manera que se pasa generalmente en medio de ellas, como nos habían dicho y en efecto sucedió. Pero a distancia de 7 u 8 grados del Ecuador los vientos comenzaron a ser escasos o muy débiles por el excesivo calor: de donde suelen proceder las largas calmas que antes mencioné, haciéndose necesario servirse de los antedichos temporales, tomando a tiempo aquella hora o dos de viento con que suelen venir. Por otra parte, es necesario estar con las velas muy bien preparadas para extenderlas o amai-

narlas en un segundo según la fuerza del viento, pues a veces y de improviso vienen rachas tan impetuosas, que podrían de un golpe tumbar un buque, aunque en un cuarto de hora se desvanezcan. Nuestra nave San Bruno y la otra compañera llamada San Francisco⁷¹, en las cuales venían repartidos los nuestros, tenían dos pilotos de genio totalmente opuesto. El del San Francisco era un español joven superior por su arte al otro, pero demasiado animoso. El nuestro, un francés más práctico, porque navegaba cuarenta años hacía, pero demasiado temeroso, teniendo desplegado el trinquete *ad summum* cuando bastaba para recoger sin el menor peligro un poco de viento, que nos empujase algunas leguas adelante, mientras que el otro como conocía que su nave era mas pesada y tarda en el caminar, de modo que muchas veces y mal de su grado se veía obligado a quedar atrás, recibía intrépido dichas turbonadas con casi todas las velas para aprovechar totalmente del viento; y efectivamente conseguía avanzar siempre mucho. Pero un día en que nos precedía algunas millas, y cruzaba su popa por delante de nosotros, poniéndose a nuestra derecha o pasándose a la izquierda, como burlándose de nuestra nave, que no podía alcanzarla, imprevistamente cambió el viento y le rompió por medio dos palos: os aseguro que esto me ocasionó un gran horror porque cuando recibió el fiero golpe que le echó abajo los palos pareció propiamente que el barco se tumbara o se sumergiese; después, porque yo temía que, cayendo a plogo aquella gran máquina de palos o antenas sobre la gente, hubiese hecho muchos estragos entre los pasajeros y los Padres. Pero el Señor hizo la gracia que todo se enredó por el aire en las velas mismas y en las muchas cuerdas, que de un palo pasan a otro, de modo que la gente tuvo

⁷¹ A ellos se sumaba el navío “San Martín”. Todos fueron construidos en Londres por el poderoso armador don Francisco de Alzaybar y su socio el teniente Crisóbal de Urquijo de acuerdo al contrato que celebraron con Felipe V para la colonización de Montevideo con familias canarias. El “San Bruno” contaba con 50 cañones y 279 toneladas. El “San Francisco con 60 cañones y 265 toneladas y el “San Martín” con 30 cañones. Junto a ellos y con el mismo fin se construyeron también el “San Ignacio”, el mayor de todos con 60 cañones y 350 toneladas y “Nuestra Señora de la Encina” el más pequeño con 24 cañones y 121 toneladas, que mencionaremos luego.

tiempo de retirarse y esquivar el golpe. Ellos se detuvieron al momento y nosotros, acercándonos, les preguntamos con la bocina si tenían necesidad de algún socorro, a lo que respondieron que no, y que al día siguiente se pondrían en estado de proseguir el camino. Así sucedió en efecto, porque trabajando infatigablemente los marineros y carpinteros, pusieron en lugar de los rotos, otros dos palos que siempre se llevan de repuesto en las naves por lo que puede suceder, y en menos de veinte horas se pusieron de nuevo en viaje con todas las velas, fuera de las dos pequeñas velas sobre las gavias que no se usaron más en el resto de la navegación.

Así en medio de estas turbonadas, a las cuales sucedía inmediatamente una calma de medio día unas veces, otras de uno o dos, alternándose recíprocamente, llegamos finalmente a la Línea, cuyo paso no sabría explicar qué consuelo hace experimentar a los navegantes, de suerte que todas las naciones, de una manera u otra, acostumbran celebrar en la nave una gran fiesta, que es fiesta propia de la marinería y una mezcla de verdad y de burla, que no hay comedia que pueda justamente ser tan agradable. Esta función acostumbran llamarla *el Rescate*, porque todos los pasajeros deben pagar poco o mucho, si no quieren exponerse al peligro de ser zambullidos en el mar. La víspera de la función vino una compañía de marineros vestidos de soldados con dos oficiales y un pregonero adelante, por medio del cual publicaron un largo bando en que se intimaba a todos los pasajeros encontrarse presentes en la plaza de popa al día siguiente, para dar cuenta a S. E. el señor Presidente de la Línea de cómo se hubiesen avanzado hasta aquellos mares, con qué facultad, porqué motivo, etc., bajo pena de grave castigo personal o pecuniario, si no justificaren lo bastante. Publicado el bando lo fijaron al palo mayor y se retiraron. Por la mañana del día siguiente se preparó en la plaza dicha una pequeña mesa con tapete, plumas, papel, tintero, etc. y varios empleados alrededor. Los marineros formaron después una compañía militar mucho más numerosa que la anterior con los vestidos de los Dragones, armados de sables y picas, con sus oficiales vestidos en toda regla y a tambor batiente vinieron a la plaza, donde se levantó un estrado para el señor Presidente, que llegó al último con gran sosiego, acompañado de sus Ministros, vestidos como los magistrados. El sin embargo, iba pomposamente vestido a la francesa, y en verdad que no podían escojer otro mejor para tal función.

Apenas se hubo sentado con sus Ministros, cuando los que permanecían fuera del grupo, le pusieron delante un reo de no sé qué delito cometido poco antes pasando la Línea, por el cual ordenó súbitamente el Presidente, que fuese *zabuglido*, que quiere decir⁷² sumergido en el mar. Y porque el pobre quería dar razones y justificarse, el Presidente, atribuyéndolo a poco respeto, levantóse y bastoneándolo ordenó que fuese zambullido tres veces, lo que se efectuó en seguida. Tomándolo los guardias lo ataron al cabo de una cuerda, que al efecto estaba pendiente de una garrucha desde la punta de la antena mayor, con lo cual tirándolo hacia arriba como cuando se da cuerda, lo dejaron caer a plomo desde aquella altura, hasta el mar, sacándolo en seguida y volviendo a zambullirle cuantas veces se les había ordenado. Hecho esto, le dejaron en libertad, permaneciendo todavía la cuerda pendiente en el mismo sitio para terror del cualesquiera que se hubiese atrevido a desobedecer las órdenes del señor Presidente. Todo esto era concertado con aquél, aunque ciertamente yo no sabía que hubieran podido hacer algo peor, si hubiese sido de veras.

Terminado este castigo, el Presidente dió orden a su Teniente y al Ayudante de campo, que condujesen a su presencia al señor Capitán del buque. Fueron rápidamente los dos oficiales acompañados de varios soldados a la cámara del Capitán, intimándole se presentara en el acto a Su Excelencia (este era el título que daban al Presidente) y el Capitán obedeció prontamente. Llegado a la presencia del Presidente, con la cabeza descubierta, éste le interrogó con qué facultad se había atrevido a adelantarse con su nave en aquellas partes, a lo cual contestó el Capitán, que tenía despachos y facultades de su Rey, a lo que replicó aquél, que él era el Presidente de la Línea que mandaba allí y que de él antes que de ningún otro se debía recabar la licencia y los debidos despachos. Pero porque aquello lo suponía sucedido por ignorancia y no por malicia, se contentaba, en vez de confiscar el buque como merecía, con que pagase una pequeña multa de cien frascos de vino, etc. El Capitán al oír la sinfonía de los cien frascos de vino y otras cosas pedidas, protestó que

⁷² Aclara Buschiazzo que el P. Cattaneo, que aún no dominaba el castellano, y que escribía en italiano, incurre en este pintoresco error, agregando la explicación para que su hermano entendiese el significado de esa palabra (BUSCHIAZZO: 89).

aquella condena era excesiva para sus fuerzas. Así que el Presidente, después de algunos divertidos altercados se sometió y convino en 27 frascos de vino, 6 pernils, 12 ó 14 quesos de Holanda y no me recuerdo qué otra cosa, que pagó todo exactísimamente y entonces licenciándolo con gran cortesía el Presidente, y hécholo acompañar por sus oficiales hasta la cámara, envió a llamar a los otros pasajeros sucesivamente uno a uno, a cada uno de los cuales exigió estrecha cuenta del atrevimiento tomado en pasar la Línea sin su permiso y pasaporte, que bien sabían o a lo menos debían informarse, ser él el único Señor de aquel sitio. No tengo aquí tiempo para referir en particular todos los casos graciosos, que sucedieron en este juicio. Sólo digo en general que me fué muy agradable oír las pullas y respuestas justamente chistosas y picantes, que una no esperaba a la otra, en que son fecundísimos los españoles. Y que el Presidente no podía ser más a propósito, porque tenía un rostro descarado y bronceado, que en toda la función, que duró muchas horas, por más casos ridículos que sucedieron, por más pullas y respuestas graciosas que diese o recibiese, no hizo semblante de reír, sino que sostuvo siempre su carácter con una gravedad y serenidad digna de Catón⁷³. Ni eran diferentes a él sus Ministros, manteniendo todos su punto con gran seriedad y exigiendo de cuántos se presentaban un sumo respeto, de modo que el Presidente, a intimación suya, condenó a una multa mayor de lo que había establecido, al Mayordomo o sea el Ecónomo del buque, que era un armenio muy gordo y que padecía sumamente con el calor, porque se presentó despechugado, lo que atribuyeron a falta de respeto. También como el barbero no respondía en regla o murmuraba sobre la multa impuesta, el Presidente lo condenó a ser *zabuglido*, es decir, sumergido como aquel primero en el mar, y ya comenzaba a ser ejecutada la sentencia, cuando por haber justificado ser también enfermero y por consiguiente benemérito a la nave, le fué acordada la gracia.

Así por vía de burla y diciendo de veras, los multó bien a todos, desde el primero hasta el último, en proporción, sin embargo, pues al paso que condenaba a un caballero o mercader de importancia en un frasco que contiene doce grandes vasos de vino, de los cuales lle-

⁷³ Se refiere al Político y escritor romano (Tusculo, 234- Roma, 149 aC) conocido por su fama de incorruptible y severo.

van consigo muchísimo en esta navegación, a un pasajero de menor cuenta lo condenaba en algunos frascos de aguardiente o libras de chocolate y si no tenía ni lo uno ni lo otro, en dinero efectivo, haciendo anotar diligentemente las multas por el Notario presente, para poder después recolectarlas como lo hizo muy puntualmente. Terminóse así el *Rescate* (que así llamamos esta fiesta porque cada pasajero debe desembolsar cualquier cosa, si quiere redimirse del peligro de ser *zabugli-do*), terminóse digo el *rescate* con un solemne refresco, que el Capitán hizo preparar para el Presidente y sus Ministros, del cual gozaron aun los soldados, después de lo cual se volvieron a tambor batiente y con acompañamiento de guardias, como habían venido. Una cosa sola faltó para complemento de nuestra función, la cual no se escapó en la otra nave de San Francisco, cuyo Capitán era mucho más práctico que el nuestro en las costumbres de esta navegación, fué el zambullir al Presidente o algunos de sus Ministros. Al tiempo de terminarse el refresco y cuando todo aquello andaba, como he dicho, con toda la pompa, el Capitán salió de su cámara como maravillado y preguntó qué era aquel estrépito de tambor, aquel cortejo y todo el aparato restante, y oyendo que todo ello se hacía en honor del señor Presidente de la Línea: —*¡Qué Presidente*, empezó a gritar furioso, como si hablase de veras, *qué presidente de la Línea? En esta nave no manda sino yo. Por el atrevimiento que se ha tomado de venir a mandar en mi buque, que se le tome al momento y sea zambullido*⁷⁴. Pero como el Presidente fuese un pasajero que habían escogido para la fiesta, como el de más bello humor de todos, el Capitán no quiso apesadumbrarlo y ordenó que se sumergiesen dos de sus Ministros, lo que se hizo en el acto, porque los mismos soldados, que primeramente les servían de guardia, los tomaron rápidamente y por más que gritasen de veras y procurasen defenderse, los despojaron de los vestidos de valor a fin de que no se arruinasen y puestos en camisa los ligaron a la mencionada cuerda y acomodados uno sobre

⁷⁴ Buschiazzo dice que no debe suponerse que el P. Cattaneo haya realizado ya progresos tales como para escribir tan correctamente el castellano, pues en el original está en italiano. Pero seguramente debió subrayar este párrafo de su carta, pues Muratori lo publicó en bastardilla, distinta al resto del texto (BUSCHIAZZO: 93).

otro los zambulleron tres veces en el mar con vivo y universal aplauso de toda la nave. No os admire, si los marineros, que se habrían amotinado si el Capitán no hubiese querido admitir el Presidente, y una vez que han obtenido multar a los pasajeros, que en substancia no es otra cosa que una manera graciosa de recolectar buena comida para sus muchas fatigas en navegación tan larga: no reconocen ya ni Presidente, ni Fiscales, ni Alcaldes, antes contribuyen con esta última ejecución a amenizar más el placer de cada uno. Esto es en sucinto la función con que las naves festejan su pasaje del uno al otro hemisferio, industriándose para aliviar en parte la enojosa molestia, que ordinariamente se experimenta en aquel clima tan caluroso.

Pasada felizmente la Línea nos sorprendieron algunas calmas, cortas sin embargo, y alternadas por lo general con algunas horas de viento, que nos permitían caminar un poco. La pesca del tiburón nos aliviaba en cierta manera este tedio. Este pez es casi del largo de un hombre, muy feo y desproporcionado, pero sobre todo más voraz que cuantos se ven en el Océano, de modo que corre apresuradamente a engullir con su gran boca cuanto cae de las naves. En el vocabulario Español e Italiano de Franciosini leo las siguientes palabras: “TIBURÓN — *un pez grandísimo que sigue las naves que van a las Indias y come todo lo que dejan caer al mar. Refiere un autor, llamado el Gomara que, habiéndose despedazado uno de estos peces, se le encontró un plato grande de estaño, dos sombreros, siete pernils y muchas otras cosas*”⁷⁵. Sin embargo, los que pescamos nosotros no eran tan grandes como por ventura en otras partes del Océano, pero no eran por eso menos voraces. Efectivamente, en uno de los primeros que abrieron encontraron en el vientre un zapato y otras cosas curiosas, que ahora no recuerdo. Figuráos ahora cuando van, no dos buques, sino flotas enteras, y que recogen de todas las naves lo que cae mucho más en caso de naufragio, porque entonces llenan su vastísimo vientre con cuanto encuentran! Por eso es que los marineros los abren, principalmente por ver si tienen en el vientre alguna cosa buena, pues su carne, por otra parte, no es muy sabrosa ni sana. Ordinariamente caminan bastante a fondo y sólo salen fuera cuando la nave está en calma. Son muy enemigos del hombre, y por eso cuando a causa del

⁷⁵ También en italiano, y en bastardilla, en el original de Muratori.

ardientísimo calor, que hacía principalmente en tiempo de calma, se arrojaron muchos a nado para refrigerarse un poco en el agua, andaban con gran cautela, estando unidos siempre alrededor del buque, mientras los de adentro hacían la guardia, mirando si venía a lo lejos alguno de esos monstruos para avisarles y que se tomaran a prisa de algunos cabos de cuerda, que les arrojaban en el acto, para que volvieran a la nave. Y me refirió un señor, que en otra navegación en que él se encontraba, un joven más experto para nadar que los otros se apartó del buque dos tiros de arcabuz y andaba nadando como un pez, volviéndose de cuando en cuando hacia la nave saludando, de donde todos le respondían con aplausos, cuando de improviso se le vio tirado hacia el fondo sin aparecer más, y todos lo atribuyeron al tiburón.

La manera de pescar los tiburones es con anzuelos de la forma y tamaño justamente de los arpones o ganchos con que se cuelgan en las carnicerías los cuartos de buey, aunque algo más gruesos; asegurado el arpón con uno o dos palmos de cadena, para que el pez no rompa la cuerda con los dientes y se lo lleve como sucedió muchas veces, pues al abrir algunos se encontró en su vientre uno o dos de estos anzuelos o quiero decir gruesos arpones de fierro con la cadena y un pedazo de cuerda, lo que daba a entender la fuerza y conjuntamente la extraordinaria voracidad del pez, que es singular. Al anzuelo se pone un gran pedazo de carne, que arrojan de lo alto, y el tiburón tan pronto como oye el estrépito de aquello que cae al mar se vuelve y guiado de ciertos pecesillos, que llaman *Romerinos*, que siempre lo preceden o están adheridos sobre la cabeza o las espaldas, embiste la comida, la engulle y queda preso. Cuando lo levantan los marineros (y hacen siempre de modo que sean muchos, así por el gran peso como por los sacudimientos que da) es cosa agradable ver los mencionados pecesitos como van perdidos acá y allá en actitud de socorrer y compadecer a su patrón, y antes que sea completamente sacado fuera del agua, la mayor parte se le acomodan sobre el lomo de modo que quedan presos con él. Estos sí son estimados como excelentes para comer, y gratos también a la vista por ser pintados de arriba a abajo con listas negras y azules; pesan cerca de media libra. Una vez en la nave el tiburón, lo matan a golpes de barra en la cabeza, le sacan de ella una piedra, reputada medicinal, le hurgan el vientre y hacen poquísima cuenta de la carne. Otras veces, después de aturdirlo a golpes de palanca, le sacan los ojos en ven-

ganza de ser tan enemigo del hombre; después le atan al lomo un barril vacío y bien cerrado, con el cual lo vuelven a arrojar al mar; y es un agradable pasatiempo ver el combate del tiburón con el barril; porque entonces el pez no sólo trata de sumergirse en el mar y con el ímpetu de la primera caída lo consigue, pero presto el barril vuelve a flote, levantando consigo el pez: éste quisiera volver a fondo, y como tiene el barril encima, se enfurece, se vuelve contra él, no pudiendo quitárselo del dorso. Y corre de un lado a otro, hasta que finalmente se pierde de vista, después, sin embargo, de haber recreado algún tiempo a los navegantes a costa suya.

Encontramos también en el resto del viaje algunos otros peces, grandes y pequeños, sin que yo observase en ellos cosa digna de referirse. Sólo el *Volador* merece no ser olvidado. Es ése un pez del tamaño y forma casi de una "lisa", sólo que tiene dos alas en forma de murciélago, con las cuales cuando es perseguido por un pez grande, que se llama *Bonito*, levanta un vuelo sobre el agua largo de dos o tres tiros de piedra; aunque a menudo el Bonito, que es velocísimo, lo sigue nadando, de tal modo que cuando el Volador cansado se deja caer en el agua, aquél, que ya está debajo esperándolo, alzándose, abierta la boca, lo toma en el aire y lo engulle, como yo vi una vez. Estos ordinariamente van en grandes bandadas como pájaros acuáticos, y aun volando caen en los navíos, como sucedió con uno que tuve en la mano y observé⁷⁶. Llegados por gracia especial de Dios a los cuatro o cinco grados más allá de la Línea, se levantó un viento fresco y durable por muchos días, que nos desclavó de aquel mar de aceite donde estábamos casi inmóvi-

⁷⁶ Buschiazzo aclara que todo este párrafo relativo al pez-volador falta en la edición de la Revista de Buenos Aires, por haberse perdido su original. En una nota aclaran los editores tal omisión, diciendo que ha sido imposible subsanarla por cuanto el único ejemplar que les era dado consultar pertenecía al Gral. Mitre, quien en esos momentos se encontraba al frente de los ejércitos aliados contra el Paraguay. Y a renglón seguido cometen un pequeño error bibliográfico, pues dicen que los señores Lamas y Carranza poseían la edición de 1752 de Venecia, y la traducción francesa de 1754, respectivamente, en las que no se encuentra dicha carta. Como lo aclaré debidamente en la bibliografía, todas las versiones de la obra de Muratori incluyen las cartas del P. Cattaneo; no así las de Gervasoni, que sólo se encuentran en la segunda parte, sumamente rara y nunca traducida (Buschiazzo: 99).

les, y que mitigó mucho los excesivos calores de aquella hornalla. Verdad es que, creciendo siempre ese viento, terminó por una tempestad, la cual, no obstante, como se vió, no fué peligrosa. No esperéis de mí la descripción: la encontraréis en los poetas y en los historiadores. Solamente os diré, que yo no había jamás visto tal multitud de relámpagos y de rayos, porque eran tan consecutivos el uno al otro, que el cielo, cuando llegamos a la noche, estaba completamente iluminado. Ni recuerdo haber oído estrépito semejante al de las saetas que caían en el océano, que sin embargo, creo procediese del mismo mugido del mar. Esta fué la ocasión en que vi el San Telmo, que no es otra cosa que una llamita de fuego que se enciende durante la tempestad en la punta de un palo o en la extremidad de una antena, y que es recibido comúnmente por los marineros como una señal ciertísima de que la borrasca acabará pronto y sin peligro del buque, por lo cual, la primera vez que aparece todos se arrodillan en el acto, dando gracias a Dios y a la Santísima Virgen por tan feliz augurio. Eran entonces como las dos o tres de la noche y parecía que el viento se enfurecía cada vez más, cuando uno bajó a toda prisa a la cámara en que estábamos nosotros, anunciando que en aquel momento se había visto el San Telmo. Yo entonces por salir de la duda de si aquello era una aprensión popular o una cosa efectiva me dirigí rápidamente a popa, donde tan pronto como me vieron: —*Mírelo, Padre, me decían, mírelo allí.* Miré atentamente y en verdad era así, es decir, una pequeña llama bien reluciente sobre la extremidad de la antena mayor, la cual en la oscuridad de la noche se distinguía claramente. Lo observé con sumo placer, como también la alegría extraordinaria con que toda la marinería cantaba en dos coros las letanías de la Santísima Virgen, la gran confianza que tenían en que la borrasca acabaría sin peligro, al punto que mientras las ondas seguían enfureciéndose y retumbaban los rayos por todas partes, ellos proseguían su canto alegremente, sin hacer el menor caso. Si la llama en cuestión es un efecto natural o no, no me pondré ahora a averiguarlo. Sólo digo que aunque sea así, como los fuegos fatuos y otros semejantes, Dios se sirve de ellos para dar a los navegantes una esperanza casi cierta del feliz éxito de la tempestad, que ellos atribuyen a la intercesión del glorioso San Telmo, al cual pintan generalmente con un buque y una pequeña llama en la mano y en cuyo honor recitan todos los días una devota canción como a protector contra las tempestades.

Debo también advertir, que por casi todo el trecho del mar sujeto a la Zona tórrida y mucho más en la vecindad del Ecuador, cuando llueve sobre los vestidos, el agua en pocas horas se descompone y produce gusanos blancos como los del queso, de modo que si pasada la lluvia se olvida alguno de extender su vestido mojado y exponerlo al sol, lo encontrará bien pronto cubierto de semejante mercancía. Así después de varias otras circunstancias que dejo por ser de poca cuenta, arribamos al Trópico de Capricornio, casi a la mitad de la Cuaresma, que por buena fortuna nos tocó pasar toda en el mar, donde os aseguro, que se hace mucho más rigurosa que en tierra; porque, así como en medio de tanta agua, se padece más la sed que en ninguna otra parte, así también, en medio de los pescados, se experimenta su escasez más que en ningún lugar, ya que mientras camina la nave, ordinariamente no se puede pescar; así fué que a excepción de cuatro o cinco veces que probamos un poco de pescado fresco, todo el resto lo pasamos con salado que servía sino a quitar el hambre, por lo menos para encender la sed. Júntase a esto que las horas de comer en los buques de España, son completamente diversas, por no decir contrarias a nuestra distribución, pues, como cuatro horas antes de mediodía se va a la mesa: y esto lo llaman *almuerzo*, es decir, *la colazione*; tres horas después de mediodía o más tarde, se prepara lo que llaman la *comida*, es decir, *il desinare*; y hasta el día siguiente ya no se da otra cosa. En este tiempo de cuaresma las funciones de piedad se hicieron con mucho mayor fervor y frecuencia que anteriormente, predicando, ya uno ya otro, con tan buen efecto que por lo general al acabar el sermón con un acto de contrición, casi todos acompañaban al Misionero con lágrimas y golpes de pecho, pidiendo humildemente al Señor perdón y misericordia. Los capitanes, pasajeros y oficiales acudían siempre con gran edificación y aunque podían acomodarse donde se sentaba toda la demás gente, ellos estaban siempre en pie señalándose también en esto la piedad tan propia de la nación española. Además de esto, se hacía todos los días, mientras lo permitía el tiempo, la Doctrina Cristiana y se recitaba el Rosario con otras oraciones en cuatro partes distintas, es decir en la popa los pasajeros, en la proa los marineros, en la sentina los soldados y bajo cubierta la gente de servicio, con gran consolación nuestra al oír resonar por todas partes las alabanzas del Señor y de su santísima Madre, hasta en medio del Océano.

De este modo íbamos acercándonos felizmente a nuestro término, cuando el 25 de marzo, día de la gloriosa Anunciación, al despuntar el alba, surgió una niebla muy espesa, que dio motivo a esperar proviniese de la vecindad de tierra. Por tanto, se echó el escandallo y se encontró fondo a las 140 brazas, de lo que el Piloto dedujo no poder estar la tierra muy distante, porque en este mar, cuando se está muy lejos de ella, no hay cuerda que llegue al fondo. Por lo que todos dimos afectuosas gracias a la Beatísima Virgen con las Letanías, que por primera vez se cantaron con el festivo son de las Misiones acostumbradas en Módena. El Piloto sin embargo, porque atendiendo a la espesa niebla, no podía discernir a qué distancia se encontraría la tierra, ni sabía si había allí escollos o bancos de arena, volvió la proa en dirección al mediodía, prosiguiendo su viaje hasta alcanzar la altura de 35 grados, en que viene a estar el cabo de Santa María y en la mañana del 27 la volvió hacia el poniente. Después de comer echó el escandallo y contra su esperanza encontró sólo 50 brazas de agua, de donde dedujo, según las medidas notadas en estos mares, que la tierra no podía distar más de 25 millas; por esto, dudando de poder descubrirla en aquel día por ser muy tarde y no queriendo, por otra parte, acercarse mucho por temor de que levantándose en la noche un viento impetuoso nos arrojase a la costa, aconsejado por su excesivo temor, se puso a la capa, que es cuando se cruzan las velas con simetría tal, que el viento dando en una refleja por contraposición en la otra, de modo que no empuja la nave ni adelante ni atrás, permaneciendo ésta inmóvil como una roca. Todavía, como la otra nave, esto es, el *San Francisco*, sin tantos temores, proseguía su viaje a toda vela, la nuestra como capitana juzgó conveniente retenerla, lo que hizo enarbolando sobre la gavia una bandera holandesa, y disparando un cañonazo, que era según sus señas, aviso de ponerse prontamente a la capa; porque cuando muchas naves van de conserva, sea en flota o en armada, cada una tiene registrada en un libro todas las señas que deben dar en cualquiera ocasión, según las cuales están prontas y entienden individualmente lo que les ordena la capitana, y se acostumbran dar por medio de cañonazos o de banderas diversas, enarboladas en uno u otro sitio: así se hablan y se entienden en un abrir y cerrar de ojos, aun a distancia de muchas leguas. El *San Francisco*, en efecto, entendió pronto la orden dada, bien que estuviese a tres o cuatro millas de distancia y se puso él también a la capa. A me-

dia noche se disparó otro tiro de artillería, enarbolando si no me engaño, uno u dos faroles, que de noche sirven en vez de bandera, y esto era señal de volver el bordo y tornar atrás, lo que quería nuestro piloto por temor de acercarse demasiado a la tierra. Pero el otro que era, como ya dije, más animoso y peritísimo en su arte, al oír esta nueva orden se enojó, conociendo muy bien, que procedía sólo de la excesiva cautela de nuestro piloto, y expuso a los pasajeros de distinción, que eran muy numerosos, ser un despropósito manifiesto el volver atrás, cuando tenían viento favorable, que si se mudaba en contrario podía empujarlos en alta mar centenares de leguas, como había sucedido otra vez; que él sabía muy bien en qué lugar se encontraba y que tenía bastante práctica de aquellas costas, que había reconocido bien en otro viaje hecho a Buenos Aires. Por lo cual, los pasajeros, que por otra parte tenían gran concepto de su pericia, y estaban muertos de fastidio por la lentitud de la capitana, lo animaron a no perder la ocasión de aquel buen viento y en vez de tornar atrás según la orden, a seguir adelante prosiguiendo su viaje. Así lo hizo, sustrayéndose a favor de una neblina que duró todo el día siguiente, de las sugerencias de nuestro piloto, lo que deseaba de tanto tiempo atrás. Nosotros entretanto estuvimos firmes todo el día de la niebla por temor como dije, de dar con las costas. El día siguiente, que despertó clarísimo y con viento en popa, a la mitad de la mañana gritó el joven de la gavia: —¡tierra! ¡tierra!, noticia que fué recibida con júbilo universal, porque desde que, dos meses y medio antes, habíamos salido de las Canarias, no habíamos visto sino cielo y agua. Se sacaron fuera cuantos anteojos grandes y chicos había en el buque, y quien de un lugar, quien de otro, andaban mirando por descubrirla claramente, pues por ser playa rasa, sin montes y sin árboles, no era cosa fácil encontrarla. Cuando finalmente nos acercamos tanto, que se pudo distinguir claramente por todos, no es fácil explicar la alegría común, que mostraban, congratulándose unos con otros por haber al fin llegado al término tan deseado, de lo que se dió gracias al Señor con un solemne *Te-Deum*.

No obstante después de tan gran consuelo, sobrevinieron varias no pequeñas tribulaciones. El Capitán con los interesados y nosotros también, estábamos muy desconsolados porque no se descubría por ninguna parte el San Francisco, de modo que temíamos que habiendo caminado el día de aquella niebla espesa, pudiese haberle suce-

dido alguna gran desgracia; ya habíamos tenido igual sentimiento cuando cerca de las islas de Cabo Verde perdimos de vista al Patacho, que no vimos más en todo el camino. Por esto el Capitán dio orden al muchacho de la gavia que observase atentamente si por algún lado se descubría, prometiéndole tres frascos de vino de buena medida. No pasó mucho tiempo sin que el muchacho avisara desde el nido de cuervo, que se descubría a lo lejos el *San Francisco*. Miramos todos con los anteojos y convenimos casi todos en que era una nave, la cual navegaba a toda vela hacia tierra, y no podía ser otra que el *San Francisco*; por lo cual completamente consolados el Capitán pagó inmediatamente los tres frascos al gaviero, que había dado la feliz noticia. Pero pronto este nuevo consuelo se convirtió en nuevo temor; porque caminando hacia aquella parte, cuando estuvimos cerca reparamos que no era el *San Francisco* lo que se veía, sino ciertos escollos, que mirados de lejos, parecen propiamente un buque con las velas hinchadas, de modo que aunque hubiéramos leído poco antes en una relación exactísima, que dichos escollos hacían esta burla a muchos pasajeros, que los habían visto en otros viajes, no había manera de persuadirnos que no fuese una nave efectiva, antes se hicieron sobre esto algunas apuestas considerables hasta que llegando quedamos desengañados, porque mirados bajo otro aspecto, parecen dos castillos derruidos, por lo cual son llamados así: los *Castillos* y con tal nombre figuran en las cartas geográficas. El pobre Capitán quedó doblemente burlado; por la nave que no parecía, y por los tres frascos, que ya había pagado. Pero pronto se agregó una tribulación mayor y fué un viento contrario que se levantó y nos hizo perder en muchos días más de 440 millas, perdiendo totalmente de vista la tierra; y mucho más padecemos por la escasez de víveres en que nos encontrábamos y las graves turbulencias que se suscitaron en la nave, pues corrió la voz que no había a bordo agua sino para diez o doce días, y viéndonos en alta mar, con viento contrario, sin saber cuándo podríamos tomar tierra, nos considerábamos en gran peligro. Se trató por tanto de acortar la ración de agua a los soldados, dándoles un cuartillo o vaso menos al día; pero ellos hicieron entender resueltamente, que si se les disminuía por necesidad tal porción, se disminuyese igualmente a todos, comenzando desde el Capitán hasta el último, porque todos tenían igualmente el derecho de la propia vida. Y en esto ciertamente tenían razón, la cual llevada por personas ilustradas al Capitán

hizo que desistiese, con lo que se esquivó el casi evidente peligro que temíamos de una furiosa sublevación de soldados, que el comandante manifestó claramente no poder en ese caso mantener en su deber.

Apenas se extinguió este fuego, cuando pronto se encendió otro entre los pasajeros de mayor consideración y el piloto. Viendo aquéllos, por una parte, que los víveres se iban terminando y por otra, que el viento contrario había cesado, querían que se volviese a descubrir de nuevo la tierra. Pero el piloto respondía que aquel viento, si bien era favorable, era demasiado impetuoso y que por eso quería mantenerse lejos de la playa. Instaban éstos, que a lo menos se pusiese a la vista de cualquier playa, donde con el bote se pudiesen bajar doce soldados con otros tantos marineros, que hicieran provisión de agua dulce y que tomaran algunas vacas salvajes de las que habíamos visto en los días anteriores pacer en la ribera y remediar de ese modo la necesidad en que nos encontrábamos. Pero él, firme, respondía no querer retroceder a poniente sino cuando se encontrase a tal altura que pudiera embocar directamente el Río de la Plata. Que en cuanto a la escasez de víveres el Capitán debía haberlo pensado a su tiempo y hacer provisiones abundantes, sabiendo bien que en el mar pueden sobrevenir mil accidentes; en cuanto a él, que no tenía otra obligación, que conducir con seguridad la nave, ni debía arriesgarse a dar en un banco o escollo, aventurando por capricho ajeno las vidas y los capitales de tantos y mucho más su propia reputación: y por cierto no lo discurría mal. Pero éstos respondían que perderse por encallar en un banco o morir de hambre y de sed, todo era perecer; con la diferencia que esto era casi cierto, si se engolfaban siempre más en alta mar, mientras lo de los bancos y escollos era sólo un excesivo temor de su parte. Pero como viesan que gritaban al viento, cansados finalmente se unieron en consulta con el Capitán en la cámara de popa, donde así unidos en corporación, formaban el magisterio legítimo del buque, y citado ante él el piloto, le ordenaron absolutamente que tomase inmediatamente rumbo hacia tierra, lo que fué obligado a obedecer: de otro modo hubieran podido formarle riguroso proceso en Buenos Aires. Así, cuando Dios quiso, volvió poco a poco la proa hacia el poniente, y en uno o dos días descubrimos el Cabo de Santa María, pasado el cual nos encontramos en la embocadura del Río de la Plata.

Cuando en Europa leía yo en los historiadores y geógrafos,

que la boca del Río de la Plata tenía ciento cincuenta y más millas, me parecía exageración, no habiendo en estos países ninguna especie ni ejemplar de ríos tan desmesurados. Sin embargo, por la concorde autoridad de tantos escritores no podía menos de creerlo, y cuando llegamos a la embocadura, os confieso que tenía un sumo deseo de salir de dudas por mis propios ojos, y he encontrado que la cosa es verdaderamente así. Lo deduzco especialmente de ésto: que cuando partimos de Monte Video, que es una fortaleza situada más de cien millas dentro del Río, donde ya se ha estrechado una mitad, debiéndolo nosotros atravesar a lo ancho, caminamos un día entero sin descubrir la otra costa. Y cuando se está hacia la mitad se pierde de vista la playa, ni se vé otra cosa alrededor que cielo y agua a guisa de un vastísimo mar. Por tal se podría tomar, sino quitara toda duda el agua dulce corriente y turbia exactamente como la del Pó. Adelante de aquí, en Buenos Ayres, otras cien millas más adentro, donde se estrecha de nuevo otra mitad, no sólo no se distingue la playa opuesta, que es a la verdad completamente llana, pero ni aún las casas y campanarios de la Colonia, que es una ciudad de Portugueses situada precisamente enfrente a Buenos Ayres.

Yo he tenido muchas veces la curiosidad de subir sobre nuestro edificio y mirar atentamente en día clarísimo y no he podido descubrir sino un horizonte de mar, y aunque aquí no dan de anchura sino 36 millas aproximadamente, creo que deben ser muy largas. Verdad es sin embargo que la profundidad no corresponde a la desmesurada anchura porque tiene muchos bancos de arena peligrosísimos, cubiertos con sólo tres o cuatro brazas de agua; uno de los cuales, grandísimo, está en la desembocadura, que la hace sumamente dificultosa y se llama el *Banco inglés*, o porque lo descubrieron los ingleses, o porque un bajel suyo que venía de Buenos Ayres bien cargado de plata, hecha venir de contrabando por tierra del Perú, encalló allí y se perdió. En sólo doce años han encallado allí ocho bajeles portugueses, como también hace poco el Lanfranco, bajel español de 70 cañones. Os dejo pensar si en este paso nuestro piloto se andaría con rodeos y tendría en ejercicio sus anteojos. Sólo os diré, que cuando se trataba del Río de la Plata lo llamaba siempre el *infierno* por haberse encontrado en otro viaje que hizo, en peligro de perderse por una tempestad, que verdaderamente son aquí más peligrosas que en cualquier otra parte. Y la razón es, por-

que cuando en alta mar los vientos se enfurecen, dejan correr la nave de una parte a otra, lo que aquí no es posible porque se camina siempre entre escollos y blancos. Además de que aquí las ondas por la furia de los vientos se levantan tan altas y como en el mar, por una parte, y por otra, no teniendo el Río tanto fondo corre riesgo la nave al descender desde la cima de las ondas hasta los profundos valles que forman, de dar con la carena en el fondo y abrirse.

Tomadas por lo tanto todas las cautelas posibles, se resolvió cuando a Dios plugo, a entrar por las instigaciones de los pasajeros y de los primeros oficiales de la marinería, sin cuyo impulso no lo habríamos hecho de cierto aquel día; porque habiéndose puesto ya el sol, no quería él caminar más adelante por temor de un escollo cubierto que está a 60 pasos de la *isla de los Lobos*, paso al que no quería arriesgarse de noche. Pero haciéndole presente todos, que teníamos la isla ya bajo los ojos, como a dos tiros de cañón, donde todo estaba reconocido y que además aquella noche corría una luna llena, y tan clara que se podía leer una carta, dejöse inducir aunque de mala voluntad, y por gracia de Dios pasamos muy felizmente. Esta isla es completamente desierta y sólo la habitan en cantidad *lobos marinos*, que viven igualmente en el agua que en tierra, y cuando ven pasar alguna nave vienen en tropel a su encuentro, y llegados a ella, muchos se aferran con las garras de adelante a la borda, quedando la otra mitad del cuerpo en el agua. Después alzando la cabeza miran hacia la gente y rechinan los dientes como los monos; después de lo cual se sumergen de nuevo en el agua, paseando acá y allá en tropas acompañándose de ciertos aullidos agradables, hasta que se retiran a dicha isla o costas vecinas, donde los paisanos los cazan por la piel, que sirve para muchos usos y tiene un pelo bellissimo. Ni les cuesta mucha fatiga o peligro el tomarlos, porque no son fieros ni embisten; solamente se sustraen con la fuga, corriendo tan ligero como pueden a sumergirse en el río. Pasada la isla de los Lobos nos sobrevino una calma que sin embargo duró poco, y que nos fué además aliviada con una pesca abundantísima de ciertos peces preciosos que son o corresponden a los que llamamos allá *mecchie*, de cerca de dos libras cada uno, y era tal la abundancia, que apenas arrojado el anzuelo lo retiraban ya cargado. Muchos que por no perder tiempo habían atado en la misma cuerdecilla dos o tres anzuelos, sacaban casi siempre en el mismo tiempo otros tantos peces y más de uno en sólo media

mañana llenó más de dos o tres barriles, lo que sirvió de gran diversión para los muchos que pescaban y para los otros, que eran espectadores. Y fué óptima provisión para todos en la suma necesidad de víveres que padecíamos. Ni debo omitir aquí cierto pez, que llaman Vagros, el cual tiene cuatro bigotes larguísimos y en medio del espinazo una como ala con una espina de tal malignidad, que si se pincha con ella (lo que sucede fácilmente si no lo aporrean pronto a palos), si pincha, digo, una mano, se hinchará todo el brazo; si un pie, toda la pierna, con dolores agudísimos de que es muy difícil curar. Y aunque la tal espina parece bastante débil y flexible, es preciso decir que es durísima, porque a un ligero golpe que uno dió sobre ella en una mesa, el pez, que era de los más pequeños, enderezándola, pasó de parte a parte la mesa con estupor de todos porque era de madera muy fuerte y tenía de grueso más de un dedo.

El día siguiente caminamos a favor de un viento fresco y a la noche dimos fondo ante la isla o playa de Maldonado. Aquí había naufragado poco antes el célebre bajel inglés llamado *El Caballo marino*, el cual al chocar en un escollo bajo el agua se abrió de un golpe con pérdida de toda la gente y más de un millón setecientos mil pesos, con que volvía cargado de Buenos Ayres, los que por ser casi todos de contrabando, aquel gobernador los ha confiscado para el fisco Real, haciéndolo pescar al presente con la mayor diligencia posible, y se supone que sacará buena porción, porque dos días antes que llegásemos nosotros, volvía a Buenos Ayres una barca cargada con ochenta mil pesos que ya habían pescado. La mañana siguiente, caminando poco a poco con cautela, llegamos a la isla *de los Flores*, también desierta y frecuentada sólo de lobos marinos; este es el paso más peligroso por la estrechura que forman cuatro escollos poco visibles que están alrededor de la isla y la extremidad del mencionado Banco Inglés, que acaba aquí.

Como a medio día descubrimos el tan suspirado *Monte Video*, distante 20 millas, que es un monte aislado en forma de un pan de azúcar, a cuyo pie hay un puerto que es la primera escala de las naves, que de las Canarias vienen a esta carrera; y la tarde del sábado de Pasión, día en que habíamos terminado la novena de la Santísima Virgen dolorosa, dimos fondo con alegría y júbilo universales, no tanto por haber llegado finalmente después de seis mil millas o más de viaje a tomar puerto, cuanto porque aquí terminaron todas las ansias y temores

que nos habían agitado por los dos buques compañeros nuestros, es decir, el Patacho, que como dije, habíamos perdido de vista cerca de las Islas de Cabo Verde y el San Francisco en las cercanías de *los castillos*. Aquí encontramos el Patacho, el cual tan pronto como nos descubrió a lo lejos, nos saludó con nueve tiros de artillería y saliendo del puerto vino a nuestro encuentro. Con todo, como no veíamos más que una nave, teníamos alguna inquietud por lo que hubiera podido acontecer a la otra, pero pronto nos libró de todo temor el Patacho, porque acercándose, nos dió la alegre noticia de que él había llegado a aquel puerto trece días antes y preguntándole al momento nosotros, si había visto el *San Francisco*, respondió que sí: que había llegado también ocho días antes, esperándonos de hora en hora; pero viendo después que no acabábamos de llegar, habían tirado directamente hacia Buenos Aires aquella misma mañana, a lo que respondimos con mil vivas y congratulaciones. Este arribo anticipado de la compañía fué ventajoso para nosotros, porque habríamos de haber estado anclados ocho o diez días y en caso de mal tiempo veinte o treinta, hasta que se enviase la lancha a Buenos Ayres para tomar allí un *Pratico del Río*; que son señalados al efecto y se pagan con cien pesos para cada uno; ya que no hay piloto por animoso y experto que sea, que se fíe de su ciencia para seguir a Buenos Ayres entre tantos escollos. Pero ya el Patacho había enviado su lancha y conducido los prácticos para cada una de las naves, por lo cual, encontrándonos prontos, pudimos seguir nuestro viaje en la mañana siguiente. *Monte Video* no lo encontraréis probablemente en las Cartas Geográficas si no, a lo sumo, bajo el nombre de *Monte Saredo*, por ser una población formada de nuevo hace dos o tres años, a la que, por orden de la Corte van transfiriéndose familias de las Canarias, 25 ó 30 de las cuales condujo nuestro Patacho, y otras tantas deberá transportar cada año un buque, que el Rey ha permitido a aquellas islas, con el cual pueden venir a traficar en estas regiones sus vinos y tabacos, con la obligación sin embargo, de conducir dicho número de familias hasta que este sitio importante esté bien poblado. La razón es, que con esta población se asegurará la España de toda aquella gran porción de país que yace entre el Río de la Plata, el Brasil y el Mar, hacia el cual han mostrado los Portugueses grandes aspiraciones para continuar su Brasil con la Colonia o isla de San Gabriel que tienen frente a Buenos Ayres, defendida con fuertes castillos a fin de que les sirva de escala para

introducir de contrabando cuantas mercancías quieran en los Estados de España, enviándolas por tierra a Chile y el Perú, con gran ventaja suya y daño de los mercaderes españoles, que cuando llegan aquí con sus naves bien cargadas no saben cómo vender sus pacotillas, encontrando el país ya abundantemente provisto de todo, porque los ingleses y franceses se refugian también en la mencionada Colonia, haciendo lo mismo. Cuando nosotros llegamos a Buenos Ayres, nuestros comerciantes tuvieron la triste noticia, de que se encontraban actualmente en la Colonia 20 buques entre ingleses, portugueses y franceses; los cuales habían despachado todo en barquillas y furtivamente sus mercancías a muy buen precio, sin que éstos, como me lo decían, supiesen como vender las suyas. Los españoles ayudados de nuestros indios tiempo atrás los han arrojado de esta Colonia dos veces, pero después, por suma condescendencia el Rey de España la restituyó a los portugueses, que para no perderla de nuevo la han fortificado muy bien. Antes, para asegurarse más y unir como decía, el dominio de todo este país con el Brasil, ocuparon este sitio de Monte Video, levantando un fuerte con intención de alzar otro frente a los Castillos y ocupar así la costa hasta comunicar con Río Janeiro; lo que hizo abrir finalmente los ojos a los Españoles, que vinieron a la cima, cuando todavía no habían perfeccionado el fuerte, y subida la artillería los desalojaron. Después, conocida la importancia de ese sitio para dominar el Río y tener en sujeción toda la costa, pusieron una Fortaleza Real con cuatro o cinco baluartes, bien provistos de cañones de bronce y con doscientos soldados de presidio⁷⁷, a un lado de la cual se está formando al presente la mencionada ciudad de Canarios, gente muy robusta e industriosa, que pronto darán otro ser a esta costa y la tendrán segura.

Los Padres que llegaron allí ocho días antes que nosotros con la nave *San Francisco* y tuvieron ocasión en dicho tiempo de desembarcar varias veces, nos contaron, que al presente no existen más que tres o cuatro casas de ladrillo de un solo piso y otras cincuenta o sesenta ca-

⁷⁷ Recuerda Buschiazzo que en el siglo XVIII se llamaba presidio a toda plaza fortificada. Recién cuando los españoles tomaron la costumbre de enviar delinquentes a sus fortines del Africa, la palabra cobró su sentido actual (BUSCHIAZZO: 120).

bañas formadas de cuero de buey, donde habitan las familias venidas últimamente, hasta que se fabriquen bastantes para alojarlas. Los fabricantes son los indios de nuestras Misiones, que vinieron en 1725 por orden del Gobernador de Buenos Ayres en número de cerca de dos mil para fabricar como lo han hecho hasta ahora, la fortaleza, bajo el cuidado de dos de nuestros misioneros, que los asisten, predicando, confesándolos en su lengua, pues no entienden la española. Habitan dichos dos padres en una de esas cabañas de cuero, y los pobres indios sin casa ni techo, expuestos después de sus fatigas al agua y al viento, y sin un centavo de salario, sino sólo con el descuento del tributo que deben pagar. Mientras estaban en tierra, como dije, los Padres de la otra nave sucedió un lance gracioso, visto por ellos, que no puedo omitir, porque da a conocer muy bien la calidad de estos nuevos fieles. Un indio de los más robustos no quería aquel día trabajar en la cortina de un baluarte. Irritado el comandante de la fortaleza, dió orden a los soldados, que lo pusieran a prisión. El indio al oír prisión (palabra cuyo significado entendió muy bien) tomó un manojito de flechas y montó en el acto a caballo, y preparando su arco amenazaba al primero que se acercara para tomarlo. Hubieran podido rápidamente los soldados matarlo con los mosquetes, pero temiendo el comandante irritar a los otros indios si éste era muerto, originando una peligrosa sublevación o a lo menos que todos huyesen, tomó el partido de hacer saber al Misionero la obstinación de aquél, para que, si era posible, pusiese remedio. Vino el Padre y con pocas palabras que le dijo lo hizo desmontar del caballo y dejar el arco y las flechas. Induciéndolo después con buenas maneras y amorosas palabras a recibir algún castigo por su falta, hécholo tender en tierra, le hizo dar 24 azotes con asombro de los soldados, al ver que el que poco antes no temía la boca de los arcabuces, se rindiese después tan pronto a sólo las palabras del Misionero. Y mucho más se maravillaron cuando oían que en medio a los azotes no hacía otra cosa sino invocar a Jesús y a María en su auxilio; por lo que algunos de los soldados prorrumperon en esta exclamación: *¿Qué gente es ésta?... ¡Es necesario decir que son ángeles, porque si nosotros hubiésemos recibido semejante castigo, hubiéramos nombrado a mil diablos!*, y ciertamente que es cosa digna de maravillarse, ver cómo bárbaros tan feroces por naturaleza, que no pudieron ser subyugados por los españoles, presten después tan humilde obediencia a un sacerdote, mayormente si es el que los confiesa,

predica y asiste en sus necesidades temporales y espirituales, al cual aman verdaderamente y respetan como a Padre.

Ahora, para volver a nuestro viaje, en la mañana del día 10 de abril, Domingo de Ramos, partimos de Monte Video y a pocas leguas de camino descubrimos el *San Francisco*, que habiendo sabido por una barca que pasó, nuestra llegada a Monte Video, dió rápidamente fondo para esperarnos y proseguir todos de conserva nuestro viaje a Buenos Ayres. No tiene este trecho arriba de ciento veinte millas pero es más peligroso que todo el resto de la navegación por los frecuentes escollos, bajíos y blancos cubiertos, que entre uno y otro forman diversos canales, en los cuales únicamente se encuentra bastante fondo para las naves grandes; y por ser el agua turbia no se pueden descubrir sino por medio del práctico y del escandallo, por lo cual es preciso andar con mayor cautela que en otra parte. No obstante lo cual, dimos dos veces en tierra, aunque ligeramente, de modo que no siendo el fondo de piedra ni de arena sino de barro blando, el buque que tocó solamente con la carena un trecho de pocos pasos, se arrastró adelante como sobre jabón, sin otro daño o movimiento, que alzar un poco el timón y enturbiarse algo más el agua, por lo que reparamos que habíamos tocado fondo, pero entrando inmediatamente en agua suficiente. El orden que se guardaba para navegar con la mayor seguridad posible era éste: precedía unas dos o tres millas el Patacho, que por ser más pequeño y menos cargado calaba cuatro o cinco pies menos que los otros buques y por consiguiente, podía caminar con más seguridad. Enviaba, sin embargo, adelante su esquife y otra media milla próximamente lo precedía la lancha, que con la sonda iba examinando el fondo que había. Cerca de tres millas atrás venían nuestras naves, es decir, el *San Francisco* y *San Bruno* de una parte y otra, y éstas también eran precedidas por su esquife y su lancha a vela, que iban reconociendo el camino con la sonda y se me figuraba como perros de caza que preceden a su amo gritando aquí y allá en busca de las presas. Las mismas naves no dejaban el escandallo, y un marinero señalado lo arrojaba cada espacio como un *miserere*, gritando siempre en alta voz cuando lo retiraba: 14 brazas, 13 y media, 15, etc. Pero nuestra guía principal era el Patacho, el cual tenía enarbolada sobre la punta de la cofa una bandera inglesa y cuando aquélla se quitaba, disparando un cañonazo, era señal de que en aquella dirección no había bastante agua para nosotros, a cuya señal

se arriaban en un instante las velas y si era tarde se echaban anclas; si temprano, las lanchas giraban por acá y por allá, buscando la sinuosidad del canal hasta encontrar su curso, de lo cual daban señal a las naves con su bandera y éstas los seguían; ciertamente sentía yo un placer singular en verlos, como lo experimento en la caza mirando los sabuesos. —En tal guisa empleamos seis días hasta Buenos Ayres, donde con el favor de Dios abordamos finalmente en la tarde del Viernes Santo. No se disparó la artillería por ser un tiempo tan lúgubre; pero a la mañana siguiente, a los primeros tañidos de las campanas de la ciudad con los disparos de la fortaleza, nosotros también dimos fuego a nuestra artillería, y con tres salvas reales, dimos gracias primero al Señor, después saludamos al Castillo, desplegando al mismo tiempo en todos los palos y antenas cuantas banderas teníamos, que por ser tantas, o sea de todas las naciones, ofrecían una bellísima vista, haciendo en todo lo mismo las otras naves.

Aquí podéis figuraros la alegría común al vernos finalmente en el término de nuestra navegación, y no me entretendré en describirla. Sólo debo deciros que el Señor mezcló a tanta dulzura un poco de amargo para temperarlo, y fué el no poder desembarcar sino en la última fiesta de Pascua, mirando todos estos cuatro días la tierra con grande ansiedad sin poder tocarla. La causa fué, que se alzó un *Pampero* fierísimo, que viene a ser casi un Poniente pero lo llaman Pampero porque pasa por una llanura desmesurada, de novecientas o más millas, que se extiende hasta los altísimos Montes de la Cordillera que dividen a Chile de la Magallánica y del Tucumán, y esta llanura o desierto se llama las *Pampas*; donde no se encuentra ni un montecillo, ni un árbol, sino sólo yerba, con la cual pastan innumerables ganados de caballos y de bueyes, que no pertenecen a dueño alguno, sino solamente de quien toma cuantos quiere, como os diré más detalladamente en otra mía. Habitan allí todavía innumerables indios, llamados también *Pampas*, no unidos en poblaciones como tierras y aldeas, sino dispersos acá y allá, sin lugar fijo y sin casas, pues se contentan con cuatro palos con una piel de buey encima que sólo los defiende de las lluvias. Por esto (para volver a mi propósito) no encontrando el dicho Pampero en tan largo trecho de país ni árboles ni edificios que lo repriman, toma cada vez más fuerza, y encanalándose después directamente en este vastísimo Río de la Plata, sopla con una furia indecible, de tal manera que es

preciso que las naves se aseguren con cuatro anclas, dos de las cuales además de la gruesa cuerda son reforzadas con cadenas de hierro. El que nos visitó a nosotros durante un día o dos fué tal, que según dijo el práctico, si nos hubiera tomado en la embocadura del Río, nos habría arrojado en el mar seiscientas millas, como había sucedido en el viaje anterior; pero afortunadamente nos encontró ya en puerto y provistos de buenas anclas, difíciles de destrozar. Bien es verdad que este puerto no tiene como los otros defensa alguna contra la fuerza de los vientos, porque aunque se fondea frente a Buenos Ayres, es a distancia de nueve millas de la playa, porque ésta va descendiendo tan insensiblemente, que sólo después de nueve millas forma fondo bastante para sostener un navío. Y no sé cómo los primeros conquistadores de estas tierras escogieron tal sitio para fundar a Buenos Ayres, y establecer un puerto, si no fuese por estar más seguros de cualquier enemigo de Europa. Porque os aseguro, que no tendrá tentación ni Francia, ni Inglaterra, ni Holanda de enviar una flota para tomar a Buenos Ayres, si no tienen morteros y artillería que alcancen a lo menos ocho o diez millas, sin contar la dificultad de pasar entre tantos escollos con navíos grandes. Después para bajar a tierra no se puede ir directamente en barcos a la ciudad, sino que es necesario dar vuelta e ir a desembarcar en la desembocadura de un riachuelo que descarga en el río con dos o tres brazas de agua; y esto cuando el río está alto, que cuando baja, entonces ni en el riacho hay agua bastante para pequeños barcos. Así que, para desembarcar, fué preciso esperar que cesase el pampero y que creciese el río, hasta que de allí pudieron venir los barcos, y así se pasaron los cuatro días hasta la última Fiesta de Pascua, que parecían cuatro años; bien que, como reflexionamos después, fue especial bendición de Dios por el mucho bien que se hizo en aquel sagrado tiempo de Pascua, sirviéndose los pasajeros de la comodidad, que les ofrecía la presencia de los misioneros para satisfacer con toda piedad el precepto pas-cual de la confesión y comunión, con lo que nosotros tuvimos campo para cosechar espiritualmente y después todos bajaron a tierra más consolados.

Así el martes después de Pascua, 19 de abril 1729, cuatro meses, o por mejor decir, ciento diez y ocho días después que salimos de Cádiz pusimos el pie en tierra: con qué contento después de tan larga navegación os lo podéis fácilmente imaginar. Nosotros fuimos los pri-

meros en desembarcar en la barca del señor Gobernador, enviada expresamente por Su Excelencia para que condujese a los Misioneros, que quería fuesen los primeros en poner el pie en tierra. Encontramos toda la playa llena de gente, que hacía una bellísima vista por la diversidad no sólo de los vestidos, sino también de los semblantes, es decir, españoles, negros e indios. Al poner el pie en tierra encontramos todos los Padres de nuestro Colegio que habían venido a recibirnos con los brazos abiertos, precedidos del Padre Rector⁷⁸, que era un viejo venerable de pelo totalmente blanco, llegado cuarenta y nueve años atrás a trabajar en estas misiones. Venía el buen viejo con su birrete, pero cuando llegó a abrazarnos, con la alegría, parecía rejuvenecido; y los otros Padres también mostraron no menor contento por vernos finalmente llegar después de tanto tiempo que nos esperaban, y en ocasión tan oportuna por la suma necesidad de sujetos en que se encontraba la Provincia, que no podía proseguir las Misiones en algunas naciones que espontáneamente pedían el Santo Bautismo por no haber a quien enviar; de modo que en la Nación de los *Samucos*, que después de haber muerto a nuestro Hermano Alberto Romero⁷⁹ finalmente tocada de Dios, se había convertido, no había de dos años acá sino sólo el Padre Castañares⁸⁰, que había fundado una numerosa Reducción. Y porque los *Ugarognos*⁸¹, otra nación

⁷⁸ Se refiere al P. Jerónimo Herrán ya nombrado y que en ese año de 1729 asumía el rectorado del colegio de Buenos Aires por segunda vez de las tres que lo gobernó (FURLONG, colegio 287).

⁷⁹ Storni consigna su nombre como Alberto Bello Romero. Fue pretendiente de la Compañía asesinado el 1º de octubre de 1719 por los indios zamucos (STORNI: 35). Es mencionado por FERNÁNDEZ: 199 y en las Cartas Anuas de 1714-1720 (BCS, Cartas Anuas, 1714-1720, Estante 12).

⁸⁰ El P Agustín Castañares nació en Salta el 25 de setiembre de 1687, ingresando a la Compañía de Jesús en 1704. En la reducción de San José de chiquitos recibió sus últimos votos en 1722. Por entonces fundó la reducción de San Ignacio de Zamucos. Pero luego llegó a ser Superior de chiquitos en 1739, alcanzando el martirio y muerte el 15 de setiembre de 1744 entre los indios matabuayos del Chaco (STORNI: 57). En la Carta Anua del periodo 1730-1735 escrita por el P. Pedro Lozano y firmada por el provincial Jaime de Aguilar se da cuenta del derrotero del P. Castañares (BCS, Cartas Anuas, 1730-1735, Estante 12) igualmente en la del provincial Antonio Machoni (BCS, Cartas Anuas, 1735-1743, Estante 12).

distinta, había pedido ser instruida en la santa fe, se transportaba allí muchas veces y con fervorosas Misiones había convertido ya tal número, que trataba de formar otra gran población, que le abriera la puerta de otras naciones numerosísimas tierra adentro de que ya tenía noticias; pero era moralmente imposible a uno solo asistir tanta gente y en lugares tan distantes entre sí; ni había podido hasta entonces tener auxilio por la escasez de sujetos ya enunciada. Por eso cuando vieron desembarcar un socorro tan numeroso, no cabían en sí mismos de contento. A un cuarto de milla aproximadamente hallamos al Señor Gobernador, que por su dignidad sin par había venido a nuestro encuentro, acompañado de la principal nobleza y de los oficiales de milicia. Es éste un arrogante caballero llamado don Bruno de Zavala⁸², alto, proporcionado y con una presencia majestuosa de Príncipe. Sólo que le falta la mitad del brazo derecho que perdió en una batalla en España durante la última guerra, habiendo sido remunerado por el Rey de sus muchos servicios no sólo con el gobierno de Buenos Ayres, sino también con el título de Capitán General de toda la provincia llamada Río de la Plata, a quien están sujetos los otros gobernadores de las ciudades que en ella se cuentan. Tal falta, sin embargo, no ocasiona deformidad en él, sino que más pronto le concilia estimación, por ser un testimonio auténtico de su valor. Por no andar manco ha suplido dicho defecto con otro medio brazo y mano de plata, que lleva generalmente pendiente del cuello. Este Señor al llegar nuestro Padre Procurador, bajó de la carroza y viniéndole al encuentro, lo abrazó, congratulándose cordialmente con él de su feliz arribo, como también de haber conducido tan numerosa Misión. Lo mismo hicieron casi todos los otros señores de su cortejo, quién abrazando al padre, quién besándole la mano, y después nos acompañaron todos por una buena milla a pie, a pesar de ser el Gobernador hombre corpulento y cal-

⁸¹ Se refiere a los ugareños que formaron junto a los zamucos la reducción de San Ignacio en chiquitos, aunque la abandonaron en 1750 por falta de alimentos. Los ugareños también formaron parte de la reducción de San José.

⁸² El viscaíno Bruno Mauricio de Zabala (1682-1736) fue gobernador y capitán general del Río de la Plata nombrado por el rey en 1716 y asumiendo el 2 de julio del año siguiente. Posteriormente fue nombrado gobernador del Paraguay en 1733 con el fin de reprimir el movimiento comunero (MAEDER: 52).

moso. Llegado a dicho sitio, después de habernos hecho otras extraordinarias finezas (una de las cuales fué hacer disparar la artillería del fortín al pasar nosotros delante), finezas que creo conveniente callar, porque pudieran creerse exageradas, se apartó volviendo algún poco hacia atrás donde montando en su carruaje se transportó al instante a la ciudad; y cuando llegamos nosotros vino al Colegio a visitar en su propio cuarto al Padre Procurador. Entre tanto, cuando él se separó, como dije, seguimos nuestro viaje, siempre acompañados de un mundo de gente, que había ocurrido a vernos por curiosidad. Lo mismo era cuando entramos a la ciudad porque la gente estaba agrupada a un lado y otro de la calle como si pasase la procesión, aunque nosotros no marchábamos en orden, sino de a tres o cuatro, reunidos al acaso y mezclados con canónigos y señores seculares, que nos iban interrogando quien de una cosa, quien de otra, hasta que por último llegamos al Colegio, donde tan pronto como nos descubrieron, comenzaron a mostrar su júbilo con el repique de las campanas, lo que fué imitado por otras iglesias, que no nombro por no haber podido observar en aquel momento cuáles fueron. Sólo puedo asegurarlo expresamente de los Reverendos Padres Dominicos, los cuales, mientras pasábamos delante de su Iglesia estaban en la puerta con sus Rosarios al cuello, y habiendo dejado un instante de repicar el campanero, acaso por curiosidad de vernos pasar, al momento los Padres comenzaron a gritar desde la calle, que siguiese tocando, quedando nosotros sumamente obligados por fineza tan singular.

Llegados al Colegio, no entramos por la portería, sino que nos dirigimos directamente a la Iglesia donde encontramos expuesto el Santísimo, con el Padre revestido y todo el cortejo necesario para la bendición. Los misioneros nos arrodillamos ante el altar mayor, dejando libre el resto de la Iglesia para la numerosa concurrencia que nos acompañó. Entonces se entonó el *Te-Deum*, en medio del cual, os confieso sinceramente, no pude contener las lágrimas por el inexplicable consuelo de tocar finalmente y besar aquella tierra, que había deseado tanto tiempo. Por último, se completó la función con la bendición del Santísimo. He aquí, hermano querido, el principio, continuación y fin de nuestro viaje. Quedaría ahora por describir aquí la índole del carácter de los habitantes y de las costumbres de esta ciudad y país. Pero por una parte sería asunto largo, habiendo muchas cosas curiosas, que os gustaría oír, y encontrándome, por otra parte, cansado de escribir ésta

y temiendo además fastidiaros si prosiguiese más en extenso, creo mejor diferirlo para otra carta, que probablemente os escribiré cuanto antes y que os llegará con ésta. Entre tanto, os suplico presentéis mis cordiales respetos al señor padre, señora madre, señores cuñados, al hermano, las hermanas, sobrinos y a todos los parientes y amigos que acostumbro nombrar en otras mías, así como a los Padres de la Compañía, especialmente vuestro confesor el Padre Guglieuzi, a quien me haréis el favor de comunicar ésta, suplicando a todos me recuerden en sus santas oraciones, a fin de que el Señor me conceda la gracia que únicamente deseo, de llegar a emplearme todo en su mayor gloria y en la salud de mi alma y de la de mis prójimos. Con lo cual, abrazándoos cordialmente, me declaro,

De vos hermano amadísimo,
afectísimo hermano:

Cayetano Cattaneo, *de la Compañía de Jesús.*



Carta del P. Chome del viaje realizado en 1728-1729

Carta del Padre Chome, misionero de la Compañía de Jesús:
al Padre Vanthiennen, de la misma Compañía.
En la ciudad de las Corrientes a 26 de setiembre de 1730⁸³.
Pax Christi

Reverendo Padre mío

A mi llegada a estas misiones, por las cuales suspiraba, mucho tiempo había, tengo el gusto de escribir a VR y de cumplir con la palabra que le di, de enviarle una Relación del curso de mi viaje. El día 24 de diciembre de 1729 salimos de la Bahía de Cádiz. Los cinco primeros días padecimos una tempestad casi continua; pero nos fue favo-

⁸³ Esta carta del P. Ignacio Chomé, aunque menos detallada que la de Cattaneo, fue publicada por DAVIN: 290-300 y MÜHN SJ: 135-152. Nació en Douai, norte de Francia, el 31 de julio de 1696, ingresando a la Orden en 1714 y obteniendo el sacerdocio en Ypres en 1725. Viaja a Buenos Aires en la expedición del P. Herrán en el mismo barco "San Bruno" que viaja Cattaneo. Es enviado a la región de Bolivia y hace sus últimos votos en Tarija en 1733, sorprendiéndolo la expulsión en el pueblo chiquitano de San Javier y falleciendo un año después en Oruro el 7 de setiembre de 1768 (STORNI: 64).

rable, y en poco tiempo nos puso a la vista del famoso Pico de Tenerife. Sucedieron luego las calmas, y vientos contrarios; y hasta el día de Reyes a las diez de la mañana, no entramos en la Bahía de Santa Cruz de Tenerife. Allí anclamos por algunos días, para hacer provisión de agua, mástiles, víveres, etc. Y dar lugar de embarcarse a algunas familias Canarienses, que iban a poblar a Montevideo, situado en la embocadura del gran Río de la Plata.

Si desea VR tener una idea justa de la Isla de Tenerife, imagine un agregado de montañas, y rocas espantosas; y entre ellas el Pico: rara vez se descubre, porque está casi siempre cubierto de nubes, o de espesas nieblas. Se dice, que tiene dos leguas y media de altura perpendicular; sea lo que se fuese de eso, es cierto, que no está superior a la primera región del aire, porque está de tal manera cubierto de nieve, que cuando le alumbra el sol, no es posible fijar los ojos en su blancura. La Canaria Grande es tan escarpada, que estando a catorce leguas de distancia de esta Bahía, se perciben no obstante todas sus costas.

Estando a la vista de la isla, los vecinos de la ciudad de la Laguna, avistaron nuestros navíos de lo alto de sus montañas, y teniéndolos por ingleses, dieron aviso al capitán general de Santa Cruz, que lo es también de las islas Canarias. Aparecieron cuatro mil hombres armados de fusiles en la playa, pero se disipó su temor, luego que los saludamos con once cañonazos, y vinieron a bordo de la Capitanía con diferentes refrescos. Nos hicieron a la vela el día 21 de enero hacia las siete de la mañana con un viento frío Nord-Oeste. Antes de salir del estrecho, que forman la Canaria Grande, y la isla de Tenerife, tuvimos los vientos contrarios, y nos fue preciso costear entre las islas por dos días, y no sin peligro de que el Sud-Oeste nos jugase algún mal chasco. En fin, el día 24 se volvieron al Nord-Este, y comenzamos a bogar a satisfacción, y no ha habido navegación más feliz; porque echamos ancla en Buenos Aires, tres meses después de nuestra partida de Tenerife.

Si fuera VR piloto, enviaría mi diario, porque todos los días tomaba altura. Tenía nuestro primer piloto más confianza de mi observación, que de la del segundo piloto; de modo, que no hacía puntos en su carta, hasta que los hiciese en la mía, y entonces los hacía en mi presencia. Como señalábamos el rumbo a los dos navíos, que nos acompañaban, vino un día el San Francisco a decirnos, que tomásemos más al Este; y que por supuesto se hallaba en 359 grados de longitud. Me pi-

dió el primer piloto, que hiciese la corrección desde nuestra partida de la punta de la Grande Canaria, y convenimos, con la diferencia de pocos minutos; porque según nuestro cálculo, estábamos en 357 grados de longitud; y así no quisimos mudar de rumbo, y tomaron los otros el partido de seguirnos.

Llegamos el día 26 de enero al Trópico de Cáncer, y comenzamos a entrar en la Zona Tórrida; pero estaba el sol hacia el Sud, y fue sufrible el calor. Día 3 de febrero comenzaron los misioneros a quejarse del sol, pero empezaron demasiado presto. No tardé en confesar, que hacía mucho calor, porque estábamos el día siete en cuatro grados, y seis minutos de latitud septentrional; lo que quiere decir, casi en medio de la Zona Tórrida. Para refrescarnos, nos cogió por la tarde una calma terrible. Al amanecer se oscureció el cielo, y nos avisó, que estuviéramos alerta. En tales lances presenta el navío un espectáculo muy serio, y edificativo; porque no hay casa religiosa donde mejor se observe el silencio; y nuestro navío, cuyo equipaje era de trescientos hombres, era un retrato de la cartuja. El mar era hermoso, y liso como un espejo; pero el cielo era espantoso: no se puede figurar noche más terrible. Se hacían oír espantosos truenos, que nunca acababan; se abría el cielo en cada instante, y apenas se podía respirar; venía el aire hecho un volcán; no cayó gota de agua, y no soplaba viento alguno. Esta fue nuestra fortuna, porque si hubiera estado el mar de tan mal humor como el cielo, hubiéramos perecido. Tuvimos calma el día ocho, y nueve, y padecimos mucho del calor.

No se me pasía decir a VR como reciben los marineros los fuegos fatuos, que llaman los antiguos Castor y Pollux, cuanto eran dos; y Elena, cuando parecía solamente uno. Todos estaban en un triste silencio, y lo rompieron hacia media noche, viendo a Elena sobre la gavia del mástil grande. Este fuego es semejante a la llama de una bujía mediana, y su color es un azul blanquizco. Cantan los marineros, luego que la ven, las Letanías de la Virgen; y habiéndolas acabado, si el fuego continúa, como suele suceder, lo saluda el contra maestre con grandes silvos [sic], usando del silbato con que manda el equipaje. Cuando desaparece gritan todos juntos, deseándole buen viaje; si vuelve a aparecer, vuelven a comenzar los silvos, y se terminan con el mismo deseo. Está esta gente persuadida, que este fuego es San Telmo, Protector de los marineros, que viene a anunciarles el fin de la tempes-

tad. Si baja el fuego hasta la Bomba, se tienen por perdidos sin remedio. Pretenden, que en cierto navío, habiendo San Telmo aparecido sobre la veleta del árbol mayor, subió un marinero, y halló muchas gotas de cera virgen. Por este motivo representan a San Telmo, que había sido de la Orden de Santo Domingo, teniendo en la mano un cirio encendido. Están tan obstinados en esta idea, que habiendo querido desengañarlos el capellán del navío San Francisco, se dieron por tan ofendidos, que casi le trataron de hereje. Hallándome un día sobre el primer puente del navío con el segundo piloto, y el contra maestre, me preguntaron lo que discurría del fenómeno, les dije lo que sentía y les expliqué la causa; pero no lo hubiera hecho delante de los marineros.

En fin, el día nueve de febrero comenzó a refrescarse el viento, y de repente nos hallamos con un huracán. Desdichado el navío, que se halla entonces a la vela! Tuvimos la fortuna de estar prevenidos, porque súbitamente el mar se puso furioso. Estos terribles vientos vienen por lo común del Sud-Este, y son acompañados de un diluvio de agua, que con su peso impide que se levante mucho el mar. Suelen durar medio cuarto de hora: luego se agitan extremadamente las olas, y después sucede la calma, que por larga nos fue muy penosa, porque duró cuatro días, y el calor era excesivo. En fin, se levantó un viento moderado, que soplando de cuando en cuando, nos ayudó a pasar la línea el día diez y seis, como a media noche, en 357 grados de longitud, según nuestro cómputo. El día dieciocho, estando el cielo sereno, se hizo la ceremonia, la cual han tenido el capricho de llamar con el nombre de bautismo. Es día de regocijo para el equipaje, y a mi parecer, no divierte tanto la comedia, como la fiesta que vimos.

El día 19, se levantó un Sud-este, y nos causó mucho frío. Navegábamos en compañía del San Francisco, que estaba a nuestro costado, como a media legua de distancia, baroloventado. Quiso hacernos una cortesía, pasando por debajo de nuestra proa, pero lo pagó muy caro: picó el viento de manera, que se rompió el palo de su gavia mayor; y en la caída llevó tras sí el juanete mayor, y el de artimón, con sus velas, y cordages. Pasamos al punto a reconocerle, para dar el socorro conveniente; pero por una doble fortuna, sucedió el lance al tiempo de comer, y los árboles, y velas cayeron dentro de navío, el cual no dejaría de correr riesgo, si hubieran caído hacia fuera, porque estando el mar alborotado, no se hubieran podido cortar aprisa todos los cordages.

Un navío, a velas llenas, surcando las aguas, representa a la vista un espectáculo majestuoso; pero si están sus velas caídas, o recogidas, es un objeto triste, y ridículo. Se procuró reparar el desorden, pero fue en vano. El mastelero de la gavia mayor, sin llevar recogidos tres dobleces. El juanete del artimón, que había también de reserva, era demasiado corto, y no pudo llevar mas de media vela; de manera, que cada noche quedaba cinco, o seis leguas atrás de nosotros, y tuvimos cada noche que recoger algunas velas, para que nos pudiese alcanzar, todo lo cual atrasó más de lo que debiera. Sin embargo llegamos a Montevideo, en el Río de la Plata, ocho días después del dicho navío San Francisco, como lo diré en adelante.

El día 26, estando en 10 grados de latitud meridional, y 352 de longitud, el sol en un cielo sereno se disponía a calentarnos bien las costillas, pero un viento de Este, que hacía adelantar dos leguas por hora, se lo estorbó. En fin, el día 11 de marzo salimos de la Zona Tórrida, y venimos a buscar el invierno, enviando a V.R. el verano, que nos tenía muy enfadados. El día 12 estuvimos a pique de ser cogidos de un huracán, y apenas tuvimos lugar de recoger velas, el mar causaba espanto; yo me había quedado sobre el puente con los dos pilotos, y los otros misioneros estaban en la cámara. Al mismo recoger las velas, dio una ola con tanto furor contra la popa, que se estremeció el navío, como si hubiera dado contra un banco de arena: cayó con más fuerza la lluvia, y tuve que bajarme a la cámara, a donde los hallé de rodillas, y medio muertos de miedo. Había la ola subido desde la popa por cuatro grandes ventanas, que siempre se tenían abiertas, y mojado muy bien a muchos de ellos: pensaron los otros, que el navío se iba a pique. No pude contener la risa, viéndolos así consternados, y ellos mismos, vueltos en sí del susto, se rieron conmigo.

El día 13 después de medio día, pasaron cerca de nosotros los destrozos de un navío, que llevaba todavía el mástil mayor. Dimos voces, para saber si había en él algún pobre, que se hubiese escapado del naufragio, pero nadie nos respondió. No dejamos de estar inquietos, porque en 14 grados de latitud habíamos perdido de vista el navío San Martín, y temíamos, que le hubiese sucedido alguna desgracia. El día 25, fiesta de la Anunciación, creyó el equipaje que avistaba tierra; el gozo fue grande entre los pasajeros. Pensábamos, que era la costa del Brasil, porque estábamos en la altura del Río Grande; pero habiendo

entrado mar adentro, y el sol alumbrado el horizonte, vimos que era nube lo que nos pareció tierra, y desapareció de repente. Es cierto, que el agua había mudado de color, y así echamos la fonda, y no hallamos más de cincuenta brazas de agua: pero nos pareció estar sobre un banco de arena, llamado *el Placer*, que corre por cincuenta leguas a lo largo de la costa del Brasil; y habiendo otra vez fondeado a medio día, no hallamos fondo.

El día siguiente 26 corriendo ya mar adentro, ya hacia la tierra, nos hallamos en ochenta brazas de agua. El día 27 a las dos de la tarde, no teníamos más de 20. Estábamos en 34 grados y medio de latitud; pero era demasiado tarde para buscar tierra, y nos pusimos a la capa. Se levantó el día 28 una niebla espesa, que no nos permitió mucha maniobra: se disipó a medio día, y no veíamos el navío San Francisco, que había ido a descubrir tierra, y la reconoció en efecto a pocas horas. Nos cogió una calma, y no avistamos tierra hasta el día 30 a medio día. Era la isla de Castillos, no distante del cabo de Santa María, que está en la embocadura del Río de la Plata. El día 31 un viento moderado nos ayudó a correr la costa; pero a las cinco de la tarde, no habiendo podido doblar una punta de tierra, tuvimos que virar de bordo, y fue fortuna, porque luego que viramos, se levantó un viento furioso del Sud-este. Este fue el único peligro evidente en que nos vimos, porque había que temer, que nos fuésemos a escollar contra la costa. Salimos del empeño, y entramos tanto en alta mar, que el día dos de abril, habiendo corrido más de cincuenta leguas, no hallamos fondo.

En fin, mudose el viento, pero los tres días siguientes estuvimos en calma. Sobrevino un poco de viento el día seis, y nos puso en la altura del Cabo de Santa María, y el día después avistamos la isla de los *Lobos*, que es la primera que forma el Río de la Plata. Había el navío San Francisco anclado el día dos delante de Montevideo, adonde tienen los españoles una colonia, y una fortaleza para oponerse a los portugueses, que intentaban apoderarse de ella. El San Martín había llegado el día 29 de marzo con las familias que transportaba. No tuvimos esta fortuna hasta el día nueve a las siete de la noche: llegó al mismo tiempo una tartana grande, que había ido, hasta los castillos a buscarlos. En el mismo día, el de San Francisco había tomado rumbo de Buenos Aires. Como casi todos los misioneros estaban a nuestro bordo, el temporal era recio, y el Río de la Plata más peligroso que el mar, es-

taba con grande inquietud nuestro Procurador General. El día 10 por la tarde levamos de Montevideo; y el día siguiente a las once avistamos el San Francisco, que ancló para esperarnos. Nos saludamos con una descarga de toda nuestra artillería.

Poco después vino a bordo nuestro procurador General, rebotando alegría de encontrar sus misioneros con perfecta salud, después de tres meses de navegación desde las islas Canarias. De ochocientas personas, que había a bordo de los tres navíos, murió solamente un soldado del San Francisco, en la entrada del Río de la Plata: no tuvimos enfermos, y se puede decir, que llegamos a Buenos Aires en mayor número, que habíamos salido de Tenerife; porque habiéndose embarcado muchas mujeres en cinta a bordo del San Martín, parieron durante el viaje. Cuarenta leguas se cuentan desde Montevideo a Buenos Aires; pero como esta el río sembrado de bancos de arena, no sobra precaución, y es preciso echar ancla todas las noches. No desagrada esto a los que no tienen que mirar al cabestrante; pero es un infierno para los marineros. Cada navío hace vela con sus dos chalupas, que le preceden como un cuarto de legua, la fonda siempre en la mano, y con una señal mostrando la cantidad de agua que hallan. En fin, el día 15 de abril, día de Viernes Santo, poco después de puesto el sol, echamos ancla delante de Buenos Aires, a tres leguas de la ciudad, y no fuimos a tierra hasta el día 19, porque no pudieron antes hacer la visita los oficiales reales.

El Río de la Plata es de mucha pesca: abunda principalmente en doradas: su agua es excelente: no se bebe otra; pero antes de acostumbrarse a ella laxa, y purga demasiado. Bien pensará V.R. si juzga, que tantos misioneros nuevamente llegados, no tardaron mucho en ser repartidos en diferentes misiones, lo acertará: trece fueron enviados al país de los guaraníes: se llevó consigo el provincial a Córdoba de Tucumán, y me dejó en Buenos Aires hasta su regreso, para llevarme a las misiones, que iba a visitar. Me consolé de la tardanza, porque hallé en la ciudad una misión tan laboriosa, como la de los indios reunidos en poblaciones. Me ocupaba día, y noche, y colmó Dios de bendiciones mis trabajos.

10 Carta del P. Adolfo Skal relatando su viaje realizado entre 1733 y 1734

De una carta del P. Adolfo Skal, en la reducción de S. Javier 25 de agosto de 1734⁸⁴.

El 13 de diciembre de 1733 nos embarcamos los 66 misioneros⁸⁵; en la nave mayor iban 50 de nosotros con el P. Machoni de Superior; en la menor, fuimos los diez padres alemanes con cinco españo-

⁸⁴ El P. Adolfo von Skal nació en Gross-Kunzendorf, Silesia, Polonia, el 17 de junio de 1700, ingresando a la Orden en la provincia de Bohemia en 1719 y obteniendo su sacerdocio en Praga en 1728. Llega a Buenos Aires en la expedición del P. Machoni y en 1736 da sus últimos votos en la reducción de Candelaria. Permanece en las misiones y la expulsión lo sorprende en Santa María, embarcándose rumbo a Europa pero falleciendo en el viaje el 19 de marzo de 1769 (STORNI: 272). La carta del P. Skal fue publicada por MÜHN: 77-84.

⁸⁵ La Real Cédula del 11 de setiembre de 1733 autorizó el pase de 30 sacerdotes y 3 coadjutores. Pero un nuevo pedido de otros 30 misioneros fue concedido el 27 del mismo mes, de acuerdo a lo solicitado por el procurador general en Indias P. Gaspar Robledo quien presentó carta del provincial donde expresa la ne-

les y nuestro Superior el P. San Martín⁸⁶. Salimos pronto del puerto de Cádiz, pero tuvimos que esperar tres días el barco inglés, que por una gran suma de dinero se contrató para que nos acompañara y nos defendiera contra los corsarios del África. En este tiempo de espera, se nos asoció otra nave mercante francesa que se dirigía a la isla de Santo Domingo. Llegado el barco protector inglés, se extendieron al viento las velas. En nuestro viaje, además de las incomodidades, pasamos no pocos peligros; no habíamos llegado aún a las islas Canarias, cuando corrimos grandísimo peligro de que nuestro barco fuera estrujado entre el otro español y el francés. Lo mismo sucedió al día siguiente, pues con la calma se nos arrimó tanto el barco inglés, que con la ayuda de las pequeñas embarcaciones se tuvo que separar. Pasado este peligro, otro susto nos sobrevino poco después, porque levantóse un fuerte viento, con el que entraron en cuidado por la suerte de nuestra embarcación, hasta los marinos más experimentados del barco inglés. Estos, cuando llegamos a Canarias, nos aseguraban que nuestro barco no podía llegar a América sin milagro, por estar sobrecargado. Más adelante, en el trópico de Cáncer, cuando nuestro barco recibió de nuevo más carga en todo género de artículos necesarios para nuestro sustento, pro-

necesidad de misioneros que reclama el virrey del Perú para ocuparlos en los indios alzados cercanos a Tarija (PASTELLS. T. VII p. 117 y 122) Los 66 misioneros viajaron en dos barcos, en los ya mencionados "San Bruno" y "Nuestra Señora de la Encina". En el primero había viajado la expedición de Jerónimo de Herrán, descripta por Cattaneo. Mientras que la segunda era una fragata de 24 metros de largo que había viajado por primera vez al Río de la Plata en 1726, hundiéndose en la bahía de San Borombón en 1737. Venían entre sus tripulantes una pléyade de verdaderos notables. Eran ellos el padre Manuel Vergara que fue el último provincial, el fecundísimo escritor José Sánchez Labrador, Juan Mesner, Pedro Juan Andreu, Juan de Escardón, que hizo la profesión del cuarto voto en la travesía; el historiador José Guevara; además del gobernador de Buenos Aires brigadier Miguel de Salcedo.

⁸⁶ El P. Sebastián de San Martín era el procurador compañero de Machoni. Nació en Gallur, Zaragoza, el 20 de enero de 1678, ingresando a la Orden en la provincia de Aragón en 1695 y dando sus últimos votos en Córdoba, Argentina, en 1712. Obtuvo cargos relevantes ya que además de procurador fue superior de chiquitos en dos periodos (1718-1720 y 1734-1737) y provincial en 1738. Falleció en Córdoba el 22 de abril de 1759 (STORNI: 261).

puso el P. San Martín al capitán francés que nos llevara al Brasil; él, empero, se excusaba de hacer eso, si no se le pagaba al contado cuatro mil pesos, y como no se podía recaudar esa cantidad, tuvimos que continuar nuestro viaje en nuestra peligrosa nave.

Aunque se reunió consejo para el hundimiento de algunas piezas y otros artículos innecesarios, cuyo precio querían costear los Padres, no se llegó a nada. Con esto no quedaba más que poner toda nuestra confianza en la ayuda de Dios, y para obtenerla nos dimos a la fervorosa oración, haciendo a varios de nuestros santos, novenas, una tras otra; al mismo tiempo hacíamos fervorosas exhortaciones a los tripulantes, las que fructificaron tanto, que cuando nosotros decíamos misa, venían siempre algunos a comulgar, después de confesados. Con esta ocasión hemos experimentado grandemente con mucho consuelo nuestro, la piedad de los españoles. El bondadoso Dios se ha dignado oír nuestras ardientes peticiones, pues todo el tiempo de su sobrecarga, la nave no fué sorprendida por ninguna tempestad. A ojos vistas nos quería manifestar Dios que El nos ha salvado en el presente peligro, de un naufragio, cuando el 5 de marzo, hacia las dos de la noche, y entre los grados 31 y 32 de altura polar, nos acercamos tanto, sin saber, a las costas del Brasil, que los tripulantes, advertidos por una lejana e inesperada luz, sondearon y sólo hallaron dos brazas de agua, con lo que torcieron inmediatamente la proa a alta mar. Todos consideraban aquel fuego como cosa algo más que natural, pues desapareció tan pronto como se dieron de ello cuenta; y aunque fuera natural, no deja de ser menos maravilloso el hecho de que lo divisáramos en el momento crítico en que derechamente nos precipitábamos contra la costa y a un naufragio irremediable. Pasado este peligro, continuamos viaje feliz hasta el 11 de marzo; Dios quería acrisolar algún tanto nuestra virtud en la entrada del Río de la Plata. Pues a media noche, junto con un fuerte viento, se levantó una tempestad grande, acompañada de truenos y rayos, como yo jamás he visto ni oído. Todos los navegantes sintieron un gran miedo y angustia, que al siguiente día creció más todavía con la borrasca, en especial, cuando de nuevo a media noche fué acometida la nave por una gigantesca ola que la llenó hasta con un palmo de agua, y con el golpe, cinco de las camas superiores cayeron sobre las que estaban más abajo, lastimando malamente en la cara al P. Messner y en los brazos al H. Frank, ambos, gracias al médico, ya es-

tán repuestos. Espantados en extremo por el inminente peligro de muerte, los más hicieron un voto a Nuestra Señora de Luján, que se venera en las cercanías de Buenos Aires. El Padre S. Martín hizo un voto a San Francisco Javier, pues precisamente en ese día se conmemoraba el aniversario de su canonización. En realidad, fuera de Dios, lo hemos de agradecer a nuestros protectores, el que la ola que seguía a la primera se abajara antes de llegar a nuestro barco; de otra suerte hubiérale puesto indudablemente un triste fin, puesto que el agua que la primera ola había arrojado en el barco, aun no se había sacado, y la embestida fué tan fuerte, que nueve marineros fueron arrojados del uno al otro lado del barco, salvándose con no pequeña dificultad, gracias a las cuerdas.

Al siguiente día 13, como aun continuaba el viento contrario, después de hecha oración, arrojé al mar un poco de tierra del sepulcro de San Juan Nepomuceno, lo que hubiera hecho antes, a haberme permitido el susto acordarme de ello; se amansó pronto la tempestad, comenzando a hinchar las velas un viento favorable, de manera que pudimos continuar nuestro viaje. Por todo lo sucedido, cobré gran confianza y el suceso no se me borraba de la memoria, de suerte que el 16 del mismo mes, cuando al anochecer se levantó de repente una gran tormenta, arrojé en seguida un poco de la referida tierra al mar, y he aquí que al cuarto de hora se habían desvanecido las nubes de mal augurio y de nuevo nos soplabá un favorable viento que nosotros naturalmente atribuíamos a la protección de S. Juan Nepomuceno, que quería que sus favorecidos no fueran molestados por aquel elemento, en el que encontró él la corona del martirio. A continuación, con viento favorable, seguimos viaje hasta la nueva colonia de Montevideo, donde echamos anclas el 22 de marzo, que era el centésimo de nuestra navegación, y esperamos 17 días la llegada desde Buenos Aires de un práctico; llegado éste, proseguimos en seguida nuestro camino, y a los dos días estábamos delante de la ciudad de Buenos Aires. Al otro día, 10 de marzo (ha de ser abril), en una pequeña embarcación, fuimos con-

⁸⁷ El P. Werler había nacido en Munich el 1º de setiembre de 1688, ingresando a la Orden en la provincia de Alemania Superior en 1708, dando sus primeros votos en Landsberg dos años después. Su sacerdocio fue conferido por el obispo

ducidos a la ciudad en compañía del P. Tomás Werle⁸⁷, de la provincia de Germania Superior, que era el procurador de las reducciones.

En la playa fuimos recibidos por el Padre Ministro del Colegio y por todos los otros misioneros que habían llegado 20 días antes; desde allí, con pompa y al toque de las campanas, fuimos a la iglesia donde dimos gracias al Todopoderoso Dios, mientras los moros cantaban el salmo «Laudae Dominum omnes gentes». Al fin entramos en el Colegio y fuimos recibidos y agasajados con todo amor. Terminadas las fiestas de Pascua, recibieron todos orden de encaminarse a Córdoba en Tucumán, excepto los cuatro: el P. Tux, el P. Cirrheim, P. Prokvedl⁸⁸, y yo, pues fuimos enviados a las reducciones del Paraguay, emprendiendo nuestro viaje el 7 de mayo, y llegamos el 3 de julio felizmente a la reducción de los Tres Santos Reyes; aquí renovamos nuestros votos, después de tres días de retiro.

Después de haber experimentado el grande amor del P. Francisco Maag, nos dirigimos cada uno a su respectiva reducción señalado por nuestro Superior el Padre Bernardo Nusdorfeer, a saber: el P. Tux, a Santo Tomás; el P. Prokvedl, a Trinidad; el P. Cirrheim, de la provincia de Austria, a Loreto; y yo a San Javier, que es la última reducción sobre la izquierda del Uruguay.

A Dios sean las gracias por haber ejecutado tan bien este viaje con felicidad, pues no perdimos ni uno solo de nuestros indios, y aunque uno enfermó tanto que creíamos que pronto se nos iría, con todo, ha sanado, probablemente por la intersección de San Juan Nepo-

Nieberlein en 1718 y sus últimos votos los da en Dillingen en 1723. Viaja en la expedición del P. Herrán y es destinado a las misiones, falleciendo en forma violenta en la Colonia de Sacramento el 4 de diciembre de 1735 (STORNI:310)

⁸⁸ El P. Carlos Tux era nacido en Peterswald, Bohemia en 1700, estuvo en las reducciones de Candelaria y Apóstoles, donde respectivamente dio sus últimos votos y sorprendió la expulsión, muriendo a su regreso en la bahía de Cádiz en 1769. El P. Ignacio Cierhaimb nació en Hofenbach en 1703 ingresando a la Orden en Austria. Estuvo en las reducciones de San Borja y en Mártires lo sorprendió la expulsión, muriendo en Alba Real, Hungría, en 1773. Finalmente el P. Francisco Juan Prockwedl nació en Leitmeritz, Bohemia, donde ingresó a la Orden. En la reducción de Candelaria dio sus últimos votos, falleciendo en la de Encarnación en 1744 (STORNI: 288, 65 y 228). .

muceno, pues le dí en solución un poco de la tierra de su sepulcro. Lo que se nos hizo más cuesta arriba en este viaje, fué el carecer de altar portátil, viéndonos entre tantos peligros de la vida, privados de la celebración del Santo Sacrificio. En este nuestro viaje a las reducciones, nos servimos de pequeñas embarcaciones hechas de árboles excavados; nuestros indios, que de suyo no son muy amantes del trabajo, han trabajado ininterrumpidamente y sin desfallecer, y lo que es de maravillar sin manifestar señal alguna de mala voluntad, a pesar de que no puede haber cosa más fastidiosa en un viaje tan pesado, que no avanzar ni siquiera media legua en un día lleno de trabajo. Sólo el amor y reverencia que estos indios tienen a sus misioneros, les hace llevaderos tan pesados trabajos. Una vez bajamos a tierra y seguimos un trecho a pie, pero cuando quisimos volver a nuestra embarcación, no lo pudimos hacer, pues por la espesura de los matorrales y de los árboles, no podían atracar. Trasnuchar en tierra, no era aconsejable por los tigres; ellos, entonces, sujetaron a unos palos pieles de buey, y nos llevaron así, a través del agua, hasta las embarcaciones.

El Padre Pons⁸⁹, un celoso siervo de Dios, trabaja ahora entre los Chiriguano, que es una nación de 30.000 habitantes, sin contar las mujeres y los niños; no ha mucho volvió a casa despojado de todos sus vestidos, y por ahora ha de haber salido de nuevo en busca de los infieles, con el propósito de conquistar, o la palma del martirio, o las almas. Cuando todavía estaba entre las reducciones del Paraguay, solía vestirse como los indios salvajes cuando salía en busca de los misioneros; y la razón era porque los indios que vagaban por los alrededores, tan pronto como veían a alguno con el traje talar huían a las selvas y a los montes, por miedo de ser llevados a la esclavitud. Este miedo provenía de que los mamelucos de la frontera del Brasil, se habían vestido

⁸⁹ La Carta Anua del periodo 1730-1735 (BCS, Cartas Anuas, 1730-1735, Estante 12) da cuenta de la misión de los chiriguano y de la especial participación del P. Pons que salió de la misión para hacer sus profesión del cuarto voto en Tarija en 1733. Seguramente el P. Skal recibió esas noticias en Buenos Aires y con asombro las transmitió en esta carta. El Padre Pons nació en Puigcerdá, Girona, España, el 30 de diciembre de 1687, ingresando a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1716. Falleció entre los chiriguano el 3 de marzo de 1761 (STORNI.: 225).

con nuestro traje, y en esta forma se habían atraído muchos miles de indios, que al fin fueron llevados a la esclavitud. Se dice que esos facinerosos se han llevado de nuestras misiones más de cien mil almas, hasta que al fin fueron vencidos por la destreza de uno de nuestros hermanos: éste construyó unas piezas de madera que hizo disparar contra ellos, sufriendo los salteadores muchas bajas, y así aterrorizados, por nuestra parte, cesaron en la captura de indios. También se dice que esos mamelucos han sido sojuzgados por el Rey de Portugal a su yugo. Entre los Chiquitos se ha fundado este año una nueva reducción, en la que nuestros misioneros estuvieron en peligro de la vida. Los salvajes tenían encendido ya el fuego para asar al Padre, pero lo impidió el cacique que llegó a tiempo, el cual estaba ya resuelto a abrazar el cristianismo; este cacique indujo también a los suyos a que se rindieran⁹⁰. Finalmente he de hacer todavía mención de la gloriosa memoria de dos varones apostólicos de nuestra provincia, a saber: del Padre Wenceslao Chritsmann, que murió el 28 de junio de 1723, y del Padre Enrique Cordule, quien pasó a mejor vida el 8 de mayo. Nuestro muy querido Hermano Peschke pasó a mejor vida en 1729⁹¹.

⁹⁰ Ninguna reducción se fundó en chiquitos en ese entonces.

⁹¹ Recordemos que la carta de Skal es enviada a Alemania por ello da noticias de estos jesuitas que efectivamente eran de la provincia de Alemania Superior, más precisamente de Bohemia y Peschke de Silesia.

II Carta del P. Melchor Strasser relatando su viaje entre 1743 y 1744

Carta del R. P. Melchor Strasser, S. J., misionero en Chile, al R. P. Santiago Dedelley, de Alemania⁹².

Buenos Aires, 15 de setiembre de 1744.

Reverendo en Cto. Padre: La constante conformidad con que he sobrellevado, con la gracia de Dios, en mi viaje a América, el desgraciado naufragio, con las tristes consecuencias, es fruto de aquella sólida enseñanza que V. R., como mi primer maestro espiritual, infiltró

⁹² El P. Melchor Strasser nació en Finsing, Baviera, el 1° de octubre de 1711, ingresando a la Orden de la provincia de Alemania Superior en 1736, dando sus primeros votos dos años después. Arriba a Buenos Aires el 14 de abril de 1744 en la expedición del P. Ravenal, Procurador chileno, pasando a Castro en Chiloé, donde da sus últimos votos. Para la época de la expulsión era superior en Quinchao, siendo embarcado el 4 de febrero de 1768 en Lacuy en la misma fragata San José con que había llegado la orden de su extrañamiento. Muere en San Bernardo de la Moreruela, Zamora, el 18 de marzo de 1779 (STORNI: 277 y HANISCH: 316). La carta la publicó MÜHN, 89-121.

con tanto cuidado durante el primer año de noviciado en Landsperg.

Todo, excepto la vida, lo he perdido en la mar; y cuando, con trabajo, alcancé la costa y estuve a punto de perderla también, me acordaba de lo que V. R. nos inculcaba tanto, siendo tiernos novicios, en sus exhortaciones sobre la confianza que habíamos de tener en la providencia de Dios, aun en los casos más difíciles y desesperados. Durante todo el tiempo conservé la tranquilidad de ánimo, y cuando en mar y tierra peor se presentaban las cosas, cobraba mayor ánimo y confirmaba la esperanza de mejor éxito.

No creo que V. R. tomará a mal el que relate por extenso los caminos maravillosos por los que la Divina Providencia me ha salvado a mí con algunos otros del naufragio, preservado del hambre y conducido felizmente a un puerto. Servirá de consuelo y edificación para todos cuantos lean estas líneas.

El 8 de noviembre del último año de 1743, embarcamos en el «Duc de Chartres⁹³», treinta misioneros de nuestra Compañía, con otros centenares de compañeros; veintiséis iban destinados para Chile y los restantes para Paraguay. Emprendimos el viaje a América, con intención de desembarcar en Buenos Aires, sita sobre el Río de la Plata en la provincia del Paraguay. El primer viaje fué desdichado para nosotros, pues perdimos el ancla mayor, que había penetrado demasiado, y además tres marineros que cayeron en la mar, mientras se ocupaban en recoger la vela mayor. Además, corríamos peligro de ser tumbados y perecer por las olas que batían y acometían fuertemente por un lado la embarcación, que iba demasiado cargada y con la carga mal distribuída. Después que obviamos este peligro mediante la mejor colocación de las mercancías, continuamos los siguientes días el viaje, con próspero viento y tanta felicidad, que el 15 del mismo dejamos a nuestra derecha las islas canarias y el 25 las de Cabo Verde.

Antes de llegar al trópico de Cáncer, tuvimos fuerte calor, de suerte que la ración ordinaria de agua no bastaba. En cambio, no lo tu-

⁹³ La expedición se hizo en tres embarcaciones: “El Héctor” a cargo del maestre Melchor Delgado, “Santiago el Perfecto” a cargo de José de Egaña y el “Duque de Chartres” a cargo de Lorenzo de Novoa, en el que viajó Strasser con la expedición chilena y naufragó, muriendo 24 jesuitas de los 30 que viajaron.

vimos en la zona tórrida ni en el Ecuador, que pasamos el 18 de diciembre. Los marineros ejecutaron sus juegos de costumbre, y el Padre Procurador les repartió, en nombre de toda la expedición, como 20 pesos. Desde la línea llegamos en 17 días, esto es, el cuatro de enero del corriente, al trópico de Capricornio, y hubiéramos completado el resto de nuestro viaje a Buenos Aires en 70 días, si poco después no nos hubiese alcanzado la desgracia.

Hasta aquí estábamos en el barco bien y en orden; todas las horas estaban reguladas para la oración, examen, lectura espiritual, y otros ejercicios. Con frecuencia, y en la octava de San Francisco Javier, se tenía todos los días una alocución a todos los pasajeros, en las que sobresalía el celo del Reverendo Padre Procurador, que era el orador ordinario. Todos los días se celebraba una misa, la que se ha tenido que omitir tres veces por la borrascosidad del mar; los domingos y días de fiesta se celebraban dos misas, y en esos días se distribuía la comunión a los demás; esto se hacía en nuestro camarote, que estaba en el centro del barco, a fin de que nosotros no estorbáramos a la buena marcha del oficio que celebraba en su lugar el capellán del barco.

Agradable era la unión fraterna tanto entre nosotros, y eso que había misioneros de diferentes nacionalidades, como también entre el resto de los viajantes, teniendo todos un corazón y siendo del mismo sentir; añádase a esto que la liberalidad de nuestro Padre Procurador no nos dejaba sentir escasez en comida y bebida, pues todos los días, junto con un buen vaso de vino, recibíamos carne y pan fresco en la mesa.

Mucho nos entretuvieron la viva competencia entre algunos peces, en especial la de los bonitos y voladores, que enemistosamente se hacen la guerra. Desde el ojo de buey de nuestro camarote, observábamos como el primero perseguía al segundo, y cómo éste, acosado, valiéndose de sus alas, emprendía el vuelo, y cómo el infeliz era arrebatado en las garras de cierta ave de rapiña que lo perseguía.

Los marinos nos recrearon también con la pesca ingeniosa de los bonitos, cuyo instinto era la destrucción de los voladores. El pescador ata en el anzuelo algunos trapillos en forma de un pez espada, con dos plumitas en lugar de alas; lo arroja a la mar, y el bonito, tomándolo por un volador, se lanza sobre él y el marino se convierte en el ave de rapiña, al sacar, con hábil maniobra, el anzuelo. Ellos pescaron pie-

zas de siete y ocho libras y aun los trajeron a nuestra cocina; el sabor de su carne no cede mucho a la del dorado.

Entre semejantes pasatiempos agradables continuamos hasta el 10 de enero en alta mar nuestro viaje con rapidez, y como ya habíamos pasado la isla de Santa Catalina, nos hallaríamos a los 21° de anchura, y el capitán del barco dió entonces orden de parar, para ver de descubrir algún puerto. La causa de interrumpir tan feliz viaje, fué la noticia que en carta recibió uno de los viajeros, de que dos barcos de corsarios ingleses, habían salido en dirección a Buenos Aires, para esperarnos allí para el pillaje. Para escapar de ese peligro, pensaba el capitán buscar por allí algún seguro refugio, y desde donde pudiese despachar a alguno de los suyos a Castillos, situado a los 34°, para obtener una propia información de la cosa.

El 10 por la noche se dirigió hacia tierra; pero como el viento nos era más favorable que nunca, arrió la vela principal y continuó con sólo cuatro, para no encallar en alguna peña o banco de arena ocultas en estas costas desconocidas. ¡Mas esta precaución fué vana! Estábamos ya demasiado cerca de la costa, lo que ignoraba tanto el capitán como los demás pilotos, y esta ignorancia nos había de acarrear el desastre esa misma noche.

El 11 de enero por la mañana, a eso de las cuatro y media, abrió una ola la ventana de la cámara secreta del barco y penetró con gran ímpetu en el mismo. Nos hallábamos, en realidad, sobre tierra, y como el viento borrascoso, con ímpetu indecible, nos empujaba más y más hacia el banco de arena, percibíamos una tras otra las acometidas cada vez con mayor fuerza, de suerte que esperábamos por momentos, la temida destrucción del barco y la nuestra.

Yo que sentí quizá el primero, el peligro en nuestro compartimento, grité en alta voz: ¡¡naufragio!! ¡¡confesión y penitencia!! Todos los nuestros se reconciliaron con Dios, y el Padre Procurador, en nombre de todos, hizo un voto a San Francisco Javier, de ayunar tres días ahora, y luego durante toda la vida, la víspera de su fiesta, si nos salvaba del peligro.

Afuera todo era confusión en el barco. Algunos acudían a nuestro departamento para confesarse; otros deliberaban cómo salvarían su desahuciada vida y saldrían de la desdichada nave a tierra; otros cobraban nuevas esperanzas de que el viento y las olas amainarían, y de

que con la luz del día, los pilotos los sacarían del peligro; algunos, en número de 29, entre ellos también nuestro Padre Diego Moreno y Cipriano Boiset, escolar, tomaron un bote, lo echaron a la mar y subieron en él, y después de larga lucha con las olas embravecidas, alcanzaron la costa que, felizmente atinaron, pues era todavía muy oscuro.

Nosotros, que estábamos en el barco, al amanecer, vimos la costa, que a mi juicio no distaba un tiro de fusil, y examinamos también el estado del barco, y como había encallado, no en peñas, sino en un banco de arena, nos daba esperanzas de que no desaparecería pronto, sino que lentamente iría hundiéndose más y más en la arena, dándonos así tiempo para ponernos en salvo de alguna manera.

A bordo teníamos todavía la lancha, que es mayor que el bote; procuramos arrojarla al agua a fin de que en ella, en diferentes grupos, alcanzaran todos la costa; pero cuando después de increíble trabajo bajamos ya a la embarcación, debido a la impetuosidad del viento, y de las olas, tropezó con la punta del ánora lateral del barco, deshaciéndose míseramente y con ella el resto de esperanza de salvación.

El último medio de salvar el barco del hundimiento nos quedaba todavía; y era el cortar el mástil mayor y el de popa o parte posterior, y el sumergir los cañones emplazados en el lado por el cual amenazaba ser tumbado, restableciendo así el barco el equilibrio. Todo se hizo al mando del capitán, con la mayor presteza; como no surtió el efecto apetecido, volvióse a todos los de a bordo con semblante triste, diciendo estas palabras: «¡Sálvese ahora cada cual como pueda!». Quitóse los vestidos y se arrojó a la mar, nadando hacia la costa, la que alcanzó felizmente. Esta valiente actitud imitaron otros muchos, pero no con el mismo resultado, porque muchos fueron arrebatados por las olas y se ahogaron.

Los restantes que no sabían nadar, según el consejo del capitán, miraban por otros medios de salvación; todos se habían reunido en el puente, desde donde se suele gobernar el barco, por ser ese el único sitio seguro que les restaba, debido a las olas que invadían por todos lados el barco.

En defecto de toda embarcación (pues el bote estaba en la costa y la lancha se había arruinado) se ofrecieron dos medios: el primero era servirse de los dos mástiles cortados que andaban nadando allí cerca y probar de alcanzar con ellos la costa; el segundo era hacer una

especie de balsa con otros árboles menores, de los que había gran provisión, que hiciera las veces de embarcación, y hacer con ella la travesía, que no carecía de peligro. La primera propuesta fué desechada unánimemente por no haber quien quisiera salvar su vida con tanto peligro, especialmente al asegurar uno de los más experimentados tripulantes, de que todos no serían conducidos vivos a la costa. Lo segundo agradó a todos, y todos se pusieron a la obra, y no sin resultado, porque casi todos los que se valieron de semejantes balsas, escaparon felizmente de la muerte.

Y como yo también salvé mi vida en una de esas balsas, la he de describir aquí con todos sus pormenores. Nos tomamos dos troncos de árboles de aquellos que se usan para mástiles; más gruesos y algo más fuertes que la traviesa que en Alemania usan los labradores en sus carros de carga, con los que recogen heno o el grano. Esos dos troncos los unimos con tablas bien claveteadas, y con sogas recias, pero de tal suerte que entre ambas quedara el espacio suficiente, de manera que los pasajeros pudieran asirse fuertemente con ambas manos a los troncos. En los dos extremos atamos dos largas sogas, con el fin de que por el anterior pudiese la balsa ser sacada a tierra, y por el posterior pudiese volver al barco.

Construímos dos de esas balsas: en la primera, por habernos olvidado sujetar la soga posterior en el barco, no se hizo sino una travesía; con la segunda, empero, se hicieron tres travesías, pero con los diversos resultados que voy a describir. Los primeros que se atrevieron a intentar alcanzar la costa mediante ese puente flotante, estuvieron tres veces en peligro de la vida, porque debido a la impetuosidad de las olas, la balsa se tumbó tres veces sobre los tripulantes, sumergiéndolos en el profundo, pero en esa áncora de salvación, pronto se recogieron de nuevo, llegando por fin a tierra enteramente desfallecidos y medio muertos. Entre éstos no había ninguno de los nuestros; porque como prudentemente prevíamos que el barco no se iría a pique tan pronto, dejamos que los pasajeros seglares aprovecharan los primeros la ocasión de ponerse a salvo.

Llegados los primeros a tierra, fué arrastrada la balsa hacia el barco por los que en él quedaban, y se dispusieron a la travesía; entre ellos, dos de nuestros escolares, Lorenzo González y Ambrosio Gómez. El mar estaban tan embravecido entonces, que los infelices tripulantes,

después de haber luchado en vano por espacio de casi dos horas con las furiosas olas, hasta casi la muerte, y nuestro Ambrosio hasta la pérdida del sentido, no pudiendo avanzar, tuvieron que retroceder al barco.

Durante su vuelta rezaba yo sin libro, lo mejor que podía, la Prima, de memoria, y durante ese tiempo advertí que el escribano del barco, un francés de nacimiento, comenzaba a desvestirse con intento de montar la balsa vacía. A él se juntaron el piloto mayor y otros cuatro, y yo, como sentía un especial impulso, pedí al Reverendo Padre Procurador, permiso para ir con ellos en la travesía, lo que obtuve también en seguida.

No sin notable emoción me despedí del resto de mis compañeros; me desvestí hasta los pantalones; me eché al cuello el Rosario y Agnus Dei y bajé del barco a la balsa, la que querían montar también nuestros hermanos Joaquín Ergizia y Antonio Geisler, pero fué tarde, porque los tripulantes habían adelantado la partida. Ellos me exhortaban a que orase a Dios por el feliz resultado de tan dudosa travesía, mientras ellos dirigirían, por falta de remos, con pequeñas tablas, el vehículo. Yo les cantaba las letanías de Nuestra Señora, y ellos trabajaban con diligencia, y como en el remar estaban ejercitados, lo hicieron con tanta pericia, que anduvimos la mitad de nuestro camino, sin otro peligro de ser arrojados de nuestras sillas, cuando fuimos arrebatados en alto por una ola que se nos echó encima. En la otra mitad del camino, el peligro fué en aumento, porque la furia indescriptible del oleaje que sobrevino, volcó la balsa y a nosotros no arrojó de nuestros asientos; pero, gracias a Dios, recuperamos pronto nuestros puestos perdidos, pero sin nuestras tablas remeras; tuvimos, por consiguiente, que seguir remando lo mejor que podíamos, con las manos vacías, abandonándonos en lo demás a las indómitas olas, las que, con todo, nos empujaban más hacia la costa.

Estábamos ya a sólo unos siete pasos distantes de la costa, y uno venía en nuestra ayuda, atreviéndose a meterse en la mar con el agua hasta el cuello, cuando las caprichosas olas descargaron sobre nosotros el resto de su furor, volcando por segunda vez la balsa. Nuestro cuidado ya no era montar de nuevo la balsa, sino alcanzar a nado la tan cercana costa; la alcanzamos a eso de las nueve, no sin gran trabajo, trayendo a tierra la sogá de la errante balsa.

Yo que en la última lucha con la mar, había perdido la cami-

sa y pantalones, me tuve que ocultar lo mejor que pude en la arena de la playa, hasta que el Padre Moreno me trajo algo de ropa. Aunque los peligros en que estuve fueron tan terribles y espantosos, no he experimentado ningún malestar ni me ha asaltado fiebre alguna. En la salud no he experimentado cosa alguna, a excepción de algún derrame de agua por la nariz.

El tercero y último transporte arribó a la costa a las dos de la tarde, debido a un desgraciado contratiempo. Como nosotros estando muy cerca de la costa, fueron también ellos tumbados, pero se salvaron todos, menos el P. José Tolpeit, misionero de nuestra Compañía, nacido en el valle de Puster de la provincia de Austria. Este Padre, no pudiendo por su debilidad, alcanzar la barca tumbada, ni la costa, pereció ahogado.

Los demás no estuvieron lejos de la muerte, porque cuando estábamos ocupados en arrastrarlos en su balsa a tierra, se cortó la sogá y ellos fueron llevados por las olas a tanta distancia, que siendo demasiado corto el cabo con que estaban asidos al barco, perdieron toda esperanza de alcanzar la costa, de la que esa sogá precisamente los retenía.

Apelaron al único medio que en estas circunstancias les quedaba y cortaron el segundo cabo, exponiéndose al mismo tiempo al peligro de ser arrastrados Dios sabe dónde por las enfurecidas olas. Con esto quitaron también al resto de los que quedaban en el barco, la esperanza de llegar a tierra con la balsa. La mano de Dios los condujo a tierra, y entre ellos al escolar Lorenzo González, medio muerto, y a dos hermanos, Joaquín Ergizia, muy extenuado, y a Pascual Ausmendi, fuerte y con sus vestidos. Todos los demás, exceptuando unos pocos, fueron, por inescrutable juicio de Dios, devorados por el mar.

Cuando los infelices que estaban en el barco se dieron cuenta de que jamás volverían a tener la balsa, que era el único medio de salvación, izaron la bandera blanca y rompieron, al mismo tiempo, en un sollozo conmovedor clamando al cielo misericordia y ayuda y a nosotros que estábamos en la costa y percibíamos con bastante claridad sus compasivos lamentos.

Yo, conmovido hondamente por el peligro de mis 24 hermanos en religión y de los 40 seglares que quedaban todavía en el barco, convoqué al señor capitán, piloto y otros experimentados marinos, en consulta, para ver qué medio se podría tomar para acudir al auxilio de

los infelices. Propuse que se echara al mar el bote en que nos habíamos salvado los primeros de nosotros, e intentar, con todas las fuerzas, llegar a la desdichada nave y tomar a bordo a algunos de los náufragos. Pero todos fueron del parecer que ni el medio que yo proponía, ni otro alguno, sería capaz de evitar la catástrofe en las actuales circunstancias. Sólo la omnipotente mano de Dios podía venir en auxilio, y que ésta se había de implorar con la oración común, a fin de que su misericordia se amparara de los desamparados; vueltos hacia el barco, entonamos todos las letanías lauretanas, y como la noche se echaba encima, nos retiramos algún tanto desolados de la costa.

Cómo pasarían los infelices esa noche en el barco, es más que considerarlo que para describirlo. Don Juan de Mansilla, comerciante, fué el último de los que se salvaron, y de una manera bien maravillosa, como luego referiré. Según refiere ese testigo de vista, los nuestros se invitaron unos a otros *ad coenam magnam* para la última cena que el Padre Celestial les preparaba, quizá para esa noche ya, preparándose para el viaje a la eternidad, mediante la renovación de sus confesiones y de los actos apropiados a esas circunstancias; que el Padre Ravenal, que era nuestro Procurador, hizo todavía esa noche una confesión general de toda su vida con el Padre José Wittner; que la mayor parte de los seglares, por penetrar cada vez más agua en el barco, se encerraron en la cámara superior, defendiéndose lo mejor que podían contra el agua; que a eso de las tres de la mañana del día 12 de enero, que era domingo, el enfurecido mar, como última acometida, había ascendido por encima del encallado barco, arrancando con inaudita violencia, toda la cubierta superior; que en esa ocasión las encrespadas olas arrebataron y devoraron a muchos que ya no podían resistir su ímpetu; que otros cortaron el mástil que había todavía en la parte anterior, y atándose fuertemente al mismo, se arrojaron al mar, con ese dudoso y peligroso medio, para escapar de la segura muerte que en el barco les esperaba, etc.

Estos últimos, en número de 9, arrojados por el oleaje a la playa, consiguieron esta tarde ponerse a salvo, auxiliados por nosotros que acudimos en su socorro. Uno de ellos estaba muerto y los otros parecían muertos, pero poco después volvieron en sí. Lo que a mí me causaba mayor pena y aflicción, era que entre esos no había ninguno de los nuestros, y el tener que saber que ellos estaban con vida todavía, pero

completamente exhaustos de fuerzas por la prolongada lucha contra las olas que se lanzaban contra ellos, próximos a la muerte.

Movido por la profunda compasión que todos teníamos por su triste situación, se resolvió el maestro Boiset con otro seglar, a subir en el bote y acudir en auxilio de los que estaban en extrema necesidad, despreciando su propia vida. Pero los marinos experimentados les hicieron presente su segura perdición y la inutilidad para los necesitados, y porque esas representaciones no bastaron para que desistieran de la empresa más impetuosa que juiciosa, se los retuvo por la fuerza.

En la imposibilidad de hallar medio alguno de salvación, tuvimos que abandonar el último desenlace de los desgraciados a la divina providencia, y redoblar nuestras súplicas al cielo por su salvación. Para demostrar nuestra compasión, repetimos hoy nuestras plegarias de ayer, y antes de retirarnos de la playa al descanso de la noche, encomendamos encarecidamente su necesidad a Dios en voz alta, que tanto ellos como nosotros podíamos percibir fácilmente.

Cuán intranquilo y flojo haya sido esa noche nuestro sueño, se puede deducir del hecho de que a eso de las dos de la madrugada, percibimos claramente la voz del señor Mansilla, que cantando el *Te Deum*, nadaba cerca ya de la costa; nosotros nos levantamos y acudimos para auxiliarle.

Con espanto vimos cómo ese hombre extraordinariamente grueso y gordo, echado de espaldas, era empujado a la costas por las olas. Nos contó como una hora antes de media noche, estando asido a un poyo sobre el barco para no ser arrastrado como otros por las olas espantosas, fué arrancado impetuosamente y arrojado al mar, teniendo la felicidad de arrancarse la camisa y echarse de espaldas. Decía que varias veces fué zambullido y arrollado, pero que el mismo oleaje le sacaba de nuevo a flote, llegando, por una extraordinaria gracia de Dios, a escapar de sus fauces, después de una lucha de tres horas con la muerte. Refería que todos los demás tuvieron la desgracia de ser barridos de a bordo en su presencia, por la impetuosidad de la inundación, siendo sepultados en la mar. El número de las víctimas remonta a 54 sujetos, 30 seglares y los restantes jesuitas, en su mayor parte españoles; entre los alemanes se hallaban los padres Pablo Weit, Francisco Türck, Julio Wittner, Matías Pfeiffer, Matías Buggent, José Tolpeit, Ernahus, etc., y los hermanos Antonio Geisler, Santiago Horn, Simón Höcht, etc., a

quienes Dios conceda la eterna paz.

Nosotros los seis sobrevivientes, de tantos, a saber: el Padre Moreno y yo; los maestros Boisset y González, y los hermanos Ergizia y Ausmendi, somos deudores de especial gratitud a Dios, por habernos salvado de las aguas, y al mismo tiempo quedamos obligados a suplicar que nos preservara del hambre en una región desierta y desamparada, y para que nos condujera felizmente al fin de nuestra vocación.

La playa, a la que tan maravillosamente aportamos después de nuestro naufragio, era arenosa y, según todas las apariencias, borrascosa, por el constante azote del que se juntaron muchos españoles y casi todos los franceses para hacer la tentativa y emprender sin demora el camino.

Yo, antes de emprender el viaje, me reconcilé con Dios; y mis compañeros de expedición, en número de 44, se llevaron buena provisión de víveres, pues no sabíamos si los encontraríamos durante nuestro viaje.

Durante esos tres días había penetrado el oleaje en todos los departamentos del barco y había barrido y arrojado al mar todos los víveres. En la bodega donde se almacenaban las mercancías y la rica provisión para la misión de Chile, no había penetrado todavía. La playa se parecía a un campamento destruido. En la playa yacían amontonados muchos barriles, cajas y baúles, en parte deshechos y en parte íntegros todavía y llenos de vino, rosolí⁹⁴, harina, almendras y otras cosas por el estilo; había, además, jamones, cebollas, gallinas ahogadas y capones y un cerdo vivo todavía, etc., todo lo cual nos vino muy bien en aquella apremiante necesidad. Listos todos para el viaje, nos despedimos de los demás y emprendimos la marcha a lo largo de la costa marina. Yo dirigía toda la expedición, rezando el santo rosario, al que todos con-

⁹⁴ El rosolí nace entre fines del siglo XVII e inicios del XVIII, cuando alcanzó cierta fama sobre todo en Francia con el "*Rosolí de Turín*", preparado empleando rosas, anís, almendras amargas, hinojo, semillas de damasco, coloreado en rojo con cochinilla. Para la preparación del rosolí se usaba además de los pétalos de rosa, frutas, cáscaras de cítricos frescos, canela, y especias puestas a macerar por varios días en alcohol puro. Sucesivamente, se incorporaba todo al almíbar obtenido con agua de lluvia y azúcar. Una semana después, se tamizaba la infusión y se dejaba reposar antes de probarlo.

testaban en alta voz y con gran confianza en la intercesión de la Madre de Dios. El camino nos conducía al sitio donde yacían todavía los cadáveres del Padre Procurador y Padre Ernhaus, que enterramos.

Después de dos o tres horas de camino, topamos con un fresco arroyuelo, y pensamos hacer noche allí, pues era ya noche; pero una encantadora espesura descubierta por los que habían penetrado más tierra adentro en busca de leña, excitaba nuestra curiosidad. Todos nos encaminamos allá donde después de fortalecernos con un buen trago de vino y con una torta, pasamos la noche sobre el desnudo suelo y al aire libre, pero pronto se encapotó el cielo, rompiendo finalmente entre terribles truenos, en una lluvia deshecha.

A la madrugada del 14 de enero resolvimos permanecer allí hasta mediodía, examinando mejor, entretanto, la región circundante, mediante el envío de cuatro sujetos. A éstos se les dió orden que a lo más tarde volvieran para las doce y relataran la constitución de la región. Pero ellos no volvieron para el tiempo prefijado, por lo cual despachamos a otros dos, y tras éstos, otros dos, y uno de éstos, desde lejos, nos hizo una señal de que también nosotros siguiéramos. Yo no juzgué prudente emprender el viaje por aquella sola señal, por lo cual escogí a un compañero de viaje de los más capaces, quien había de examinar mejor la cosa y darnos la señal de seguir sólo después de tener indicio cierto de pueblo o ranchería.

Y como también éste nos llamó poco después, emprendimos la marcha a través de una planicie, cubierta espesamente de alto pasto, con tanto trabajo, que de cansancio no podíamos avanzar. Veíamos delante de nosotros una manada de animales, un hondo bañado y un bosquecillo de datileros, según afirmaba uno de los nuestros, pero no descubrimos rastro alguno de hombre ni de humana vivienda, por eso no nos atrevimos a penetrar más tierra adentro antes de tener una deliberación.

El piloto que estaba con nosotros, puso delante de mí la carta marina, y me mostró que desde allí a Río Grande había treinta leguas, pero que si no se podía vadear para recorrerlo, había doscientas leguas de camino; en cambio, el camino mejor era hacia la isla Santa Catarina, con setenta leguas de viaje⁹⁵. Añadió que era conveniente que aquéllos que querían ir hacia la isla Santa Catarina, siguieran la playa y no se apartaran mucho de ella, y que los que querían ir hacia el

Río, siguieran el camino emprendido, el cual los conduciría allí.

Como yo sabía que los franceses eran del primer grupo, y que desde la isla Santa Catarina, encontrarían antes ocasión de volver a Europa que en cualquier otro punto español, les aconsejé que volvieran a nuestra costa. Yo persistí en mi primera resolución de continuar mi camino al Río y a Buenos Aires.

Los franceses emprendieron el viaje a la costa, y por justas tuve que ceder a su impetuosa petición, dándoles al Hermano Ergizia para compañero de viaje. Conmigo quedaron algunos españoles; éstos, al comenzar a dudar si la provisión alcanzaría para un viaje de treinta o doscientas leguas, me hicieron entender a las claras, las pocas ganas que tenían en continuar el viaje emprendido, y que ellos preferían volver con los franceses a la costa y desde ella intentar conmigo otro camino hacia Río Grande. Yo cedí: volví y llegué a media noche, con lluvia torrencial, al sitio en que habíamos acampado últimamente.

El 16 por la mañana se separaron de nosotros los franceses, listos para el viaje a Santa Catarina; nosotros resolvimos emprender al día siguiente 17, nuestro viaje hacia el Río. Tanto nosotros como los franceses, teníamos que dar la palabra, a los que por flaqueza o por hinchazón de las piernas, no podían seguir, de que desde el primer poblado que topáramos, se les despacharía ayuda, y que serían llevados al Río o a la isla. Ellos pedían que para su consuelo me quedara con ellos; pero yo dependía de las órdenes del Padre Moreno, nuestro Superior, a

⁹⁵ Para determinar el sitio del naufragio, producido el día 11 de enero de 1744, tomemos estos datos consignados por Strasser a través de lo manifestado por el piloto, es decir 30 leguas al sur hacia Río Grande y 70 al norte a la isla de Santa Catalina (frente a la actual Florianópolis, fundada en 1726 con el nombre de Santa Catalina). No sabemos si tomar la legua francesa (4,44 km), pues era un barco francés, la legua castellana (4,19 km) o la legua marítima (5,5 km), pues todas difieren. Lo cierto es que entre uno y otro sitio, por la playa, hay aproximadamente 590 km por lo que la legua marítima sería la más apropiada, quedando el sitio del naufragio aproximadamente a la altura de Porto Alegre. Pero Strasser más adelante brinda un dato fundamental, cuando dice que a 4 leguas cortas 20 km (al norte) del naufragio había una guardia portuguesa llamada Tremendi, que debe ser Tramandaí, hoy ciudad turística y a 20 km al norte se encuentra Xangri-lá que sería entonces el sitio del naufragio.

quien no le parecía eso conveniente, y que la expedición que se había reducido a seis individuos, se aminorara más todavía, y así me dió orden de partir con los demás al siguiente día.

El viernes 17 por la mañana, partimos de la playa el P. Moreno y yo, los maestros Boisset y González y el H. Ausmendi más ocho españoles seglares, cada uno con su carga a las espaldas. Por ser esta la primera vez que había de cargar un saco de harina, no sabía al principio cómo entenderme con él, pero pronto me lo acomodé. ¡Qué ojazos hubiera abierto el que me viera en esa extraña figura, con un saco de harina a cuestras, la calabaza al cinto, un corto vestido y zapatos desiguales, hechos a fuerza de ligaduras!

Todo esto era fácil. Pero no el viajar sin guías por sendas desconocidas, sin saber cuántos días, semanas y meses duraría el viaje, ni de dónde conseguiríamos el sustento; sin saber si los ríos se podían vadear, ni cómo lo haríamos, etc. Esto hubiera sido lo más pesado, a no haber puesto nuestra plena confianza en la Divina Providencia, la que nos conduce maravillosamente.

Avanzamos un grado por la costa del mar para no descaminarnos. La playa tenía siempre una anchura de cincuenta pasos, y la arena no era movediza. Los viajes que hacíamos eran cortos, de unas cuatro leguas, porque estábamos muy cargados y comíamos mal. En los primeros días hacíamos ciertas tortas, esto es: hacíamos una masa, la extendíamos y la colocábamos sobre brasas hasta que se secase y cociera. Pero como en esta forma se nos iba mucha harina, en lo sucesivo hacíamos una especie de papilla sin aceite ni sal, ésta era sustituida por el agua de mar; más apetitoso nos era todavía el caldo o sopa de caracoles marinos o almejas cocidas y hervidas, que en todas partes encontrábamos junto al mar, a un palmo de la socavada arena. ¡Ah, cuántas veces nos decíamos unos a otros: mientras encontremos almejas, no moriremos de hambre! Nos son apetitosas, crudas, cocidas y asadas, y ellas fueron una de las principales causas por la que no nos apartamos de la costa.

El ajuar en que preparábamos nuestras comidas se reducía a una cafetera vieja, a una lata en la que antes había tabaco y a un recipiente de cobre que encontramos en la costa, al tercer día de nuestro viaje. Dos fuentes de madera habíamos llevado con nosotros. Las almejas marinas nos servían de cuchara y de vaso, tomando en ellas, casi

hasta el último día, un poco de aguardiente que habíamos ahorrado. Nuestros descansos eran al aire libre, junto al fuego que procurábamos conservar durante toda la noche, para ahuyentar a los tigres y otros animales. Hasta el sexto día de viaje, fuimos encontrando todavía cadáveres de seglares y de los nuestros, compañeros en el barco; pero por lo descompuestos que estaban, no los podíamos reconocer ni enterrarlos por el hedor muy desagradable.

Cada día escogíamos por guía de nuestro camino a algún santo. El 24 de enero, que era jueves, tocó la suerte al Arcángel S. Rafael, quien nos envió para nuestro sustento una carpa (?) de 16 libras; así como allí envió entonces a Tobías un pez para su remedio, nos envió a nosotros una carpa (?) (Capson). Al mismo tiempo pescamos algunos fermejuelos, con la mano y nos preparamos una apetitosa comida y cena, quedándonos todavía una porción para un buen desayuno. La amorosa providencia de Dios nos deparó otro día otra pesca parecida, encontrando un fresco atún en la playa, que durante dos días nos suministró abundante comida.

Después de haber andado siete días en nuestro viaje, sacamos la cuenta de que pronto llegaríamos a encontrar el Río Grande que a juicio del piloto, estaba a treinta leguas del punto donde naufragamos. Pero nosotros continuamos los días octavo, noveno y décimo, sin divisar rastro de ese río.

Venimos a sospechar que tanto el capitán como el piloto habían errado al describir el punto del naufragio entre los grados 30 y 31, y que quizá habíamos encallado en ésta y no aquella parte del río, el cual estaría ya a retaguardia. Entre otras probabilidades que afirmaban nuestra opinión, adujo uno la siguiente, a su parecer convincente, y era que los fermejuelos, de los que habíamos comido muchos los días pasados, se cogen con la mano en el Río de la Plata; de aquí concluía él, que estábamos ya lejos del Río Grande y cerca de Castillos, donde podríamos llegar el día de la Purificación, y ofrecer de nuevo el Santo Sacrificio del altar.

Con estas dudas continuamos el lunes 27 de enero nuestro viaje bajo la protección de San Luis, que habíamos escogido por guía del undécimo día de viaje, y fué este día tan feliz que aquella misma mañana, y por cierto de una manera bien impensada, nos dimos cuenta de la región donde nos encontrábamos, y a qué punto habíamos de

dirigir el resto de nuestro viaje.

El bondadoso santo se valió de mí como instrumento para sacar a toda la comitiva de la angustiada duda en que estaba. Ellos tenían ambición especial por una tortuga, que hasta el presente no habíamos gustado ni visto; y he aquí que hacia las nueve se asoma a la playa una de un quintal (de 50 kilogramos); no había duda de que el santo bondadoso quería satisfacer nuestra hambre, condescendiendo a nuestro inocente anhelo. Todos se echaron sobre el animal, y mientras ellos lo preparaban para la comida, subí al próximo monte bastante elevado, desde donde podía observar a bastante distancia los alrededores de aquella región.

Miré diligentemente a todos lados y en lontananza divisé una pequeña choza cubierta de paja; mi alegría fué tan grande que grité ¡vivienda! ¡vivienda!, y no fiándome de mis ojos, invité a todos a subir al monte. Ellos, dejando todo cuanto llevaban, hasta la tan anhelada tortuga, se dirigieron al monte, y luego también hacia la casa, a pesar de tener que atravesar algunos pantanos muy tupidos de juncos. Estábamos ya cerca de la habitación, cuando salió uno de ella a toda prisa y montando a caballo se alejó, a pesar de que nosotros, en señal de paz, traíamos un largo palo con un pañuelo blanco. Nosotros, no haciendo caso de eso, continuamos con denuedo el camino hacia la casa, donde cinco o seis perros salieron a ladrarnos, anunciando al mismo tiempo nuestra llegada a los habitantes.

Uno se atrevió a salir, pero no quería responder a ninguna de nuestras preguntas, hasta que preguntamos si era cristiano. El respondió: ¡sí, cristiano! —y porque nosotros le ofrecimos algunos regalos, nos trajo él queso y leche, y nos hizo entender que nos hallábamos en tierra portuguesa, en una choza de guardia, llamada Buchura, en la que solían cobijarse un oficial con algunos soldados e indios, y que desde allí habíamos de andar dos días para llegar a Río Grande. Yo, a pesar de la alegría de tan buena nueva, volví al sitio donde habíamos dejado todas nuestras cosas, y los portugueses nos enviaron, por cortesía, cuatro caballos para que lleváramos nuestras cosas a Buchura. Nos llevamos también algunos trozos de la carne de tortuga, que en gusto se parece a la de ternera; pero luego gustamos de ella muy poco, porque en el intervalo se había matado y preparado, en la choza de guardia, un buey.

Cuando llegamos a Buchura, con todo nuestro equipo, nos

salieron al encuentro el capitán, el capellán y un francés de nuestro barco y me recibieron amigablemente. Yo, admirado de la admirable providencia divina que así jugaba con nosotros, exclamé, lleno de alegría: *¡Haec dies quam fecit Dominus!*⁹⁶. Este día, 27 de enero, es el día del Señor, el día de nuestra salud y salvación. Si hoy no nos hubiese salido al paso la inesperada presa de la tortuga, hubiéramos continuado nuestro camino, y ni yo ni otro alguno hubiera subido al monte y consiguientemente, tampoco hubiéramos descubierto la guardia de Buchura. Mi alegría se acrecentó más todavía al encontrarme en la guardia con todos aquellos que habíamos tenido que dejar a lo largo de la costa, por haberse enfermado de los pies, y al enterarme de ellos por qué medios los había Dios conducido aquí.

Los franceses, que el 16 de este mes emprendieron su camino hacia Santa Catarina, desde la costa, después de haber andado un camino de unas treinta leguas, llegaron a un sitio llamado Guarda de Sena, y tomaron allí, junto con la guarnición portuguesa, a un oficial al cual refirieron la lamentable suerte suya, la nuestra y la de los que habían quedado en la costa. El noble caballero se dirigió con algunos de sus soldados al sitio de la catástrofe y se llevó a los desamparados a su guarnición, y desde allí trajo luego algunos aquí, a Buchura, y después más lejos, a Río, con nosotros; a los franceses, empero, los condujo a la isla Santa Catarina; éstos hicieron su viaje hasta con comodidad, porque hicieron el camino por las guarniciones portuguesas de que está lleno todo el trayecto hasta Santa Catarina.

Hace tan sólo siete años que los portugueses tienen sus guarniciones en esta costa; y la primera, llamada Tremendi⁹⁷, dista tan sólo cuatro leguas cortas del sitio del naufragio. Si el día primero de nuestra marcha, 14 de enero, hubiésemos seguido una hora más nuestro camino tierra adentro, hubiéramos llegado a ella. El que eso no haya su-

⁹⁶ Corresponden a las palabras del Salmo del libro del Génesis que significa *Éste es el día en que actuó el Señor*.

⁹⁷ Es Tramandaí donde desde 1738, había una “Guarda do Registro”, que controlaba las mercaderías y tropas de gado que pasaban por el río homónimo, cobrando una especie de peaje. El poblado de Tramandaí se inició oficialmente el 26 de outubro de 1732, cuando Manoel Gonçalves Ribeiro ganha uma sesmaria que inclui essa região, e que se denominou “Paragem das Conchas”.

cedido, no se puede achacar a la carta del piloto, como inexacta; porque era una de las viejas que no tenían indicaciones señaladas de las últimas guarniciones portuguesas, como tampoco lo podía saber el piloto.

El 28 de enero partimos de Buchura, y por la noche llegamos a Estrecho; al día siguiente, a eso de las cuatro de la tarde, llegamos al tan buscado Río Grande. Sobre una barquilla cruzamos el río, arribando hacia las cinco de la tarde a la población de San Pedro sita en la otra ribera. Desde este punto, Río Grande se llama también Grande Río de San Pedro. En San Pedro nos recibió caballerosamente el Comandante del Puerto, dando muchas muestras de conmiseración a nosotros náufragos, y nos ofreció generosamente albergue durante la noche. Como nosotros manifestamos el gran deseo que teníamos de visitar aquel día al gobernador Diego Osorio Cardoso, que vivía a media legua portuguesa de allí; en un carro tirado por bueyes nos condujo al gobernador, quien, con increíble alegría, cariño y afabilidad, nos obsequió como a los mejores huéspedes.

Para que pudiéramos descansar y recobrar nuestras fuerzas perdidas, nos señaló una casa, que había sido habitada antes por dos padres capuchinos, y en la que había en esa coyuntura un capellán castrense, con dos soldados. Todos los días se nos ponía en la mesa carne fresca y buen pescado, que nosotros tomábamos con apetito, pero no nos podía hartar, porque cuanto más comíamos más hambre sentíamos. La causa de eso podrá ser el aire, o el que la comida de aquí no será tan nutritiva como en España.

La buena acogida la hemos de atribuir, en parte, a la liberalidad de Su Majestad el Rey de Portugal, y en parte a la del gobernador de aquí. Su Majestad tiene ordenado a todos sus oficiales reales de estas regiones, que a todo náufrago se le dé gratis, carne, harina y pescado, como lo experimentamos ahora nosotros y antes lo experimentaron unos ingleses que hace dos años naufragaron en el Estrecho de Magallanes, en el Cabo de Hornos, quienes, construyéndose después del naufragio con los restos de su nave, una embarcación, arribaron aquí en extrema necesidad, siendo socorridos con abundancia de toda clase de víveres.

Al señor gobernador, empero, le hemos de agradecer tan largo y cortés albergue, porque con bondadosa amistad hacia nuestra

Compañía, nos llenaba todos los días, especialmente a los misioneros, con exquisitas galas y dádivas sin miramiento a las órdenes reales. Poco después de nuestra partida para Buenos Aires, nos adelantó 500 pesos, para que nos pudiéramos procurar alguna vestidura y la provisión necesaria para este viaje. Interpuso también su petición para nosotros ante el visitador episcopal, que a dicha nuestra se hallaba en aquella ocasión en S. Pedro, de suerte que nos permitió celebrar la misa, lo que habíamos pedido en vano al párroco del pueblo. Porque bajo severas penas eclesiásticas, tenía prohibido por la Señoría Ilustrísima de su Obispo de Río de Janeiro, permitir a sacerdote alguno extraño, religioso o seglar, la celebración del Santo Sacrificio en su iglesia sino tenía licencia escrita de su Obispo.

El 1º de febrero, sábado, fué para mí el dichoso día en que por primera vez en América subía al altar; lo que no olvidaré jamás en mi vida. Como nuestra partida de aquí se atrasó algo más, enviamos a dos de nuestros compañeros al sitio del naufragio para ver si el oleaje había arrojado de la playa todo el cargamento, aun lo que estaba encerrado en la bodega para la misión de Chile. Pero ellos volvieron con la triste noticia de que en la playa no habían visto nada de toda nuestra carga que con tanto gasto habíamos reunido y que probablemente todo yacía con la infortunada nave en el profundo del mar. ¡Bendito sea el nombre del Señor! ¡Tanto más luchadores expeditos, continuaremos ahora nuestro viaje!

Mientras nuestros dos expedicionarios iban y volvían del puesto, me entretuve en estudiar, con exactitud, de personas entendidas, el Río Grande⁹⁸, las poblaciones y tribus situadas en sus riberas, y toda la costa que se extiende desde los 30 grados hasta allí; y siento grandemente el haber descuidado la oportunidad que tuve para copiar un mapa nuevo y perfecto de todos los dos ríos, Río Grande y Río de Janeiro, que tuve el gusto de ver en la casa del señor gobernador. Las cartas que tuve que escribir a Europa durante los primeros días después de mi llegada, me quitaron el tiempo que necesitaba para copiar ese

⁹⁸ Es la ciudad más antigua del estado homónimo del Brasil, siendo por mucho tiempo capital del mismo. Fue fundada en 1737 por el Brigadier José da Silva Paes, y pasó a ser ciudad en 1835.

hermoso mapa y empaquetarlo luego, para enviarlo a Lisboa: en los restantes días era ya tarde. Espero que la corte portuguesa publicará ese mapa, en provecho de todos los navegantes.

Los habitantes del pueblo de San Pedro me contaron lo que sigue: la comarca en que ellos viven actualmente era todavía, hace siete años, una horrible selva enmarañada, en la que se refugiaban, fuera de innumerables papagayos, gran número de fieros tigres. Los primeros anidan todavía en los agujeros de los altos árboles; los tigres se refugiaron tierra adentro; con todo, en casi cada casa de los vecinos se encuentran una o dos pieles de tigre, que colocan en sus sillas y asientos.

Junto a este río, hacia el Norte, hay, además, otra población, pero formada toda por gente pobre, la cual, siendo de solos cristianos, y no pudiendo por su pobreza, mantener un párroco, es atendido en lo espiritual por el sacerdote de San Pedro; este oye anualmente, durante la cuaresma, sus confesiones, trasladándose al efecto allá, en un viaje de ocho días, a usanza portuguesa, esto es: a todo andar de caballo.

Al otro lado de esa población, están los límites de las reducciones del Paraguay, de las que la más próxima es la de San Miguel. Pero ellos no tienen comercio alguno entre sí, porque todo lo que pasa del uno al otro lado del río, es considerado por ambos como una hostilidad. Hacia el Norte, hay otro San Miguel, llamado también Chui⁹⁹, que dista tan sólo tres leguas de la población española Castillos¹⁰⁰. Desde este punto queda un viaje de casi cien leguas hasta Montevideo, que está a esta parte del Río de la Plata; a la otra parte, a unas cuarenta leguas de distancia, está Buenos Aires, a donde, Dios mediante, nos encaminaremos pronto en diligencia, una caravana tirada por bueyes.

La ciudad de San Pedro, llamada también Río Grande de San Pedro, por el río sobre el cual está, ha sido fundada recientemente hace siete años, y con ocasión de la guerra entre portugueses y españoles,

⁹⁹ Es el nombre de un pájaro en idioma guaraní, ubicada sobre el arroyo homónimo en actual territorio uruguayo. Para 1751 cuando el gobernador de Montevideo José Joaquín de Viana creó las guardias se la menciona como una de las que tenían. Aunque dos después se la menciona como portuguesa

¹⁰⁰ También se la nombra como uno de los puestos militares en 1751 hoy es una pequeña población del departamento Rocha de Uruguay cuya fecha oficial de fundación es en 1866.

que se tiraron de las greñas en estas comarcas, ha sido defendida también con baluarte, palizada y cañones. Cuenta con unas 1,400 almas, y de la desembocadura del río en el mar, dista dos leguas. El sitio es sano, la tierra fecunda y todo crece fácil y a prisa, sin grande trabajo del labrador. Hemos topado con uvas a sazón, melones, sandías y otros muchos frutos americanos, que nosotros comemos todos los días, sin peligro alguno de contraer fiebre u otra alguna enfermedad. Las casas son muy miserables; son peores que las de las aldeas de Baviera, y tanto el palacio del señor gobernador, como nuestra capilla, están cubiertas solamente de paja. Los infelices vecinos tampoco en ellas están seguros, por ser casi sepultados por la mucha arena que el fuerte viento acumula en derredor.

Toda la costa, entre este Río Grande y el sitio en que naufragamos, no tiene nombre alguno en la carta terrestre ni en la marina, por ser muy desconocida; pero sin agravio alguno, se la podría llamar Costa Brava y Desastrosa, por ser en todo tiempo muy borrascosa y haber echado ya a pique muchas naves. En San Pedro percibíamos el rugir y bramar de la mar, a pesar de distar dos leguas de su costa.

Por fin, preparado todo para el viaje planeado, con licencia del señor gobernador, dejamos la ciudad de San Pedro, y emprendimos el camino a Montevideo, y desde allí por el Río de la Plata a Buenos Aires, donde arribamos, con la gracia de Dios, felizmente, el 14 de abril, sanos y salvos. Si describiera nuestro viaje, las ciudades de Montevideo y Buenos Aires, el Río de la Plata, repetiría inútilmente lo que V. R. quizás habrá leído en cien pasajes del «*Neue Welt-Bott*»¹⁰¹. Todo ello lo paso por alto, y antes de terminar, anotaré una que otra cosa de interés.

El 3 de marzo observamos en el cielo estrellado, entre la constelación de la Ballena, un hermoso cometa, el cual fué visible hasta el fin de junio. En el puerto de Montevideo, vimos dos barcos de

¹⁰¹ Se refiere al conocido *Weltbott*, cuya traducción es el Nuevo Mensajero Universal, extensa obra alemana de 38 tomos que reúne 780 cartas de jesuitas escritas entre 1642 y 1762. La obra es análoga a otra francesa no menos importante conocida como *Lettres Edificantes et curieuses*, traducida al castellano por el P. Davin. La monumental obra alemana no fue traducida al castellano y cuenta con 40 cartas referidas al Río de la Plata de las que el jesuita Juan Mühn seleccionó y publicó en 1930 solo 18. Una de ellas es esta carta del P. Strasser.

aquellos que en 1742 emprendieron el viaje hacia Mediodía y que por la tempestad fueron destrozados. El uno no era más que un aglomerado montón de madera útil solamente para la cocina; el otro, en cambio, llamado «Asín», era de extraordinaria magnitud y hermosura, había-se de nuevo renovado y arreglado para el viaje a España o al Perú. De Buenos Aires han venido también algunos mineros que descubrieron en esta parte del Río de la Plata, dos minas de oro; pero encontraron que una era, a la verdad, de oro, pero la otra de mercurio.

En estas partes andan de nuevo las cosas muy revueltas. En el mes de junio último renovaron los salvajes sus piraterías, y a doce leguas de aquí mataron a 10 españoles y a otros 21 los llevaron cautivos. Era un grupo de 600 individuos; el comandante de aquí despachó 60 jinetes en pos de ellos, los que mataron a 50 de los indios. Esa insurrección dificulta nuestro viaje, que se ha fijado para el 10 de octubre; partiremos de aquí acompañados de otros viajeros, en 50 carros y con una buena escolta. Dios, que tan maravillosamente nos salvó del naufragio, nos protegerá también por tierra, conduciéndonos felizmente por los adorables caminos de su providencia, a Chile, término de nuestro viaje y de nuestro anhelo. Sírvase V. R., acompañarnos con sus oraciones, que así iremos con mayor seguridad.

Me encomiendo humildemente en las OO. de V. R.

Buenos Aires, 15 de setiembre de 1744.

Siervo e hijo en Cristo.

Melchor Strasser, S. J.
Misionero en Chile.

12♠ Capítulo primero del libro de Florián Paucke de su viaje 1748 a 1749

Capítulo I¹⁰²

Viaje desde Ollmütz hasta Málaga

En el año 1748, después de empeñosa presentación de mi pedido, durante once años, llegó desde Roma el permiso para que yo partiera a las *Indias* o sea a *América*, hacia los *paracuarios*. Yo no pensé en el viaje tan lejano, en mar alguno, en ningún peligro de muerte, en ningún martirio aunque fuera el más ultrajante. Mi corazón estaba tan

¹⁰² El P. Florián Paucke nació en Winzig, Silesia, el 24 de setiembre de 1719, ingresando a la Orden en la provincia de Bohemia en 1736, obteniendo el sacerdocio en 1748 de manos del cardenal von Troyern en Brünn. Arriba a Buenos Aires el 14 de abril de 1749 en la expedición del P. Ladislao Orosz. Sus últimos votos los da en el colegio de Santa Fe en 1754, sorprendiéndolo la expulsión en la reducción de San Javier de indios mocovíes. Muere en Neuhaus, Bohemia, el 14 de julio de 1779 (STORNI: 215). Este texto pertenece a su obra *Hacia acá y hacia allá, una estada entre los indios Mocobíes. Años 1749-1767* publicado por primera vez en castellano por la Universidad Nacional de Tucumán en 1942 con la traducción de Edmundo Wernicke pp. 9-107. Una segunda edición en Córdoba, Ed. Nis, 1999.

llo de gozo que despidió de mis ojos la lágrima más dulce y alegre. Mi afán era partir lo más pronto. En el tercer año de mi *teología* yo aun no era sacerdote pero conforme a mi pedido me apresuré tanto que me despedí el 8 de enero en Ollmütz y el 16 en Brünn como sacerdote ordenado por su *eminencia el cardenal de Troyern*¹⁰³ [y] que el mismo día de mi primera misa celebrada partí con otro, a las 4 de la tarde.

Llegué al puerto marítimo de *Livorno* en *Toscana* el 11 de febrero. El barco destinado para ambos había levado anclas unos días antes y había partido al mar; pero encontramos pronto otro, uno Sueco que dio prisa a nuestra partida desde el / puerto. El barco era un buque mercante sueco, en su mayor parte cargado de cereales, el cual partía a *Lisboa*, en *Portugal*. Llevaba doce *cañones*; sus *tripulantes* o peones de botes eran unos catorce junto con el *capitán*. Cuatro sacerdotes de la orden de *S. Francisci* de *Asis*, siete *jesuitas* y algunos *pasajeros* completaron el número de treinta personas. El *capitán* junto con todos los *tripulantes* era sueco y luterano, pero asimismo fue atento y amable para con nosotros. Levó el ancla en el décimo quinto día de febrero, por la mañana a la hora tercera; proseguimos por todo el día con un viento suave. El diez y siete se levantó un viento ya más fuerte y [nosotros] divisamos las islas *Cerdeña* y *Córsica* ante las cuales pasamos pero vimos que la separación entre ambas consistía en un estrecho angosto.

El 18 a las 10 de la mañana, nos persiguió un buque inglés pero cuando apercibió que perseguía a un no-enemigo, sujetó su curso y nos dejó. Comenzó a llover esa noche y a la mañana siguiente. Nos encontramos ya en el mar francés, llamado *Mar di Borbona* o *di Lion*, que no nos causó terror si bien levantaba altas olas. Según se dice este mar es generalmente tempestuoso por la proximidad de la tierra contra la cual con el viento fresco el / mar se estrella fuertemente y rebota a lo lejos, pero no me fué fácil tener un buen apoyo en el buque cuando yo como encargado de la cocina daba la comida a las gallinas¹⁰⁴.

¹⁰³ El noviciado jesuítico de Brünn lo fundó San Edmundo Campion, jesuita inglés y mártir, cuyo nombre llevó el convictorio fundado en Santiago de Chile por el P. provincial Diego de Torres al trasladar momentáneamente los estudios mayores de Córdoba a esa ciudad.

¹⁰⁴ En la edición castellana Wenicke aclara que en todo lugar Paucke demuestra sus habilidades de cocinero competente y de crítico de los diversos platos que

Como a 19 de febrero, el viento era algo más furioso, algunos de mis compañeros inclinaron las cabezas y comenzaron a vaciar sus estómagos; yo no encontré mutación alguna en mi salud y atendí con destreza mi oficio de cocina. A la tarde el viento sopló aún con mayor fuerza, pero como era favorable a nuestro curso, nos deslizamos rápidamente.

El 20 a la mañana temprano llegó a nuestra vista la isla *Minorca* la cual posee la corona inglesa¹⁰⁵ como única [dueña] en el *Mar Mediterráneo* junto con el puerto de *Gibraltar*. El viento nos adelantó con mayor empeño y en una hora recorrimos diez *millas* latinas. A la tarde, cerca de las cuatro, se mostró la isla *Majorca*, de dominio español; pero al anochecer divisamos la isla *Ivi*¹⁰⁶, igualmente sometida a la corona española.

El 21 nos corría un viento favorable; ese día todos fuimos invitados a su mesa por nuestro señor *capitán*. A la tarde, hacia las cinco el viento bueno se despidió de nosotros y abandonó el barco al viento que vino en contra nuestro y echó el buque para el lado derecho, hacia España; nos aproximamos así / tanto a las costas españolas que descubrimos el *cabó S. Martini* y la ciudad de *Alicante*.

El 22 cuando ya era cerca de las once vimos las cumbres de la sierra de *Valencia* que estaba llena de nieve y distaba de nosotros alrededor de dos leguas alemanas. El 23 estuvimos aun a la vista de di-

se preparan en los países que él recorre. Por la misma razón no omito indicar las recetas correspondientes.

¹⁰⁵ La isla de Menorca fue conquistada a los moros por Alfonso III de Aragón en 1287. Por un tiempo forma parte del reino de Mallorca y luego vuelve al de Aragón hasta que en los siglos XV y XVI sufre un despoblamiento y decadencia económica a raíz de ataques corsarios y luchas internas. Esa debilidad es aprovechada por los británicos que en 1708 y durante la guerra de Sucesión española la toman y consiguen una cesión oficial en el Tratado de Utrecht cuatro años después, en donde también les concede el estrecho de Gibraltar. La posesión británica perduró por setenta años convirtiéndose el puerto de Mahón en base naval británica en el Mediterráneo.

¹⁰⁶ Ibiza, la última de las isla Baleares que atraviesa. Siempre estuvo en dominio español, luego de ser arrebatada a los moros quienes fueron esclavizados por las tropas cristianas en 1235 e incorporada al reino de Mallorca dentro de la corona de Aragón.

cha sierra y no pudimos seguir a causa de la persistencia del viento contrario; más aun! el viento nos empujó tanto para atrás que volvimos a ver el Cabo *S. Martini* que habíamos perdido de vista el día anterior. Sobre nosotros había una gran tormenta. En este tiempo nos visitaron tres de las ballenas más chicas, llamadas *balinetas* que desde sus narices arrojaron a lo alto grandes aguas. Al lado [del buque] apareció una gran tortuga que semeja una mesa redonda de dos varas de *diámetro*. El movimiento del barco era ya más violento; ahí mis compañeros quedaron ya echados en la cuja y listos para pagar el tributo al mar lo que hicieron pronto en debida forma pues el malestar del estómago descubrió el *contrabando*; yo me sentía bien todavía y no percibí contrariedad alguna en mi salud y a eso debí de ser aun el enfermero de mis compañeros.

El 24 persistía aun hasta el anochecer este viento contrario; después siguió en la noche una inesperada calma de mar de modo que nuestro barco fue empujado hacia atrás en una gran distancia por las corrientes que fluían desde la tierra al mar.

El 25 persistió por toda la mañana la dicha calma del mar; entonces nos visitaron veinte peces que son llamados terneros marinos./ Como yo no los he visto por completo fuera del agua, no puedo dar una noticia segura de su figura. Ahora mis compañeros estuvieron algo más alentados y todos observaron que todavía no habíamos abandonado *Alicante* cuyo castillo pudimos ver perceptiblemente; nuestro *capitán* nos invitó otra vez a su mesa.

A la mañana del 26, el barco estuvo muy tranquilo. Después de las diez de la mañana recomenzaron los maitines detonantes, pues se formó una fortísima y terrible tempestad en el mar. Yo y un sacerdote de la *provincia bávara*¹⁰⁷ tomamos nuestros *violines*; quisimos tocar la pieza de los animosos pero nuestros corazones palpitantes dieron el *compás* para ello y despidieron pronto nuestros *violines*. Hacia las doce de la noche el viento amainó.

El día 27 temprano a las nueve, apercibimos doce barcos holandeses y mediante la vela mayor nos movimos a su encuentro. Si el

¹⁰⁷ Wernicke afirma que se trata del P. Martin Dobrizhoffer, el futuro autor de *De Abiponibus*, como se comprueba más adelante en el manuscrito original.

viento y el mar no hubieren estado tan impetuosos, ellos nos hubieren visitado de seguro pero todos, cada uno a una sola vela, pasaron por delante de nosotros y tomaron su curso hacia la *Berbería Africana*. El mar ya estaba hinchado y de pronto nos echaba sobre las cumbres de las olas, de pronto al abismo de las aguas. Todos nos impresionamos mucho, en especial porque vimos penetrar las olas en el buque, oíamos crujir el barco y notamos una escasa alegría en la cara de nuestro *capitán*. El mismo confesó que durante el transcurso de diez y ocho años / en los cuales navegó por el mar, no había estado en la situación de pasar por semejante tempestad. Poco a poco el viento arreció aun más; sus soplidos a través de la gran cantidad de cabos, [y] el rumorear del mar fueron tan extraordinarios que nadie podía oír su propia voz y el *capitán* apenas pudo *comandar* por su megáfono a los *tripulantes*; el barco era lanzado de un lado al otro con un estrépito horroroso y el crujir de los tablones y tirantes del barco. De miedo yo no pude permanecer en nuestro *camarote*, todos mis compañeros estaban echados en el suelo y se sostenían de las varas de hierro que para tal destino y fin estaban fijadas en las paredes del cuarto. Me trasladé desde nuestro cuarto a la cubierta del buque porque [el estar] abajo era muy angustioso y terrible por el horrible crujir del buque y los tremendos choques de las olas que resonaban como tiros de una pieza de artillería. Yo me senté debajo del mástil, me prendí lo mejor que pude para que acaso una ola del mar no me arrancara para afuera del buque, pero ocurrió otro suceso: el viento tomó la vela grande y única que habíamos tendido, la arrancó de todas partes y la tiró al mar. Si una punta de esta vela me hubiera agarrado, yo habría ido a parar al mar. Pero como esta vela permaneció prendida por los cabos en algún sitio arrastraba tras de sí al buque; los / marineros ateridos de frío tuvieron que trabajar para retirar la vela del mar mientras las olas, por hallarse inclinado el barco a un lado, penetraron con mayor violencia; y vi que sobre mi [cuerpo] ya no quedaba ni un solo lugarcito seco; me enderecé lo mejor que pude y retorné hacia mis compañeros a todos los cuales vi echados en el suelo; pero en el camino recibí unos cuantos fuertes golpes por el rápido y violento movimiento del buque hasta que al fin caí por la misma escalera y me golpeé reciamente en la cabeza; al fin llegué al cuarto donde noté un mayor movimiento que arriba en el buque. Poco a poco el viento y el mar se enfurecieron tanto que creímos que teníamos que perecer. Los dichos

sacerdotes *italianos* que viajaban con nosotros hacia *Lisboa* en Portugal para desde allí navegar al reino de *Angola* en las costas *africanas*, estaban tan intranquilos como nosotros. De pronto venían rodando entre nosotros hacia la derecha, de pronto nosotros los acompañábamos de nuevo hacia la izquierda; lo peor y lo más desagradable fue que ellos la noche antes se habían preparado para la *colación* una clase de comida cuya sobra habían conservado en una fuente dentro de un canasto todo lo que fue volcado por el movimiento del barco [y] corría por el cuarto entero y originó un hedor tan fuerte que los más de nosotros tuvieron que vaciar sus estómagos, ante todo uno que¹⁰⁸ no podía aguantar el sabor de aceite de comer, ni de cebollas, ni del ajo. La comida o *colación* consistía en fuerte vinagre nuevo *atemperado* en algo de agua en el cual habían empapado unos pedazos de bizcochos, remojados con aceite de comer, cebollas crudas y ajos en buena *cantidad* agregados finitos y los habían guardado para el consumo. Los Españoles y *portugueses* usan también este modo de refrescarse, ante todo en el mar y dicen que en el buque es un *antidotum* contra el escorbuto y otras enfermedades infecciosas; a esta hedionda mescolanza llaman *gaspacho* que se debe pronunciar como Gaspatscho¹⁰⁹.

La tempestad seguía siempre y el viento formaba sobre nosotros unos horribles torbellinos; una ola después de otra penetraban al buque, con frecuencia golpeaban por las ventanas hacia dentro del cuarto; las olas chocaban con terrible estruendo contra el barco cuyo movimiento hacia los lados era tan grande que la punta del mástil pegaba contra las olas. Nosotros no sabíamos qué hacer, tomamos *reliquias* y objetos benditos [y] en confianza a los santos los tiramos al mar. A una *medalla* con *reliquias* que también yo tiré, la fuerza del viento

¹⁰⁸ Nuevamente se refiere a Dobrizhoffer.

¹⁰⁹ El *gaspacho*, de origen español, hoy lo conocemos como la sopa fría de tomates. Expresa Wernicke que, conforme a ortografía y pronunciación alemana, Paucke se encuentra ante la misma dificultad de diferencias fonéticas que dictaron a Utz Schmidl en el siglo XVI su sistema (Ulrico Schmidl, *Derrotero*, etc. Versión por Edmundo Wiernicke). Dobrizhoffer creó un sistema metódico para la pronunciación de los idiomas indígenas, que es de sentir no fuera conocido por Paucke.

apenas la dejaba llegar al agua y durante un corto tiempo fue llevada por el viento de un lado a otro como suspendida sobre el mar.

No habíamos comido nada en todo el día, menos aun pudimos cocinar algo y de continuo debimos de estar echados en el suelo. / Los timoneles y el *capitán* permanecieron todo el tiempo arriba en el buque, atados con sogas al lado del timón para que no fueran arrastrados al mar por las olas. Apenas pudieron mover el timón y nadie sabía si el buque avanzaba o retrocedía o se ladeaba; esto perduró durante toda la noche y el viento creció tanto que uno creía que iba a romper y destrozar el buque.

Cualquiera puede imaginarse cuán alegre y divertida fuera para todos nosotros esta noche, ante todo por el temor de ser arrojados tal vez contra las costas españolas o turcas.

El 27 a la mañana agradecemos a Dios que nos hubo permitido alcanzar otra vez el día y que todavía no vimos tierra alguna; si hubiéramos estado cerca de ella, ningún medio ni socorro nos hubiera salvado de naufragar pero no notamos mitigación alguna ni en el viento ni en el mar. Al igual del polvo en tierra bajo las grandes tempestades, el agua del mar era echada al aire por el viento lo que no cesaba durante todo el día; ahí tuvimos que ayunar de nuevo; lo bueno que el mismo hambre estaba tan asustada que no nos llamó a comer. En lugar de comer comenzamos a orar con empeño para implorar a Dios su ayuda; si desde el buque mirábamos por un momento hacia afuera, teníamos que ver con horror el asombroso remolinear de aguas; se veían elevarse / montañas de agua enteras que por parte penetraban al buque, por parte se metían por debajo del barco y elevaban a éste hasta a una altura formidable.

El día 28 alcanzamos a vivir aun sin desgracia pero la noche nos fue más horrorosa que la anterior. Ese día la *batalla* fue aun más encarnizada y nosotros ya no sabíamos qué nos ocurriría. El *capitán* junto con sus *tripulantes* había pasado sin dormir ya dos días y noches. Hacía las ocho de la mañana el *capitán* mandó averiguar por la medición cuanta agua había captado el buque; notó que por frecuentes veces el agua había penetrado al buque y causado mucho daño en los cereales cargados; entonces se fueron todos por turno a las dos bombas de agua para poner remedio pero por desgracia las bombas estaban obstruidas por los cereales y desde ellas corría más cereales que agua. El capitán

demudó la cara de susto, entonces perdimos todo ánimo y creíamos de veras que debíamos perecer. El *capitán* suspiró y dijo las siguientes palabras: —mis señores, ahora el peligro es sumo si el viento y el mar no se apaciguan. ¡Oh, cuánto mejor sería para mí, si estuviera sentado en casa sobre la silla de zapatero en vez de tener que hacer con los vientos y la mar como un *capitán* de buque!—. Fue incesante el bombear durante todo el día hasta la noche en que midieron otra vez el agua/ y encontraron que en el buque había ya poca. Pero entonces nadie pudo gobernar el buque; por ello el timón fue atado y el buque fue dejado a la *discreción* de los vientos y de las olas. Era imposible buscar un puerto marítimo y entrar en él sobre todo porque notamos que el mar nos echaba siempre más cerca de la costa mora; el mar jugaba con nuestro buque lo mismo que con una pelota y nosotros estábamos ya muy debilitados por el hambre y el continuo andar rodando por nuestro recinto.

Uno de los reverendos *Patres capuchinos* tuvo en esta pena una ocurrencia cómica. Estaba ya harto de andar rodando y ahíto de golpes; de pronto creyó haberlo remediado si realizaba su invención artificiosa. Tomó una sogá con la cual había liado su colchón, la ató por ambas puntas en la vara de hierro, igual como suelen hacer los muchachos cuando quieren columpiarse; invirtió un gran trabajo y maña para poder sentarse en esta sogá; el buque se tumbó hacia nuestro lado y él quedó pendiente en el aire: ¡Oh, qué bien parecía encontrarse! pero el buque pegó pronto contra su lado y el *Pater capuchino* golpeó fuertemente con sus dos *bemisferios* contra la amurada del buque; a pesar del terror / que me infundía el mar impetuoso sentí ganas de reír. De nuevo ganó un *minuto* de estar colgando en el aire, [pero] el segundo *minuto* le resultó tan grave, que tuvo que sufrir el segundo golpe sobre los propios ambos medios globos mundiales; la tercera vez le pareció inaguantable y se tiró de nuevo desde su columpio al suelo y otra vez comenzó a rodar y andar girando. A este tiempo ya no había en nuestro buque ninguna vela tendida salvo en el mástil principal. Después de las tres de la tarde, cuando el viento sopló tan fuerte que perdimos toda esperanza de salvación, asimos el rosario e imploramos la intervención de *María*. Notamos que el viento se tornaba más cortés y poco a poco el mar fue más amable; entonces se reanimó nuestro *capitán* y nos trajo la alegre noticia de un tiempo más benigno en aproximación, pero nosotros hicimos con

tanto mayor celo nuestra oración con el corazón más levantado. Se terminó el rosario y el buque navegó algo más tranquilo. Todos clamaban por una refacción. A pesar de todos estos horrores yo estaba sano y como maestro de la cocina y cocinero corrí a la parte inferior del buque que se llama la *Santa Bárbara*. Quité el tarugo de un barrilito de medio cubo de vino de *Chipre* que a causa de que no lo podíamos beber por su extrema dulzura agüé para una buena sopa de vino. No hubiera podido / prepararla por el movimiento aun fuerte del barco si las ollas no hubieran colgado de unas cadenas sobre el fuego; pero conseguí que la sopa de vino quedara cocida. La llevé con gran cuidado al cuarto sin un tropezón, pero no sin volcar una cierta cantidad. Cuando mis compañeros me vieron con esta sopa de vino noté en ellos una especial alegría, tal vez mayor que si el *Mesías* hubiere aparecido a los judíos de hoy. Pero como las olas del mar estaban aun algo agitadas, nadie pudo sentarse a la mesa sino que cada uno se sentaba en el suelo, tomaba con la mano izquierda la fuente, con la mano derecha metía rápidamente la cuchara adentro y sin tardanza a la boca y de nuevo se apoyaba con esta mano en el piso hasta que notaba otra vez el equilibrio en el movimiento; sin esto hubiéramos volcado frecuentemente la sopa; lo bueno fue que yo podía servirles más pues el primer ataque a la sopa pasó pronto; yo corrí en busca de mayor cantidad y tenía aun lo suficiente para confortar con mayor eficacia a todos.

En el ínterin el mar se tornó más apacible y el viento se suavizó pero no cambió su *loge* [lugar]. Dada la mansedumbre del tiempo, uno tras otro comenzaron a levantarse del suelo. Sólo entonces los reverendos *capuchinos* empezaron también a abrir los ojos, pero ante nuestra soperas vacías, porque todo había sido echado con empeño en nuestras tragaderas; mas cada uno pudo consolarse con un pedazo de queso y bizcocho que saboreó con el mayor placer. El capitán a quien del mismo modo / el hambre castigaba con fuerza tuvo pronto servida su mesa y comenzó a olvidar el susto anterior.

Tras esta refacción comenzamos a satisfacer el sueño y nos resultó demasiado corta la noche siguiente pero a hora temprana me despertó un tumulto que originaron nuestros tripulantes. Todos se reunieron, recogieron las velas, cambiaron el curso de nuestro barco y tendieron [las velas] como era preciso hacia el lado contrario por donde debíamos navegar. El *capitán* hizo volar algunas oracioncicas de tiro bien lu-

teranas las que usan también y aun de un modo peor los marinos católicos. Yo me sobresalté por ello y creí que nos encontrábamos en un nuevo peligro. Así era, pues al lado derecho vi una pequeña isla baja y casi a nivel del agua, de donde distábamos a un corto tiro de pieza [de artillería]; tras todos los peligros [pasados] hubiera podido causarnos el mayor. Era una isla *africana* llamada *Alboran*¹¹⁰, no lejana de las costas *africanas* en las cuales divisamos aun los fuegos de los moros. Dios nos ha salvado de este peligro mediante un viento favorable pues, o hubiéramos naufragado contra la isla, o caído en manos de los moros; lo bueno que ellos no nos habían notado.

El *capitán* giró rápidamente el barco hacia la costa española de *Cataluña*. Era el primer día de marzo. El mar ya estaba manso pero el viento hinchaba aun algo [las velas] si bien suavemente. Mis compañeros / de viaje volvieron a mirarme con ojos hambrientos; también el estómago mío había vuelto a encogerse... ¿A qué medios [acudir]? La sopa de vino de *Chipre* debía de remediarlo, pero algunos de mis compañeros tuvieron *apetito* de comer pescados salpescados. De éstos había también en mi *despensa*; si no hubiera pensado en mi salud que me acompañaba todavía, yo habría llevado algunos al estómago aun sin cocinarlos. La provisión de tales peces llenaba un barril de medio cubo. El hambre nos habría obligado a vaciarlo dentro de pocos días pero yo pensé en la salud para más adelante y de acuerdo con la necesidad y conveniente a la salud ulterior formé mi lista de cocina.

El viento no nos fue del todo desfavorable; navegamos por el lado derecho hacia España; a mediodía vino entonces a nuestra vista un nuevo objeto que flotaba por el mar; todos opinaron que sería un vestigio de la tempestad marítima ya pasada; bien fuera una barca empujada o una ballena. ¡Qué esperanza! la aproximación nos dio poco a poco un mejor conocimiento. Doblamos el barco a su encuentro para tener el objeto al costado derecho del buque. Los tripulantes estuvie-

¹¹⁰ Es un islote español del Mediterráneo de origen volcánico, situada entre el litoral andaluz y el norte de África. El nombre de Alborán viene del corsario tunecino Al-Borany (isla de Al-Borany), quien lo usó como refugio y fondeadero para el asalto de navíos. En sus proximidades, el 1º de octubre de 1540 se produjo la Batalla de la Isla de Alborán, una de las primeras acciones de la Armada española.

ron parados contra la punta del mástil para observar hacia dónde y a qué costado flotaba ese objeto; informaban de continuo hacia abajo, a los timoneles, y les indicaban la dirección del barco lo cual el *capitán* halló conveniente porque al igual de los demás deseaba ver esta maravilla marina. Los marineros de arriba / daban variados informes; de pronto era una barca zozobrada por la tempestad, de pronto una ballena, pero la aproximación decidió presto las opiniones, pues pareció ser un tonel; pero al final era un barril, aunque ignorándose su contenido.

El contramaestre, en la esperanza de una buena presa llamó a los demás marineros; se ataron las roldanas, se pasaron las sogas por ellas y algunos de los marineros se ataron sogas bajo los brazos y se deslizaron al mar para cazar el tonel. Uno tomó la vara provista de una punta de hierro semejante a un hurgador, dio una punzada y abrió la vena de la cual no saltó la sangre sino un vino rojo de *Cataluña*. Pronto estuvieron con sogas cuatro tripulantes en el mar pero atados por un cabo por debajo de los brazos por el cual quedaban mantenidos sobre el agua, aseguraron el barril y lo subieron al barco. Había bastante vino pues el barril tenía en su vientre por lo menos unos doce cubos de buen vino rojo de *Cataluña*.

Esta presa encantó los corazones de todos y ayudó a olvidar los padecimientos pasados bajo la tempestad pasada. Todos comenzaron a ahogar [bebiendo] el anterior padecimiento y para poder ahogar en un todo la amargura del anterior suceso no probaron comida alguna en la que no echaran bastante vino, aunque ella fuera de arvejas, cebada o habas.

La hora del anochecer se presentó con / agradable y favorable viento que nos acompañó durante toda la noche [y] con el cual seguimos navegando con felicidad el segundo día de marzo en que divisamos ya las costas españolas. Al acercarnos conocimos que nuestro barco tornaba su roda hacia la ciudad de *Alicante*.

Eran las dos de la tarde cuando un pequeño barco vino hacia nosotros; el visitante nos era desconocido desde lejos, pero distinguimos que el cuerpo del barco era menor y más chico que el nuestro. Pronto oímos un tiro de una pieza de artillería por el cual se nos exigió poner el barco a la capa y esperar al buque que se aproximaba (hay que advertir que poner a la capa un barco significa enfrentar una a la otra dos de las velas más grandes: a saber [la] del mástil y del corredor

que es el mástil de la parte delantera del buque, de modo que el viento hinche ambas velas estiradas frente a frente [una] contra la otra por cuya causa el casco del barco no puede [marchar] ni hacia adelante ni hacia atrás y por lo tanto debe quedar parado), izar la bandera y darnos a conocer si éramos un barco amigo o enemigo; pues fue en el año 1748 en que Inglaterra procedía como enemiga contra Francia, Baviera y Austria. Nuestro *piloto* izó la bandera pero se cortó la soga porque el viento fuerte la agitó demasiado violentamente; el buque que se aproximaba no demoró mucho y en seguida nos saludó mediante una bala de *cañón* que silbó por arriba de nuestro barco. Nosotros estuvimos / todos parados en la plaza de armas, curiosos por ver quien tronaba de este modo contra nosotros. Pronto siguió otro disparo que nos mandó la bala muy cerca de nosotros ante cuyo reiterado saludo nosotros emprendimos la retirada hacia el cuarto inferior del barco.

Poco después de nuestra retirada vimos esta embarcación forastera distante de nuestro buque a mitad de un tiro de pistola; no se colocó al lado de la *batería* sino al través, a popa de nuestro barco. El *capitán* conoció pronto que era un *corsario* o buque pirata holandés; cobró coraje y a la pregunta de quién era, contestó el capitán que se viniera a nuestro barco y pronto lo sabría. [El] gritó hacia nosotros que los eclesiásticos y seglares fuéramos desde el interior del buque a la plaza de armas. Nos presentamos y vimos que el buque *corsario*, mucho más bajo y más chico, estaba provisto de seis cañones; no vimos más que una sola persona pues las otras estaban escondidas. En cuanto el *corsario* vio siete eclesiásticos negros y cuatro pardos con largas barbas que con los demás sumaban treinta hombres, tendió rápidamente sus velas en la creencia que habría aun más escondidos y velozmente su embarcación se alejó de nosotros. Entonces nuestro *capitán* comenzó a rezongar en sueco con mayor fuerza por no haber hecho cargar con balas sus *cañones* con las que hubiera dado a este pirata un viático de fuego. Poco después vimos algunos peces marinos de un insólito tamaño pero no pudimos distinguir si eran especies / de ballenas, aunque despedían abundante agua de sus narices.

El tres de marzo proseguimos con viento favorable y fuerte que arreció durante la noche y permaneció en su fuerza hasta las doce. Habíamos tendido sólo la vela del mástil grande la que se desgarró de nuevo por la fuerza del gran viento, pero el movimiento del barco no

fue tan fuerte mientras que con su soplo nos hizo adelantar bien. El viento se mudó en un nuevo ventarrón que vino desde las costas españolas y nos volvió a empujar poco a poco hacia el *Africa*.

El 4 de marzo a la mañana arreció con fuerte lluvia el viento que otra vez nos empujó hacia las costas españolas. A la hora de mediodía el viento se aplacó; de pronto se sosegó por completo. A las tres de la tarde prevaleció un viento contrario y se cambió en un fuerte ventarrón que fue muy bravo hasta tarde, por la noche, pero después de medianoche se suavizó.

El 5 de marzo vimos otra vez la costa española y la ciudad de *Velez* que estaba situada sobre una amena colina cerca del puerto marítimo de la ciudad de *Málaga*. Una alegría inmensa nos invadió al ver esta tierra por donde pudimos mirar hacia muy adentro y descubrimos varias ciudades al parecer lindas. Nos empeñamos en entrar en el puerto marítimo al lado de *Málaga* pero en vano, pues el viento contrario nos rechazó de nuevo y echó nuestra embarcación bien lejos a alta mar y otra vez fuimos / empujados hacia las costas *africanas*. El *capitán* quiso hacer acortar la vela grande para que no tomara demasiado viento, así estuvieron parados sobre el palo travesaño o *antena* diez marineros que colgaban de ella cual grandes pájaros; fue la dicha de que la vela recogida formara una bolsa dentro de la cual fueron arrojados por el viento todos los diez marineros; sino hubiera sido por esto, algunos hubieran volado al mar, otros sobre el buque y hubieran quedado estropeados. Al anochecer el *capitán* giró la roda hacia *España*. A la mañana siguiente estuvimos de nuevo cerca del puerto de *Málaga* pero en vano nos empeñamos en entrar. Cruzamos por el mar cerca del puerto, cambiamos por repetidas veces el *Rhombus* para con ello ayudarnos a aproximarnos al puerto y captar así cerca de tierra un viento más favorable con que nos ayudaríamos [a llegar] a la costa pero aun esto fue inútil hasta el anochecer; entonces tuvimos que alejarnos de las costas y penetrar más al mar para que a la noche no estrelláramos acaso el barco contra las costas.

El 6 de marzo a la tarde nos saludó otra vez con fuerte sopli-do un viento contrario a nuestro viaje el que de nuevo osó contra nosotros una alegre tempestad; ésta duró por toda la noche hasta las tres en la madrugada. Con la luz del día nos vimos otra vez no lejos de la ciudad de *Málaga*. El viento cambió y vino desde tierra contra nos-

otros; esto sucedió el siete de marzo. Por ello la esperanza de alcanzar la bahía fue echada de nuevo a alta mar. Cerca del anochecer nos despedimos otra vez / de la tierra con la mayor congoja de nuestras almas. El viento comenzó de nuevo a enfurecerse y arrancar una vela tras otra. Si bien teníamos tendidas sólo dos de ellas se rasgaron asimismo la una tras la otra; ¡Oh! qué terrible fue otra vez esta noche obscurísima a la que en ocasión sólo el rayo o el granizo alumbraba por un instante; el cielo tronaba y volcaba sobre nosotros un tremendo chaparrón hasta la madrugada el mar bramaba sin cesar y el viento estuvo acérrimamente enconado.

El ocho de marzo nos encontramos alejados ya a mucha distancia de la costa española; por la neblina acuosa no veíamos nada. El barco caía otra vez de un lado al otro en todo el día, pero al aproximarse la noche el viento se cansó y todos nosotros estábamos debilitados por el múltiple sacudir. El viento si bien más suave permaneció asimismo en su posición contraria a nosotros. Por la mitad de la mañana el viento sólo usó de violencia; tuvimos que recoger otra vez todas las velas y seguir navegando únicamente con la mayor. Nos cruzamos con una pequeña flota de seis barcos mercantes holandeses que pasaron ante nosotros y tomaron su *Rbombum* hacia la *Berbería Africana*¹¹¹; ninguno pudo detenerse a hablar con nosotros a causa de las tremendas olas marinas que se elevaban muy a lo alto pero estos dichos seis barcos tenían el viento a favor de su avance mientras nosotros teníamos que hacer velas contra el viento contrario para mayor demora nuestra y no conseguimos adelantar. A la tarde el viento se debilitó de nuevo y por un rato nos concedió un plazo de tiempo para descansar. A medianoche / el viento ya se había repuesto, preparó al barco para el baile y lo empujó otra vez hacia *Africa*.

El diez de marzo este viento persistió con igual furia; las velas recibieron de nuevo unos fuertes desgarrones.

El once estuvimos otra vez cerca de España y con placer y suma ansia de penetrar a puerto vimos la ciudad de *Málaga* cuando se

¹¹¹ Era el nombre que antiguamente se daba en español a la región del norte del África habitada por la etnia de los bereberes, especialmente Marruecos y Argelia.

levantó un viento en derechura contra nosotros y tuvimos que retroceder hasta la región de la ciudad española de *Almería*. Allí encontramos el mar más benigno y un viento más suave que duró por toda la noche y el siguiente día, doce de marzo. Al tiempo del anochecer tuvimos calma de mar y de viento. Durante la noche la luna iluminaba bien clara; a ambos lados de nuestro barco nos acompañaba una multitud de peces grandes que según sus vueltas en el agua relucían una vez rojizos como el fuego, otra vez plateados y resplandecían como las luciérnagas. Tales peces son llamados *dorados* por los Españoles; los tripulantes apresaron muchos asaetándolos con el *arpón* o flecha arrojadiza. Nosotros los contemplamos al día siguiente: sus escamas eran de un gracioso color de luz azul con diversos puntitos rojos por todo el cuerpo al igual de las truchas en nuestra tierra; su longitud era cerca de una vara y media; pero lo ancho un buen cuarto de vara.

En la décima hora del tiempo nocturno, el viento *oeste* se cambió en viento *este*. El trece de marzo sopló bien despacio; a mediodía vino / presuroso en pos nuestro un buque inglés y nos persiguió a toda vela. Se acercó tanto a nosotros y se colocó al lado derecho que los *capitanes* pudieron hablar entre ellos sin levantar la voz. Lo que yo admiré fue cómo dos barcos con las velas tendidas bajo viento libre podían estar tan cerca el uno del otro sin chocar entre sí y quedar parados tan paralelamente a igual distancia y fue porque ambos barcos estaban a la capa como he indicado arriba.

El barco inglés estuvo muy amable; tenía veinticuatro *cañones*; nos dio noticia que el diez de marzo un barco inglés agregado a él, que retornaba con mercaderías desde *Esmirna* en Turquía, había sido capturado no lejos del *Cabo de Gates* en el dominio español por un buque de guerra francés y conducido a *Tolón*, pero que el buque que platicaba con nosotros se había salvado mediante la fuga. Después de esto ellos tendieron sus velas como nosotros las nuestras y cada uno siguió su camino. Esta noche dormimos tranquilos sin preocupación.

El catorce de marzo nuestro *capitán* ya no deseaba entrar en un puerto marítimo. Como el viento nos era favorable quiso atravesar en derechura el estrecho marítimo de *Gibraltar* en la esperanza de captar un viento favorable en el *Océano*. Estábamos ya listos a entrar por el Estrecho cuando un viento contrario nos corrió hacia atrás. Así fuimos obligados a abandonarnos al viento y tomar la ruta hacia *Málaga*, en la

cual el viento nos acompañó tan amablemente que a la tarde, / a las cinco, anclamos en el puerto. Encontramos el fondo a diez y seis brazas.

En seguida de echar el ancha vimos venir hacia nosotros una pequeña barca con seis personas que fue enviada por el *gobernador* de la ciudad para saber el motivo de nuestra arribada. Nosotros nos alegramos cuando oímos que en esta ciudad había un *Collegium de jesuitas*¹¹². Les pedimos comunicaran al *Collegio* nuestra llegada pero aun no nos era permitido bajar a tierra y quedamos muy alegres a bordo esta noche. A la mañana temprano vimos al costado de nuestro barco cuatro pequeños buques con diferentes comestibles tanto de pastelería como de verduras, carne y buen vino. A las ocho de la mañana del día quince de marzo recibimos orden de la ciudad que no bajáramos a tierra hasta tanto no fuéramos revisados por el *Collegio médico de la Sanidad* el que poco después nos saludó. Desde el puerto vinieron cinco *medici* en una pequeña barca, subieron a nuestro buque, se colocaron en la barandilla y todos nosotros, uno tras otro, tuvimos que pasar delante de ellos y hacernos observar en la cara. Nos hallaron sanos a todos nosotros, se despidieron con toda cortesía y navegaron de vuelta a la ciudad.

Nosotros estuvimos tan alegres en nuestros ánimos que pensamos poco en los peligros y fatigas pasadas pero yo recordé de algunos cofrades temerosos que dejé en la *provincia* y en consideración de su índole *porcelánea* que / en muchas circunstancias había notado en ellos, no dudé que hubieran saltado en mil pedazos si habrían tenido que aguantar con nosotros las tempestades pasadas.

Al corto rato obtuvimos licencia de bajar libremente a la ribera. Nosotros no tuvimos necesidad de procurarnos una barca pues llegó una, enviada por el *Collegio* que nos transportaría a la ciudad. En seguida nos despedimos de nuestro *capitán* sueco y desembarcamos del buque. El *capitán* en cambio nos recomendó que retornáramos a la hora del anochecer para permanecer durante la noche en el barco pues ape-

¹¹² Los jesuitas aparecen esporádicamente en Málaga en 1564 y se instalan en 1572 fundando el Colegio de San Sebastián, en la ermita y hospital de San Sebastián, gestionados por el obispo don Francisco Blanco Salcedo y cedidos por Felipe II, quedando como superior el P. Gonzalo Meléndez. Las residencia se fundó en 1607, la iglesia en 1630 y nuevas aulas se levantaron en 1656 (SOTO ARTUÑEDO: 451-462).

nas se levantaría un buen viento, él levaría el ancla aun a medianoche y proseguiría de nuevo su viaje; pero si de día el viento nos era favorable, a cualquier hora nos daría por un disparo de *cañón* la señal para regresar desde la ciudad al barco.

Nosotros navegamos con alegría a la ribera, desembarcamos y cruzamos por algunas calles hasta el *Collegium*. Las gentes de la ciudad acudieron, muchos se acercaron a nosotros, besaron respetuosos la cruz que cada uno de nosotros llevaba pendiente al costado. Llegamos al *Collegium*, fuimos saludados tierna y muy amablemente por todos los *jesuitas*. Ya había pasado la duodécima hora pero como por tanto tiempo no habíamos leído ninguna santa misa, nos encaminamos al altar y presentamos a Dios el sacrificio de agradecimiento por el feliz desembarco a tierra; tras / esto fuimos llamados a la mesa donde apareció toda la comunidad junto con el jefe del *Collegio*; todos nos abrazaron y estrecharon contra sus pechos con la mayor ternura. Terminado el almuerzo el cocinero del *Collegij* quiso demostrar también su amabilidad para con nosotros, me tomó como a primero (tal vez habría sentido el rastro de grasa y humo de la cocina a que yo apestaba como ex-cocinero y me dio un cordial abrazo.

Permanecimos en el *Collegio* hasta el anochecer; nos despedimos y fuimos a la ribera donde encontramos ya esperándonos una barca cargada con abundante *bastimento* para nosotros, consistente en algunos carneros, gallinas, pan, panecillos, verduras y semejantes otras cosas de consumo; pero encontramos ante todo una cantidad de naranjas dulces, manzanas y otras frutas españolas, junto con un buen cesto de botellas llenas de vino de *Málaga*.

Arribamos a nuestro barco y participamos al *capitán* de todos los obsequios, que él aceptó con placer y gratitud. Cuando nos despertamos a la mañana, la barca de la ciudad ya nos esperaba abajo, al costado del buque para conducirnos a tierra. Mientras estuvimos anclados tal orden del día fue observada hasta el 22º día de marzo y recibimos diariamente más y más bondad y afecto tanto de parte de personas eclesiásticas como de legos. La nación española es conceptuada como orgullosa y desafecta a otras naciones; dejo sin dilucidar esta información pero mi experiencia me enseña que al igual que en España también en otros países se hallan personas altaneras e inciviles / por lo cual no puede ser vergonzoso para ninguna *nación* ni pernicioso a su fama si algu-

nas en ellas no poseen las mejores costumbres. Yo admito que las inclinaciones, usos y costumbres no sean iguales en todo el mundo y lo he experimentado bien, pero es un prejuicio el creer que todos los [hombres] de un país sean complacientes con sus instintos naturales y con el gozo de sus pasiones y permitan todo a sus impulsos. He recorrido la mayor parte de nuestra *Europa* fuera de los dominios muy *nórdicos* y los de muy al *levante* hacia Turquía; y he recogido la experiencia y el conocimiento de todos aquellos quienes son más morales que los otros; por otro lado, si bien uno ponderara altamente a los alemanes en las ciencias, las artes y técnica con preferencia a otros, la experiencia me ha convencido que de nada de esto se carece en otros países. Yo no quiero cacarear demasiado temprano pues recién desde la puerta he saludado a España. Hablaré más adelante con mayor experiencia la verdad sin apasionamientos. Muchos se referirán a las noticias que [les fueron dadas] por otros que tuvieron ocasión de conocer el mundo y de investigar las inclinaciones de las gentes. Yo aseguro que escribiré imparcialmente y no apreciaré a ninguno más que a otro. Sigo la marcha de mi relación y hasta aquí no doy preponderancia a ninguna *nación* hasta que yo haya investigado bien y maduramente todo. /

Capítulo II

Del puerto y de la ciudad de Málaga

El puerto marítimo no fue labrado por la naturaleza sino por el trabajo de los Españoles: [es] chico pero cómodo para veinte buques mercantes anclados. A menudo es limpiado del barro para que los buques floten. Ningún barco grande puede penetrar, por cuya causa los mayores iguales al nuestro deben echar ancla al mar, a trescientos o cuatrocientos pasos delante del puerto. Está cerrado por un muro levantado sobre grandes bloques pétreos echados al mar junto con una torre que llaman *Pharos* y que en el tiempo nocturno está iluminado adentro por una gran luz que puede verse claramente en alta mar. Inmediato al puerto se eleva en tierra un gran peñón sobre el cual hay una antigua *ciudadela* mora y otea hacia alta mar. Ella en sí no posee nada bello ni agradable; por lo que sería de ponderar es por la antigüedad y porque es un recuerdo de los tiempos en que la mayor parte del

reino español estuvo por más de cien años bajo la dominación de los moros, cuya evocación ellos conservan aun en la pronunciación de la lengua española, pues por una tonada turca vuelven desagradables muchas palabras.

La ciudad no es grande en su circunferencia ni alta en sus edificios pero sin embargo es ordenada e igual a las ciudades menores, pero no las más chicas en *Europa*. El comercio concuerda con el puerto y los buques que llegan. Los habitantes no son de un color muy blanco porque / los más de ellos como los de las localidades confines son iguales a los coloreados por el sol. Tienen un obispo¹¹³ propio que se domicilia allí mismo y es el dechado de un verdadero pastor. No había mañana cuando debimos pasar por delante de su vivienda episcopal en que no hubiéramos encontrado en su zaguán a más de cien pobres a quienes se dispensaba la limosna. La *catedral* es vistosa, grande y magnífica. En su exterior aun se la trabajaba y las molduras eran colocadas en bello *mármol* al derredor de toda la iglesia. La iglesia de los *jesuitas* es una *rotonda*, provista adentro de coros en su derredor¹¹⁴.

En el tiempo de cuaresma, en toda España es costumbre de decir todos los miércoles y viernes a la tarde un sermón de media hora,

¹¹³ Por entonces obispo de Málaga era Juan Eulate Santacruz, quien fue designado en 1745, ocupando la función hasta su muerte el 16 de Setiembre de 1755. Nacido en Salvatierra, Álava, en 1684, estudió en Valladolid y fue nombrado inquisidor de Valencia y más tarde de Granada y Madrid. Su intensa dedicación caritativa fue manifiesta en innumerables oportunidades pero sobre todo con motivo de las terribles epidemias que se padecieron en los años 1750 y 1751, en las que perecieron más de seis mil malagueños, socorriendo a pobres y a apesados y creando a su costa un hospital para apesados en Málaga (MONDÉJAR CUMPIÁN: 185-199).

¹¹⁴ Al ser la ermita del hospital insuficiente para el culto, se determinó construir una nueva iglesia. Las obras no se comenzaron hasta 1598, y se inauguró el 28 de septiembre de 1630, pero el retablo del altar mayor, trazado por el hermano Francisco Díaz de Rivero, junto con el tabernáculo se labraron en 1633 y la decoración pictórica del anillo y media naranja de la cúpula se realizó entre 1639 y 1643, continuándose los trabajos de decoración hasta 1644, y aún más tarde los de los altares y capillas, que ocuparon los santos más significativos de la Compañía. Fue reformada en 1787 por Aldehuela, sufriendo una nueva modificación en el siglo XIX.

que ellos llaman *ejemplo*. Pero los domingos (en lo demás, en todo el año no es de oírse sermón alguno excepto en los días de los santos fundadores de órdenes, en una que otra fiesta de la madre de Dios o en una *extraordinaria* gran festividad de una iglesia) se pronuncia a las tardes un sermón de una hora para lo cual el predicador se sirve de una historia conforme a la Escritura, la presenta según su acontecimiento y formula sobre ella su *moral* o enseñanza de costumbres al igual como he escuchado la historia de *Moisés* que el predicador repartió por todos los domingos de la cuaresma. Otra vez [escuché] a otro que durante un año enseñó la historia de *David* perseguido, otro [año la] del *David* arrepentido. Los miércoles y viernes tras el sermón terminado el mujerío debía de salir de la iglesia después de lo cual la iglesia se cerraba y se bajaban las cortinas en las ventanas; a continuación era cantado en seguida el *Miserere* con *instrumentos* bien sonantes / en tono gregoriano bajo el cual los hombres se castigaban reciamente con *disciplinas* los unos a los otros hasta el final en que cada cual se encaminaba a su casa.

Hasta el vigésimo primer día de marzo habíamos esperado en esta ciudad el viento bueno, que empezó a soplar a la hora del mediodía. Estábamos ya sentados a la mesa cuando nos fue dada la primera señal por un disparo de *cañón*. El *capitán* levó el ancla a la vez y cuando ellos ya la tuvieron fuera del mar oímos tronar entonces el segundo disparo de *cañón*. Nosotros ya habíamos limpiado la fuente y dejamos la mesa con toda prisa para no llegar demasiado tarde. Esta despedida de la tierra nos fue muy penosa pero no hubo remedio; debimos de navegar de nuevo; fuimos a la ribera, allá encontramos nuestra barca lista ya para trasladarnos al buque. El viento había arreciado muchísimo y las olas marinas se levantaron tanto que todos llegamos bien mojados al barco porque el agua caía fuertemente en nuestro buquecito. Desde lejos vimos tenderse las velas de nuestro buque y el barco ya comenzaba a moverse con fuerza. En el ínterin se hizo toda la previsión de alzar velas en cuanto nosotros hubiéramos subido al buque. Apenas hubimos subido, se produjo el tercer y último tiro de *cañón* para la despedida de la ciudad y volamos hacia el estrecho de *Gibraltar* hacia donde tuvimos que recorrer trece leguas alemanas. A la noche llegamos a dicho lugar y cuando creímos pasar bien y pronto por este estrecho / y salir a la mañana temprano al Mar Grande, se opuso el viento y se volvió contra nosotros pero en esta noche nos mantuvimos cercanos en la

esperanza de tentar la travesía al día siguiente.

A la mañana temprano del veintidós de marzo entre las dos y las tres horas cuando estábamos en lo mejor del sueño, oímos la voz de nuestro *capitán* que nos despertó a todos, pues gritó fuertemente por su megáfono a no sé quién en el mar. Nosotros inquirimos para saber pronto la novedad. El *capitán* gritó por segunda vez pero nosotros no oímos contestación alguna por nadie, tampoco vimos nada en el mar porque la noche estaba muy oscura. Pero después de largo escuchar oímos que un pequeño bote venía a remo contra nosotros y estaba ya muy cerca. Nuestro *capitán* gritó aun otra vez quién se aproximaba a nuestro barco, pero mucho menos obtuvo una respuesta. Por esto mandó aportar rápidamente hierro y pólvora, encender la mecha y cargar los *cañones*. En un instante, todo el buque estuvo como quien dice totalmente iluminado y en su derredor fueron colgadas hasta doce linternas. El *capitán* amenazó a los aproximantes con [hacer] fuego si se atrevían a acercarse más al barco por cuya amenaza notamos pronto por el remar que la barca se alejaba de nosotros; después de un rato no oímos más nada y comenzamos a seguir satisfaciendo nuestro sueño.

Cuando rompió el día, estuvimos muy ansiosos en mirar por la lejanía del mar para conocer si era de divisarse alguna barca en el mar; vimos entonces con mucho placer / el agradable estrecho situado frente a nosotros, que a ambos lados estaba ceñido completamente por las rocas más altas. Ahí vimos de pronto los deslindes de dos partes del mundo: a la izquierda las costas de *Africa*, a la derecha las de *Europa* que según manifestación de nuestro *capitán* estaban separadas por dos leguas españolas, pero a causa de la planicie del mar según primer cálculo ocular parecían distar entre sí sólo por una corta legua, mas el largo del estrecho importaría cinco leguas. Nosotros no hemos medido nada; por esto yo informo según la manifestación de nuestro *capitán*. Sobre las rocas de ambas costas vimos acá y acullá algunos edificios erigidos a la antigua que estaban circunvalados por fuertes murallas; estuvimos tan cerca que hubiéramos podido reconocer una persona si alguna se hubiera hecho ver.

A la derecha de nuestro barco vimos el gran peñón de Gibraltar; se hallaba lejos de la fortaleza en el mar, tras la cual se hallaba el puerto. Vimos muchos barcos anclados y reconocimos la fortaleza desde donde una cantidad de *cañones* apuntaban hacia el mar. En derre-

dor del peñón vimos aletear tres embarcaciones medianas que a causa del viento contrario buscaban entrar al puerto; eran dos buques mercantes suecos del tamaño de los *bergantines*, cada uno provisto de seis *cañones*. A la izquierda apareció ante nuestra vista la ciudad *africana* de *Ceuta* en su mayor parte como situada cuesta arriba; aunque está edificada al modo moro y cerrada por muchas murallas, era asimismo linda de ver por su *situación*. /

Si bien esta ciudad de *Ceuta*¹¹⁵ está situada en la pertenencia turca o mejor dicho en [pertenencia] mora fue quitada por los Españoles a los Moros y permanece aun hoy día bajo el dominio del rey de España; aunque ella padece múltiples ataques por los Moros, no ha sido quitada hasta ahora a los Españoles. Estas dos fortalezas, a saber *Gibraltar* y *Ceuta* son las dos llaves del estrecho que a todos los barcos pueden cerrar o abrir la entrada y salida al Mar Grande. Yo había oído antes, que era la creencia de muchos que al lado de este estrecho había dos grandes columnas en las cuales había sido esculpida la inscripción: *Non plus ultra*. No he visto tal cosa ni he sido informado sobre ello en España¹¹⁶.

Tras nuestro barco descubrimos en la cercanía seis buques mercantes holandeses que con nosotros querían penetrar en el estrecho. Al lado, en el costado izquierdo vimos en las costas no lejos de *Ceuta* tres grandes buques de guerra junto con un *transporte* en los cuales con la ayuda del *perspectivo* [anteojos de larga vista] percibimos mucha tripulación. Los holandeses quisieron saber en seguida quienes serían (pero fue creencia general que eran buques de guerra franceses) dispararon algunos tiros de *cañón* sin bala, hicieron ondear sus banderas;

¹¹⁵ Aun sigue siendo española, siendo reclamada por Marruecos por encontrarse en su territorio. Fue ocupada por los musulmanes en el siglo VI, siendo conquistada por los portugueses en 1415, designándose gobernador a Pedro de Meneses. Se incorpora a la corona española tras la muerte del rey Sebastián en 1578, sufriendo numerosos asedios marroquíes durante la centuria siguiente, quedando en la actualidad como comunidad autónoma de España.

¹¹⁶ Se refiere a las célebres columnas de Hércules que indicaban las hazañas del héroe en el estrecho que él había abierto y que luego se considerara como límite del mundo. Las columnas enmarcan el escudo de España, enlazadas por una banda donde se inscribe en latín *Plus Ultra* (Más allá).

también los suecos izaron en seguida su bandera en el asta; esto significaba que los tres buques de guerra se dieran a conocer por sus banderas tremolantes pero estos permanecieron como antes y no hicieron ondear bandera alguna. Si hubieren sido buques franceses y se hubieren dado a conocer, el fuego de los *cañones* habría ardido bien, pues era tiempo de guerra en que Holanda e Inglaterra / guerreaban contra España y Francia por cuyo motivo nosotros jamás fuimos transportados sobre tales barcos enemigos, sino sobre los *neutrales*.

Los barcos holandeses nos hicieron compañía por todo el día y permanecieron en todo tiempo cerca de la boca del estrecho y esperaban un viento favorable para entrar al Mar Grande. Al anochecer los buques holandeses cambiaron su *Rhombum* y salieron a alta mar; no creíamos otra cosa sino que los Holandeses estaban empeñados en tomar conocimiento de aquellos tres buques de guerra. Nosotros en cambio hicimos navegar nuestro barco durante la noche hacia *Ceuta* y lo giramos otra vez hacia *Gibraltar* para no abandonar el estrecho alcanzado y para mantenernos cerca de él.

El 23 de marzo no vimos más ni los barcos holandeses ni los de guerra, todos se habían escondido en alta mar. Con fatiga y trabajo logramos hacer un buen trecho de camino en el estrecho; entonces nos enfrentó un violento ventarrón y de nuevo nos echó afuera.

El 24 de marzo vimos desde lejos los buques holandeses que se habían separado de nosotros como también los tres anteriores buques de guerra que habían echado anclas más abajo cerca de las costas *africanas*. El viento había amainado de nuevo y nosotros navegamos otra vez hacia el estrecho. Cuando ya creímos que ahora nos resultaría, fuimos rechazados de nuevo por el viento contrario. Pero nos sostuvimos de modo que de pronto visitábamos *Ceuta*, de pronto otra vez *Gibraltar* y cruzamos de un lado al otro.

El 25 de marzo a causa del viento contrario y / demasiado impetuoso tuvimos que perder de vista el estrecho y fuimos arrojados a alta mar, lo que no nos dio reposo durante todo el día.

El 26 de marzo todavía fuimos zangoloteados de acá para allá sobre el mar pero mediante repetidos cambios de vela nuestro *capitán* cuidó en no alejarse demasiado de *Gibraltar*.

El 27 de marzo vimos cerca de las costas españolas cómo fue llevada prisionera una *galiota* [galeota] española sorprendida por una

embarcación mora. Como los Españoles en la *galiota* conocieron que era un buque moro, tuvieron tiempo de bajar desde la galera a unos botes y huir en ellos a la costa española. Así los moros no lograron otra presa que la *galiota* vacía de gentes pero cargada de mercancías la que ellos trasladaron rápidamente consigo a las costas *africanas*.

En esta ocasión debo de advertir que nadie bajo el nombre «moros» ha de entender que ellos serían los negros de *Etiopía*, *Angola*, *Cabo Verde* o *Farnambuco* [Pernambuco] y semejantes pues éstos no son llamados «moros» por los extranjeros sino *Schwarze* o sean *negros*¹¹⁷ pero los verdaderos moros que por los extranjeros son llamados *moros*, son de *secta mahometana* y turcos pero no reconocen al emperador en *Constantinopla* por su legal soberano inmediato sino que tienen sus reyes especiales quienes deben impuesto y tributos a la Puerta *Otomana*, si bien en escasa parte. Hay muchos de estos reyes o reyezuelos pero el más principal es el *marrocano*. Otros moros son llamados *Algerienses*, *Túnez*, *Fez*, *Trípoli* y etc. Ellos no son de color negro sino de / [color] pardo amarillo; hacen cruceros por el mar Mediterráneo y acechan los barcos. No se atreven contra los grandes buques salvo por una emboscada segura. Ellos pasan en horas de la noche por el estrecho y observan todo hasta las *Insulas Canarias*; se fían en sus embarcaciones livianas y pequeñas que son demasiado veloces para que un buque de guerra pudiera perseguirlos. Como ahora sobre estos dos mares viajan también semejantes pequeños bajeles cristianos ellos los observan muy diligente y exactamente. Saben también que por lo común los buques cristianos excepto los buques de guerra son tripulados por pocos tripulantes; ellos van pues a un golpe seguro porque los aventajan en tripulación aun en una pequeña embarcación pues se acercan tan cautelosamente que más de uno ni se imagina que ello fuera en su perjuicio. Usan diversas astucias; dejan ver poca gente arriba en el buque; todos se ocultan acostados abajo como arenques; tienen intérpretes de diversas lenguas que están vestidos no a la turca sino a la holandesa, inglesa, sueca; éstos —y pocos de éstos— están arriba en el buque, hablan

¹¹⁷ Aclara Wernicke que los alemanes distinguían entre «moros negros» (africanos) y «morenos blancos» (los moros). *Mobr* en alemán indica a toda persona de cutis oscuro.

diversos idiomas. En el ínterin se acercan al borde del buque debajo de las piezas de artillería; los escondidos salen arrastrándose como hormigas debajo de la cubierta del barco; cada uno lleva dos garfios de *abordar*, de un lado como una hacha, pero del otro como una púa aguda que encajan en el buque y con su apoyo trepan hacia arriba; mientras tanto otros desde el buque turco los apoyan con los fusiles por los cuales tratan de matar a tiros a los defensores del barco atacado para alejar una resistencia contra sus ataques turcos. /

Hasta ahora los buques más grandes de estos moros eran iguales a los *bergantines*; ellos tenían también *chabequines*¹¹⁸ con las cuales entraban también al Mar Grande y hasta las *Insulas Canarias* (las que distan trescientas leguas desde *Cádiz* hacia el Mar Grande). Sin embargo se quiere sostener que ellos están provistos con dos buques grandes, uno con cuarenta, el otro con sesenta *cañones*.

Se me preguntaría de dónde tales pueblos bárbaros reciben esas embarcaciones, pólvora, balas, *cañones* y fusiles, ya que ellos no producen en su tierra tales cosas. Yo contesto que ellos si bien podrían comprar esto a sus vecinos turcos tienen otra oportunidad pues los poderes marítimos nórdicos como ser Suecia, Dinamarca y semejantes como me contestó mi *capitán* sueco, solían aportarles anualmente una cierta [cantidad] en *munitiones* de guerra para que los buques enviados al mar por sus comerciantes pudieren pasar sin impedimento; por esto notamos en nuestro *capitán* escaso cuidado en evitar las costas *africanas*; pero él temía un asalto nocturno, especialmente porque fuimos arrojados por los ventarrones hacia *Africa* y vimos ya reflejarse en las costas los fuegos de los moros que también hemos observado frecuentemente en el lado de los Españoles porque cerca de *Granada* y del *Cabo de San Pablo* hemos visto en hora nocturna muchos fuegos no muy distantes

¹¹⁸ Werincke dice que *Jabequines* diminutivo de *jabeque*. Embarcación costanera de tres palos, muy ligera. A lo que agregamos que efectivamente estas embarcaciones, típicas de los moros es una perfección del dromón bizantino y la galera que aparece en el siglo XV adoptado por los corsarios argelinos y tunecinos en el Mediterráneo. En principio fue propulsado por remos y velas y a fines del S. XVII se modifica su estructura suprimiendo los remos dando lugar a un buque de casco alargado, fácil de maniobrar y de poco calado con tres mástiles, el primero inclinado hacia delante, con velas triangulares.

unos de otros que a causa de los moros en crucero fueron encendidos todas las noches para señal de la vigilancia como intimidación a los moros. No es una novedad que los moros en hora nocturna desembarcan en la costa española, asaltan y / llevan consigo cristianos cautivos pues las costas españolas, especialmente las cercanas de *Málaga* y algo más lejos hacia el reino de *Granada* como he de referir, distan apenas ochenta leguas. Los moros asaltan de noche y huyen en seguida con su presa; antes de que un buque armado los persiga, ellos ya han alcanzado junto con la presa sus costas moras. En las costas españolas se ven también acá y acullá unas torres levantadas en albañilería sobre las cuales se han colocado tres *cañones* de hierro, uno hacia la mar, los otros hacia la derecha e izquierda. Yo mismo he observado tales torres cuando viajé a caballo hasta *Lisboa*.

Retorno otra vez a la ruta cabal y al proseguimiento de mi descripción de viaje que yo había dejado en el 27 de marzo. Ese día tuvimos mucha lluvia y una fuerte tormenta con truenos que nos causó bastante temor.

El 28 como nuestro *capitán* vio la mala disposición del viento hizo retornar el buque hacia *Málaga* en busca del puerto y esperar allí un mayor favor del mar y del viento. Cómo esta inesperada resolución alegrara nuestros ánimos otra vez atribulados lo comprenderá cualquiera. Pronto picaba hacia *Málaga* la roda a la cual el viento instigaba tanto más cuanto más soplaba hacia este puerto. Arribamos a la 4^a hora de la mañana y echamos el ancla; en la parte restante del día y la noche quedamos a bordo del barco.

Como el 29 nuestro retorno no fue conocido por nadie el *capitán* bajó al agua su *lancha* y nos acompañó a la ribera; fuimos juntos al *Collegium* y [él] junto con nosotros fue recibido con todo afecto./

Fuimos invitados a la mesa junto con él, si bien los herejes (como nuestro *capitán*) son muy odiados y aborrecidos por los Españoles, mas se despidió por motivo de tramitaciones ante su *cónsul*.

Capítulo III

Nuestro viaje por tierra a Portugal

Por lo primero ya pareció [exceso] que nosotros en un viaje

(que con buen viento hacia Lisboa puede ser hecho generalmente en diecinueve días) habíamos empleado sólo hasta el estrecho de *Gibraltar* cuarenta y un días; ante todo porque teníamos orden de no perder la escuadra *portuguesa*, la cual (como fue relatado) partiría en marzo hacia *América*, sino hubiéramos debido permanecer un [año] u otro y tal vez varios años en *Portugal* o después de la paz concertada volver a España, esperar allí un barco que hubiera tomado su derrota hacia *Buenos Aires* en cuyo puerto *americano* suele arribar apenas un buque en tres, cuatro o más años. Pues cuando habíamos llegado a *Livorno*, que fue el 17 de *febrero*, habíamos recibido de nuestro *P. Procurator* que con los primeros había hecho velas anteriormente en un buque sueco, la *orden* de seguirle lo más pronto posible por estar ya lista para viajar la escuadra *americana*. Nosotros temimos perder esta ocasión. ¿Qué había que hacer? Resolvimos una vez expuesto el asunto seguir la opinión del jefe de este *Collegij* que consistió en esto: que viajáramos más bien por tierra en seguridad del traslado hasta *Portugal*, que por agua con incertidumbre, sobre nuestro *aporte* [conducción] a puerto. El superior consideraba mejor el viaje terrestre que la navegación y ordenó hacer los preparativos para que fuéramos transportados. Esto fue un bocado duro y de difícil digestión para nuestro *capitán* cuando recibió la noticia. Si bien era un hereje, nos apreciaba sinceramente y vertió lágrimas; no menos él conmovió nuestros corazones. Nos despedimos de él y de nuestros cuatro compañeros de viaje de los cuales ninguno se alegró por ello.

Esa noche quedamos todavía *in Collegio*. El 30 fueron requeridos los caballos y preparado todo para la partida. Nuestro *capitán* vino entonces a tierra para vernos una vez más y despedirse lo que ocurrió con gran pesar de parte suya y nuestra. Un solo impedimento se oponía, a saber: no sabían montar a caballo dos de mis compañeros de viaje para quienes se dispuso pronto de un medio y se tomó en alquiler una pequeña calesa¹¹⁹ que los condujo por otro camino, no por la sie-

¹¹⁹ La calesa como dice Paucke era un pequeño carruaje, abierto por delante y con capota de dos o cuatro ruedas, tirado por una mula muy usado por los sacerdotes cuando se trasladaban. Era conducido por un esclavo que llevaba el nombre de calesero.

rra *andaluza* a lo largo de la ribera del mar sino por la tierra llana hasta el *Puerto S. Mariae*.

El 31 temprano nosotros cinco estuvimos a caballo, los otros dos en su vehículo¹²⁰. Cabalgamos por *Andalucía Baja* que los Españoles llaman *Andalucía Baya* por sobre las más altas sierras cubiertas de nieve si bien en la llanura encontramos siempre el más bello y agradable [tiempo] de primavera. Ya aquí yo hubiera dejado fácilmente de lado a nuestro guía y proveedor que se había ofrecido acompañarnos él mismo desde *Málaga* hasta *Puerto de S. María*. Este era un eclesiástico seglar de *Málaga*. Fue muy agradable para nosotros porque no estábamos muy versados ni en la lengua española ni portuguesa. Hubiéramos podido manejarnos con hablar el Latín en carencia de un intérprete lo que también hubiera sido muy grave porque en España se encuentran pocos latinistas fuera del clero aunque / éste entiende todo, pero lo habla mal porque sólo acostumbran hablar el Español.

Este eclesiástico seglar que con nosotros podía hablar tanto Latín, como nosotros con él el Español (piense cada uno que excepto de unas pocas palabras nada más) comprendía asimismo de vez en cuando lo que nosotros le decíamos en Latín. Nosotros no sabíamos tampoco si él era un sacerdote o solo un *minorista* pues jamás le vimos orar el breviario y leer la misa. En *Málaga*, bien lo habíamos visto vestido de su *clérica* pero en el viaje no tenía más que una *camisola* corta formada a la usanza española, un sombrero achatado, un manto pardo y un sable a la cintura.

Este día llegamos por la noche a una pequeña villa donde descansamos y recibimos gran amabilidad pero [había] poco de comer como era tiempo de cuaresma. Pues en toda España, en la cuaresma, al

¹²⁰ Su compañero de viaje desde Ollmütz fue el destacado misionero entre los guaraníes Tadeo Enis (Cekanitz, Bohemia, 1714 - Puerto de Santa María, 1769). A ellos se sumaron cinco más en el puerto de Liborno y que viajaron por tierra a Lisboa donde a su vez se incorporaron a la expedición otros centro europeos. De tal forma que además de Paucke y Enis viajaron a América en la misma expedición del P. Orosz los jesuitas José Unger y Martin Dobrizhoffer de Bohemia, José Hayochaver de Moravia, Nicolás Plantich de Croacia, José Klier, Juan Kinser, José Lechman, Juan Gilges de Silesia, Francisco Szerdahelyi de Hungría, Blas Riechinger de Austria y Julián Krogler del Palatinado (FURLONG, 1972: 17).

anochecer no se verá nada de huevos, leche ni queso sino que la *colación* consiste en algunas hierbas hervidas o (como se dice) habas cochinas hervidas, rociadas calientes con vinagre y aceite, pero lo mejor era el vino que uno podía beber *sicut aquam iniquitatis*. El Alemán entenderá esto mejor que nadie. Bien hubiéramos querido descansar pero las *visitas* españolas, por la flor y nata de esta villa y por muchos religiosos se produjeron hasta tarde en la noche. Por esto ha de saberse que los Españoles tienen la costumbre en cuanto saben la llegada de una persona forastera, ante todo de una persona religiosa, que los más principales de la ciudad, cada uno de por sí, la visiten y saluden, cuya demostración de amabilidad / debe presentar también el saludado a ellos en caso que permaneciese un tiempo en esta localidad; sino ellos se resienten y lo conceptúan una gran descortesía.

Nosotros dejamos esta localidad el 31 de marzo y viajamos siempre sobre la tierra desnuda que formaba el confín y la ribera del mar. De pronto estábamos en la altura, de pronto bajábamos cabalgando al valle más profundo. En la altura abarcábamos frecuentemente con la vista una gran extensión del mar y muchas veces vimos grandes buques navegando; en algunas regiones tuvimos que cabalgar muy cerca de la ribera del mar que no se hallaba delimitada por rocas fronterizas sino que era llana hacia lejos tierra adentro. De pronto teníamos [que volver] a la sierra alta en que encontramos asimismo boscajes de *olivos* que estaban plantados a cordel en el más bello orden ameno. De pronto entrábamos en un terreno llano donde estaban paradas como bosquecillos las más altas varas de romeros. Nosotros usábamos las varas como fustas para avivar con ellas nuestros caballos. A la par de éstos [romeros] los campos estaban colmados de los más abundantes tomillos, espliegos y semejantes hierbas sabrosas que nos deleitaron por un olor agradable. De pronto tuvimos que buscar de nuevo la ribera del mar y cabalgamos sobre puras conchas marinas de que yacían allí —sin decir algo exagerado— muchos millones de diferentes tamaños, colores y formas. Allí hubiera yo querido [ver] algún *curioso* amante de *rarezas* en nuestros países; para su alegría completa hubiera podido saciar su espíritu y curiosidad. Yo descendí del caballo, caminé sobre muchos cientos de miles / de conchas; por la hermosura y cantidad de ellas no sabía cuál escogería primero para mí; pero para poder llevar muchas conmigo, elegí las más pequeñas, más especiales y más bellamente co-

loreadas. Me llené todos los bolsillos y apenas pude llevarlas pues ya tenía conmigo como unas quinientas y hube de subir otra vez a caballo para que no me pesaran demasiado; y no lo tuve en cuenta aunque los demás comenzaron a reírse cordialmente de mi empeño en buscar conchas pero yo me alegré con mi fardo.

Al fin llegamos a una pequeña localidad que no se asemejaba ni a una ciudad ni a una aldea sino que formaba el asiento de un noble español, pero no era habitado por los señores. Nosotros pedíamos comida pero no había que pensar en pescados aunque el mar estaba cerca; por lo tanto nos tuvimos que contentar con una fuente llena de un alimento a modo de un frangollo que consistía en panecillos ensopados con manteca de puerco pero debimos de pagar bien por lo poco. Seguimos cabalgando y al anochecer llegamos a una ciudad llamada *Bornos*¹²¹ donde una gran cantidad de Españoles iba en *procesión* y cantaba el rosario. Esta *procesión* era como una *de penitencia*; muchos andaban con coronas de espinas sobre sus cabezas, otros con sogas en sus cuellos, otros estaban liados en ambos pies y arrastraban tras de sí ya una gruesa cadena larga ya un gran trozo de madera. A su vez otros se hacían guiar por un criado y llevaban un freno de caballo en su boca; otros que tenían sus brazos fuertemente atados contra un pedazo de madera como en cruz, caminaban así extendidos. / Habían de verse diversas obras de penitencia muy pesadas que no estoy dispuesto a describir en su amplitud. Nosotros buscamos pronto un alojamiento para la noche que yo no hubiera podido encontrar peor en Alemania en una tal localidad. Allí fuimos de nuevo servidos con un frangollo que los Españoles llaman *migas*. Otra vez fuimos saludados diligentemente por los habitantes y a la mañana cuando hubimos terminado la santa misa un noble español nos invitó a su casa y nos obsequió con *chocolate*. Después de haber tomado el desayuno montamos sobre nuestros caballos y nos pusimos en viaje. A medio-día llegamos otra vez a una ciudad donde al fin encontramos algunos pescados. Pensamos tener un almuerzo bien sabroso pero nos pareció muy español; todo el ade-

¹²¹ Bornos está situada en la comarca denominada “Sierra de Cádiz” de la misma provincia, en la Comunidad de Andalucía. La población fue creada entono al alcázar del Fontanar, tomada por las tropas cristianas y entregada al caballero sevillano Per del Castel, hasta que bajo el dominio de la familia de Per Afán de Ribera, que urbaniza el conjunto, consigue la independencia municipal.

rezo consistió en agua, aceite y una buena *porción* de *peperoni* o pimientos españoles. La mala suerte le tocó a nuestro compañero del cual he dicho antes que él era un enemigo de cebollas y aceite; no pudo probar nada de ello, tuvo que saciarse con panecillos y manteca; los demás en cambio metimos fuertemente la cuchara pero nuestros labios ardían como fuego a causa de la excesiva pimienta por la que la sopa estaba completamente amarilla. También allí tuvimos que dejar buena plata por el almuerzo. Nos apresuramos a arribar bien pronto a la ciudad de *Puerto Santa María* pues la comida era muy desagradable al estómago alemán y los estribos habían maltratado tanto nuestros pies que hasta los nudillos de los pies nos dolían como si estuvieren recalcados. Pues los estribos españoles no son hechos de hierro a la manera / de los alemanes sino que cuelgan de las correas a guisa de dos cajitas de madera en la que uno mete los pies y está como parado en ellos y los lleva cubiertos todo el día. Al anocheecer llegamos a una pequeña localidad donde no hallamos una fonda sino que uno de los regidores de la ciudad a los que los Españoles llaman *alcaldes*, nos invitó a su casa y nos dio para descansadero únicamente un establo. Nuestra cena consistió en una ensalada fresca y nada más. A la mañana cuando hubimos leído la santa misa nos aprontamos de nuevo para el viaje. Se me ocurre lo que en el curso de mi descripción ya debía haber comunicado referente a las iglesias en las ciudades menores. Uno ha de encontrar pocas iglesias que reciben la luz por las ventanas abiertas; por lo general se encuentran una o dos ventanas; toda la luz para el interior de la iglesia se da por la puerta abierta por cuyo motivo las iglesias son muy oscuras. No se ven escaños como en Alemania; el mujerío o se hinca o se sienta en el suelo pero coloca por debajo de sí una alfombra; los hombres se arrodillan o están parados. El mujerío se cubre la cabeza con un gran pedazo de tafetán o damasco, o también con otro género en el cual se envuelve junto con los brazos, hasta los muslos. Los hombres en su mayor parte llevan la cabeza completamente pelada; sólo en derredor de la nuca tienen una hilera de cabellos cortos; llevan bajo el sombrero un capirote de lienzo bordado con puntillas que no quitan ni en la iglesia durante la santa misa y menos durante el sermón. / Tal el país, tal su costumbre. Durante la misa se ve apenas rezar a alguno sino que están parados con las manos cruzadas en meditación. Llevan pendiente del cuello el rosario y cuando quieren rezar se lo quitan. Los Españoles que llevan largo su cabello propio y lo tienen trenzado, lo destrenzan cuando

van a la iglesia y lo dejan volar a lo largo, especialmente cuando van a la santa confesión pero otros no llevan trenzados sus cabellos sino dentro de una red de seda que está liada en derredor de la cabeza y que tiene atrás en la coronilla, dos borlas. Tales redes no las sacan ni tampoco en la iglesia.

Ahora ¡adelante con nuestra descripción de viaje! A mediodía arribamos a una pequeña villa situada sobre un alto cerro. Allí acedamos por un almuerzo satisficente pero poco pudimos conseguir. Las *migas* tuvieron que suplir de nuevo. Después que nos hubimos llenado, buscamos un conveniente alojamiento nocturno y lo encontramos en la ciudad *S. Lucas* situada en la ribera del mar. Es una ciudad mediana, bellamente edificada en la que se encuentran algunos conventos, también un *Collegium* de *Jesuitas*; igualmente está bien provista de alimento y tiene un puerto marítimo. Al lado de esta ciudad entra al mar el gran río *Guadalquivir* que es navegable hasta la ciudad de *Sevilla* y lleva *balandras*, *taratanas*, *faluas*, *paquebotes* y *bergantines* los que todos son nombres de diferentes barcos chicos.

Nosotros permanecimos fuera de la ciudad en las inmediaciones del río *Guadalquivir*, / que tuvimos que pasar al día siguiente; tampoco sabíamos que en esta ciudad había un *Collegium* de *Jesuitas* del que fuimos informados más tarde *in portu Santa María*. A la mañana subimos junto con nuestros caballos en un buque ancho y bajo; cruzamos muy tranquilos el río y emprendimos nuestro camino hacia *Xeres de la Frontera*, una ciudad pequeña pero linda no lejos del *puerto S. María* donde se hallan domiciliados muchos nobles españoles. Allí sobre un puente de piedra comimos nuestro almuerzo consistente en un pedazo de queso y pan blanco; encontramos un excelente vaso de vino pero no quisimos entrar en ninguna fonda para no tardar en llegar al *puerto S. María* por lo cual almorzamos bajo el cielo libre, en el puente, al lado de nuestros caballos si bien en esta ciudad había también un *Collegium* pero no lo supimos porque a nadie habíamos preguntado por él. Pronto montamos otra vez a caballo y marchamos por entre muchos huertos de *olivos* hasta el *puerto S. María*, distante de *Xeres* una legua alemana¹²². Llegamos a ese *puerto* entre las 3 y 4 de la tarde, descen-

¹²² La legua alemana, utilizada en. algunas colonias de América medía 7.363 m, en tanto la legua suiza 4.800 m. y la húngara. 8.335 m. La legua castellana se

dimos adonde ya estaba preparado nuestro alojamiento en un gran edificio que se llamaba *hospitium MISSIONARIORUM*¹²³ y solía ser el habitual paradero para los *misioneros* arribantes.

En él encontramos un amable recibimiento, todo cuidado y manutención. Allí habitaban cuatro *jesuitas* con su jefe eclesiástico que era un hombre muy viejo de buena estirpe española pero nacido en la ciudad *americana* / de Quito. Si bien este varón colmado de años se encontraba en *Europa* como *Superior* de *Hospitij indiano* añoraba siempre su patria y fue para él su mayor placer cuando algunos *misioneros* ordenados partían hacia el continente de *América*.

Nosotros permanecemos cuatro días en esta ciudad y en este alojamiento; fuimos agasajados suficiente y gustosamente. En el ínterin contemplamos la ciudad y lo que se exhibía como notable en la región. El tiempo era muy limitado para observar algo más detenidamente pero lo que nosotros hemos notado en este corto tiempo será referido también aquí brevemente.

La ciudad *Portus Sanctae Mariae* no es una de las más grandes pero sí de las mayores y más bellas ciudades del reino español de *Andalucía* frente mismo a *Cádiz*, el célebre *emporio* o puerto industrial y ciudad en *Europa* donde se halla el fondeadero de muchísimas potencias marítimas y de hombres de comercio. El puerto marítimo se encuentra en el medio entre las dos ciudades *Puerto S. Mariae* y de la ciudad de *Cádiz* de modo que desde un lado el *Portus S. Mariae*, por el otro *Cádiz* aseguran y guardan al puerto marítimo. En el medio de estas dos ciudades anclan todos los buques que frecuentes veces suman hasta trescientas y más embarcaciones marítimas. Desde nuestro *hospitio* por las propias ventanas de los cuartos se podían contemplar y reconocer todos los barcos surtos, los arribantes y los extranjeros. Una de las más agradables representaciones que yo he contemplado en mi vida y [uno] de los más divertidos recreos del alma para un amante de asuntos extraños y deleitantes / lo he encontrado ahí. *Cádiz* no se halla sobre la

fijó originalmente en 4.190 m y variaba de modo notable según los distintos reinos españoles y aun según distintas provincias, quedando establecida en el siglo XVI como 20.000 pies castellanos, es decir, entre 5.573 y 5.914 m.

¹²³ Ya dimos algunas referencias en la introducción.

tierra firme sino que [es] una península o isla que forma hacia la ciudad *Puerto S. María* un seno y a la vez abraza el puerto. Por ambos lados es anegado y lavado por el mar; dista treinta leguas del Estrecho de *Gibraltar* como fui informado. Diariamente se ve la entrada y salida de barcos. Cada buque, especialmente un español, debe solicitar de la ciudad mediante un tiro de *cañón* un guía por entre el puerto o —como ellos dicen— un *practicum* cuando está todavía lejos para que el [práctico] pueda encontrarlo aun delante de la entrada al puerto y acompañarlo a éste. Entonces el *practicus* se encarga del buque como si él fuese el *capitán*; los tripulantes deben obedecerle y tender las velas como él manda; igualmente él está al lado de la aguja *magnética* y ordena a los timoneles cómo han de mover el buque. El *capitán* verdadero se comporta como si no fuera nadie y deja al *práctico* mover el barco al puerto. Si el *práctico* sufre un percance ha de responder por ello; si lo lleva con felicidad al puerto percibe su buena paga. Y esto se hace a causa de que muchos son expertos del mar pero no del puerto marítimo y como por lo general un naufragio (fuera un barco encallado o estrellado) no suele ocurrir en alta mar sino en la entrada o salida del puerto marítimo de acuerdo con el proverbio *in portu naufragium* se usa siempre la precaución a la entrada y la salida, de esperar para un guía, a quien el puerto es completamente bien conocido. Si no hubiera peligro como en otro puerto como ser *Livorno* / en *Toscana*, *Málaga* en *Andalucía*, *Lisboa* en *Portugal*; de los sitios en *América*: *Montevideo* del S.S. *Sacramento* del dominio portugués y *Buenos Aires* del dominio español en los que he entrado y donde no hay peligro¹²⁴, no se solicita un *practicum* o experto por ser innecesario. Pero a causa de ser peligroso entrar al puerto de *Cádiz* por la roca existente debajo del agua llamada *Punta de Diamante* contra la cual han navegado en derechura muchos barcos y han naufragado, los buques, especialmente los españoles, deben de pedir un *practicum*. Lo mismo hicimos nosotros cuando de vuelta de

¹²⁴ Se equivoca el P. Paucke en esto, pues y como vimos en todos los relatos, siempre hizo falta de un “práctico” para ingresar al puerto de Buenos Aires por los extensos y peligrosos bancos de arena que dificultan la navegación del Río de la Plata. No obstante, más adelante, cuando Paucke relata el arribo destaca las dificultades del mismo.

las *Indias* hemos llegado a *Ostende*¹²⁵ donde desde lejos aún, pedimos del puerto mediante un disparo de *cañón* un *practicum* quien también estuvo pronto a disposición.

Este puerto es también peligroso del lado de la ciudad de *Portu S. Mariae* donde encallan en la arena también muchos buques chicos, y se hunden en corto tiempo como yo con mis ojos he visto dos, a los que no se pudo socorrer a causa del gran viento y las olas; así [los tripulantes] debieron hundirse y ahogarse a la vista de todos.

Al lado de la ciudad de *Cádiz* en la punta de una hilera de rocas hay una torre alta o llamada de otro modo *Pharos* en la cual durante la noche se mantiene mediante lámparas colgantes, una magna luz para advertir a los que llegan por mar a la cercanía del puerto, que en horas nocturnas no acerquen demasiado el barco.

Fuera del puerto hay aun otros parajes aptos para ancladeros hacia el cabo de *S. Vicentij*; uno tiene el nombre *Arenas Gordas*, el otro *A las Puercas*. En este sitio estuvieron / anclados seis buques franceses, de seguro para espiar si saldría del puerto de *Cádiz* un buque holandés o inglés [a fin] de revisarlo en alta mar, pues en ese entonces —como ya dije— era tiempo de guerra. Aquí es de advertir que también en tiempos de guerra los barcos enemigos entran en los puertos marítimos; eso es en un puerto *neutral* donde no ha de hacerse ninguna hostilidad por parte de uno contra el otro ni tampoco algunos tiros de artillería hechos fuera del puerto sino comienzan los del puerto *neutral* a hacer fuego contra ambos. Así sucedió en el puerto marítimo de *Livorno* dos días antes de que nosotros embarcáramos. Habían anclado un buque francés y uno inglés que entonces eran enemigos entre sí. El francés levó anclas durante la noche, el inglés lo notó y soltó también su buque; apenas hubo salido el francés, siguióle el inglés y a poca distancia del puerto se hicieron fuego entre ambos. Como esto ocurrió contra los reglamentos y leyes de puertos, desde la ciudad hicieron también fuego contra ellos hasta que se separaron. No hemos sabido lo

¹²⁵ Ostende es una ciudad portuaria de la provincia belga de Flandes occidental. Su puerto fue autorizado a construir por Felipe el Bueno en 1445 y en 1722 Carlos VI fundó la Compañía de Ostende, dedicada a la importación de especias y productos exóticos originarios del Extremo Oriente.

que habrá ocurrido en el mar más lejano y alto.

Los susodichos barcos franceses que estuvieron anclados en *las Puercas* entraron el tres en el puerto. Entonces fue ameno ver cómo entraron unos tras el otro con las velas tendidas y las tremolantes banderas bien blancas; cuando estuvieron cerca de la ciudad, cada uno hizo tronar sus *cañones*. Este tronar de los disparos duró por un buen / cuarto de hora. Desde la ciudad contestaron a cada barco con siete *cañones*. Esta costumbre es observada siempre cuando entra al puerto un buque de guerra y la ciudad debe de contestar con *cañones* pero no con tantos con los que es saludada. Si hay en el puerto una *capitana* de guerra es saludada también y ella contesta con unos disparos de *cañón* pero siempre impares como ser con tres o cinco o siete *cañones*. Aquí no quiero detenerme en la descripción de la ciudad de *Cádiz* y del *puerto de S. Mariae* porque las he visto sólo por pocos días; me reservo para mi viaje de regreso desde las *Indias* que entonces he permanecido durante nueve meses *in portu S. Mariae* y como de nuevo quedo prevenido de aprontarme para el viaje al reino *portugués* no puedo detenerme en la descripción de estas dos ciudades sino que debo partir.

¡Pero qué sierra tan alta tuvimos aun que remontar! La comida durante este viaje y la comodidad no fueron mejores que antes. Cuanto más nos acercamos a Portugal, tanto peor encontramos el hospedaje. Las gentes no eran tan amables como en España ni tan tratables y les bastaba que nosotros (aunque Alemanes) tuviéramos como guías a *Españoles* y estuviéramos destinados a *misiones* españolas pues los *Portugueses* son tan encolerizados contra los Españoles como un halcón contra una calandria. Cuando llegan a ver en su tierra a un Español no saben qué afrenta y burla hacerle. Imagínese cada uno el espectáculo que se produce cuando un judío llega a parar entre los estudiantes de Praga; así nos ocurrió a nosotros como a Españoles entre los *Portugueses*. / Después de sufrir muchas incomodidades y padecimientos llegamos a la ciudad de *Miranda*¹²⁶, buscamos la fonda; ningún *Portugués* nos in-

¹²⁶ Es confuso este viaje desde Sevilla a Miranda do Duoro, pues esta localidad se encuentra al norte de Portugal y desvía muchísimo el camino hacia Lisboa, obviando describir ciudades como Mérida, Cáceres, Salamanca o Zamora, por las que posiblemente pasó. Miranda es uno de los doce municipios del distrito de

formó con verdad. Cabalgamos entonces a *Pilatus*, de *Pilatus* a *Caiphas*, de *Caiphas* a *Anas* de *Anas* a *Herodes*. Comprendimos entonces que éramos mofados por los *Portugueses* al igual que *Cristo*. Nos acompañaron en multitud hasta que al fin uno de entre los más ruines, no tan ruín como los demás nos indicó en verdad una fonda. Fuimos recibidos muy secamente como por quien no ve de buen agrado los huéspedes en su casa; descendimos de nuestros caballos. Interin cuando completamente rendidos buscamos un lugar de descanso y los dos peones llevaron al cuarto el escaso fardaje, los *Portugueses* se divirtieron con nuestros caballos, cortaron a todos las cerdas de las colas y crines; [los caballos] quedaron completamente tusados y feamente desfigurados. Nuestros dos guías españoles a quienes pertenecían los caballos, no debían decir nada sino toda la caterva *portuguesa* hubiera avanzado contra ellos y los hubiera maltratado despiadadamente. Lo peor en estas *dos naciones* es que hieren pronto de punta con el cuchillo y no temen asesinar un hombre, especialmente los *portugueses* que acostumbran, cuando pasean por las calles de la ciudad, llevar bajo el brazo y la capa la espada desnuda cuya vaina dejan en casa. ¿Qué íbamos a hacer nosotros? Denunciarlos ante el alcalde era inútil pues a ninguno podíamos acusar en propiedad, por esta pillaría; al fin tuvimos que aguantar todo y mirar sólo por alejarnos buenamente. Al otro día seguimos cabalgando y al anoecer llegamos a otra localidad / donde de nuevo tuvimos un gran acompañamiento hasta la fonda. En total el viaje por *Portugal* nos resultó más pesado y desagradable que si hubiéramos viajado por España durante todo un año; obtuvimos poca comida y tuvimos que pagarla terriblemente. Estas gentes se llenan en su mayor parte con frutas. Si bien tienen también pescados, éstos por lo común se hierven sólo en el agua y se consumen con aceite y vinagre; fuera de esto comen muchas verduras, hierbas, *fasoles* y cosas semejantes. Como en este viaje hemos pasado la última semana del tiempo de cuaresma, no puedo de-

de Bragaza de la provincia de Tras-os-Montes e Alto Duoro. Todos los otros sitios que Paucke menciona luego no los hemos podido encontrar. Luego baja al sur, siguiendo el límite con España y pasa a la ciudad de Almeida, en el distrito de Guarda en la provincia de Beira Alta, célebre por su fortaleza militar abaluartada hexagonal que se construyó en 1641 y se convirtió en una de las mayores plazas fuertes de Portugal.

cir cómo nos hubiera ido en días de carne. Pero más tarde yo pude hacer un cálculo por la comida que durante siete meses hemos consumido en *Lisboa*. Fuera de la ciudad de *Miranda* que está bien fortificada no hemos visto ninguna ciudad digna de mención; *Portugal* no es muy poblado como tampoco España, pero España es un país más lindo y mejor, tanto en costumbres como también en cosas reales y manera de vivir. Es cierto que los *Portugueses* se enfrentan con grandes *cumplidos* entre ellos, pero para con el Alemán el Español parece ser todavía más sincero que el *Portugués*; este [último] es un hombre insolente y altanero; ellos se creen la *esencia* de la cultura *européa*. Si nosotros lo queríamos pasar algo mejor, teníamos que admirar todo lo que era *portugués*. Si hubieran sabido lo que yo pensé muchas veces entre mí, no habría recibido ni un bocado de pan.

Asimismo las ciudades por donde pasamos, estaban edificadas en buen orden pero no de manera para que yo aconsejara a un *caballero* alemán que valdría la pena y el dinero para viajar hacia allí, pues las cosas notables no me parecen tan valederas como el dinero gastado en semejante viaje.

Al fin llegamos a la ciudad de *Almeida*¹²⁷ que en buena edificación está situada a orillas del río más grande de *Portugal*, llamado *Tagus*. Allí permanecemos hasta después del almuerzo, dejamos los caballos y buscamos una barca para cruzar el río *Tagus* y entrar a *Lisboa* que está situada en la margen del mencionado río y navegamos por una hora hasta el lugar. Antes de que desembarquemos en *Lisboa*, quiero almorzar todavía en *Almeida* y relatar algo más ampliamente sobre ella.

Para nuestro mayor placer vimos desde esta ciudad de *Almeida* al otro lado, a *Lisboa* que con siete cerros esplende lindamente; pero desde lejos aparece más que de cerca cuán linda es en sí. El almuerzo de *Almeida* era para ocho personas y dos caballeros; consistió en sopa, tres huevos para cada uno, una fuente de pescados; en cuanto a vino habíamos tomado algo más de dos jarras, se habría pasado de un sextario.

¹²⁷ Acá hay otro error pues Almeida queda aproximadamente 150 km al norte del Tajo (no Tagus). Una ciudad ubicada a su orilla y que bien pudo pasar por allí es la de Abrantes y luego seguir por Constância, Santarém y finalmente Lisboa.

Ahora yo preguntaría a un buen y experto posadero en Alemania cuánto pediría él por un semejante almuerzo, pero que tenga presente que el vino —el *ordinario* de mesa— costaba en *proporción* también menos que en Alemania. No se asuste nadie cuando oiga de veinte y tres pesos fuertes entregados en su paga. Nadie tenía que decir una palabra y [hubo que] pagar en silencio. Nuestros corazones latían y los bolsos de dinero padecieron merma. / Después del almuerzo terminado dirigimos nuestros pensamientos al próximo último viaje final a *Lisboa* que había de ser por agua. Se aprestó la barca, fuimos al *puerto* y comenzamos a navegar. Nuestro compañero-guía, el *eclesiasticus* ya había visto mucha agua pero poco viajado sobre ella. El se resistió a viajar con nosotros pero ante nuestra instancia resolvió acompañarnos hasta *Lisboa*. El río *Tagus* formaba grandes olas. El movimiento de la barca revolvió el estómago de nuestro ángel de compañía y [él] perdió todo color en la cara, se echó al suelo para no ver el río turbulento y sentir aun mayor malestar; cada golpe de las olas contra el buque le exprimía el sudor y repetidos suspiros. Nosotros como ya acostumbrados nos reíamos con compasión de él. Después de una navegación de media hora tocamos tierra y fuimos recibidos en la orilla por un inmenso tropel de *Portugueses*, pues a causa de ser sábado de pascuas ya había *música* en el puerto la que consistió en una *gaita* (como se dice), *guitarra* a manera de una *bandola* y de un tambor muy pequeño. En diversos lugares se tocaba con estos *instrumentos* para el baile, pero éste por su simplicidad era más bien un motivo de risa que de admiración. Ellos no formaron otra posición que [colocarse] uno frente al otro y alejarse de nuevo con pequeños pasitos entre ellos. Cada uno de ambos danzantes tenía en la mano y pendiente del dedo mayor una castañuela torneada de madera dura y en el medio entrecortada, que ellos / entrechocaban en la mano llana y causaban siempre al compás del baile un estrépito de madera. A este baile no puedo denominar de otro modo que tiquismiquis¹²⁸, pues no es un [baile] francés ni polaco ni alemán. ¿Qué es entonces? — un [baile] portugués.

¹²⁸ Wernicke aclara que en el texto original dice *Lari fari* y que no tiene mayor sentido en el idioma alemán.

Capítulo IV

Arribo a Lisboa; descripción del puerto marítimo y de la ciudad

Cuando estuvimos en la ribera y preguntamos dónde se hallaba el *Collegium* de *jesuitas*, no nos dieron contestación alguna pues preguntamos en lengua latina; seguramente ellos no nos entendieron. El *eclésiasticus* junto con sus compañeros españoles estaba ahí parado como el pobre pecador de Sprottau¹²⁹. Al fin comenzaron a preguntar en su lengua castellana para saber dónde se encontraba el *Collegium*. Entonces se levantó una risa general como si la lengua portuguesa con la española no fueran por lo menos hermanas mellizas. Al fin mediante dinero y buenas palabras nos acompañó un pobre diablo y ése era un Español del reino de *Galicia*. Tuvimos que caminar muy lejos y la caminata nos era más fastidiosa que penosa a causa de la compañía portuguesa que nos acompañaba. Habíamos llegado al *Collegium* y esperamos ante la puerta. En cuanto la noticia de nuestra llegada fue dada en la puerta del *Collegij*, nos recibió nuestro *Procurator* junto con los demás *misioneros* de *Indias*. Entonces experimentamos la satisfacción para la que habíamos realizado tan trabajoso viaje hasta *Lisboa*.

Los jesuitas portugueses nos saludaron al siguiente día temprano porque habíamos llegado en horas del anochecer. No pude conocer por sus caras la amabilidad, por lo cual / yo no pude deducir si ella fuera una serena santidad o una mesurada *gravedad*. Pero yo no olvidé la amabilidad alemana para con cada uno que me saludó.

Al día siguiente estuvimos preocupados por saber si por acaso hubiera llegado nuestro barco desde *Málaga*, pero no pudimos obtener noticia alguna. Cuando ya habíamos descansado por catorce días, quise ver también el puerto marítimo portugués de *Lisboa* hacia el que me encaminé con otro. Inesperadamente no sin cierto sobresalto [para mí] fui abrazado y besado por alguien en la calle. Yo me enderecé y miré a ese buen amigo en los ojos que reconocí humedecidos por lágrimas de alegría; la *peluca* sueca lo delató aun más y me presentó nuestro *capitán* del buque a quien habíamos dejado en *Málaga* y efectivamente

¹²⁹ Dice Wernicke que se trata de algún dicho popular referente a esa ciudad prusiana.

él lo era. Pronto me informó de su llegada en un buque inglés que junto con el suyo propio lo había traído al puerto como presa. Fue después a [ver] su *cónsul* (como los Suecos lo mismo que otras potencias marítimas tienen en todos los puertos) para salvar su buque de manos de los Ingleses.

El motivo de [haberle sido] quitado fue (como él dijo) que los Ingleses lo habían hallado cargado de cereales, por esto le inculparon de llevar alimentos a sus enemigos pero esto no era verdad pues él había cargado los cereales en *Italia* y los llevaba a *Portugal* que no se hallaba envuelta en esta guerra. Nosotros habíamos dejado nuestros baúles en este buque cuando lo abandonamos en *Málaga*; éstos también habían quedado en manos / de los Ingleses junto con el buque, si *Ana*, entonces reina en Portugal, hermana de nuestro emperador Carlos VI, en Dios difunto, no hubiera intervenido.

En cuanto retorné al *Collegium*, informé al *P. Procurator* nuestro Superior quien al día siguiente corrió a la Corte y le comunicó a la reina la desgracia de nuestro buque. La reina no tardó en poner pronto en libertad a nuestro buque, con lo cual nosotros recobramos sin pérdida alguna nuestros baúles y objetos.

Desde el doce de abril en que habíamos pisado la ribera de *Lisboa* quedamos hasta el diecisiete de *septiembre* en esta ciudad de *residencia* real. Un mes tras otro se decía que la flota partiría hacia el *Brasil* pero las anclas mordían aun demasiado fuertemente el fondo. Vamos a dejarlas morder hasta el diecisiete de *septiembre*; en el ínterin me empeñaré en indicar aquí lo que mientras tanto he visto y notado en esta ciudad.

El *Tagus*, el río principal en este reino de *Portugal* forma el puerto marítimo. Se vierte al mar, a una hora de la ciudad donde un *castillo* a la derecha, otro [castillo] a la izquierda sobre el resto de una isla vigilan con los *cañones* listos la entrada al puerto. La anchura del *Tagus* pasa en algo una hora [de viaje]. Más cercana de la ciudad que de la otra banda al lado de *Almeida* hay en el río una isla donde en mayor parte viven judíos que entonces no eran tolerados en la ciudad y llevan sombreros verdes como señal. La isla es tan larga como la salida desde el puerto / hasta el mar; entre esta isla y la ciudad anclaban los buques. Ahí se ven barcos de todas las potencias marítimas de los que había surtos entonces más de trescientos. Ha de saberse que semanalmente se

imprime un boletín en que se hallan indicados todos los buques entrados y salidos del puerto junto con el lugar de partida y destino, su carga, el nombre del buque y del *capitán* por donde es fácil saber cuántos barcos paran en el puerto. También se publica qué buque comienza a cargar, qué carga es embarcada y cuándo levará el ancla. Se reconoce en un buque la señal de listo para el viaje cuando hace tremolar la bandera y dos o tres días antes lleva adelante una que otra vela chica.

Al lado de estos buques grandes se ven también por dos veces más unos buques chicos que se hallan en continuo movimiento, cargan y descargan. No pasa un día sin que entran y salen buques que a la entrada y a la salida deben enarbolar su propia bandera.

En cuanto entra un buque los guardianes van a su encuentro desde la ribera; ni bien ha anclado, suben ellos al buque y vigilan para que de éste no se descargue nada hasta que haya obtenido el permiso de llevar su carga a la ribera. Lo mismo se hace cuando el buque quiere cargar; entonces es ocupado también por seis u ocho guardias que deben vigilar día y noche que no llegue al puerto nada indebido.

También sucede en ocasiones aunque no muy frecuentes que unas personas sospechosas por robo o asesinato se refugien en los buques a partir y se oculten; por ello / [los buques] son también revisados prolijamente y observados los viajeros existentes en ellos. Ello no obstante en ocasiones es escondido por el *piloto* del barco, el *contramaestre* o los marineros, alguno que no se presenta sino recién en alta mar; como entonces hay tanta gente en el buque no son reconocidos tan pronto por el *capitán*.

Es agradable ver [que al igual como] cuando es el natalicio [del jefe] de una potencia marítima ocurre lo mismo también en su fiesta onomástica. Todos los buques que son sujetos a este soberano son ornados y engalanados en la forma más bella. Ahora como cada buque debe de llevar consigo banderas de todas las potencias marítimas, las izan en las cuerdas de los mástiles y las dejan ondear por el día entero. Tres veces por día disparan los *cañones*, a la mañana, a mediodía y al anochecer. En la mesa cuando recuerdan de su soberano bebiendo a su salud hacen tronar otra vez todos los *cañones* en lo que los Ingleses se demuestran como los más empeñados.

En los buques de guerra se cumple la sentencia de los condenados a muerte en igual forma como ocurrió cuando estábamos to-

davía en este puerto. En un buque de guerra inglés fue fusilado un desertor *católico* al que un carmelita alemán preparó para la muerte. El condenado tuvo que hincarse en la borda de la proa del buque; en sus pies tenía atado un par de balas de *cañón*; fue baleado por la cabeza y cayó de espaldas al agua.

La ciudad de *Lisboa* es la *residencia* del rey de Portugal; muy extensa, encierra siete colinas por lo cual es llamada *Septicollis*. En estas colinas hay muchísimas aberturas / pero que son habitadas y asemejan como si fueren los suburbios de la verdadera ciudad. La ciudad queda abierta sin murallas, posee dos amplias plazas principales, una en el centro de la ciudad, propiamente dicha, la otra al lado de la residencia real. Se encuentran muchos conventos de órdenes. La *Sociedad* tenía allí cuatro casas; un *Collegium* llamado *S. Antonio*, la segunda *S. Rochus* que era la casa de los *profesos*; la tercera en *Cottovia* donde [está] el *noviciado* de la *Provincia*; la cuarta al fin de la ciudad que los portugueses llamaban de los *Apóstoles* porque fue edificada para los *misioneros* de *Indias* y allí son examinados los *novicios* llegados desde otras *provincias* para las *Indias*; todas esas cuatro casas tenían lindas iglesias. En *Cottovia* edificaban entonces una *capilla* de *S. Xaverij*; el altar, todo de *jaspe* y *lazulita* azul, vetado con venas de oro, fue llevado allí desde *Italia* por cuenta del rey *don Juan* de Portugal¹³⁰. Igualmente estaban cubiertos completamente por estas piedras los muros laterales. La magnificencia y hermosura de esta *capilla* deleitaban los ojos de todos y debe haber costado algo notable. Hasta se hablaba de tres millones, pero yo no sé si debo darle crédito porque he notado que la *nación* portuguesa en la apreciación de sus cosas propias debe de haber heredado algo de los Polacos.

La parte donde está el castillo real asemeja a una ciudad ver-

¹³⁰ El rey Juan V de Portugal (1689-1750), reinó desde 1706 a 1750, sucediendo a su padre Pedro. Se casó con María Ana de Austria en 1708. Fue beneficiado por la gran producción de oro y plata del Brasil cuya extracción la mitad le correspondía a la corona. Por ello la magnificencia del Palacio de Mafra, por entonces en construcción y que admira Paucke. Pero no todo fue derroche, de hecho fue proclamado por el papa Benedicto XIV como “el rey más piadoso”. Entre otras importantes apoyos a las artes y a los intelectuales, fue el fundador de la Academia de Historia portuguesa.

dadera y más arriba a mano derecha del castillo hay una gran calle resplandeciente de casas señoriales / que conduce hacia la casa de los *profesos*. La otra calle principal hacia el castillo está [formada] por altas casas cuyas paredes no se pueden ver porque todas están revestidas desde arriba hasta abajo al primer piso con vigas o como suele decirse con tirantillos que están cubiertos todos por enrejados.

La ciudad tiene un *patriarca* cuyo palacio se edificaba entonces en forma muy magnífica. Algunos cuartos empalizados ya se estaban terminando y cubiertos con tapices holandeses en que se hallaba entretejida la batalla entre *Constantino* y *Maxentio* de un modo tan natural que uno creía que procedía del pincel más notable y artista. El palacio lindaba con el castillo real a cuyo lado se edificaba también la iglesia *patriarcal* y dejaba ver más riqueza que belleza. El culto divino se oficiaba a manera de la iglesia de *San Pedro* en *Roma*. El rey *don Juan*, entonces vivo, era tan amante de estas *ceremonias* de iglesia que solicitó de *Roma* la licencia de usar en su Real Capilla que a la vez era Iglesia *Patriarcal* un coro de la orden del culto divino (en cuanto fuere admisible). Vistió entonces (el número ya se me olvidó) a personas de posición, en parte legos, en parte otros *vasallos* nobles, provistos de la primera ordenación; dioles rentas anuales con el compromiso de presentarse como *cardenales* en las ceremonias eclesiásticas usuales en *Roma*. Se les llama *principales*, se diferenciaban de los *cardenales* en su hábito. Al lado de éstos tenía otros [eclesiásticos] vestidos de hábitos de seda violeta o azul violeta / que él llamaba *monseñores* de los que había un número aun mayor. Yo tenía curiosidad en ir a una *víspera* y de observar el proceder en ella. La *música* consistió sólo en el órgano y voces cantantes [coros] que todos eran de Italia, pero la *víspera* no se hizo de acuerdo con el sonido *gregoriano* sino con el método *musical* como se acostumbra en las iglesias *catedrales*. A ambos lados de la iglesia hasta donde alcanzaba el llamado *Presbyterium* estaban sentados en hileras a cada lado en orden doble cada una más bajo que la otra los señores *principales*. Así como los escalones bajaban más entre sí, estaban sentados también los *monseñores*. Esta magnificencia de iglesia era de contemplarse con devota veneración. El *patriarca* que era un reverendísimo señor de cabellos blancos celebró la *víspera*. El rey don Juan estaba arrodillado en el coro y asistía a la *víspera* (como se decía) observando todas las *ceremonias* [para ver] si ellas se realizaban como exigía la iglesia. Yo

pensé en mi interior que de un rey se había formado un *sacristán*. Durante toda la mañana estaba en el coro y asistía a todas las misas. [Cuando] él notaba un defecto o la menor cosa en la misa tanto en los sacerdotes como en los *ministrantes* no faltaba la inmediata admonición y daba a conocer el defecto mediante el envío de uno de sus sirvientes. Yo no le he visto pues era tan casero que jamás se le ha visto fuera de su corte ni de su *gabinete*. ¡Ya lo creo!, aunque fuere muchacho nadie podía decir haber visto a su rey. Pero yo lo vi, no tan claramente como deseara de buen grado, pues él estaba arrodillado tras unos enrejados; estaba vestido y embozado por completo de blanco. / Su vivienda no era un *gabinete* especial. Ya no se ocupaba de asunto alguno del reino y procuraba servir a Dios. Quien gobernaba el reino y disponía todo era su real esposa *Ana*, la hermana del emperador *Carlos* Sexto. Realmente una santa mujer que por su virtud y devoción demostraba de qué linaje originario procedía. Era querida por todo el reino como una madre amante; todos estaban contentos y le deseaban un gobierno de larga duración. Era especialmente una madre de los pobres y como yo sé, no por experiencia ajena sino por propia vista, iba comúnmente en coche a asistir a la devoción que se celebraba en los conventos de la ciudad; la afluencia de gente pobre era como de enjambres y a ambos lados marchaban limosneros instituidos que hacían abundantes repartos. Demostró un afecto especial a nuestra *misión* porque nos libró de los impuestos de aduana, tributo y pago por el buque {y} a la vez nos recomendó muy bien al cuidado del *capitán* don *José Ferreira*.

Durante el tiempo que nosotros los *jesuitas* alemanes permanecimos en Lisboa, fuimos invitados a la Corte frecuentes veces en conjunto, por esta amabilísima reina; otras veces tuvimos la alta merced de hablar con la reina cada uno por separado junto con nuestro *P. Procurador*. Era un consuelo cordial para cada uno el platicar con esta pía y santa reina. Demostraba la mayor alegría cuando oía que nosotros éramos *vasallos* de la Casa de Austria; preguntaba a cada uno por su patria, su nombre, su edad en la orden sacerdotal; todo quería saber. Lo que yo admiré mucho fue que en su *gabinete* / hablando con nosotros, se quedara parada frecuentemente al lado de su sillón; tampoco quiso que un sacerdote besara la real mano. Pues nos decía: —Mis queridos sacerdotes, otros aprecian besar mi mano como una merced pero yo estimo que al besar mi mano un sacerdote, se concede a éste una merced escasa.

El rey, ya viejo y enfermizo no se dejaba ver jamás. Tenía su padre confesor en el *Collegio de S. Antonio* que tenía junto al *Collegium* un edificio especial que el rey había hecho levantar allí. Su paseo era desde su *gabinete* al coro de su real *Capilla*. Sólo en el día onomástico de su reina se hacía vestir para desearle felicidad en el día onomástico y entraba al *gabinete* de la reina. Las *ceremonias* que él usaba, no eran magníficas y la felicitación [era] muy breve. El rey se había metido en los dedos de ambas manos los más preciosos anillos, se aproximaba a la mesa y tendía ante la reina sobre la mesa todos los anillos [sacándose-los] de los dedos y decía a la reina en lengua portuguesa: *muitos para biens*; esto significaba: ¡mucho felicidad! daba vuelta y dejaba a la reina en su *gabinete* y el rey volvía al suyo.

El palacio real no me ha parecido ser algo especial en cuanto a la edificación exterior e interior. Contra la plaza al lado de la Corte hay un *ala* única que es de una altura de tres pisos; el resto del edificio tiene sólo dos pisos pero adentro los cuartos por los cuales uno cruza de uno al otro, están forrados por completo con terciopelo y / ornados con los galones más finos de oro o de plata. Cuantos cuartos tantos terciopelos de diferente color cubren las paredes. El palacio tiene en el centro una alta rotonda donde se dice que el rey tiene su *gabinete*. La plaza de la Corte que es bastante grande y por la cual se transportan generalmente las cargas para los buques, está ocupada de un lado por el palacio real pero del otro, al frente, se levanta un alto peñón sobre el cual se edificó la *ciudadela* principal que domina todo el puerto mas no ha sido construído en modo tan fuerte y prolijo como el que puede verse en Alemania.

Lo que al lado de esta ciudad de *Lisboa* es también notable de ver es un acueducto que desde una fuente distante cinco leguas de la ciudad es conducido por entre las rocas más altas y los valles hasta adentro a la ciudad; es verdaderamente una obra de rey y una construcción asombrosa; ahí se puede decir: *erunt prava in directa et aspera in vias planas*¹³¹. La ciudad entera o su mayor parte toma de esta úni-

¹³¹ Se refiere al versículo 4 del Capítulo 40 de Isaías que completo dice “Que todas las quebradas sean rellenadas y todos los cerros y lomas sean rebajados; que se aplanen las cuestas y queden las colinas como un llano”.

ca fuente el agua para beber. Se camina hasta la fuente del agua por una recoba de cinco leguas de largo que por las pequeñas cúpulas distantes diez varas cada una de la otra recibe suficiente luz. Se puede caminar con plena seguridad a ambos lados adentro o afuera de la recoba pues a ambos lados de la recoba levantada hay un camino de tres varas de ancho sino aun algo más. Acá y acullá esta recoba tiene puertas para que se pueda salir y entrar. A ambos lados en la recoba interior hay *canales* de agua, esculpidos en piedra donde corre agua fresca y agradable para beber / hasta dentro de la ciudad; lo restante del suelo fuera y dentro de la construcción está empedrado con piedras cuadradas. Donde hay un valle profundo, la bóveda está colocada sobre arcos de una altura de torre y sobre pilares o columnas de un grosor mayor que de torre y levantados en trozos cuadrados que mantienen pareja la recoba de los valles a la de las rocas perforadas. En la ciudad de inmediato al *Colegio de Cottovia* hay un gran edificio en albañilería donde bajo bóveda han sido unidos con arcilla unos grandes depósitos de cañería y captan el agua de donde durante todo el día el agua es sacada en barrilitos de medio cubo y transportada sobre mulas por la ciudad.

Pero para poder contemplar toda la construcción resolví marchar a pie junto con otro *jesuita* alemán, oriundo de la *Provincia bávara*, hasta el manantial en parte por dentro de la bóveda, en parte fuera de ella. Como nuestro camino era parejo y libre de obstáculos caminamos reciamente; el hambre nos hostigaba [pero] para nuestra buena suerte encontramos una mujer con panes; le compramos uno y preguntamos por vino que pronto hallamos en una *barra-ca* que se encontraba al lado de la roca y tuvimos ocasión de reponernos. Terminada la breve refacción seguimos andando y llegamos a la fuente, descendimos por una escalera y contemplamos los ojos de agua que con toda fuerza brotaban de una roca. No debimos tardar en volver para que no nos sorprendiera la noche [y] llegamos completamente rendidos a las siete del anochecer otra vez a nuestro *Colligium*.

Mas pronto tuve que pagar mi *riesgo* con un gran dolor de garganta / que me formó una úlcera en el mismo lugar y me causó mucho desasosiego; sin embargo sané en catorce días. Habían pasado tres meses que nosotros permanecíamos en *Lisboa* y esperábamos ansiosos

que la flota *brasileña* levaba anclas de una vez. En el ínterin practicábamos la lengua española; la portuguesa si bien no la apreciamos mucho, nos entró de paso sin sentir.

Nuestro paseo fue comúnmente hacia el confesor de la reina que vivía en *Cottovia* con otro sacerdote y un hermano de la *Sociedad* y de la *provincia*, austríaca [ellos] tenían su vivienda propia separada afuera del *Collegio*. Comimos muchas veces en su casa y lo hicimos a usanza alemana pues no nos placía mucho la comida portuguesa de la cual he de contar pronto algo *apetitoso*. Muchas veces también hacíamos nuestros paseos a los *carmelitas* alemanes que habían edificado en el puerto marítimo su pequeño convento o como se llama por los portugueses su *hospitium* y pudimos contemplar muy de cerca los buques que salían y llegaban porque tenían que pasar por delante. Este *hospitium* fue fundado por la reina *Ana* entonces aun viva, junto con una bonita capillita que es una pura *rotonda* y dedicada al santo *Juan Nepomuceno*. La comunidad de estos *Patres carmelitas* se componía de seis personas, todas de la *provincia* austríaca y también todas bien versadas sobre los *instrumentos musicales*; tenían también un gran armario lleno de diferentes instrumentos. De nosotros, los *misioneros* alemanes, se agregaron cinco, comimos frecuentemente en casa de estos religiosos y celebramos una tarde *musical* / hasta el anochecer. Algunos de estos religiosos habían sido gravemente heridos por los moros porque en su navegación por el Mar Mediterráneo cuando fueron solicitados a Viena para *Lisboa* y viajaban hacia allí, fueron detenidos y cautivados por los *argelinos*. Quiero agregar aquí lo que ellos nos hicieron saber de su cautiverio.

Cuando fueron cautivados parecía que todos debían de ser sableados; fueron despojados de todas sus ropas y conducidos completamente desnudos a *Africa* donde en seguida en la ciudad turca (el nombre se me olvidó) fueron ofrecidos en venta en la plaza pero no fue encontrado comprador alguno, ante todo porque los moros llegaron a saber que éstos eran puros sacerdotes. Ha de saberse que los moros no compran de buen grado a sacerdotes católicos para *esclavos* por el escásísimo provecho que reciben de estos *esclavos* pues no deben ocupar ninguno para el trabajo. A pesar de ello durante los tres años de su prisión fue vendido alguno que otro hasta por cuatro veces, también fueron tratados bastante amistosamente por sus amos que poseían grandes

medios hasta que al fin el *Babi* [bey]¹³² cuyo nombre se pronuncia *Bay* los hizo *esclavos* suyos por lo que no padecieron ningún contratiempo y quedaron librados de todo trabajo.

La reina *Ana* de Portugal¹³³ en cuanto supo que sus *carmelitas*, llamados desde Austria, fueron cautivados por los *argelinos*, tomó a sueldo un buque inglés, envió una gran suma de dinero y reclamó los *carmelitas*. El *Bey* no estuvo conforme; exigió más; de acuerdo con el poder que la reina había dado al *capitán* inglés fue acordado lo exigido. El *Bey* pareció estar contento y prometió libertarlos. Cuando ya se hicieron preparativos [de partida] llegó un mandato que los cautivos se quedaran o que se abonara más dinero; esto también fue acordado. Más tarde el *Bey* se arrepintió de no haber exigido más; hizo detenerlos de nuevo y exigió aun más. El *capitán* para no volver sin los sacerdotes prometió más también, tras lo cual el *Bey* ordenó que se les libertara. Mientras tanto los Ingleses quedaron escarmentados y apuraron la partida. Fue levada el ancla, tendidas las velas como si ya fueren a zarpar [y] en el ínterin fueron conducidos a bordo los *carmelitas* lo que los moros no se habían imaginado porque pensaron que había suficiente [tiempo] de detenerlos aun cuando estuvieren a bordo del buque antes de que [los Ingleses] levaran el ancla y partieren. Pero fue más listo el Inglés que ni bien los tuvo a bordo, partió hacia la mar. Como de esto fue informado el *Bey*, ordenó levar anclas de un *jabequin* y perseguir rápidamente al buque inglés saliente pero [fue] en vano, el Inglés se rió del moro y navegó bien seguro que el buque moro vendría demasiado tarde. Al fin trajo con felicidad sus *carmelitas* al puerto y los entregó a la reina que con ojos lagrimeantes les dio la bienvenida deplorando que ellos a causa de haber sido solicitados habían padecido tan gran sufrimiento; procuró en seguida / que fueren atendidos en sus viviendas con toda comodidad.

¹³² Título de los soberanos teóricamente vasallos del sultán.

¹³³ La archiduquesa de Austria María Ana Josefa (1683-1754) era la esposa y reina consorte de Juan V, hija de Leopoldo I de Austria, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Fue regente del gobierno entre 1716 y 1750, donde se desempeñó el marqués de Pombal. Desde 1742 Juan V sufrió un golpe que lo dejó parcialmente paralizado y el poder quedó en manos absolutas de María Ana, tal como lo percibió Paucke.

Volvamos al camino cabal de mi relato y anotemos que otras cosas notables fueron observadas en *Lisboa*.

Nosotros habíamos esperado la *procesión* de la fiesta del santo Corpus *Jesu Christi*; entonces pudo verse algo notable tanto en la ciudad como en el puerto marítimo. Anotemos primero la *procesión* en la ciudad, después veremos la del puerto.

Todos los *religiosos* debieron aparecer en ella pero desde la Corte emanó la orden a todas las autoridades eclesiásticas, que los clérigos que aparecieran en la *procesión* (Oh, qué extraño me parece esto; en verdad no es ficción sino realmente una orden dada) se hicieran cortar primero las barbas. Yo lo creí una ficción y una ocurrencia con la que tal vez se nos quería engañar pero lo que sucedió después me lo hizo creíble. Los jesuitas portugueses nos informaron que el rey no podía pasar en una *procesión* pública ni en un *convento* a los sacerdotes o seglares barbudos y miraba también con desagrado a aquellos que por ley de la orden no debían llevarlas pero no estaban afeitados. De que esta noticia había sido cierta me convencí cuando los cuatro *capuchinos* barbudos de quienes hablé en el viaje por el Mar Mediterráneo debieron hacerse cortar en seguida las barbas al llegar a *Lisboa*; séame permitido advertir que en Portugal los *padres capuchinos* son llamados a causa de sus barbas los *barbadinos*. / Entonces sucedió que nuestro *P. Procurator*, generalmente un porfiado contra todo el mundo, se presentó sin estar afeitado justamente esta mañana en que se reunió toda la comunidad del *Collegio* al lado de la puerta para partir a la *procesión*. El *P. Rector* del *Collegij* dirigió los ojos a todos pero cuando vio a nuestro viejo *P. Procurator* le chocó en seguida la barba de éste; se encolerizó tanto por ello que le ordenó que en seguida sometiera su barba a la navaja. El buen viejo cerró la boca y obedeció. El motivo por el cual los superiores insisten tanto en que todos estén afeitados al aparecer en una *procesión* ha sido por la orden del rey quien a escondidas contemplaba a todos y en cuanto hallaba alguno, hacía amonestar al superior y también a ese no - afeitado.

Todos nosotros fuimos en buen orden con las capas de coro puestas a la *capilla* del real castillo donde se reunían todas las órdenes religiosas de *Lisboa*. ¡Allá había de verse la clerecía! y las demás gentes a no poder ser contadas. La *procesión* inició su marcha desde la real *capilla* por las calles más principales de la ciudad; los altares no estaban

al lado de las casas como en nuestro país sino que había cuatro iglesias indicadas por las cuales pasaba la *procesión* y visitaba los cuatro altares. La *procesión* solía cruzar por las calles más grandes de la ciudad y las iglesias distaban mucho entre ellas pero nosotros ya habíamos terminado toda la andanza, veníamos ya de vuelta hacia la real capilla y aun estaba el Santísimo en la *capilla*. / Ahí pude observar detenidamente todo: primero vino toda la *clerecía* de Lisboa, parte en sus *rojetes*¹³⁴, parte en sus *casullas*; después seguían los *monseñores*, todos vestidos con ropas *talares* de azul violeta; tras ellos los *principales*, completamente rojos con sus sombreros rojos como los *cardenales* en Roma. Delante de cada pareja de estos *principales* iban dos personas vestidas de azul *violeta* de las que cada una portaba una gran *maceta* hecha de plata y dorada; cada una tenía también su *caudatorium* o portador de la cola. Después otros veinticuatro en sus *dalmáticas* y doce en pluviales¹³⁵ con sus mitras obispaes y el cayado pastoral en las manos. Tras éstos seguía el *patriarca* que llevaba el Santísimo bajo un dosel rico en oro y plata o *baldaquín* que llevaron los dos hijos del rey a saber *don José*, el príncipe heredero pero actualmente rey efectivo¹³⁶ y *don Petrus*, su señor hermano, *don Ferdinando* y *don Manuel*, hermanos del difunto rey en Portugal *don Juan*. Tras el Santísimo seguían los *ministros* de la Corte y todos cuantos servían en la Corte. Cerca detrás de ellos vinieron según su dignidad todas las órdenes portuguesas de *caballeros* con toda la vestidura y distintivos de su orden, toda la demás *nobleza* de la ciudad, al fin los ciudadanos y la gente mujeril; todo un regimiento de infante-

¹³⁴ Debería decir roquete, que es la vestidura eclesiástica corta y mangas estrechas y es de uso de los obispos y algunos canónigos.

¹³⁵ Bien aclara Wernicke que la dalmática es vestidura sagrada con faldones y una especie de mangas anchas abiertas que forman cruz. Las capas pluviales son usadas por los prestes; se colocan sobre los hombros ajustándolas por delante con alguna manecilla o broche.

¹³⁶ Al poco tiempo sucedió a su padre como José I (1714-1777), apodado “El Reformador”. Su hermano Pedro, que menciona Paucke murió a los dos años de edad. El rey José I de Portugal asumió en 1750 a los 35 años de edad y casi inmediatamente dejó el poder en manos del marqués de Pombal. Una conspiración contra ambos fue el detonante para que en 1759 se expulsara a los jesuitas del reino.

ría acompañaba la *procesión*. Otro regimiento de caballería estaba [formado] sobre la gran plaza al lado de la Corte. En cada altar el regimiento entero disparaba de una vez sus armas; el regimiento de caballería seguía y contestaba de igual modo con sus fusiles; de pronto tronaban desde la *ciudadela* los *cañones* y al fin todos los barcos en el puerto tanto de las potencias marítimas católicas como de las luteranas, *calvinas* e inglesas se envolvían en fuego [de disparos] y humo. / Las calles por las cuales fue portado el Santísimo estaban cubiertas de un lado al otro de las casas con lienzos en las cimas de las casas para que el sol no quemara demasiado. Por esto toda la *procesión* marchaba a la sombra y al fresco. El camino estaba cubierto por anchas tablas de madera forradas con tapices y sembrado de las flores más olorosas. Las casas a ambos lados llevaban desde la cumbre hasta la tierra unos colgajos de las más lindas piezas de oro y plata, tapices y piezas de seda en forma tal que no se notaba nada de estas casas. Ahí había de verse tal hermosura y riqueza como yo no la había visto ni la veré en toda mi vida.

Después que yo hube contemplado todo exactamente, fui al puerto, llegué a buen tiempo de que pude ver y oír las cuatro salvas desde los buques. Yo no sé si hubiera podido ver algo más divertido y milagroso. Pude imaginarme una verdadera *batalla* naval en el mar; los barcos estaban [envueltos] en fuego [de disparos] y humo, uno tras otro disparaba y fue tal el tronar que la tierra en la ribera temblaba. Yo me trasladé a casa después que la *procesión* había retornado a la real capilla [y] fui a la mesa; en esto los Ingleses a cada brindis en su almuerzo comenzaron de nuevo a disparar todos los cañones cuyas descargas duraron hasta el anochecer. Y es cuanto puedo relatar sobre la *procesión* en *Lisboa* en el día del santo *corpus* de nuestro señor *Jesu Christi* que se celebra en la manera más magnífica todos los años. El domingo bajo la *octava* fuimos / invitados todos los *misioneros* del *Collegium Cottovia* a la *procesión*; nosotros solos sumábamos cincuenta y seis. Los jesuitas de todos los *Collegios* comparecieron en ella; ya que había varios cientos de ellos. En la *octava* fuimos invitados igualmente a la casa de *profesos* a *S. Rochus*; ambas *procesiones* fueron muy magníficas y comparecieron también los príncipes junto con los hermanos del rey reinante *don Juan*; ellos portaron el dosel bajo el cual el Santísimo fue acompañado. Después de la *procesión* fuimos invitados a la mesa y obsequiados con una gran cantidad de manjares cuya mayor parte era de dulces asaz agrada-

bles a la boca alemana. Además vimos una gran cantidad de pastelería, *confituras* y confites a los que los Españoles y Portugueses son sumamente afectos. Fueron servidas frutas cuantas se pudiesen encontrar. Pero así como abunda todo en tales ocasiones, tan ahorrativo lo es especialmente en los *Collegijs* en la mesa *ordinaria* y diaria la que quiero referir en brevedad con el agregado sobre la manera y el modo de comer a la buena portuguesa.

Nuestro *P. Procurator* debió de pagar diariamente por cada persona de sus *misioneros* once *reales del vellón* que equivale en moneda alemana a 1 R, 6 X [un rixdale y seis kreutzer]. Las comidas eran las siguientes: primero una sopa sin cucharas en la mesa que debimos beber de la escudilla como los *Portugueses*. Después traían la carne de buey sin el menor agregado de un rábano u otra cosa. Sólo a veces veíamos algunos pedazos de raíces cocidas y hierbas de gusto fuerte, a que también gustaba fuertemente la sopa. Esta hierba se llama en Alemania menta crespa [yerba buena]²⁰ / es una especie de melisa pero las hojas son ásperas. Después de la carne de buey traían una especie de gachas¹³⁷ en una fuente con cucharas que estaban medidas en las gachas. Nosotros los alemanes no sabíamos qué comida tan extraña fuera ésta; a ninguno le sabía mejor que cuando no la tenía sobre la mesa. Yo con mi curiosidad estuve pronto listo para preguntar a un Portugués qué comida era esa. Un *israelita* no hubiera podido dar un mejor informe de su *maná* que este Portugués: —Ah —dijo él— *por Deus*, éste es un alimento excelente que se trae del *Brasil*; se hace de una raíz que seca se muele para harina y de ahí viene el óptimo alimento del hombre. —Ah, mi Dios —dije yo— si éste debía de haber sido mi mejor alimento, me haría el mejor provecho si yo hubiere sido un puerco.— Ante esta palabra él se fastidió y me dijo: —¿Vosotros, los alemanes, no coméis puercos? —Ya lo creo —dije yo— pero no lo somos. ¿A quién será sabrosa esta comida?; el que quiera probarla lo verá pronto: que haga unas gachas de harina sin sal, sin manteca de puerco, sólo cocidas en el agua, vierta vinagre en ella: ahí está unida toda la *delicadeza*. Que me diga después qué gusto le ha tomado y yo le sostendré que

¹³⁷ Dice Wernicke que *Kasche* no es palabra alemana, tal vez fuera hispanismo pero extrañamos hallarla escrita en letras alemanas.

es una comida de las más desabrosas. Tales palabras ahuyentaron a mi Portugués por lo cual él se despidió a las calladas¹³⁸.

Debo confesar y cualquiera lo habrá experimentado que un mono encuentra en su alimentación acostumbrada / mayores ventajas de sabor que en los mejores bocados de golosinas. Así se contentará un Portugués con su *morcilla* (así llaman al chorizo de sangre) o también con cebollas blancas frescas y un pedazo de pan y creará que él se traga de una vez todo el reino celestial como mis paisanos silesianos cuando tienen albóndigas de harina y carne de puerco.

La raíz de que hacen la harina para las dichas gachas se llama *mandioca* de la cual he de escribir más cuando las frutas del *Paraguay* me dan motivo para ello. Los huesos de la carne que nosotros por lo común, dejamos en la mesa sobre el plato los tiran ellos al medio de la mesa. Así también cuando lavan el vaso en que han bebido vino bueno y luego quieren tomar agua en él lo vacían todo al medio de la mesa. Las migas de pan que al tiempo de comer se juntan en la *servilleta* las vuelcan debajo de la mesa. Los jesuitas alemanes tenían la costumbre de juntarlas y daban a cada mesa un pequeño plato que era pasado de uno a otro; en éste juntaban las migas que el sirviente de mesa empleaba a su vez para alimento de las gallinas.

Si uno de ellos —es decir, de los Portugueses— se enferma, su comida y alimento propio de enfermos es entonces una gallina estrangulada que en *Lisboa* vale un *cruzado*. Un *cruzado* es una pieza de moneda de oro que según moneda alemana vale 23 Gr. [cuartos] o 1 R, 9 X: [un rixdale y nueve Kreuzer]. La preparación es como en Italia; ellos estrangulan la gallina sin quitarle por el cuchillo una gota de sangre; cuando entonces el pescuezo y / la cabeza están hinchadas completamente azules por la sangre contenida, arrancan las plumas y la meten en la olla con agua; cuando está cocida, la traen al enfermo sobre un plato y entonces se trata de: ¡come pájaro o muere! Oh!, qué *apetitoso* para un enfermo a quien repugnan los platos aun mejor preparados; y ésta es la mejor y la única comida que los Portugueses presentan a los enfermos. ¿Qué ocurrió con uno de mis compañeros de viaje?

¹³⁸ También dice aquí Wernicke que el autor confesó más tarde (pág. 945 del Ms.) haber cambiado de opinión y pondera la excelencia de la mandioca.

Fue atacado por la fiebre fría y no la perdió antes de haber tragado cuarenta gallinas estranguladas. ¡Oh!, cómo se le pararon los pelos de punta a nuestro *P. Procurator* cuando tuvo que pagar por ellas cuarenta cruzados o cuarenta y seis R. [rixdales].

Fue bien que comenzara a entrar el mes de *septiembre* en el cual ya se apresuraría realmente nuestra partida con la flota *brasileña*. Nuestro *capitán* era *don José Ferreira*, un *Portugués* de ojos de gato que sabía jurar más que un carrero encolerizado. Nuestro barco tenía el nombre *S. Ana y de las Almas*. Todos nuestros alimentos para el próximo viaje fueron llevados al barco. Diariamente esperábamos subir al buque. Al fin el 15 de *septiembre* ya se dijo que pronto debíamos de embarcarnos. Esta noche descansamos a guisa de los pequeños estudiantes que al día siguiente deberían iniciar el viaje a su casa. El 16 recibimos orden de liar nuestras camas y transportarlas al buque; entonces todo quedó cumplido en breve tiempo y listo para el viaje. Mientras nuestros baúles y camas fueron llevados al buque, fuimos a la Corte a despedirnos de nuestra bondadosísima reina y queridísima madre. Ella demostró una especial alegría por vernos otra vez y que nosotros / fuéramos llevados en el buque, *S. Ana* a nuestras *misiones*. Nos despedimos y solicitamos besar su mano que ella al fin nos alargó con esas últimas palabras: —Mis queridísimos *Padres*, yo les deseo una feliz navegación, conserven todos ustedes su salud, recuerden de nosotros y de nuestro reino cuando harán en la santa misa el sacrificio a Dios y queden Ustedes siempre nuestros buenos amigos.

Habíamos llegado al 17 de *septiembre* cuando fuimos llevados al buque, temprano en la séptima hora. Todos marchamos con alegría y regocijo; fuimos repartidos en dos buques; en uno que era una *fragata* comprada a los Ingleses fueron instalados seis sacerdotes, en el otro que era un buque mercante quedamos cincuenta y cuatro personas, es decir sacerdotes, hermanos y novicios. Este día estuvimos parados todavía porque en uno u otro buque de la flota aun no estaba todo preparado. Este día comimos en el buque y fuimos bien regalados por nuestro *P. Procurator*.

Al mismo tiempo se realizó durante el día entero una *visita-ción general* y revisión en todos los barcos de la flota. Todos cuantos estaban en ellos menos nosotros y conocidos fueron preguntados quiénes y de dónde eran, para dónde iban y qué cargos tenían y si llevaban

pasaporte y licencia para partir. En el ínterin nos visitaron también muchos nobles portugueses como también jesuitas del *Collegio*.

Todo era alegría y regocijo; se podían reconocer fácilmente los buques que con la flota debían de hacer velas pues estaban adornados en el modo más lindo y cubiertos por completo con todas / las banderas. Durante el día entero se oía música, atabales, cornetas; a cada minuto había de oírse y de verse algo nuevo. Todo el puerto estaba en movimiento, parecía como si una *escuadra* partiera al mar contra el enemigo. En el ínterin nosotros nos deleitábamos en la contemplación de tales lindos movimientos y preparativos para el próximo viaje.

Capítulo V

Partida de Lisboa hasta la Colonia S.S. Sacramenti

Rompió el día del 18 de *septiembre*; entonces todos los buques de la flota a partir comenzaron a levar anclas. Esta alzada importa mucha fatiga y trabajo [y] todos los tripulantes deben de ayudar en ella. En todos los buques mientas levan, hay una continua gritería, ante todo cuando notan que el ancla ya no está prendida en el fondo y cuando aparece ya fuera del agua.

Aquel buque que levaba más pronto el ancla, tendía en seguida sus velas y partía con rumbo al mar. La flota se componía de cincuenta y tres buques que fueron acompañados por la *Almiranta*, *Capitana* y otros dos buques de guerra hasta las *Insulas Canarias* pues hasta allá hay el mayor peligro de moros y piratas. Interin se oía en muchos buques el resonar de cornetas y atabales; en otros unas *sinfonías musicales* que todas eran de ver y oírse bien porque ellos [los músicos] estaban arriba en la popa del buque que los Españoles llaman *Plaza de armas*. Al pasar por delante de las dos *ciudadelas*, las cuales ya he mencionado, cada buque hizo tronar sus *cañones*; procedió lo mismo para la despedida. A cada buque se le contestó mediante *cañones* por las *ciudadelas*.

Ya fuera del puerto vinimos a alta mar, vimos / estar ya a la capa los buques partidos antes y esperar a los demás hasta que estuvieran reunidos; nosotros hicimos lo mismo. Si bien no habíamos notado en el puerto un viento fuerte, asimismo soplaba con notable fuerza. El

movimiento del buque ya hizo su *operación* en nuestros jóvenes *novicios* que para quedar al aire libre y mitigar en algo sus náuseas de estómago no cuidaron de sus sombreros de los que muchos fueron arrojados al mar por la violencia del viento. El movimiento del buque fue fuerte y los jóvenes jesuitas comenzaron ya a vaciar sus estómagos; a las pocas horas todos estaban en cama. Nuestro buque estaba demasiado cargado en la proa, la cual no podía ser girada tan fácilmente por el timón; estuvimos así en peligro de naufragar porque nos encontrábamos parados cerca de la ribera. Si no se hubiera apaciguado el viento, hubiéramos tenido una mala noche. Todos los buques arriaron la mayoría de las velas, en parte por la fuerza del viento, en parte también para que pudieran alcanzarnos los buques siguientes a nosotros.

En este día ganamos poco camino mas siempre conseguimos alejarnos bastante de las costas, pero a pesar de ello no habíamos vencido todas las dificultades pues como nuestro barco estaba más cargado en proa que a popa las olas en todo el tiempo se volcaban en la punta hacia adentro del buque; por lo tanto los tripulantes tuvieron que trabajar fuertemente para mudar la carga y cargar parejamente el barco.

Como nuestro *almirante* viera el 19 de *septiembre* que aun no habían salido del puerto todos los buques si bien teníamos un buen viento norte, hizo seña de detener / y que todos los buques se pusieran a la capa hasta que todos los buques estuvieran reunidos. La *Almiranta* fue como primera con nosotros al mar, la *Capitana* había quedado atrás para observar los barcos que seguían. Fue una gran lástima por el viento propicio que habíamos captado en alta mar pero debimos de perderlo tan inútilmente y quedamos durante toda la noche en el mismo lugar.

El 20 de *septiembre* la *Capitana* señaló por varios *cañones* desde lejos que permaneciéramos a la capa lo que nos ordenó también la *Almiranta* por tres *cañonazos*. Por lo consiguiente debimos de quedar inmóviles por ocho horas. Mientras tanto nuestro *P. Procurator* leyó la santa misa con asistencia de todos los sanos.

El 21 de *septiembre* recibimos el más favorable viento *nordeste* pues no era justamente a *puppi* [de popa] sino algo de lado que los Españoles llaman *viento largo*. Hoy carneamos en el buque un buey de los cuatro que teníamos en el buque. Fuera de la carne ahumada y salada

nuestro abastecimiento consistía en veinticinco carneros, veinte puercos, ochocientas gallinas y otra volatería. Muchos creen que los bueyes y otros ganados cuelgan pendientes en lo alto atados con sogas pero no hay tal cosa; todos están sueltos en el centro del buque que llaman *entre puentes* y corren por todos lados salvo que fueran muy ariscos; entonces se les ata sólo de los cuernos y ellos caen menos al suelo que el hombre aunque el buque esté en gran movimiento.

En nuestro buque teníamos nueve moros negros que todos eran expertos en tocar el *clarín* y batir el atabal; eran esclavos de nuestro *capitán* [y] no tenían que hacer otra cosa que tocar charangas y marchas al romper el día, a medio día / cuando el *capitán* almorzaba y al anochecer para la oración y para hacer procesión. Todos los días al anochecer debían de reunirse todos los del buque, rezar públicamente la letanía *laurentina* y el rosario, después de lo cual todos cantaban por un rato un canto a la madre de Dios.

El 22 de *septiembre* seguía aún el buen viento. A mediodía fue invitado nuestro *capitán* a la mesa por el *Almirante* de manera que mientras duraba la mesa, se oían los *cañones* lanzar afanosamente los estampidos desde la *Almiranta*. Desde nuestro buque se contestaba.

El 23 el viento vino más desde oeste y fue algo lateral a nuestro buque, así nos acompañaron una cantidad de grandes peces marinos que a manera de un buey tenían grandes cabezas; en lugar de boca tenían una abertura redonda desde donde lanzaban agua; no pudimos ver en un todo lo restante del cuerpo.

El 24 de *septiembre* a la tarde nuestra *fragata* de escolta donde viajaban los seis *misionarij* hizo la señal por un tiro de *cañón* en cuya consecuencia nuestro *capitán* en seguida bajó al mar su barca para obtener la noticia por qué motivo habían disparado; y supimos que en la roda del buque se les había roto el bauprés¹³⁹ el cual con la ayuda de nuestros tripulantes fue compuesto esta tarde y ellos siguieron con nosotros.

El 25 de *septiembre*, hoy a la mañana, se despidió el primer

¹³⁹ La roda es una pieza que forma la proa del buque y se une a la quilla y el bauprés es el palo que sale de ella y se une al botalón que es el palo más largo y que más sobresale.

buque que era del príncipe del *Brasil*; dobló la roda hacia *Bona Cruz* con el disparar de todos sus *cañones* ante lo cual también la *Almiranta* y la *Capitana* mediante el disparo de varios de sus *cañones* desearon buena suerte en su camino.

El 26 de *septiembre* tuvimos aun tiempo perdurable y el viento empujó muy bien a la flota; si nosotros no hubiéramos debido esperar en tantas ocasiones / ya habríamos pasado las islas *Canarias*. Lo más fastidioso era que todos los buques debían de obedecer a la *Almiranta* y andar a la falda de ella.

El 27 de *septiembre* a la tarde fue nuestro barco el primero que divisó las islas *Canarias*. Nuestro *capitán* hizo estallar en seguida un *cañón* a lo que la *Capitana* nos dio también a entender con dos *cañones* que ellos ya habían visto la tierra a mano izquierda, pero a la derecha vimos desde lejos la isla *Madeira*¹⁴⁰ que está sometida a la corona portuguesa y de donde se lleva a Portugal la multicolor madera del sándalo. Todos los buques que nos acompañaban demostraron su alegría por las islas divisadas y descargaron todos sus *cañones*. La *Capitana* que tenía que transportar doscientos soldados a esta isla *Madeira*, se despidió también de nosotros y giró hacia la mencionada isla.

El 28 de *septiembre* seguimos aun con buen viento; vimos cerca de nuestro buque un gran pez que hizo saltar a muchas varas en alto el agua de la nariz.

El 29 de *septiembre* por ser domingo tuvimos santa misa en que todos tomaron la *comunió*n. Hasta aquí no ha habido día en que no hubiéramos podido celebrar el sagrado sacrificio de la misa. Estábamos ya cerca de las islas *Canarias* cuando la *fragata* se acercó a nuestro buque para hablar con nuestro *capitán* si no deberíamos apartarnos ya de la demás flota porque teníamos el camino más largo. Durante estas deliberaciones los buques proseguían siempre con buen viento. Al fin oí-

¹⁴⁰ La isla Madeira era casi siempre la primera escala hacia Canarias. En realidad son un grupo de islas africanas pertenecientes a Portugal. La referencia que hace Paucke a su madera hoy constituyen bosques que fueron declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, aunque los del sur ya no existen. No obstante es famoso por sus vinos, flores y frutas subtropicales. La isla desabitada fue descubierta en 1419 por el explorador portugués Joao Gonçaves Zarco, enviado por el príncipe Enrique a explorar la costa de Marruecos.

mos un tiro de *cañón* desde la *Almiranta*; en seguida debimos ponernos a la capa y esperar a dos buques que partieron y aun no nos habían alcanzado. Esto / disgustó mucho a nuestro *capitán* pero tuvo que obedecer. Durante este tiempo el *capitán* hizo matar dos bueyes; los cornetas negros estaban como cuervos en derredor del animal muerto. Ahí me quedé pasmado. Apenas se había abierto la res y se veía la panza, tomaron sus cuchillos, sacaron a tajos la panza y cual perros cortaron pedazos de ella, a la que sólo tajearon un poco para que la comida cayera afuera y así tragaron aun calientes las tripas sin ser lavadas ni cocidas; tras esto tomaron una botella de tres sextarios de caña y la empinaron a gusto. Yo les pregunté qué tal les había sabido. Todos contestaron: —Muy bien, ojalá tuviéramos semejante almuerzo todos los días.

Este día que era muy claro contemplé las islas *Canarias*; lo más lindo de ver era el alto peñón de *Tenerife* que se eleva desde el mar y sobrepasa por su altura todos los demás peñones; no tiene punta y semeja como si la punta estuviera cortada en un modo completamente plano. Nuestros *marineros* dijeron que se le podía ver a 30 y más leguas en alta mar.

Ese día el *capitán* sacó sus *cuadrantes* para de aquí en adelante observar la altura del *Poli* y *graduarla*. Encontramos el 30 grados 39 minutos. A la tarde tuvimos calma y quedamos inmóviles frente a las islas *Canarias*.

El 30 de *septiembre* llegó navegando el *oficial* de la *fragata* hacia nuestro barco; estaba deseoso, debido al viento que soplaba, que se prosiguiera navegando. Tras haber ellos tratado el asunto fuimos todos a la mesa durante la cual los negros no dejaron reposar los atabales y cornetas. Desde nuestro buque descargamos nueve *cañones*; con otros tantos contestó / la *fragata*, que no estaba lejos. Después de terminado el almuerzo se despidió el *capitán*, embarcó en su *falúa* y marchó hacia su buque; nosotros lo acompañamos desde nuestro buque con el estampido [de] veintidos *cañones* y con tantos iguales respondió la *fragata*.

A la tarde se levantó un viento; arreció de continuo y nosotros seguimos navegando por nuestra ruta. En el camino llegaron a nuestro buque muchos peces grandes que al igual de los puercos monteses tenían a ambos lados —como lo notamos— cuatro colmillos salientes. A la hora del medio día observamos que ya navegábamos bajo el grado 29 con 33 minutos.

A la tarde se despidieron seis buques mercantes que partieron hacia *Marañón*; entonces se hicieron nuevamente descargas por todos los *cañones*. Al fin también la *Almiranta* tomó su ruta hacia el puerto marítimo *canario* y nos abandonó con viento propicio hacia *América*. Esta fue para nosotros una agradable despedida; tras ella no teníamos que obedecer a nadie más que a los vientos.

El 1° de *octubre* seguimos con buen viento y observamos a mediodía el grado 28 con 43 minutos. Durante toda la noche sopló un viento bueno.

El 2 de *octubre* temprano alrededor de las siete horas perdimos el viento. No es cosa nueva que al lado y entre las islas, el viento a veces se debilite por completo. Esta calma era triste para nosotros; mientras tanto los tripulantes se divertieron con la pesca y cazaron con el *arpón* algunos grandes peces.

El 3 de *octubre* si bien el viento era débil, proseguimos asimismo despacito. Hasta entonces no habíamos dejado fuera de vista la restante flota / pero por un buen trecho estábamos más adelante que todos los demás. Nos encontramos a mediodía a 27 grados 59 minutos. Hoy comenzamos a celebrar la novena al apóstol de los *indios*, el santo *Franciscus Xaverius*.

El 4 de *octubre* en la fiesta del santo *Francisci Seraphici*. Hoy como hasta ahora en todos los días de nuestra navegación tuvimos la sagrada misa; todos los que no leyeron la misa recibieron la sagrada *comunión*. El viento fue *este sudeste cuarta sud*, muy favorable para nuestro viaje; nos arrancó poco a poco de la compañía de los otros buques. Había la orden que los buques no se abandonaran los unos a los otros hasta que cada uno estuviere obligado a separarse y tomar otro *rhombum*. Nuestra *fragata* por más ligera estaba adelante ya por una buena legua; por esto tuvo que arriar muchas velas para no abandonarnos y tomar con mayor moderación el viento. Si este buque hubiere podido correr libremente, habría tocado tierra un mes antes en *América*. Hoy a mediodía estuvimos a 26 grados 16 minutos. Este mediodía nos colocamos fuera de vista de los otros buques y proseguimos solos.

El 5 de *octubre* tornó el viento más hacia el sud y se hizo *sud-este*. A mediodía ya viajábamos a 24 grados 53 minutos. Entonces vimos volar [peces] desde el mar en bandadas al igual que los estorninos en Alemania pero pronto cayeron otra vez al agua. Estos eran los peces

voladores que eran perseguidos por otros peces pero como las alas se les secaban, caían otra vez al agua. Vimos también dos golondrinas que permanecieron en nuestro buque y volaron de un mástil al otro; / sin duda se habrían extraviado en nuestro buque porque nos mantuvimos tan cerca de las islas *Canarias*. Después un estudiante de España y un joven jesuita me preguntaron qué aves eran éstas; yo repuse en seguida y dije que eran *canarios*. Entonces fue grande el asombro porque ellos aún no habían visto [canarios] tan negros con alas tan largas; los que ellos conocían, tenían un color amarillo-blancuzco.

El 6 de *octubre* arreció el viento y nos transportó cada hora por dos leguas alemanas; a mediodía navegábamos a 22 grados 30 minutos. Los peces voladores fueron muy perseguidos por los otros peces marinos [y] volaron en bandadas desde el mar en derredor de nuestro buque; aquellos a los que se les secaron las alas cayeron al buque. Su color es blanquecino y su figura larga como de arenque, pero más angosta en el pecho; tenían alas a modo de aletas pero más largas. Los Españoles llaman a estos peces *pexes voladores*; la *x* se pronuncia como *ch* [alemana]. Según la pronunciación yo escribiría: [en alemán] *pejes voladores* que significa *fliegende Fische*.

El 7 de *octubre* estuvimos a la hora de mediodía a 20 grados 16 minutos. Durante este día vimos muchos miles de peces voladores. Cuando los peces iniciaron una *batalla*, el mar se tornó tan rumoroso y el agua resultaba tan desmenuzada en alto como en una catarata donde el agua pega contra las piedras. Esta inquietud y el movimiento de los peces y del mar se produce hasta a distancia del buque.

Nos ocurrió en esta noche una inesperada prueba de la amabilidad de peces marinos. Ha de saberse que por la carencia de agua dulce sobre el mar la carne salada es primero tirada [liada] a una soga al mar y desalada, tras esto es cocida en agua de mar y después en [agua] dulce / en que se toma la sopa. Como esta carne atada a una soga es arrastrada durante la noche en el agua por el buque en marcha un gran pez marino *taburón* [tiburón] le dio a hora nocturna el golpe final. A la mañana el cocinero quiso subir la carne desalada y cocerla pero yo opino que el *taburón* o como dicen otros, *tiburón* ya le había hecho la decocción.

¡Quién pensaría que el agua de mar sería útil para desalar la carne salada y quitarle la sal! Puedo asegurar que el agua de mar es

muy salada. Es bueno que uno se lave diariamente la boca y evite así la podredumbre de la boca y el *escorbuto*; [el agua marina] fortalece y mantiene frescas las encías pero bebida puede ser más *laxante* que la sal cártica; [ella] *opera* por ambas vías y puede matar al hombre. No he encontrado en el agua de mar otro gusto que el de agua alumbrada que parece ser tan grasosa como cuando uno se lava con jabón. El agua de mar parece ser azul oscura o bien negro-azul aunque semeja en sí un agua cristalina cuando uno la saca y la vierte. ¿Cuál será la causa?; yo no encuentro otra sino que el fondo [del mar] está situado a tantos cientos y más de brazas más abajo y lo demuestro por la siguiente experiencia: cuando uno se aproxima a tierra aunque sea a 30 ó más leguas, se ve el agua ya verdusca, más allá aun más clara o verde-marina; cuanto más uno se acerca tanto más se aclara el agua. Si se está cerca del puerto, el agua parece amarillenta; por eso la causa de que el agua del mar en todo tiempo se hace más clara, no parece ser otra sino que el fondo del mar se eleva mas y [el agua] recibe de éste la claridad. Se dice y se demuestra por la continua experiencia / que el agua de mar no apaga ninguna materia ardiente, especialmente los buques que al contrario ella los inflama más bien y mantiene ardientes. Puede ser fácilmente por la pez con que el buque está cubierto, por el *alquitrán* con el cual se riegan todas las velas pero si la otra agua [la dulce] es capaz de apagar como se quiere aducir, ello no debe depender solo de la pez y del *alquitrán* sino también por el agua porque el agua del mar es tal vez más *salitrosa*. Si se me dijese que la pez es igual a una manteca de puerco la que cuando se derrite y se le echa una gota de agua fría, se vuelve llama; ¡de acuerdo! pero porque dicen que el agua dulce y fría apaga la llama parece haber en el agua dulce y el agua marina algo especial de modo que la una apaga el fuego pero no así la otra. Sea como fuere, dejo la explicación de este asunto a los actuales *neoterics* [filósofos modernos] que tal vez con sus nuevas y las más razonables reglas básicas aportarán de inmediato a los caviladores un locuaz *discurso*. Yo no puedo detenerme pues el viento está propicio y me empuja hacia más allá.

El 8 de *octubre* nos llevó el viento más allá de *Cabo Verde*; dejamos al lado derecho las islas y así navegamos por entre *Africa* y dichas islas pero no vimos tierra alguna. A mediodía habíamos alcanzado 18 grados 14 minutos.

El 9 de *octubre* siguió reciamente el viento. Ocurrió entonces en nuestro buque una vulneración entre dos *esclavos* de nuestro *capitán* y faltó poco que uno hubiere quedado muerto. El *capitán* pronunció en seguida su sentencia: el heridor sería estirado con las manos liadas contra el mástil en tal manera que quedaba parado sobre los dedos de los pies; en esta posición fue azotado tan lastimeramente con un cabo de cuatro ramales que uno se creía que moriría. Rogamos en su favor pero fue en vano hasta que el *capitán* / de por sí dijo que era bastante. En mi vida hubiera yo creído que los negros y *mulatos* fueran una gente de tan mala entraña; por un escaso motivo sacan ya el cuchillo y pegan adonde aciertan. Muchos se suicidan, como en *Buenos Aires* he visto más tarde a dos que en un instante se hundieron el cuchillo en el pecho. Apenas terminó la *ejecución*, el *mulato* fue aún aherrojado y ligado. Hoy observamos a mediodía 16 grados y 31 minutos.

El 10 de *octubre* en la fiesta del santo *Francisci Borgias* hicimos todos nuestra devoción. En la mesa fuimos obsequiados con una cuarta parte de una gallina seca y flaca y un cuarto de libra de carne vacuna. En el ínterin el viento perdió las fuerzas para soplar y nosotros tampoco recibimos mucha fuerza de nuestro almuerzo. Hacía ya mucho calor pero seguimos pasito adelante. A la hora de mediodía nos encontramos ya a 15 grados 14 minutos; ahí vimos otra vez una gran *battalla* entre los peces que saltaron del agua e hicieron curvaturas de diez y más pasos.

El 11 de *octubre* recibimos otra vez viento fresco y de buen lado; estuvimos ya a 13 grados 46 minutos. Antes de anoecer nos amenazó un gran ventarrón pero que asimismo no nos alcanzó y pasó de largo pues era sólo una tempestad lateral que los Españoles llaman una *borrasca*. Tales tempestades duran a veces una media hora o una entera; se la puede ver llegar; el mar ennegrece por completo a lontananza y esa negrura se acerca de continuo; por la mitad del *horizonte* y frecuentemente por las tres partes del *horizonte* se ve acá y acullá levantarse una espuma blanca. Esta proviene de las olas chicas que la fuerza del viento no deja elevarse y las aprensa hacia abajo. Es de admirarse con cuánta fuerza / ataca de pronto, en un instante, al buque. Si este viento no fuera previsto antes y notado de antemano para poder arriar todas las velas, tendría la fuerza de romper el mástil y todos los demás árboles y desgarrar los paños. Por esto como en la noche tales eventua-

les tempestades no se pueden ver desde lejos sobre el agua se arrían al anochecer todas las velas para que el viento no pueda tener una fuerza tal de voltear el buque. Es cierto que un buque cargado parejamente no puede ser volcado de modo que lo de abajo dé vuelta hacia arriba porque se levanta de nuevo como un dominguillo aunque esté apretado hacia abajo, pero puede ser empujado en tal forma por el viento que pega también con el mástil sobre el agua. Ahora mientras el viento no cesa, sino aprieta de continuo, el buque queda inclinado a un lado de manera que también los *cañones* llegan a quedar bajo el agua. Si están abiertas las aberturas de las bodegas que ellos llaman *escotillas*, penetra en pocos minutos tanta agua al interior de estas bodegas del buque que también el buque por el peso del agua se va hundiendo y cuanto más se hunde, tanta más agua capta. Por tales circunstancias no hay entonces salvación del hundimiento. Por esto cuando aperciben una tempestad arrían las más de las velas, rebajan las *antenas*; también hasta el mismo mástil que se compone de tres pedazos superpuestos lo rebajan mediante la bajada de las dos piezas superiores; cierran las *escotillas* con las puertas correspondientes a ellas que tapan a su vez con lienzos embetunados, y los clavan en derredor; con esto el viento y agua pueden bramar lo que quieran; si en lo demás la caja del buque es buena y firme, casi no puede haber peligro. Tales tempestades son tan comunes y frecuentes en esta altura del cielo que también en un solo día y una noche siete u / ocho llegan con la dicha violencia; a veces duran sólo un cuarto de hora. Desde el 13 grado antes de la *línea* o *aequator* hasta otros tantos grados después del mismo los buques son de continuo perseguidos por tales *borrascas*.

A 12 de *octubre* el viento tornó hacia *oeste* y ya fue poco útil para nuestra navegación. A la mañana a las 11 horas nos sorprendió una tempestad tan veloz que si el *capitán* no hubiera sido tan previsor y prolijo en arriar las velas, se hubieran roto todos los mástiles; y si bien unas pocas velas estaban escasamente tendidas, el buque asimismo fue echado zangoloteando hacia los lados de modo que nada quedó fijo en su lugar; en un medio cuarto de hora, todo volvió a quedar tranquilo. A la tarde, a las cuatro horas, tuvimos otro torbellino igualmente tan violento; apenas duró un cuarto de hora.

Los tripulantes deben de estar sentados en todo tiempo al lado de los cabos y tenerlos en la mano para dejar caer en seguida las

velas si llega una borrasca semejante. Es de admirar cómo en un instante se bajan todas las velas junto con sus *antenas*; para eso cada cabito tiene su nombre; cada *marinero* debe saber sus nombres y el lugar donde corresponde [y] de qué vela pende el cabo. En la noche oscura ellos encuentran cada uno como de día. Son ejercitados frecuentemente y tienen su *exercitium* del mismo modo que los soldados en campaña; deben entender todas las evoluciones de los buques y las *maniobras* pertinentes a éstas; son ejercitados igualmente en la descarga de los *cañones*; cada uno sabe su lugar y lo que debe ejecutar. Quién pensaría que en una guiñada de ojos el buque puede ser girado por las velas y el timón de un lado al otro /. No se oye *comandar* por nadie sino que el *contramaestre*, el *piloto* y el *capitán* tenían pitillos de plata; por las diferencias del soplar sobre éstos ya saben todos lo que se debe hacer. Yo he visto tal costumbre en buques españoles, portugueses, ingleses y holandeses; solo en nuestro buque sueco el *capitán* usaba la bocina.

Con ocasión de este relato tomo motivo para contar algo más sobre la conducta del *capitán*. El *capitán*, el *piloto* y el *contramaestre* (que en todo tiempo debe permanecer en la parte delantera del buque y debe mandar todo [y] tiene también el derecho de usar la caña de Indias¹⁴¹ y es como el mayordomo en un alojamiento) deben de llevar un *diarium* o libro diario y consignar en él (sin que sepa el uno lo que anota el otro) todo lo que ha ocurrido en la navegación; ante todo en qué grado han viajado cada día, qué viento, qué *rhombum* ha llevado el barco, cuántas velas ha extendido, qué cosa ha sido rota y compuesta en el buque, cuántas veces han sido hablados por otros buques extranjeros, por cuánto tiempo se detuvieron, si han entrado a algún puerto y por cuál motivo, cuánto tiempo han permanecido en éste. Si acaso ha ocurrido una desgracia que el buque se ha perjudicado o que la carencia de los alimentos, del agua y tales cosas hubieran obligado a entrar a puerto, el *capitán* debe de convocar todos sus *oficiales* junto con todos los *pasajeros*, explicar la contrariedad. [Si] todos ellos reconocen ser necesario buscar algún puerto, deben suscribir todos lo que han estima-

¹⁴¹ Es el bastón que tiene como símbolo la autoridad por antonomasia. Fueron usados en las universidades por decanos y rectores, como a su vez por jueces, magistrados y fiscales de las Audiencias.

do más necesario agregando todas las causas. Si los otros se oponen y no lo reconocen como necesario, el *capitán* no debe entrar en puerto alguno. /

El 13 de *octubre* jugaban en derredor de nuestro barco una multitud de *tiburones* y *delfines* que tienen una figura muy diferente a la que yo he visto grabada en las estampas. Como he reconocido por su nadar de ida y vuelta, tenían la figura de un chanco, completamente liso sin escamas. Tan alegres huéspedes eran para nosotros la señal de una tempestad inminente en el mar. El *capitán* ordenó arriar en seguida todas las velas y mantenerse listo contra la tempestad. Entre las siete y ocho horas de la mañana nos saludó el esperado torbellino o la *borrasca* que nos atacó con el mayor ímpetu pero cesó tras una media hora. Después de esto fueron leídas dos sagradas misas e iniciada la novena a *San Ignatius*. A hora de mediodía estuvimos a 11 grados 40 minutos. A la tarde tuvimos una gran calma de mar hasta las diez horas en la noche tras la cual un viento propicio nos empujó hacia adelante, hasta las cuatro horas de la mañana.

El 14 de *octubre* después de las cuatro horas de la mañana el viento cambió y sopló de *Este sud Este* con lo cual nada pudimos hacer para adelantar camino. A la hora de mediodía nos encontramos aún a 11 grados 8 minutos. A la tarde vimos jugar en derredor de nuestro buque muchas *tuninas* [toninas]; a estos peces ya los conocimos en el Mar Mediterráneo y en la primera navegación habíamos salpessado un barrilito entero de tales peces. Eran buenos de comer pero muy duros y difíciles de digerir.

El 15 de *octubre* el cielo estaba cubierto por fuerte nublazón [y] comenzó a llover. Nos alegramos entonces por haber podido captar bastante agua para nuestra bebida. Pudimos / a la vez asear nuestra ropa pues el agua de mar quema mucho el lienzo y tampoco limpia tanto como el agua dulce. Para captar el agua cada uno usaba su sábana blanca que se ataba de las cuatro puntas en los cabos y se colocaba debajo una vasija en la cual se escurría el agua. Hoy fue imposible hacer una *observación* mediante el *cuadrante*. Poco antes de medio día experimentamos de nuevo una calma. A mediodía nos visitaron otra vez muchas *tuninas* que trajeron con ellas un fuerte chaparrón; también los manteles tuvieron que ayudar entonces a captar el agua y captaron lo suficiente para beber pues el agua que se daba en la mesa consistía de

dos vasos cervecedores lo que era muy poca para tanto calor que día y noche nos exprimía bastante sudor.

Después el mar se hizo tan calmo que no pudimos adelantar. No era de sentirse airecito alguno y el movimiento del barco fue mucho más desagradable que bajo un ventarrón. El barco bamboleaba de un lado al otro con movimiento y crujido del mástil y del forro del barco, la caída del barco de un lado al otro era muy despaciosa aunque el mar semejaba al aceite pero asimismo por el hinchamiento del mar se levantaban colinas y montañas de agua. La causa fueron los muchos ríos desde tierra que se vuelcan al mar y son llamados *currentes* [corrientes]; éstos forman todo el movimiento del mar aún cuando hay calma de viento y de mar. Si bien nosotros no notábamos en nada si el barco iba hacia adelante o hacia atrás conocimos al día siguiente que en el día y la noche anteriores habíamos retrocedido alrededor de cincuenta leguas. Durante este día los marineros se tiraron frecuentemente al mar y se bañaron /.

Las velas del buque colgaban derechas hacia abajo y como empezó a brillar un fuerte sol, el *capitán* bajó al mar sus dos barcas y *botes*, los *marineurs* [marineros] embarcaron [en ellos] y rociaron el buque en sus costados por todo el derredor. Esto tiene que hacerse para que la pez con la cual el buque está pintado en la parte de afuera por completo no se escurra derretida por el calor del sol y abra las juntas de las tablas. El barco es lavado diariamente desde arriba hasta abajo—esto es a la mañana—; después del almuerzo y de la cena es encera-do. Para esto se destinan en los buques de guerra o *fragatas* seis [y] también ocho muchachos que desempeñan este cargo y llevan consigo durante todo el día un estropajo y una escoba que al igual de los pífanos de los regimientos de soldados tienen pendientes desde sus hombros al costado y ellos son llamados *paxes* o *paches de escoba*. Dondequiera ellos estén metidos en el buque, ni bien oyen al *contramaestre* llamar por el pitillo lo que conocen en seguida por el sonido y manera de tocar contestan de inmediato por el grito: —; *señor!*— y corren hacia él que en seguida les ordena lo que deben hacer. Apenas han hecho esto [y] en cuanto el *contramaestre* encuentra otro lugar sucio son llamados pronto otra vez; si no aparecen pronto hay entonces acicate con el látigo. Muchas veces no he podido contener la risa cuando he visto estos muchachos saltando así a la orden. Por lo general son de esos hijos que

no hacen nada bueno en tierra y no dan esperanza de enmendarse. Ellos se me figuran como los maldecidos que sólo padecen pero jamás para su enmienda; pues si entran entre la gentuza del mar y entre los marineros, especialmente de las potencias marítimas católicas, jamás pueden enmendarse pues yo creo no haber visto una gentuza más desesperada / que en el mar; no he oído en país alguno jurar, injuriar, blasfemar en tal forma. ¡A quién se le ocurriría una mayor maldad como la que yo he oído contar de un tripulante español! Este hombre insensato después de haberse quitado el gorrito de la cabeza, [haber] alzádolo hacia el cielo, [haber] convocado a todo lo que hay en el cielo, [haber] llamado a todos los maldecidos junto con todos los diablos y finalmente haber invitado a todas las almas a meterse corriendo desde el purgatorio en su gorrito, lo tiró al suelo, pisoteó y zapateó con sus pies como un insensato sobre el gorrito y gritó a sus *camaradas* que hicieren igual cosa. ¿Quién se creería que el [mismo] funesto diablo se atrevería a una cosa semejante? Basta de estas cosas que podrían resultar todavía un mal ejemplo. De tales cosas no he oído [contar] de sus marineros en otros barcos marítimos luteranos ni *calvinos* pues yo debo confesar que en éstos yo he sido más edificado y en los buques católicos he sido más escandalizado.

En el buque sueco yo oía diariamente cantar y orar a toda la comunidad de marineros. El domingo debían reunirse todos y presentarse ante el *capitán* que estaba sentado sobre un escabel y a ambos lados [estaban] los tripulantes; [ellos] tenían un libro de sermones del cual el cocinero del barco, un viejo luterano garrapiñado por la pringue leía un sermón entero tras el cual el *capitán* hacía su alocución a la tripulación y luego ellos comenzaron a loar a Dios mediante un canto. Yo debo confesar que la primera navegación por el Mar Mediterráneo con luteranos me edificó, pero la segunda con cristianos católicos me ha escandalizado de la manera más grave; y la primera navegación con puros luteranos como lo son los Suecos no ha sido la última; / pues la última fue a mi retorno de las *Indias* por el Mar del Norte por el *Canal* inglés entre *Dover* y *Caliz* [Calais] hacia *Ostende* con un *capitán* holandés *don Andres Cornelis* en una pequeña *fragata* que era de su propiedad. Yo no quise pasar más por el Mar Mediterráneo hacia *Civita Vecchia* porque sólo tenía que tomar un buque de transporte español. Es fama general y yo mismo poseo la experiencia que el clero católico re-

cibe mayor respeto y es más apreciado en los buques luteranos que entre sus propios correligionarios por lo cual hemos resuelto viajar hacia los Países Bajos más bien por el Mar del Norte que ser mortificados y escandalizados por los propios correligionarios¹⁴².

El 16 de *octubre* hubo calma durante todo el día y aún duraba el violento movimiento del buque que en el transcurso de la noche pasada nos zangoloteó de un lado al otro y nos causó una gran intranquilidad. A mediodía nos encontramos a 11 grados 42 minutos.

El 17 temprano las *tuninas* [toninas] jugaban muy inquietas en derredor de nuestro barco; otra vez nos preparamos contra una tempestad que no tardó mucho y nos zangoloteó durante tres cuartos de hora tras lo cual volvió a soplar un viento despacioso hasta la hora de anoecer. A la hora de medio día observamos que navegábamos en 11 grados 8 minutos. Al irrumpir la noche tuvimos otra vez un mar completamente tranquilo pero de nuevo fuimos rechazados por 40 leguas. A la tarde volvió a soplar un viento débil que nos adelantó por un cuarto de lega alemana en una hora.

El 18 tuvimos buen viento y de buen lado por el cual fuimos empujados de tan buen modo que a mediodía habíamos alcanzado 10 grados 30 minutos. Ahí nos visitaron de nuevo algunos cientos de *tuninas* [toninas]. Nuestro *capitán* examinó hoy sus tripulantes en cargar y descargar los *cañones*. También voló a nuestro buque una golondrina de mar que cazamos y que es llamada *gaviota* por los Españoles. Ella es en un todo igual a las golondrinas acuáticas [vencejos] en nuestros países. El viento duró por toda la noche y nos adelantó de modo que el 19 de *octubre* a mediodía viajamos bajo el 9º grado. Otra vez el viento bueno se retiró de nosotros y quedamos detenidos en un mismo sitio. En el ínterin aparecieron dos grandes *tiburones* de los cuales apresamos

¹⁴² La expulsión de los jesuitas del Paraguay sorprendió a Paucke en la reducción de San Javier el 7 de agosto de 1767. Fue conducido a Buenos Aires y de allí a Montevideo donde se embarcaría rumbo a Cádiz el 16 de mayo de 1768. A los pocos meses se encontraba en la provincia jesuítica de Bohemia. En 1771 estaba en Olmütz. Cuando Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús en 1774, se trasladó al monasterio de Zwttl en Neuhaus, donde en los seis años que allí permaneció, escribió su obra y realizó los dibujos que la ilustraron (FURLONG, 1872: 68).

uno mediante un grueso anzuelo de hierro. Todos los tripulantes debieron de probar su fuerza en esta bestia y tironeando con gran fuerza apenas pudieron entrarla al barco. El pescado tenía alrededor de siete varas en su largor; pegaba tan poderosamente en su derredor como si con su cola quisiera hacer añicos el buque. Las aletas laterales tenían una anchura de una media vara y como una de largor. La nariz era puntiaguda, la cabeza [era] redonda oval y no ancha, igual a un *cono*. Tenía la dentadura muy abajo con dientes filosos-puntiagudos, [era] completamente liso por el cuerpo, la piel [era] azul clara. Generalmente este pez acompaña muy de cerca a los buques, traga todo lo que se echa a la mar; carne, gallinas muertas, ganado y gentes. Si bien no es costumbre de comer su carne, asimismo los *tripulantes* la repartieron entre ellos y la comieron. Revisaron su estómago y encontraron en él un *tiburón* muy joven, junto con dos gallinas que había devorado poco antes.

El 20 de *octubre* tuvimos un calor insoportable y quedamos detenidos todo el día a causa de la calma de mar y viento /. Durante todo el día el buque fue rociado con agua marina en todo su derredor.

El 21 de *octubre* a mediodía estuvimos en el 8° grado pues las corrientes debajo del agua nos habían empujado insensiblemente. A la tarde divisamos un barco portugués que navegaba hacia *Pernambuco*. Por ambas partes hubo una visita y hubo también la despedida mediante 18 tiros de *cañón* por ambas partes. Aunque el cielo estaba completamente cubierto vimos en esta noche una cosa maravillosa en el mar. El agua hendida por el buque era de verse como fuego a ambos lados y como si las olas fueran de puro fuego; lo cierto es que yo pude con ellas leer en el libro. Sin duda el mar será más *salitroso* en este lugar que en otros.

El 22 de *octubre* el mar estaba inmóvil pero el buque no tenía sosiego; caía de un lado al otro con tremendo crujir del buque entero. A mediodía fue cazado por los tripulantes un pez que los Portugueses llaman *caballo*; era de cuatro varas de largo. Se nos dijo que era un pescado precioso y uno de los mejores peces marinos; [era] igual en cuerpo y color a un sollo de río. La cabeza era igual a [la de] un gran salmón. Al acercarse la noche tuvimos otra vez una tempestad de un cuarto de hora. El cielo tenía una cara muy tenebrosa y amenazaba con tormenta por todo el *horizonte*. La noche fue algo triste pues temimos una tempestad tremenda tanto desde arriba como desde el mar; mien-

tras tanto vimos todo el mar lleno de estrellas igual al firmamento lo que hasta ahora jamás ni en todo nuestro viaje habíamos observado. Los Portugueses nos dijeron que este mar estaba / estrellado así desde el tiempo en que una *misión* de 40 *misioneros* de la Sociedad de *Jesu* que viajaron al *Brasil* bajo la dirección de un superior de nombre Azebedo¹⁴³ fue muerta por los holandeses en parte en el buque, en parte fue ahogada [arrojada] viva al mar. En este lugar los buques católicos solían implorar especialmente con la descarga de todos sus *cañones* dichos cuarenta testigos de la sangre de Christi para una prosiguiete feliz navegación. Nuestro *capitán* con todos los suyos rindieron también este homenaje a los testigos de la sangre de Christi e hicieron fuego con nueve *cañones*. Después de medianoche nos sorprendió un violento ventarrón que nos intranquilizó durante una media hora. Nosotros ya viajábamos a 7 grados 51 minutos.

A 23 de *octubre* tuvimos un viento malo que a la tarde se despidió del todo de nosotros. Nuestro buque fue echado hacia atrás por las corrientes debajo de agua y a mediodía nos hallamos otra vez a 7 grados 29 minutos. A la tarde tuvimos otra vez un viento de adelantamiento hasta medianoche en que de nuevo se despidió de nosotros y nos dejó detenidos.

El 24 de *octubre* estuvimos de nuevo sobre un [mismo] lugar; el mar y el viento [estuvieron] sin movimiento. Vimos otra vez cuatro peces grandes que son llamados por los Portugueses *cachurros* o *Catsburros*. Este día el *capitán* nos dio la alegre noticia que ya careceríamos de agua de beber en cuanto persistiera la calma del mar y nos advirtió de contentarnos en adelante con una menor medida de agua. ¡Alegre noticia! disfrutar de menos refrescamiento bajo este calor que habíamos sentido y de uno mayor aún que debíamos de esperar. El *capitán* envió al otro buque una barca *reportera* por la carencia de agua y pensó en buscar un puerto marítimo en el *Brasil*. A nosotros nos hubiera / gustado

¹⁴³ Aclara Wernicke que el jesuita Ignacio de Acevedo, junto con 39 co-misioneros fue muerto en el mar por el corsario Jacobo de Soria, a fines del siglo XVII. Sepp relata que desde entonces en ese paraje del mar aparecen unas fosforescencias sobre las aguas que representan las almas de estos mártires. Ver también nota 47 de este libro.

ver tierra firme pero el *capitán* y todos los demás *officiers* [oficiales] del otro buque eran muy contrarios a esto. Debimos vivir pues en la esperanza de un buen viento que en parte nos refrescara, en parte nos adelantara más rápidamente. Seis tripulantes y el *capitán* yacían muy enfermos.

El 25 de *octubre* tuvimos una lluvia considerable desde temprano hasta tarde a la noche; entonces cada uno de nosotros captó cuanto agua podía captar. El mar comenzó a henchirse y empujó lejos uno del otro a nuestros dos buques. Los ventarrones que nos persiguieron todo el día, vinieron de todos lados, de pronto desde *oeste*, de pronto del *este*, *sur* y *norte*. Los tripulantes trabajaron todo el día en cambiar las velas porque los vientos se mudaban por lados opuestos. Esta noche hacia la una se originó entre nosotros los jesuitas un susto general por el fuego que el *capitán* mandó hacer al costado de nuestro barco para señal al otro buque en qué grado viajábamos nosotros. La señal fue inesperada para muchos que no sabían de ella y creyeron que el buque había prendido fuego. Nosotros estábamos todos en profundo sueño cuando uno se levantó de su cama, saltó al centro del cuarto y gritó con toda fuerza: *ardet, ardet* [arde]. Por esta gritería todos despertamos del sueño, vimos al dicho *Speiteufel* [diablo escupidor] que desde la pala de menudeo tiraba muchas chispas; el crepitar era grande y las chispas volaban por delante de nuestras ventanas. Cuando vimos esto saltamos todos de nuestras camas como langostas y gritamos todos en conjunto: —el buque arde— a cuya gritería se deslizó desde su cuartito de dormir nuestro *P. Procurator* y apareció en su uniforme nocturno diciendo: *revera ardet, arde realmente.* /

El *capitán*, junto con todos los tripulantes, oyeron esta gritería, corrieron hacia nosotros y nos dieron una buena reprimenda por nuestra pusilanimidad. Desde que supimos la causa y las circunstancias de la señal desapareció el miedo mortal y de nuevo buscamos nuestros lechos para dormir.

El 26 de *octubre* en la *vigilia* de los santos *Simonis* y *Judas* tuvimos vientos contrarios todo el día. A mediodía navegábamos a 6 grados 40 minutos.

El 27 de *octubre* tuvimos un fuerte chaparrón, *quasi nulla dies sine linea*. La captación de agua fue general otra vez. El *capitán* había hecho una provisión de 8 barriles y en este tiempo apresamos otra vez un

tiburón más grande que el anterior.

El 28 de *octubre* en el día de la fiesta de los santos *Simonis* y *Judas* en que un tripulante hidrópico se despidió de este mundo asistimos todos al ofrecimiento del sacratísimo Bien; fue provisto de todos los santos sacramentos. Este uso católico fue ejecutado no sólo apacible sino también ornadamente. Su lecho había sido vestido con diversas banderas, los principales [los jefes] junto con los marineros acompañaron con las velas encendidas al Santísimo Sacramento; se arrodillaron ante su lecho y rezaron por el moribundo. Este había hecho su *testamento* a tiempo, y dejó a su mujer e hijos que había dejado en Portugal ciento cincuenta pesos fuertes y aun algunos más. Durante toda la noche tuvimos calma de viento y un gran chaparrón; ahí captamos bastante agua para seguir el viaje. Ese día estuvimos en 6 grados 40 minutos. /

El 29 de *octubre* tuvimos un ventarrón furioso que junto con la lluvia que se descargó en abundancia nos impidió el santo sacrificio de la misa. A mediodía sopló el viento desde *sur-oeste*; a la tarde, de pleno *sud*, que vino contra nosotros; a la hora del anochecer perdimos el viento y quedamos detenidos. Por corto rato nos combatió aunque débilmente el viento *sud*. En la noche a la novena hora nos atacó una tempestad que comenzó a soplar con furia; después volvió el viento *sud* contrario a nuestro viaje. Ese día estuvimos a 6 grados 21 minutos.

El 30 de *octubre* sopló un viento contrario durante todo el día.

El 31 de *octubre* a las tres de la tarde falleció el mencionado botero hidrópico. Comparecimos todos en su última partida de este mundo. Al anochecer alrededor de las ocho fue echado al mar. En esta ocasión debo agregar brevemente las *ceremonias* que se originan en un sepelio en un buque. El cuerpo muerto no permanece mucho tiempo en el buque y lo echan rápidamente al agua pero no en seguida de su fallecimiento sino que lo dejan algunas horas hasta que esté frío. Tras esto lo colocan sobre una tabla puesta en la proa en la borda del barco. Ponen al muerto vestido de su ropa, atan una bolsa llena de arena en sus pies; todos los tripulantes deben presentarse; después el *capellán* del buque ejerce como es uso todas las ceremonias eclesiásticas con todas las oraciones pero cuando él llega a las palabras: *ad paradisum* levantan ellos la tabla en la punta donde está la cabeza del muerto y lo dejan

caer al mar. En este momento todos los *tripulantes* exclaman: ¡*buen viaje!* esto denota *glückliche Reise*.

El 1° de *noviembre* tuvimos otra vez una / lluvia muy fuerte: el mar y el viento estuvieron tranquilos. Nuestro *capitán* enfermó gravemente.

El 2 de *noviembre* tuvimos tiempo apacible; vimos quince peces grandes; tenían unas cabezas iguales a [las de] bueyes pero sin cuernos. En vez de la boca se veía una abertura redonda por la cual arrojaban el agua en grosor de un brazo. Los Portugueses llaman *melotes* a tales peces. Después de esta diversión de peces nos llegó un viento bien apacible pero asimismo hicimos en cada hora una *milla* y media. El viento arreció a medianoche y se cambió hacia *sud-este*. Hoy habíamos alcanzado el 5° grado con 40 minutos.

El 3 de *noviembre* el viento fue mediano; se sostuvo hasta la hora del anochecer en que nuevamente se despidió de nosotros. Otra vez vimos una *batalla* entre los peces voladores con otros que hicieron chocar con gran resonido el agua marina y agitaron en diferentes lugares el mar. Hoy a mediodía navegamos a 5 grados 14 minutos.

El 4 de *noviembre* temprano el viento era escaso pero antes de mediodía arreció, se tornó hacia *sud-sud-este* y era de usarlo. Divisamos dos buques que ocho días antes notamos navegando hacia *Pernambuco*. Nos pareció que ellos hubieran tenido más veces que nosotros la calma marina. Por los tripulantes supimos que en muchas ocasiones suele haber calma de viento en un lado del mar, mientras en el otro un buque distante a algunos miles de pasos prosigue navegando con buen viento. Hoy estuvimos en el 5° grado.

El 5 tuvimos una calma marina por todo el día. Interin los tripulantes estuvieron ocupados en rociar de continuo el buque y nosotros [nos ocupamos] en pescar varios peces. Yo tuve la suerte de alzar al buque un bello pescado que los Españoles llaman / *durado* [dorado] y de cuya figura ya he anotado algo antes. El pez tenía una vara y media de largo; fue servido también en la mesa; cincuenta y seis personas tuvieron bastante para comer de él. El calor era tan fuerte día y noche que habríamos podido perecer de sed.

El 6 de *noviembre* el mar estaba como aceite. Nosotros ya habíamos celebrado muchas novenas; a *S. Ana*, a *S. Ignatium* y *Xaverium*. Ahora comenzamos la oración a *S. Antonius* del cual los Portugueses

son grandes devotos. La devoción no es tan piadosa cuan cómica: cuando los Portugueses por un tiempo largo no reciben un viento bueno y favorable, atan un cordel en el cuello de la imagen de madera y la cuelgan en el mástil o la tiran al mar atada a la popa del barco, la dejan nadar en el agua y arrastrar por el buque tras de sí. Puede ser que *S. Antonius* no tome a mal su devoción tan descortés y la atribuya a su ingenuidad. Recibimos viento que durante toda la noche nos transportó muy bien. Nuestro *capitán* estaba ansioso por ver qué existencia teníamos en nuestra agua de beber; ordenó que se averiguara bien y se comprobó que [de] siete barriles [las aguas] se habían escurrido. ¡Sí, sí!, los tripulantes las han hecho escurrirse pero para dentro de sus propias gargantas y tragaderas. Fue un susto general, pero con esto y de ahí en adelante nosotros tuvimos que quedar satisfechos con una medida menor ¡y con qué trastorno! El calor acrecía y el agua disminuía. Yo pensé que todo lo interior se quemaría dentro de mí. Hoy pescamos un pez tremendo de grande que se resistió con tanta fuerza que perdimos toda esperanza de entrarlo al barco, pero tuvo que ceder y entregarse a nuestro barco. A mediodía nos / encontramos a 4 grados 41 minutos.

El 7 de *noviembre* el viento fue constante durante el día y la noche en que pasamos por delante de la isla de *Palma* que pertenece al continente de *África*. Nuestros marineros estuvieron especialmente alegres en este día y representaron comedias cómicas que de continuo se renovaban y consistían en unas palizas bastante chistosas. Nuestro buque apuntó con la roda hacia el *oeste* con una *cuarta* hacia el sud. El *capitán* mudó *rhombum* hacia *leste* [este] con dos *cuartas* al sud. El motivo fue por no perder de vista a nuestro barco-compañero porque había sido ordenado severamente que no se separaran los unos de los otros pero los ventarrones nos apartaron finalmente tanto que al día siguiente lo perdimos de vista por completo.

El 8 sopló un viento fuerte; nuestro buque tornó la roda hacia *oeste* con una *cuarta* al sud. Pero el *capitán* hizo doblarlo prontamente a *leste* con ocho *cuartas* al sud para buscar de nuevo al otro barco. En tiempo nocturno a las nueve nos atacó una tempestad repentina; como teníamos demasiadas velas tendidas, el buque fue ladeado tanto que poco faltó que embarcara agua; se rompieron en el bauprés la vela y en los mástiles las dos [velas] pequeñas de más arriba que los Españoles llaman *juanetes*. Hoy viajamos a 3 grados 11 minutos.

El 9 de *noviembre* nuestros marineros remediaron todas las velas desgarradas y tendieron nuevas en las *antenas* de los mástiles. A mediodía observamos a un lado pero lejos de nosotros a nuestra *fragata* perdida de vista, sólo vimos sus pequeñas velas superiores. Es admirable ver sobre una superficie semejante cuyo *horizonte* (como dicen los marineros) se extiende por diez leguas, lo que se nota al divisarse un buque./

El barco que se aproxima parece surgir desde una profundidad, no desemejante al sol que se levanta también poco a poco en el *horizonte*. Cuando alumbra el sol, se ven las velas superiores en los mástiles como un fuego de pálida luz. Cuanto más se acerca uno, tanto más se elevan las velas hasta que distingue ya el casco del buque y al fin ve claramente el barco entero. Muchas veces tuve la curiosidad de saber en cuántas horas un barco a cuyo encuentro íbamos se encontraría con nosotros y hallé que nos encontraba justamente en tres horas durante las cuales hacíamos velas hacia él y el barco hacia nosotros. Tuvimos un día agradable y nos hallamos a 3 grados 7 minutos.

El 10 de *noviembre* tuvimos con un viento suave la más agradable mañana. En tales lindas mañanas acostumbraba estar arriba en el buque ya antes de romper el día y me sentaba en el WAFENPLATZ que ellos llaman *plaza de armas* a fin de observar de qué manera rompía poco a poco el día. Sentía la mayor diversión en la contemplación de cómo la luz del día asomaba poco a poco y el cielo se coloreaba de continuo hasta la clara aurora. Es imposible que el hombre no ensalzara al Creador y autor de este milagro y [entonces] tenía la ocasión de elevar su ánimo hacia Dios y pensar lleno de consuelo en Él. Ese día a la tarde tuvimos otra vez un viento fuerte y contrario con una copiosa lluvia; captamos también abundante agua para beber y cocinar pues el agua que teníamos en barriles, abajo en el barco, era ya de un gusto y hedor repugnantes, lo mismo que si hubiera sido recogida de una charca hedionda. /

Asimismo encontramos ya en ella muchos gusanos blancos y sin embargo debimos beberla porque no teníamos otra. No es nada novedoso que cuando uno ya se acerca al *aequator* el agua marina huelga así tan mal y se torne gusanosa; de este modo suele ocurrir en todos los barcos, que el agua cambie en tal manera. En realidad no es malsana pero muy repugnante y horrible para beber. También se torna completamente amarilla y perdura con este gusto, hedor y gusanos hasta que

se pase el *aequator* después del cual esta agua cambia de nuevo en una forma que así como antes cuanto más nos acercábamos al *aequator*, mudó el color y el sabor y comenzó a dar mal olor, así también cuanto más nos alejábamos otra vez del *aequator* perdió el color, sabor y olor, y vino a ser una agua buena para beber. A mediodía tuvimos un corto ventarrón tras el cual comenzó a soplar un viento norte pero pronto se despidió y se puso hacia el *sud*. Por toda esta siguiente noche hubo tal inestabilidad y variación de viento que los tripulantes debieron de trabajar continuamente en cambiar las velas. Al fin todos los vientos nos abandonaron y el barco no pudo avanzar pero el movimiento del mar fue tan fuerte que nuestro barco fue echado de un lado al otro. Esta era una tempestad que el mar experimentó por debajo de sí [*sic*] pues aunque no soplaba viento alguno, las olas se elevaban como montañas y pegaron a veces adentro del buque. Pero a la mañana nos tomó un fuerte viento del *sud* y usó de una gran fuerza contra nosotros.

El 11 de *noviembre* hacia la hora de mediodía se debilitó el viento; nuestro *capitán* dobló el barco hacia *leste* [este] con la intención de buscar a nuestra *fragata* pero [resultó] en vano; no pudimos ver nada de ella. Estuvimos a 3 grados 59 minutos y / el viento nos corrió por toda la noche.

El 12 de *noviembre* recibimos a la mañana un viento más ventajoso; el buque fue doblado hacia *sudoeste cuarta sud*. Esta noche comenzamos la novena a la santa madre *Ana* que era la patrona de nuestro barco y [éste] llevaba el nombre *S. Ana y de las almas*. Hacia el anochecer comenzaron a cambiar fuertemente los vientos por cuya causa los marineros tuvieron que trabajar de continuo en el cambio de las velas. Se nos rompió la punta del mástil la cual fue repuesta si bien con gran trabajo, pero sí con rapidez. En esa noche dudábamos si nuestro *capitán* enfermo viviría hasta la mañana. Todos estuvimos muy tristes y temerosos; tampoco habíamos hecho mucho camino pues estábamos a 3 grados 28 minutos.

El trece de *noviembre* tuvimos otra vez varios *ataques* tempestuosos de vientos pero tras ellos persistió el viento anterior. El cielo estuvo encapotado y a hora de mediodía no pudimos hacer ninguna *observación*.

El 14 nos abandonó el viento; el viento *sud* comenzó a soplar a medio día; poco a poco tornó hacia *löst* [este] en cuya situación per-

maneció. A la hora de medio día nos encontramos a 2 grados 36 minutos. A la tarde tuvimos fuerte lluvia y nuestros marineros pescaron muchos peces.

El 15. Hoy pescamos tantos peces que bastaron para darnos a todos en el barco almuerzo y cena. Otra vez vimos grandes luchas entre los peces que durante todo el día se perseguían mutuamente y trataron de comerse. Los marineros hicieron gran presa de ellos; en un tiempo de tres horas había tantos alzados a bordo que pesaban más de treinta y siete quintales. Estos peces tenían la figura / de un gran salmón; los Portugueses los llaman *cachurros*; son de buen sabor, de carne roja y tienen mucha sangre. No deben quedar más de veinticuatro horas sin ser cocidos, de otro modo su carne se muda en pura sangre. En muchos de tales pescados hallamos tragados abundantes peces de vuelo llamados *voladores*. Justamente estos peces son los enemigos de los peces voladores y éstos son su alimento diario. Hoy estuvimos a 2 grados 1 minuto.

El 16 de *noviembre* el mar y nuestro buque estuvieron en gran movimiento por el viento demasiado fuerte. Como ya estábamos tan cerca del *aequator* nuestro *piloto* usó de gran cuidado para no naufragar en horas de la noche contra un arrecife, llamado el arrecife de *S. Pauli*¹⁴⁴, situado a un grado y medio antes del *aequator*, [y que] se levanta sobre el mar y se deja ver; en tiempos pasados un buque portugués naufragó contra él. Ellos saben bien en donde está según la latitud pero no según la longitud; por esto las guardias fueron duplicadas durante la noche. Los peces estuvieron hoy otra vez muy inquietos y se perseguían por todos los lados. A este mediodía nos encontramos en 1 grado y 1 minuto. De acuerdo con el viento que teníamos, se calculó que a la mañana entre las seis y siete horas pasaríamos el *aequator*.

El 17 de *noviembre*, después de leída la santa misa, hice compañía a los timoneles que tenían que atender el timón para conocer por la aguja magnética en qué minuto debíamos de *pasar* el *aequator*. Dos

¹⁴⁴ Se debe referir a las islas San Pedro y San Pablo que están ubicadas a 00°55'N y 29°20' en territorio de Brasil y a 870 km de su costa. El archipiélago está constituido por cerca de doce pequeñas islas, cinco roqueríos mayores y los demás menores.

minutos antes de las siete horas la aguja magnética comenzó a dar varias veces unas vueltas completas como si hubiera perdido el norte y no pudiera hallarlo más hasta que tras el espacio de un minuto llegó a ser más sosegada y señaló / que el norte que antes [de pasar] el *aequator* lo teníamos contra la parte delantera del barco, [lo teníamos] tras haber cruzado el *aequator* contra la parte posterior del buque. Fue una gran suerte que con un viento tan bueno hubiéramos *pasado* el *aequator* pues generalmente los barcos suelen tener bajo el *aequator* una calma marina por muchos días y permanecen también inmóviles por catorce y más días. Este viento persistió todo el día y la noche siguiente.

El 18 de *noviembre* este viento fue constante, lo que a todos nosotros nos satisfizo mucho. A mediodía estuvimos muy ansiosos por saber en qué grado nos encontraríamos y hallamos que ya estábamos a 2 grados 23 minutos. Nuestro *capitán* enfermo encontró también una mejoría; así fuimos doblemente consolados. Otra vez fueron pescados por nuestros marineros muchos peces. De esta manera seguimos navegando con viento favorable bajo el eco de atabales y cornetas.

El 19 de *noviembre* nos dedicamos otra vez a la pesca; pescamos en ella un pez grande llamado *Albacorra* [albacora]. A mediodía estuvimos en 4 grados 36 minutos. A la tarde tuvimos un ventarrón tras otro y una fuerte lluvia que suele caer comúnmente bajo el *aequator* y en su región aledaña; he observado también que a las seis de la mañana y de la tarde se producían la salida y la entrada del sol las que no se alteran durante todo el año sino que son iguales siempre, día y noche. Por esto observamos también a la entrada del sol la *elevationem Poli* mediante otro instrumento que era una cajita en que está la aguja magnética.

El 20 de *noviembre* reposó el viento, no así los peces de los que hemos tomado otra vez una gran cantidad. Por el cielo encapotado no pudimos hacer hoy nuestra *observationem*. /

El 21 de *noviembre* tuvimos otra vez buen viento fresco. Fue el último día en que terminamos la oración pública a la santa *Ana*. El altar de la santa *Ana* en el barco fue adornado en el modo más magnífico. Nuestro *capitán* que ya había abandonado su lecho de enfermo colgó en la imagen una corona tasada en algunos miles de pesos; ella estaba copiosamente engarzada con diamantes. Navegamos ya a 5 grados 45 minutos.

El 22 de *noviembre*. Para dar las gracias por esta navegación hasta aquí tan feliz, celebramos hoy un oficio cantado junto con un sermón. Entre nosotros los *misioneros* alemanes habíamos ocho personas *musicales*. Yo compuse una misa de voces y de instrumentos de manera que los *violinistas* podían cantar a la vez. Los Portugueses mostraron una gran alegría por ello; todo marchó muy bien. Todos los tripulantes formaron de *parada*. Al comienzo de la misa, *Gloria*, *Credo*, acción y fin de la Misa se hizo fuego por nueve *cañones* en cada ocasión. A mediodía el *capitán* invitó a su mesa a todos los jesuitas *musicales* junto con los superiores lo que nos fue tanto más deleitoso por cuanto nos alegramos por la salud de nuestro *capitán*; los timbales resonaron, las cornetas lanzaron sus sonidos y los *cañones* dispararon con gran alegría. Después de la mesa tuvimos que admirarnos otra vez pues las *batallas* libradas por los peces marinos mantenían al mar en constante movimiento; lo más cómico fue que nuestros negros en excesivo regocijo tocaron de continuo charangas¹⁴⁵ cuando veían a los peces perseguirse mutuamente con la mayor violencia; entonces se levantaba un ruido que era bien perceptible; a causa de nuestra ruta tuvimos que cruzar a veces con nuestro barco hasta por entre la entreverada *batalla* de peces; entonces nuestros / marineros ponían atención y lo que escapó a los otros peces fue ensartado por los arpones de nuestros tripulantes. Los peces eran puras albacoras¹⁴⁶ de las cuales ya he referido y una gran cantidad entró en nuestro barco. Nos encontramos en 6 grados 14 minutos.

El 23 de *noviembre* tuvimos otra vez la ocasión de sacar bastantes pescados del mar; en el estómago de algunos fueron hallados unos peces de un largor de un cuarto y medio de vara; la parte superior de la dentadura era larga e igual a una becasina, la parte inferior corta y [como] boca de pescado. A la hora del medio día divisamos un barco; nuestro *capitán* le preguntó por un tiro de *cañón*; como él [barco] tenía un viento favorable y navegaba a algunas leguas de distancia de nosotros, no perdió el tiempo y siguió haciendo velas. Nuestro *capitán* mandó izar en el mástil el *gallardete* que es tan largo que desde el tope

¹⁴⁵ Aclara Wernicke que *Intraden*. Término de la música antigua para cortos compases de marcha.

¹⁴⁶ También conocidos por atunes blancos (*Thunnus alalunga*).

del mástil llega con la cola hasta el mar. Era completamente verde como usan los Portugueses en el barco y todos los soldados de la *marina* están vestidos de verde y rojo. Este *gallardete* en la parte superior tiene sólo una vara de ancho y como una media vara de largor pero como he referido se angosta hasta la punta, hasta llegar al mar; [él] forma también el distintivo de *capitán* de guerra. Ahora como el nuestro unía ese *carácter* aunque no *comandaba* un buque de guerra sino un barco mercante y era *capitán de mar y guerra* hizo tremolar su *gallardete* ante cuya vista todo barco debe detenerse pero el buque llamado y preguntado no quiso entenderlo y siguió su camino. Nuestro *capitán* hizo izar su bandera con el segundo tiro de *cañón* y persiguió al otro / buque. En esto el otro barco dobló hacia nosotros pero sin bandera izada y vino a nuestro encuentro. Entonces nuestro *capitán* quedó tan irritado que mandó cargar a bala todos los *cañones*, ordenó a un *cañón* hacer fuego y la bala voló hacia el buque. Ya se vio la gravedad, la que el buque inquirido entendió bien; en seguida se dio a conocer por la bandera. Cuando nuestro *capitán* notó que era un buque mercante portugués y era llamado *S. Antonio* que tres semanas antes vimos rumbo hacia Pernambuco, sintió la descortesía inferida a él como *capitán de mar y guerra* por el *capitán* de un buque mercante [y] en seguida quiso mandar hacer fuego con todos los *cañones* bien cargados pero todos en el barco trataron de apaciguarlo. El accedió pero hizo otra jugada. Parecía que el buque rumbeaba derecho hacia nosotros y llegaba más cerca de la borda para darse a conocer debidamente. Cuando el barco estaba ya listo para hablar, cambió nuestro *capitán* sus velas y dio las espaldas al buque en señal del resentimiento que había experimentado por su descortesía anterior. El [otro] buque bajó su bandera izada, tendió más velas y nos dejó también. A la tarde tuvimos otra vez un ventarrón tan violento que la parte superior del mástil bastante doblada empezó ya a crujir y poco faltó que lo hubiéramos perdido de nuevo; asimismo [en] una vela [se] hizo un gran desgarrón. Poco después este viento se debilitó y permaneció en buena dirección; sopló durante la noche e hizo adelantar nuestro viaje. Hoy estuvimos en los 7 grados 23 minutos. /

El 24 de *noviembre* nos empujó el viento por delante del Cabo *S. Agustini* sin que lo viéramos; fue lo bueno que estuviéramos tan distantes pues más de cerca causa angustia y es temido por todos. En este *cabo* se venera una milagrosa imagen de devoción de Nues-

tra Amada Señora en cuyo honor nuestro *capitán* mandó ondear la bandera y saludó esta clementísima Virgen con una descarga de nueve *cañones*. Todos nosotros nos alegramos de tener ya a nuestra derecha a *América*; todos cayeron de rodillas dieron las gracias a la bienaventurada Virgen por el amparo que ella hasta aquí nos había deparado y le encomendamos nuestra ulterior navegación. Hoy navegamos bajo 9 grados 1 minuto.

El 25 de *noviembre*. Hoy nuestro *capitán* modificó ya la ruta de nuestra navegación llevada [hasta aquí]. Giró bien temprano la roda hacia *Sud Sudoeste* debiendo de buscar un puerto marítimo en el *Brasil* y penetrar [en él] porque el agua de beber mermó mucho. Continuamos buscando con mucho empeño el puerto *S. Sebastián* junto al *Río Grande* que bajo el *Trópico* en 23 grados está situado a algunos minutos más. Hoy pasamos la isla *S. Francisci* sin verla y a mediodía nos hallamos en 10 grados 32 minutos.

El 26 de *noviembre* navegamos con viento persistente y adelantamos un buen trecho; el viento se hizo más violento y a mediodía estuvimos en 12 grados 9 minutos. A la tarde el viento en su mayor parte nos fue contrario por cuya causa la roda fue doblada a *sud sudoeste cuarta oeste*.

El 27 de *noviembre* sopló otra vez un buen viento pero más débil que ayer pero asimismo hicimos en una hora con tres cuartos [de hora] hasta una legua alemana entera. A mediodía navegamos / ya a 13 grados 25 minutos.

El 28 de *noviembre* el viento se debilitó mucho pero como entró de lado en las velas y vino a asemejarse a *viento largo*, nos adelantó en una legua por cada hora. Observamos en este mediodía que navegamos en 15 grados 17 minutos.

El 29 de *noviembre* padecimos mucho calor; se debilitó el viento que sin embargo se compuso antes de mediodía y nos mitigó el calor. Hoy se dio la orden por nuestro *capitán* que el *Mayordomo* junto con el *contramaestre* averiguaran cuántos barriles de agua teníamos aún en existencia y ellos encontraron veintidós barriles llenos de agua. Esta noticia dio a nuestro *capitán* nuevo ánimo para navegar por la ruta recta hacia el *Silberfluss* [Río de la Plata] y a no buscar el puerto marítimo *S. Sebastián* en el *Brasil* pues con tanta agua se animó a bastarse aun en esta navegación. Todos nos alegramos que no fuéramos demorados

en nuestro viaje. Hoy navegábamos bajo 16 grados 40 minutos.

El 30 de *noviembre* a la hora del mediodía habíamos alcanzado 18 grados 20 minutos y pasamos delante de la isla de la *Sta. Trinidad* pero sin verla. Hoy pescamos otra vez un gran *tiburón*; en su estómago hallamos tres gallinas que en el día anterior fueron tiradas muertas fuera del buque; y junto con éstas también un gorro de dormir de algodón que el día antes se le había caído al mar a un *novicio*. Este día fuimos bien atendidos en la mesa. En el almuerzo hubo un malentendido entre nuestro *P. Procurator* que [era] un Húngaro y nuestro cocinero todavía *novicio*, un Bávaro. El *P. Procurator*, en pésimo alemán, ordenó al cocinero que matara hasta once gallinas. / El buen bávaro no hizo más que tomar el cuchillo y matar todas las gallinas hasta [dejar vivas] once y las preparó para servir las en la mesa. El *P. Procurator* a la vista de tantas gallinas preparadas mandó preguntar al cocinero cuántas servía para la mesa [pero] recibió la contestación de que él había muerto [todas] las gallinas hasta once que había dejado con vida. El *P. Procurator* se irritó muchísimo y dio al cocinero algunos tratamientos honoríficos pero nosotros nos reímos cordialmente por un convite tan bien dado e inesperado pues por lo común no teníamos en la mesa otra cosa que un pedazo de carne de puerco o de buey con legumbres o un cuarto de gallina flaca con un poco de arroz y otro aditamento. En esta ocasión el cocinero debió contentarse con su fuerte reprimenda pero nosotros también estuvimos muy contentos con nuestro almuerzo. Ya navegábamos bajo el 18 grado 20 minutos y tuvimos al costado la *misión paraquaria* cuyos indios son llamados *Chiquitos* o *Tschikitos*. Desde hoy fui ya remiso en *observar* al *cuadrante* y quise desistir por algunos días, para tener un mayor placer si pasados esos días notaba que habíamos sido transportados por unos cuantos grados más.

El 1° de *diciembre* temprano proseguimos navegando con felicidad; pero antes de la hora del mediodía nos tomó un fuerte ventarrón que persistió durante una hora entera. Estábamos sentados en la mesa con viento bonacible; de pronto un ventarrón pegó al barco y lo colocó sobre un costado pero todos nosotros caímos al suelo con cuanto teníamos sobre la mesa. Un *novicio* español, al oír tan gran tumulto arriba en el buque subió corriendo en pleno susto y comenzó a gritar: / *gracias a Dios ya vamos al Cielo*. GOTT SEI DANK WIR GEHN SCHON IN DEN HIMMEL. El *capitán* que arriba *comandaba* los tripulantes oyó a este

novicio y le gritó en pleno ardor: ¡váyase al diablo y no me atemorice a los demás, no hay peligro alguno! Los tripulantes estuvieron muy listos ante este ventarrón inesperado, pronto hicieron volar las velas tendidas tras lo cual el barco se enderezó otra vez. Si el buque hubiera quedado echado algunos minutos, más hubiera tomado [el buque] mucha agua, se hubiera hundido y nosotros hubiéramos perecido.

El 2 de *diciembre*, víspera de nuestro santo apóstol de indios. Este día observamos riguroso ayuno en honor a este santo si bien en verdad durante nuestra navegación todos los días por la alimentación y las bebidas medidas exactamente no eran desemejantes a los días de ayuno; pero en honor al santo este día de ayuno fue más severo. Desde el cielo recibimos buen viento y seguimos navegando rápidamente.

El tres de *diciembre*. Hoy celebramos una misa cantada durante la cual otra vez todos los *cañones* estallaron cinco veces. En la mesa tuvimos bastante de comer, ahí debieron aparecer asadas las once gallinas que nuestro cocinero bávaro días antes había dejado aún con vida. A las 12 horas tomé de nuevo el *cuadrante* y nos hallamos bajo el 21° grado 45 minutos en cuya altura del cielo está situado el *Cabo* o esquina de la tierra del santo *Tomás*.

El 4 de *diciembre* pasamos el *Cabo Frío* y pasamos delante de *Río* [de] *Janeiro* o puerto marítimo de todos los santos pero no vimos tierra alguna.

El 5 de *diciembre* cruzamos el *Tropicum Capricorni*. Experimentamos un ventarrón impetuoso. Diariamente pescamos peces / que debieron mitigar nuestra hambre ya que con la carne se hacía mucha economía. Diariamente vimos también sobre el mar algo nuevo y extraño pero que omito por la brevedad sino mi relato no tendría fin.

El 6 y el 7 de *diciembre* tuvimos fuertes y frecuentes cambios de viento. A mediodía navegamos bajo 26 grados 8 minutos: a nuestra derecha quedó la isla *S. Vicentij*.

Desde el día 8 hasta el día 11 de *diciembre* habíamos ya alcanzado 29 grados 12 minutos y estuvimos al mismo frente de la isla de la *Santa Catalina* que pertenece a la corona de *Portugal*. Este día vimos muchas *Balinetas* que iguales a pequeñas ballenas nadaban en derredor de nuestro barco pero no se pudo ver su tamaño entero. El dorso que yo vi por varias ocasiones me pareció ser de un ancho de tres o cuatro varas. A la tarde recibimos un viento más fuerte que nos adelantó bien.

Loamos a Dios por tan feliz navegación; aun teníamos que hacer siete grados hasta el puerto de *Montevideo* que pertenece al Español y está muy adentro en el *Silberfluss* [Río de la Plata].

El 14 de *diciembre* como encontramos que ya habíamos alcanzado el 31° grado y algunos minutos, el *capitán* mandó girar el barco hacia la tierra que quiso ya buscar; además tuvimos un viento muy bueno; del mismo modo viajamos también el 15 de *diciembre*.

El 16 temprano a la mañana cuando se notó que iba a romper el día, oímos una gran gritería que elevaron nuestros tripulantes. Todos gritaron: ¡*tierra, tierra!*; [como] que ya veían la tierra. No era una tierra sino un banco de arena / que apenas se dejó ver sobre el mar. Estuvimos distantes de él apenas unos mil pasos; si no hubiera sido visto el banco de arena hubiéramos naufragado en [tiempo de rezar] algunos padrenuestros y hubiéramos perecido. Este banco de arena fue ya una señal de la proximidad de la tierra. Nuestro *capitán* comandó nuestro barco otra vez hacia alta mar y tuvimos el viento lateral *a la balina* del barco. Todos al igual agradecemos a Dios por nuestra salvación de este peligro. Pero tuvimos que esperar los mayores peligros en la entrada del *Silberfluss* [Río de la Plata] donde se observan varios grandes largos y anchos bancos de arena que casi imperceptibles están muy poco debajo del agua. Uno es llamado *Banco Inglés*, el otro se llama *Banco Ortiz* en el cual ya se han perdido muchos barcos. El *capitán* ordenó que día y noche estuviera arriba en el mástil un centinela y observase todo.

El 17 de *diciembre* a la mañana temprano oímos gritar de nuevo: ¡*tierra, tierra!* porque otra vez vieron tierra y era una sierra alta que fue vista desde lejos. Nosotros navegamos con toda diligencia y cautela con rumbo hacia la tierra hasta que tuvimos la sierra ante nosotros a cinco millas alemanas pero nadie reconocía la región. Para no ponernos en peligro, el *capitán* giró el buque otra vez a alta mar.

El 18 de *diciembre* temprano a las ocho horas comenzamos a buscar otra vez la tierra. Hacia las diez horas vimos pasar flotando un lobo marino muerto; por él conoció el *capitán* que no estaríamos lejos de la isla *de los Lobos* donde viven muchos miles / de lobos de mar. Antes de llegar al mediodía vimos de lejos otra vez la tierra. El *capitán* tomó el mapa en el cual están designadas todas las orillas y las costas *americanas* y después de mucho contemplar encontró que nosotros de-

bíamos de haber estado ayer en la ribera de los *Castillos* en cuya región se encuentra la entrada al *Silberfluss* [Río de la Plata] y que habríamos navegado en derechura hacia el banco de arena llamado *Banco Inglés* si no hubiéramos retornado a alta mar. En este banco de arena ha perecido unos años antes una *misión* entera que estaba destinada al Reino de *Chile*. La ribera que vimos hoy era la ribera de *Maldonado* donde hay un puerto marítimo al entrar ya en el *Silberfluss* [Río de la Plata]. Vimos un alto peñón, lejos de la ribera en el mar; todos reconocimos que era la *isla de los Lobos*. Pasamos navegando muy cerca de ella a hora de mediodía y vimos a los lobos de mar correr en gran cantidad en idas y vueltas. Como el *capitán* ya sabía en qué región estábamos se animaron todos en el barco y siguieron navegando alegres. Teníamos con nosotros un *practicum* como experto de esta región pero sus *practiquen* [prácticas] dieron a conocer puras *párticas* pues no sabía adónde estaba y hacia dónde debía navegar y guiar el barco y asimismo tomó bajo su dirección la derrota del buque. En vista y en consideración de un guía tan inexperto y —podría decirse— ciego, el peligro y los sustos que pasamos fueron grandes. Nosotros deseábamos que el *capitán comandara* en persona pero como ya he relatado el *capitán* no debe entrometerse y debe de dejar hacer lo que dicho *practicus* estime conveniente. /

Comenzaron ya a echar la sonda para reconocer cuántas brazas de agua tenía el buque y qué clase de fondo habría por debajo del agua.

La sonda era de plomo, tenía abajo un gran hueco que estaba lleno de sebo. Al costado derecho fuera del buque estaban parados dos marineros con tales sondas; las tiraban cada tres o cuatro minutos y gritaban: ¡tantas y tantas brazas de agua! pues según éstas debe de dirigirse el *capitán* que necesita saber cuántas brazas de agua ha menester su barco para que flote. El motivo por qué el hueco bajo la sonda fue llenado con sebo es para que se reconozca sobre qué fondo se navega; de éste a la caída de la sonda queda pendiente algo en el sebo, sea ello barro o arena, y si el buque comienza a sentarse sobre ésta, no hay nadie capaz de salvarlo pues una vez que se detiene, el mar echa de continuo más arena contra él y entierra tanto más fuertemente al buque en el fondo. Fue echada la sonda y hallaron diecinueve brazas de agua pero nuestro barco necesitaba sólo seis brazas. El fondo era arenoso; mientras tanto nuestro *piloto* subía y bajaba por el mástil en parte para des-

cubrir la isla *de las Flores*, en parte para *comandar* y guiar el buque hacia allí. Al fin descubrió la pequeña isla que nosotros bajo la dirección del *practici* habíamos perdido y navegábamos en derechura al banco de arena. El buque fue doblado en seguida hacia el lado derecho. A la tarde llegamos a la pequeña isla y pasamos al lado de ella a un tiro de fusil. La pequeña isla no era más grande que la plaza / o el mercado de una pequeña ciudad; sobre ella estaba situada a gran distancia de las costas una tosca torre cuadrada. Nadie lo consideró una isla, no lo era tampoco sino que era sólo un pequeño banco de arena levantado algo sobre el mar, sobre el cual se hallaba esta torre para señal de que ahí mismo existe un pequeño banco de arena y para que los viajeros supieran cuidarse. Por esto no vimos la isla *de las Flores* la que he visto sólo más tarde cuando regresé desde las Indias a España.

Como ya habíamos navegado mucho dentro del *Silberfluss* [Río de la Plata] fue también preciso usar de mucha cautela; no debimos navegar durante la noche sino estar a la capa y más tarde echar ancla. En el barco corría la voz que no se debía haber navegado tan cerca de la ribera porque es muy alta y peligrosa por los peñascos, mas Dios y nuestros santos patronos nos condujeron con felicidad, pero no sin frecuentes sustos tal vez para que con más frecuencia recordáramos de él. Navegamos por el río arriba con la sonda en la mano de continuo pero todos con el corazón quién sabe dónde. El barco como conocimos por la sonda no tenía más que ocho brazas de agua, de ahí el más valiente se tornó en el más pusilánime. El cerro del puerto de *Montevideo* nos invitaba y la escasa agua junto con el peligro nos amenazaban. La sonda volaba al mar³⁷ una vez tras otra y sacaba arena en el sebo, seña segura de que navegábamos sobre el banco de arena. Fue nuestra suerte que en este tiempo penetrara la marea del mar en el *Silberfluss* [Río de la Plata] lo que ocurre diariamente y [que] tuvimos un buen viento que no nos dejó plantados sobre el fondo; el mar con las olas agitadas por el viento nos levantaba y seguimos con felicidad más adelante hasta que vimos más cerca del puerto marítimo y / la fortaleza de *Montevideo*. Anocheció y nosotros quisimos alcanzar el puerto; la luna lucía clara porque el cielo estaba sin nublazón. En la 8ª hora llegamos hasta cerca del puerto marítimo, vimos enfrente a mano derecha una hilera de peñascos bajos contra los cuales nos empujaba el mar. Los Españoles llaman a esta hilera de peñascos, *las Carretas*. Creímos que el vien-

to nos alejaría pero la corriente nos arrojaba hacia los peñascos. Nuestro piloto vio el peligro que nos amenazaba, subió al mástil y vio que el buque se acercaba siempre a los peñascos [y] gritó entonces desde arriba en el mástil: *¡caiga el ancla!* [esto] significa: FALLE DER ANKER. El ancla ya estaba lista y se hundió sin demora. Cuando cayó, experimentó nuestro buque un fuerte temblor que nos causó un buen consuelo como una señal de buena esperanza pero a un sacerdote alemán de mi edad y también *misionero* de 21 años³⁸ le causó el mayor susto pues creyó que el buque ya naufragaba contra una roca y comenzó a gritar fuertemente: ¡el buque naufraga y nosotros perecemos! Si bien por su candor y gran elocuencia era un favorito del *capitán* asimismo el *capitán* le reprochó por su miedo y le mandó callarse. Desde la fortaleza del puerto de *Montevideo* nuestro barco ya había sido visto pero como no llegamos esta noche tuvieron el cuidado en mandarnos buscar por una barca que también llegó hacia nosotros a la luz de la luna. Como la barca traía algo de verdura a vender, nuestro *P. Procurator* compró tales comestibles para nuestro alimento; entregó también una carta al *Superior* de la *Residencia* de *Montevideo*¹⁴⁷ y comunicó nuestra llegada. /

En este anochecer nos sentimos muy alegres porque habíamos alcanzado la tierra y [habíamos] sido salvados de tan grandes peligros, y a la vez porque era la víspera del jucundísimo nacimiento *Christi*.

A la mañana temprano del 25 de *diciembre* después que nosotros todos los sacerdotes habíamos celebrado el santo sacrificio de la misa llegó desde el puerto a las siete horas una barca grande y se dirigió hacia nuestro barco; entonces hubo suficiente *fourage* [comida]. Junto con diferentes verduras y frutas trajeron para nosotros cuarenta y dos carneros, medio buey carneado, cuarenta yuntas de gallinas, pan fresco y bueno, diferentes cajas y cajitas llenas de azúcar y confites y un barrilito lleno de *vino cartón* que es un buen vino tinto.

Todos tuvimos este día un buen almuerzo y con la alegría de

¹⁴⁷ La Residencia de Montevideo “San Estanislao de Kostka”, hacía muy poco tiempo que había sido creada gracias a la donación del comandante Domingo Santos de Uriarte de 1747. Pero un año antes ya se encontraban en la ciudad los PP. Ignacio de Leyva como superior y Cosme Agulló como procurador y el H. Rafael Martorell. Construyeron una residencia con capilla y comenzaron con la enseñanza de las primeras letras (FERRES: 53-68).

echar el ancla en el primer puerto marítimo de *América*; también lo más dulce para nuestros ánimos era el haber escapado a los más grandes peligros. No demoramos mucho; después de comido el almuerzo llevamos otra vez el ancla y viajamos río arriba por el *Silberfluss* [Río de la Plata]. En este día temprano el *P. Superior* de la *Residencia* en *Montevideo* ya había despachado un mensajero a caballo que en la colonia *S.S. Sacramenti* (la que tiene un puerto sometido a la corona de Portugal y alimenta a una residencia de seis sacerdotes de la Sociedad) comunicara que la *misión* había llegado con felicidad a *Montevideo* y ya navegaba hacia la *Colonia*. Nosotros teníamos que hacer todavía cuarenta leguas antes que llegáramos a esa *Colonia*; este día adelantamos un buen trecho hasta el anochecer y echamos otra vez el ancla en el medio del río que allí tiene un ancho de cuarenta y más leguas. Ya no se veía tierra ni por uno ni por otro lado. El / buque tuvo que estar anclado durante la noche por el peligro que amenaza a los buques grandes en parte por el fondo demasiado alto, en parte por los peñascos que acá y acullá causan inseguridad al viaje durante la noche.

El 26 de *diciembre* levamos el ancla muy temprano; seguimos navegando un buen trecho con velas bien tendidas, cuando de pronto quedó encajado nuestro buque y si bien las velas fueron hinchadas por el viento, no quiso moverse más porque había tocado fondo y no [tenía] suficiente agua para elevarse. En seguida fueron echados al agua el bote grande y dos lanchas provistas de cabos y remeros; estos [cabos] fueron atados en el buque grande y hasta treinta de los boteros comenzaron a remar en su buque chico para elevar del fondo el barco y arrastrarlo tras de ellos. Los boteros tuvieron que trabajar firmemente para que movieran un poco el buque; lo bueno fue que el fondo no era de arena sino de barro. Al mismo tiempo fue echada desde lejos un ancla; todos trabajaron en el buque hasta nosotros los jesuitas y con otros dábamos vuelta al molinete como si debiéramos de levantar el ancla. Con este dar vueltas y el tirar por los boteros en sus barquillas llevamos el buque grande hasta por sobre el ancla; éste fue, sacado del agua y transportado hacia más adelante por una lancha chica hasta donde daba la cadena del ancla. Otra vez se echó al agua el ancla que de nuevo había mordido fuertemente y otra vez nos empeñamos con las velas tendidas con el remar de los boteros y nosotros en dar vueltas [al molinete] en levar el barco hasta sobre el ancla; esto lo repetimos / algunas veces has-

ta que [el barco] empezó a flotar; entonces seguimos navegando y el fondo era ya más hondo.

Mientras navegábamos así, se formó sobre nosotros una fuerte tormenta; al fin comenzó a tronar y relampaguear. Ahí conocimos por primera vez cuán furiosas son las tormentas *americanas*. A la tarde comenzó a jugar con nosotros un ventarrón violento que [es] un viento *sudoeste* y es llamado *pampero* por los Españoles. Nosotros arriamos todas las velas y echamos el ancla. El agua ya no era negra o azul-índigo como en el mar sino amarilla. El movimiento del barco fue peor y más inquieto en este río que en alta mar; las olas chocaban también con más violencia y entraban en el barco. ¿Quién creería que en este río habría más peligro que en alta mar? y que las olas asaltan al barco con tan asombroso poder. Ello es así; la causa es que como el río tiene allí sólo una anchura de alrededor de cuarenta leguas y se halla estrechado por las costas de *Buenos Aires* y *Montevideo*, las olas no tenían el espacio de extenderse en la misma forma como en alta mar; por eso pegaban más rápidas y más violentas contra el barco porque eran rechazadas por las dos costas opuestas entre sí.

Este ventarrón duró toda la noche y nos causó unos grandes temores pero el temor mayor fue a causa de la tormenta que llegó desde arriba y estaba detenida sobre nosotros. Era un continuo relampaguear al cual seguía siempre un trueno; el buque se hallaba entre un continuo fuego. ¿Qué hubiera sido si el trueno pegaba en el depósito de la pólvora?; todo hubiera volado al aire. Esto nos causaba la / mayor aflicción y nos aconsejó implorar muy celosamente a Dios. Por la fuerza de este movimiento el buque arrastró tras de sí el ancla que ya había quedado floja y mordía poco en el fondo. Nosotros tuvimos que echar al costado derecho del buque el ancla de mayor tamaño llamada *Esperanza* para que no fuéramos echados junto con la primer ancla, ya en la costa del *Brasil*, ya contra un banco de arena. Esta ancla, si todas fallan en un barco, es bajada la última; es la más grande y la más gruesa; su *cabla* o el cabo del ancla es grueso como el cuerpo de un niño gordo y muchas veces más gruesa; para cortarla se necesita mucha fuerza por el agua y un gran movimiento por el buque. Asimismo no es una novedad que también semejantes *cables* se hagan pedazos.

A la mañana temprano el viento permanecía aún tan fuerte como antes, pero la tormenta en lo alto fue más amable que durante la

noche que pasamos orando en su mayor parte. Permanecimos anclados; a la tarde calmó el viento y quedó algo más tranquilo durante un par de horas tras las cuales retornó la anterior tormenta y se enfureció como antes; el barco permaneció anclado por todo el día.

El 27 de *diciembre* a la tarde vimos un *bergantín* de un tamaño de la mitad de nuestro barco que desde *Colonia* venía hacia nosotros. Ya desde lejos hizo ondear su bandera por la cual se dio a conocer que era el *bergantín* de la *Colonia SS. Sacramenti*; tenía doce *cañones* y cuando avanzó más cerca de nosotros, disparó sus *cañones* y nos saludó con ello. Hizo caer su ancla a distancia de / un tiro de fusil ante nosotros. Contestamos y agradecemos pronto con veintitrés tiros de *cañón* que todos en la ciudad de *Colonia* pudieron oír. El ventarrón impidió que los *capitanes* de nuestro barco y del *bergantín* no pudieran saludarse de palabra mutuamente y visitarse. A la tarde el viento aflojó; fue echada al agua la barca del *bergantín* en la cual llegó a saludarnos un *oficial* en *uniforme* verde y rojo. Trajo en ella comestibles frescos de carne, verduras y volatería, pan y vino, todo lo cual nos remitía el *P. Superior* de la *Colonia*. Este *bergantín* fue nuestro seguro *Raphael* que debía introducirnos en la *Colonia*. Durante este día y la noche quedamos aún anclados porque al anochecer el viento se hizo más fuerte y el río más inquieto.

El 28 de *diciembre* hacia las ocho horas levamos ambas anclas y proseguimos con viento fresco; el *bergantín* delante de nosotros a guisa de guía, nosotros tras de él. En este día quedamos encajados con nuestro barco por tres veces en el barro del cual nos ayudó [a salir] principalmente el *bergantín*. Al anochecer ambos [buques] echaron sus anclas y quedaron parados no lejos el uno del otro.

El 29 de *diciembre* vimos las costas del *Brasil*, no lejos de la *Colonia*, levantamos el ancla para hacer nuestra última jornada hasta la *Colonia* en cuyo puerto entramos con felicidad a la tarde. Saludamos a la ciudad con todos nuestros *cañones* pero ellos respondieron con cinco. Todos desembarcamos con regocijo, fuimos en parejas a la iglesia grande donde el *Te Deum* / fue cantado con música tras lo cual nos presentamos al *Gubernator*¹⁴⁸, le agradecemos el cuidado recibido; después nos trasladamos todos a la *residencia* donde ya nos esperaban con un magnífico almuerzo portugués por el cual todos los orantes³⁹ de nuestro buque abandonado fueron introducidos a la *Residencia*.

El 30 de *diciembre* permanecimos en esta ciudad y fuimos vi-

sitados por los Portugueses más notables; recibimos de ellos un gran testimonio de aprecio. A la tarde contemplamos todo en la ciudad, fuimos invitados también a uno que otro jardín de recreo.

Esta ciudad junto con el puerto se encontró antes bajo la soberanía española, pero fue adjudicada a la corona portuguesa. Es chica y en su mayor parte habitada por comerciantes portugueses. Las casas son bajas y edificadas en buen orden. La plaza es cuadrada y chica. La iglesia parroquial da *frente* [a ella]; en el centro de la plaza está la guardia principal a cuyo lado se avecina la *residencia* del *Gubernator*. Todas las casas son de muralla. Hacia el lado de la tierra la ciudad está guardada por trincheras de altas murallas y un profundo foso seco abierto [a pólvora] en la roca, ocupados por piezas [de artillería] de hierro. Hacia el lado del puerto hay igualmente un alto *bastión* sobre el cual [hay] seis *cañones* de hierro que protegen el puerto. Esta ciudad tiene un pequeño *arsenal* que guarda el vestuario junto con las armas para un solo regimiento de *coraceros*. Me pareció más bien un museo de armaduras [*Rüstkammer*] que un arsenal [*Zeughaus*], pero en las Indias, aun entre los Portugueses como entre los Españoles nacidos allí era una *maquinaria* notable y la mostraban como una / cosa extraordinaria; lo sería para los ojos de ellos, pero no para los míos, mas era preciso alabar todo para no tener algún choque.

En horas de la noche se encontraban sobre la plaza cerca de la guardia principal las vacas y otro ganado de asta del *gubernator*. De ahí puede deducir cualquiera cuán limpia estaría la plaza a la mañana temprano. Nosotros los *misioneros* a lo menos no debimos quejarnos que pisábamos sobre lo duro aunque por mucho tiempo no habíamos caminado sobre el suelo. Pero esto no puede ser de otro modo: el ganado jamás está dentro de establos sino bajo el cielo libre durante día y noche en invierno y verano. Ahora como sólo la ciudad pertenece por completo a los Portugueses y [éstos] no tienen fuera de la ciudad más que cien pasos [otros quieren decir que cuarenta] fuera de los cuales no les co-

¹⁴⁸ Lo era entonces Antonio Pedro de Vasconcellos, el más conocido mandatario que tuvo Colonia de Sacramento que gobernó por 20 años, periodo en el cual soporto victoriosamente durante 22 meses el asedio de fuerzas muy superiores a las suyas (4.000 indios y 1.000 españoles contra 527 lusitanos).

responde derecho alguno, es necesario que el *gubernator* en horas de la noche guarde su ganado dentro de la ciudad; de otro modo ya que en el deslinde hay una guardia española, el ganado sería apresado como de contrabando y *conquistado* como una presa fuera de la ciudad. Mas el *gubernator* ha recibido permiso de dejar pasar su ganado durante el día fuera del deslinde si bien no muy lejos pero de arrearlo a la ciudad para el tiempo nocturno. A mí me parece que los Portugueses viven tan estrechados y son mantenidos por los Españoles tan entre barreras como actualmente los judíos en nuestros países. Yo mismo he visto los centinelas en derredor de la ciudad; me pareció como si la ciudad estuviera bloqueada de continuo. No es posible que desde el lado de la tierra pueda colarse alguna cosa si —bien entendido— los centinelas no son pillos e intermediarios. Yo no sé si tal cosa ocurre pero es probable sea así. / Esta *Colonia SS. Sacramenti* fue la primera entidad que presentó al *jesuita* el *ex* [exeat]; la que ha traído a este mundo un nuevo rey *Nicolaum Primero* y lo ha hecho famoso en él. Yo he tenido el placer de leer su biografía original bobamente confabulada y la manera de obtener su dignidad real en *Paraquaria*¹⁴⁹.

¹⁴⁹ El relato del P. Paucke continúa con el Capítulo VI titulado *Del pseudo rey Nicolao*. A raíz de haber encontrado monedas de oro donde se acuñó su efigie y un texto con su biografía, donde se dice que fue un jesuita italiano, Paucke se encarga de desmentir su existencia. Dobrizoffer, que también toca el tema, dice que fue un procurador indio. Para este tema ver DUHR. Luego y en el Capítulo VII trata sobre la Partida desde la Colonia, llegada a la ciudad de Buenos Aires y descripción de la misma. Relata que una barca salió de Colonia de Sacramento rumbo a Buenos Aires el 1º de enero de 1749 con 26 sacerdotes. En la costa porteña los esperaron el P. provincial Manuel Querini junto a muchos vecinos de la ciudad. Se encaminaron rumbo a la iglesia del Colegio y a su paso tocaron todas las campanas de las demás iglesias. Al día siguiente fueron a saludar al gobernador José de Andonaegui. Permaneció hasta el 19 de abril describiendo las comidas, los indios y la ciudad de Buenos Aires.

Bibliografía

- ASTRAÍN SJ, Antonio: *Jesuitas, guaraníes y encomenderos*. CEPAG, Asunción, 1996.
- BORGES MORÁN, Pedro: *El envío de misioneros a América durante la época española*. Universidad Pontificia de Salamanca, 1977.
- BUSCHIAZZO, Mario J.: *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los Padres C. Cattaneo y C. Gervasoni SJ*, Buenos Aires, 1941.
- CHARLEVOIX, P. Pierre Francois-Xavier de: *Histoire du Paraguay*, París, 1757.
- DAVIN, Diego: *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras y de levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*. Madrid, Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, 1755 y 1756, T. 10 y 13.
- DUHR, Bernardo.: *Fábulas acerca de los jesuitas: la guerra de los jesuitas en el Paraguay, una vida del Rey Nicolás I* .
- FERNÁNDEZ, Juan Patricio: *Relación Historial de los indios que llaman chiquitos*, Madrid, 1895.
- FERRES, Carlos.: *Epoca colonial. La Compañía de Jesús en Montevideo*. Ministerio de Educación y Cultura, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1973.
- FITTE, Ernesto J.: *Viaje al Plata y a Chile*, Buenos Aires, 1965.
- FURLONG SJ, Guillermo: *Florián Paucke SJ y sus Cartas al Visitador Con-tucci (1762-1764)*. Escritores coloniales rioplatenses, Buenos Aires, 1972.
- FURLONG SJ, Guillermo: *José Manuel Peramás y su diario del destierro*, Librería del Plata, Buenos Aires, 1952.
- GALÁN GARCÍA, Agustín: *El "Oficio de Indias" de Sevilla y la organización económica y misional de la Compañía de Jesús (1566-1767)*, Fundación Fondo de Cultura de Sevilla, 1995.
- HANICH E. Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Ed. Francisco de Aguirre, Santiago, 1974.
- HERNÁNDEZ SJ, P. Pablo: *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. Barcelona, Gustavo Gili Ed., MCMXIII.
- HOFFMAN, Werner: *Vida y obra del P. Martín Schmid SJ (1694-1772)*. Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Buenos Aires, 1981.
- JARQUE, Francisco: *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Pro-*

- vincia del Paraguay. Estado presente de sus misiones en Tucumán, Paraguay, y Río de la Plata, que comprehende su distrito.* Pamplona, Imprenta de Juan Micón, 1687.
- LANGGUTH, Eduardo y VARESE, Juan Antonio: *Historias y leyendas de la isla de Flores*, Torre del Vigía - Ediciones, Montevideo, 1999.
- LEONHARDT SJ, Carlos: *Documentos para la historia Argentina. Tomo XIX. Iglesia. Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1926. Tomo XX (1615-1637), 1927.
- MAEDER, Ernesto J. A.: *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1637-1639*, Fundación para la Ecuación, la Ciencia y la Cultura, Buenos Aires, 1984.
- MAEDER, Ernesto J.: *Nómina de gobernantes civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500-1810)*, Instituto de Historia Facultad de Humanidades, UNNE, s/f.
- MIRANDA SJ, Francisco Javier: *Vida del venerable sacerdote don Domingo Muriel*, Universidad Nacional de Córdoba, 1916.
- MONDÉJAR CUMPIÁN, F.: *Obispos de la Iglesia de Málaga*, Cajasur, Córdoba, 1998.
- MÜHN SJ, Juan: *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII*, Ed. Huarpes, Buenos Aires, 1946.
- MURATORI, Ludovico Antonio: *Il Cristianísimo felice nelle misión de padri della Compagnia di Ges nel Paraguai, descritto da Ludovico Antonio Muratori. Bibliotecario del Sereniss. Sig Duca di Modena, Venecia, MDCCXLIII. Preso Giambatista Pasquali.*
- OROSZ, Ladislao: *Decades virorum illustrium Paraquariae Societatis Jesu Ex instrumentis literariis ejusdem Provinciae, depromptae ac in ordinem redactae a quodam Societatis Jesu sacerdote. Pars secunda*, Tyrnavia, 1759.
- PAGE, Carlos A.: *El Colegio Máximo de Córdoba (Argentina) según las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús*. Documentos para la Historia de la Compañía de Jesús en Córdoba, Córdoba, BR Copias, 2004.
- PASTELLS SJ, Pablo: *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay... según los documentos del Archivo General de Indias*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Tomos 1 a 9, 1912-

1949.

PAUCKE SJ, Florián: *Hacia allá y para acá. Una estada entre los indios mocobies años 1749-1767*. Universidad Nacional de Tucumán, 1942, Tomo 1, con la traducción de Edmundo Wernicke

PERAMÁS SJ, José Manuel: *Vida y obra de seis humanistas*. Ed. Huarpes, Buenos Aires, 1946.

ROSS, Carlos: *Los arzobispos de Sevilla: luces y sombras en la Sede hispalense*, Sevilla, 1986.

SEPP, Antonio: *Relación de viaje a las misiones jesuíticas*, introducción a la edición crítica de Werner Hoffmann, Tomo 1, EUDEBA, 1973.

SOTO ARTUÑEDO, Wenceslao: "Fundación del Colegio de los jesuitas de Málaga en tiempos de Felipe II", en MARTÍNEZ RUIZ Enrique (Dir.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*, Actas del Congreso de Historia organizado por la Universidad Complutense, Madrid Noviembre 1998, 3 vol., Actas, Madrid 2000, III.

STORNI, Hugo: *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Institutum Historicum SI, Roma, 1980.

VIDAL, Emeric E.: *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video, consisting of twenty-four views, accompanied with descriptions of the scenery, and of the costumes, manners, &c. of the inhabitants of those cities and their environs*, London, R. Ackermann Londres, 1820.

Índice

Introducción	3
Los procuradores a Europa	9
La partida desde el continente hasta las Canarias	17
De Canarias a América y los pormenores del trayecto	25
La llegada a América	33
Fin y principio de un largo camino	41
Procuradores y Viajes	43
1. Relación Anónima relatando el viaje de 1608.	51
2. Carta Anua del provincial Nicolás Mastrilli relatando el viaje del procurador Gaspar Sobrino de 1628.	55
3. Carta Anua del provincial Diego de Boroa donde transcribe una carta del procurador Juan Bautista Ferrufino de 1636	65
4. Carta Anua del P. Juan Pastor relatando su viaje de 1648	77
5. Cartas del P. Antonio Sepp relatando su viaje de 1691	87

6. Carta del P. Antonio María Fanelli sobre su viaje de 1698	121
7. Carta del P. Martín Schmid sobre el viaje de 1727	135
8. Carta del P. Cayetano Cattaneo sobre su viaje de 1728-1729	147
9. Carta del P. Chome del viaje realizado en 1728-1729	187
10. Carta del P. Adolfo Skal relatando su viaje realizado entre 1733 y 1734	195
11. Carta del P. Melchor Strasser relatando su viaje entre 1743 y 1744	203
12. Capítulo primero del libro de Florián Paucke de su viaje 1748 a 1749.....	225

Se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de BR Copias
en el mes de mayo de 2007
brcopia@fibertel.com.ar
Córdoba | Argentina